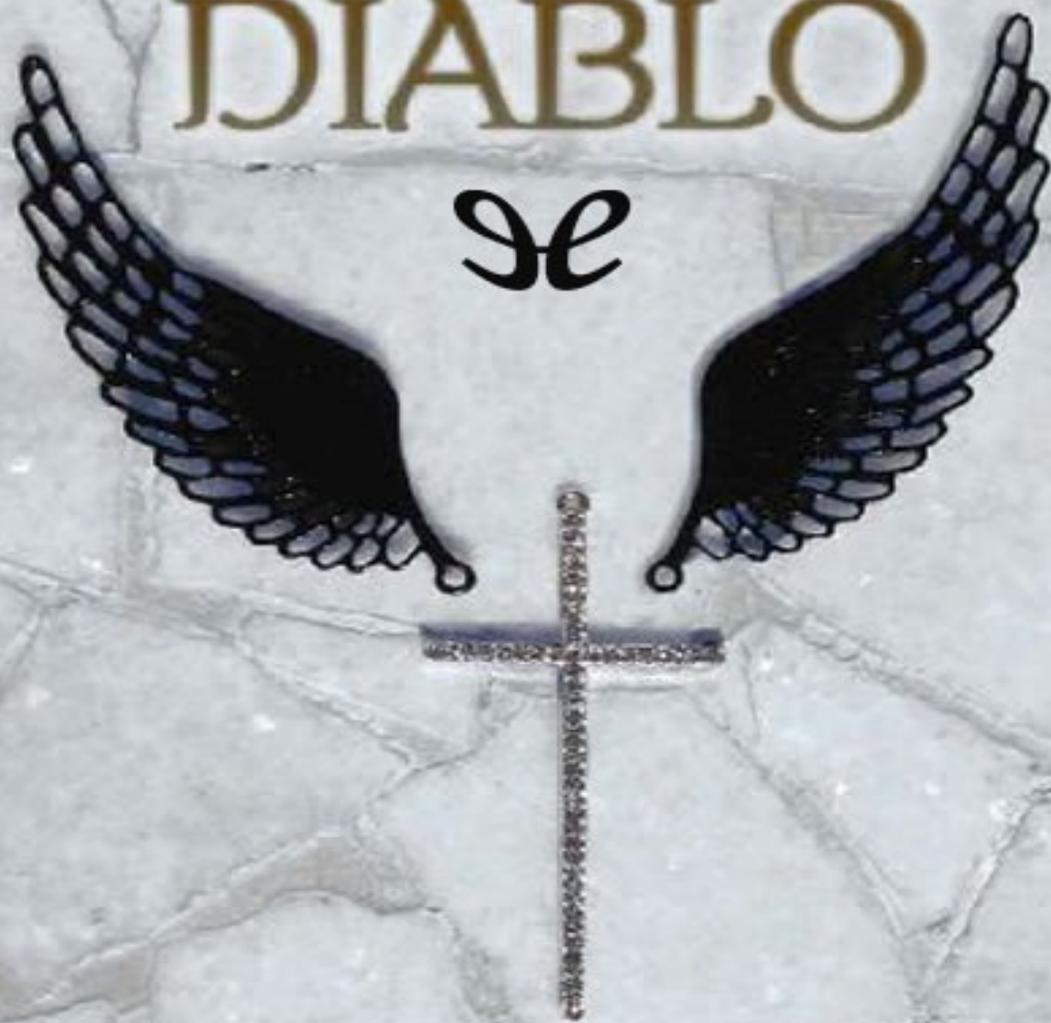


INTIMANDO CON EL DIABLO

de



J. M. GUILENGO

Para mis padres

Capítulo I

Se sentía furioso. El dolor en todo su cuerpo, si es que ese era realmente su cuerpo, resultaba del todo insoportable. Un indescriptible malestar se había apoderado de todo su ser por completo y no parecía querer desaparecer rápidamente. ¿Pero qué le había pasado? ¿Y dónde se encontraba ahora mismo? Sabía que estaba tumbado boca abajo en algún lugar, un suelo frío y duro, húmedo e incluso sucio. Podía notar eso, pero hasta allí llegaba su percepción actual. Todo el cuerpo le pesaba de forma excesiva, haciendo que el simple hecho de mover un solo dedo se convirtiera en una ardua tarea. No veía nada. ¿Cómo podría si tenía los ojos cerrados? No con fuerza, pero sí cerrados. Trató de abrirlos sabiendo que nada de lo que fuese a ver podría asustarlo lo más mínimo. Pero fue entonces cuando ocurrió lo único que realmente sí podía infundirle algún sentimiento similar al miedo. No veía, no veía nada. Había alzado sus parpados y a pesar de ello no alcanzaba a poder ver nada. El agobio y la impotencia se tornaron cada vez mayores. Movi6 su lengua hacia uno y otro lado en busca de algo que sentir. La boca entera le sabía a metal, o a algo parecido al metal. Su vista comenzaba ahora sí a recuperarse muy poco a poco, adaptándose lentamente al entorno que le rodeaba. Al principio estaba todo nublado, y más tarde, al cabo de un tiempo difícil de determinar, las siluetas del mundo de los vivos comenzaron a presentarse como figuras cada vez más claras ante él.

Estaba tirado en medio de una calle, la calle de una ciudad. Cerró nuevamente los ojos e inspiró de forma profunda. De su boca emanó una pequeña cantidad de vapor, aunque él no lo viera, lo que significaba que

hacía frío en ese lugar incluso si su cuerpo no podía sentirlo. Tras acariciar con suavidad el suelo sobre el cual se encontraba, pudo saber perfectamente en qué lugar del mundo de los humanos se hallaba. Era la ciudad llamada Barcelona, situada en España, dentro del continente europeo. Ya sabía dónde estaba y a qué idiomas podría recurrir si la situación lo requería, aunque sinceramente esperaba no tener que mediar palabra con quienes aún no tenían que verlo. Volvió a abrir los ojos, esta vez con mayor éxito a la hora de vislumbrar su actual localización. La calle era de piedra, de muchas piedras unidas y de similar tamaño y forma. El suelo estaba cubierto de charcos por una lluvia que ahora parecía haber aflojado un poco pero que seguía cayendo sobre su magullado cuerpo sin descanso. Era una vía estrecha, por lo que su vista lograba alcanzar los edificios situados tanto a derecha como izquierda de su posición. Edificios de mediana altura y humilde apariencia. A parte de eso, solo lograba ver un par de contenedores de basura grises con las tapas verdes y un montón de cartones mojados y muebles rotos a su lado esperando a ser recogidos. Uno de los dos contenedores tenía pintadas algunas letras en un formato extrañamente artístico en las que se podían leer palabras malsonantes para algunos.

A pesar de haber comenzado a familiarizarse con ese entorno, no le apetecía nada permanecer allí tirado durante mucho más tiempo. Movi6 su mano derecha, una mano p6lida, casi blanca, de carne y hueso. ¿Carne y hueso? Maldici6n. Arque6 levemente el brazo y al asegurarse de que era el suyo, apret6 el puño en gesto rabioso con toda la fuerza que sentía correr por sus venas en ese momento, la cual no era mucha, no en comparaci6n a lo que estaba acostumbrado. Pero no podía permitir que cundiera el pánico, no si no era él quien lo causaba y propagaba. No había situaci6n que pudiera terminar superándolo, aquello era una idea absurda, ridícula. Observ6 antes de actuar. Su brazo era el brazo de un cuerpo humano, p6lido, sin vello alguno, con los músculos no muy anchos pero sí bien definidos, las uñas de la mano de color negro brillante y las venas marcadas con un tono azul aparentemente enfermizo. En un acto tan agotador como inútil, arañ6 el suelo con frustraci6n, logrando dejar una marca en este con sus garras. Una vez su brazo qued6 doblado y su mano, nada pequeña y con dedos largos cual pianista, estuvo cercana a su pecho, se apoy6 con fuerza en ella y trat6 de

levantarse. Su cuerpo se desprendió unos centímetros del encharcado suelo, pero pesaba demasiado y volvió a caer sin solución, notando otra vez la humedad del terreno de forma tan repentina como desagradable. Apretó sus dientes como gesto de rabia. Sus colmillos eran largos y sus formas perfectas. Intentó entonces alzar el cuello.

En medio de la inmensa oscuridad de la noche, la luz amarillenta de una farola alumbraba las gotas cayendo de forma incesante sobre las calles, y sobre él también, claro. Sabiendo que mirar hacia arriba no le iba a aportar nada más, decidió contemplar al fin su propio reflejo en el charco sobre el cual se encontraba. Su semblante era atractivo, no podía ser de otra forma. El de un barón que aparentaba poco más de treinta años. Era pálido, igual que su mano, hecho que ayudaba a hacer destacar todavía más sus tan marcadas ojeras negras, las cuales rodeaban casi por completo unos ojos rojos y amarillos como el mismísimo fuego del averno. Junto a sus ojos destacaban en tan blanca apariencia unos labios carnosos y sensuales del mismo tono de la noche, los cuales ocultaban unos dientes blancos y perfectos. Sus rasgos eran en general afilados e impecables, el rostro lánguido y los pómulos notables. Tuvo que apartarse un mechón de su larga y lisa melena negra para verse la cara al completo en ese sucio charco. Acariciar su cabello resultaba un acto agradable. Por lo visto, esa era su apariencia ahora. ¿Pero cómo podría recuperar su auténtico aspecto y volver a su reino? Debía levantarse. Ponerse en pie era el primer paso y él lo sabía bien. Sin embargo, no lo lograba. Aquel no era su mundo, no podía conectar con él y comenzar a moverse a sus anchas con su nuevo aspecto. Una lluvia de ideas cayeron sobre su mente como cristales y a pequeños fognazos que no tardó en asociar y enlazar entre sí, recordando qué le había ocurrido realmente y por qué estaba allí...

Capítulo II

Su último recuerdo antes de subir al mundo de los vivos se situaba en la sala del trono, su trono de príncipe de las tinieblas del que por lo visto le habían desterrado. Estaba él sentado en esa gran butaca alta y de anchos apoyabrazos, tejida con carne y huesos aparentemente humanos, restos de los pecadores condenados al infierno eterno, lo que le daba al sillón un aire prácticamente orgánico, vivo. Su figura roja como la sangre, grande y poderosa, antiguamente premiada no con uno ni con dos, sino con tres pares de alas gigantescas que ahora lucían como las de un murciélago enviado de la noche, imponente ante cualquiera o casi cualquiera, con su enorme cornamenta y sus ojos vacíos y del color de las llamas, se aposentaba en ese lugar con gesto cómodo pero sin descansar. Nunca descansaba. La sala sin muros de ningún tipo estaba prácticamente oscura del todo, como siempre, alumbrada solo por algunas de esas llamas incandescentes que flotaban en el aire. Un frío tan intenso que casi quemaba inundaba el lugar. Ahora que lo recordaba claramente, sin duda echaba de menos esa sensación sobrecogedora y familiar para él. Sobre su cabeza, a una distancia imposible de determinar, una tenue luz trataba de filtrarse por doquier sin éxito alguno, como siempre. Era la luz del mundo de los vivos, aquellos que sí podían ver el cielo si alzaban la mirada. Aquella luz de la que se habían visto privados algunos y a la cual ahora despreciaban con sonrisa burlona. Bajo sus pies, un fino suelo de cristal negro que dejaba ver bajo suyo la infinidad de almas en pena, seres errantes que en vida se ganaron ir allí tras su merecida muerte. Su silencioso ejército de pecadores sin perdón de nadie a los que él siempre

acogería, vagaban sin rumbo por todos los infiernos, buscando el más correspondiente a sus actos en vida para pasar así la eternidad: lagos de sangre, vientos de tristeza, árboles de la fruta prohibida, arbustos con espinas de odio, alimentos podridos y abundantes, enfermedad... Un escenario místico alegoría de todos los pecados de quienes allí residen y para siempre residirán.

Logrando terminar de aclarar en su mente el escenario en el cual se encontraba antes del golpe y posterior despertar en el mundo humano, trató de recordar entonces quiénes le rodeaban en ese borroso instante. A su alrededor, un peldaño por debajo de su gran trono, obviamente, se encontraba su séquito, algunos de aquellos que decidieron revelarse contra la luz para brillar de forma propia más de lo que nadie se había atrevido a lograr jamás, los desterrados del cielo y condenados al infierno por la causa de haberle seguido en otros tiempos. Lilith, la bella, viciosa, arrogantemente y ante todo atractiva Lilith, se encontraba a su mano derecha, en el peldaño intermedio entre él y los demás. Con orgullo de sus formas e instintos más profundos al descubierto, sus largos cabellos de un tono que bien podría considerarse azul, su piel blanquecina y sus ojos rojos y brillantes como dos piedras preciosas, Lilith descansaba en ese peldaño sirviéndose con la mano derecha y sin medida alguna la esencia de las almas caídas en un gran cáliz de plata e incrustados rubíes de sangre, mientras que con la mano izquierda se dedicaba a complacerse a sí misma sin vergüenza ni mesura. La esencia de las almas caídas, de los que también quisieron ser dioses siendo solo hombres y se ganaron el infierno, era aquello que mantenía a sus gobernantes satisfechos. Lilith siempre había tenido un serio problema con la bebida cuando de esencia de pecadores se trataba, pero nadie era lo suficientemente insensato ni lograba dar con el valor necesario para decirle a esa sensual dama cuándo es suficiente. Nadie salvo él...

—Lilith. —La interrumpió con su voz poderosa y profunda, la cual resonaba en todo el infierno y en las almas de aquellos que en él residían—. Deja de beber y sírveme. —Ordenó sin alzar ni variar su tono de voz en ningún momento, con una superioridad tan acaparadora que hacía que resultase del todo imposible no obedecer.

Con gesto sin duda excitante, Lilith se arrastró hasta su señor y, al tiempo

que se llevaba el dedo índice de la mano izquierda a la boca y se lo mordía con fuerza para reprimir su propia sed, con la diestra le sirvió a su amo en la gran copa negra como la noche que siempre usaba. Este la agitó con suavidad y respiró su aroma de forma profunda. Con satisfacción, le apartó a Lilith el dedo de la boca y la acarició con delicadeza, a lo que ella respondió lamiéndole las yemas de sus poderosos y rojizos dedos una por una. Lilith era especial, diferente a los demás... Ella estaba prácticamente siempre a su lado, y nadie podía soñar con el derecho de estar más cerca de él que Lilith, nadie en todo el averno... Por otra parte, a mano izquierda, mucho más alejado y al nivel que le correspondía, Asmodeo, al tiempo que devoraba pedazos de carne con muy poca gracia a la hora de masticar y digerir, se divertía con dos atractivas y sumisas jovencitas que no debieron de ser muy santas en vida si su eterno destino consistía ahora en satisfacer los deseos de ese ambicioso y básico ser marcado por instintos tan simples como el hambre en todos sus aspectos y facetas posibles. La idea de Asmodeo en general resultaba desagradable: su figura fofa y torpe, sus rizados cabellos entre rojos y naranjas, su nariz demasiado ancha, su voz y olor, que no aroma... Todo él en conjunto hacía que costase hasta mirarlo. Por ello lo tenía siempre alejado, incluso algo por detrás suyo para no alcanzar a verlo ni por casualidad ni por error. Los sonidos que emitía eran algo que, con esfuerzo y paciencia, podía llegar a pasar por alto, más teniendo en cuenta que quienes más ruido hacían eran las dos almas en pena suyas y no él mismo. Era una jornada normal en el inframundo, cada uno cumplía con su cometido en ese lugar maldito por los santos y no era necesario que nada se hiciera. Ese fue su error.

Las puertas de ese lugar se abrieron de pronto causando gran estruendo. A pesar de ser unos portones inexistentes para otros sentidos que no fueran el oído, él no se sobresaltó lo más mínimo. Eso pasaba a veces. Los grandes pórticos fueron atravesados entonces por una figura elegante, con clase tanto en su apariencia como en sus andares, y después se volvieron a cerrar causando un sonido sordo, como una condena que deja eco. La figura que acababa de entrar en escena se cubría, a diferencia de la mayoría allí presentes, con túnicas de seda y joyas de metal de muy diversos colores. Su melena entre amarilla y verdosa ondeaba al ritmo de un viento que él mismo creaba a su alrededor para dar importancia a su propia persona y presencia.

Su vanidad y burlesca arrogancia eran sin duda divertidas para cualquiera. Sin embargo, sus ojos afilados como dos navajas, solo lograban sacarle una sonrisa a él.

—Mi señor, Mefistófeles se presenta ante usted. —Saludó la figura llevándose el puño derecho al pecho e inclinando levemente la cabeza hacia adelante.

—Bienvenido de nuevo. —Respondió él devolviendo el gesto con un elegante movimiento de su mano, el cual realizaba sin llegar a moverse en ningún momento de su gran trono—. Confío en que tu travesía haya resultado fructífera.

—Ni se lo imagina. —Respondió Mefistófeles con un tono que logró perturbarle por una fracción de instante.

Ese escalofrío sin final aparente se acentuó al percatarse de que tanto Lilith como Asmodeo permanecían tranquilos a pesar de que él no podía estarlo tanto. Ambos lo observaban en escrupuloso silencio. Lilith ya no bebía ni se divertía con su propio cuerpo, y las jóvenes esclavas de Asmodeo habían sido enviadas nuevamente bajo la capa de cristal. Algo sucedía... Pero él no podía mostrarse inseguro, ni un poco, estando en su palacio de llamas y roca.

—¿Cómo estás? —Preguntó intrigado ante el incómodo silencio de sus dos siervos.

—Bien, mi señor. —Respondió el recién llegado con demasiada seguridad.

—Te veo distinto, Mefistófeles. —Observaba tratando de averiguar algo sin idea alguna de lo que se podía llegar a encontrar.

—No sé qué será. —Respondió él sin abandonar esa molesta sonrisa.

Nunca se había dado cuenta de lo mucho que le podía llegar a irritar esa sonrisa.

—No me mientas. —Le pidió él dando un largo trago de almas a su copa.

—Nunca se me ocurriría. —Respondió nuevamente igual de tranquilo Mefistófeles.

—¡Te he dicho que a mí no se me miente! —Gritó al tiempo que se ponía en pie con gesto furioso, mostrando su enorme figura, la cual siempre había infundido temor y respeto en ese oscuro lugar—. Te ordeno que me digas la

verdad o...

Capítulo III

Lilith chasqueó en ese momento los dedos y el mundo pareció detenerse para siempre. La orden pasó a ruego y el ruego a silencio. Su figura se detuvo de pronto, en seco. Dejando caer su copa al suelo y vertiendo sobre este toda la esencia que quedaba, se llevó primero una y luego ambas manos al pecho. El dolor se tornó insoportable en su interior y su figura se desplomó hacia adelante. Pero antes de que lograra caer de frente contra el primer peldaño, unas cadenas doradas y brillantes lo agarraron por detrás, rodeando sus brazos y torso por completo y sentándolo de nuevo y por la fuerza en su gran trono, el cual ya no le parecía tan cómodo y reconfortante como de costumbre. Su cuerpo comenzó a pesar y a volverse débil por momentos. Sudaba, estaba sudando a raudales y no podía moverse. Era insoportable, pero más insoportable aún era la expresión de sus supuestos seguidores. La sonrisa triunfal de Mefistófeles era solo un poco más desagradable que la hipócrita caricia que le otorgaba ahora Lilith en una de sus inmóviles rodillas. Todo el cuerpo le temblaba por dentro, con un calor alimentado por odio infinito. Pero por fuera, todo era frío y quietud. De pronto, Asmodeo, desde detrás del trono, tiró un poco más de las cadenas que lo sujetaban y lo apretó con mayor fuerza contra su preciado trono, que ahora se clavaba en su cuerpo como clavos y espinas.

—Por fin puedo disfrutar un poco de estar siempre a sus espaldas, oculto y avergonzado. —Escupió la espantosa voz de Asmodeo.

—Malditos... —Murmuró él con los dientes apretados y una rabia solo equiparable a su actual impotencia—. ¿Cómo osáis? —Preguntó de un

rugido.

—No sabes la alegría que me produce el ver que no te lo esperabas ni un poco. Es tan cómico todo en conjunto. —Se burló Mefistófeles exagerando sus gestos como siempre.

—¿Así que por esto era que últimamente pasabas tanto tiempo fuera? —Observó el encadenado, a cada momento más y más debilitado.

—Así es. Ya hacía tiempo que venía planeándolo. No ha resultado fácil, lo reconozco. Aunque también te diré que la parte más sencilla fue convencer a esos dos de que me ayudaran a traicionarte. —Les sonrió Mefistófeles con complicidad tanto hacia Lilith como a Asmodeo.

—¡Traidores! ¡Esto es traición! —Rugió sin lograr nada más que un eco interminable de su propia voz, la cual había cambiado y ya no lograría imponer a nadie allí.

—Tuvimos al mejor maestro, ¿no lo recuerdas? —Rio el cabecilla de ese exitoso golpe de estado contra el mismísimo diablo—. Somos como tú, exactamente como tú. Tú, el que tenía la luz, el que quiso más y se reveló, el que nos mostró nuestra verdadera naturaleza y nos guio a nuestro propio concepto de salvación, el cual nos llevó a la ironía de una libertad en el destierro. Consideraste que eras demasiado para seguir bajo la potestad de otro y le abandonaste. Y en ese momento estuviste en lo cierto. Pero ahora me toca a mí. Ahora eres tú el que se ha acomodado y debilitado, y soy yo el que sé que puedo aspirar a más.

—¿Crees saber cómo dirigir esto mejor que yo, Mefistófeles? Eres un engreído. —Le recriminó sin miedo a pesar de su desventajosa situación.

—Solo lo sabré si lo pruebo, y solo podré probarlo si te destierro. —Se encogió de hombros el traidor.

—¿Qué me habéis dado? —Decidió ir al grano en busca de una explicación a su repentina debilidad.

—Agua bendita máxima, te has bebido una nube entera del auténtico cielo tú solito. —Se rio Mefistófeles.

—Estás de broma. —Aseguró él sabiendo que si las almas del infierno eran su sustento, las nubes del cielo podían ser por otro lado letales para un ángel caído.

—Por una vez no lo estoy. —Respondió repentinamente serio, lo cual

asustaba realmente—. Se acabaron las bromas.

—Tú no puedes ir al cielo y tomar su esencia y su luz, no con tu cuerpo y alma malditos. Jamás os dejarían cruzar las puertas de San Pedro. — Argumentó con tono acusador al borde de la debilidad absoluta—. Nunca te dejarían entrar allí, es imposible.

—Das por sentadas demasiadas cosas, como siempre. Incluso en tu situación pecas de arrogante. Desde luego, mi soberbia no es nada comparada con la tuya. —Reconoció.

En ese preciso instante se percató de que ya no le trataban de usted allí. Mefistófeles sacó de entre sus ropas la punta de una lanza impregnada de sangre y se acercó con paso firme a su antiguo amo. El final estaba muy cerca, todos lo sabían.

—Si vas a acabar conmigo, al menos cuéntame cómo lo has hecho. — Rogó ya demasiado débil.

—La curiosidad elevada a su máxima potencia puede ser terrible. Lo sabes, ¿verdad? —Explicó al tiempo que se sentaba con irreverente gesto en uno de los apoyos brazos del gran trono y jugaba con la punta de esa antigua lanza—. ¿Sabes qué es el efecto placebo? —Preguntó con retórica—. Tómame esta medicación, te curará. En realidad es solo un caramelo, pero el crío se la toma y como su madre le ha asegurado que se sentirá mejor, se siente mejor. Esto puede darse también en negativo. Si en una clase todos los niños se ponen enfermos menos uno, es probable que él piense que también lo está y su cuerpo termine sintiéndose mal también a base de involuntaria y propia convicción. Es entonces cuando su madre le da el caramelo mágico. Me hace mucha gracia... —Rio de verdad—. La mente humana es curiosa, ¿no crees? Aunque pronto tú lo sabrás mejor que nadie.

—¿Por qué me cuentas esa basura? —Preguntó hastiado de todo el encadenado.

—No lo sé. ¿Y por qué no? Verás, ahora eres feliz en tu ignorancia. Pero si te digo lo que te hemos hecho, no volverás a dormir tranquilo nunca más.

—Yo no necesito dormir. —Aseguró al tiempo que, irónicamente, iba cerrando sus ojos de fuego, ya apagados.

—Pronto lo necesitarás. Ocho horas al día es lo recomendable. —Sonrió de oreja a oreja.

Hubo una larga pausa inundada por un silencio tan incómodo para el amo del trono como divertido e incluso agradable para Mefistófeles.

—Hemos robado las cadenas que custodiaban el árbol del pecado original, el auténtico, plantado en las tierras del paraíso del que el hombre fue expulsado por soberbia y avaricia, como tú lo serás ahora de aquí. —Explicó.

—Ya veo, eso explica que no me pueda mover. —Corroboró al tiempo que contempla ese maldito objeto sagrado que cada vez le apretaba más contra su sillón.

—Exacto, tú utilizaste ese árbol para hacer caer a la raza humana y como consecuencia, los de arriba forjaron unas cadenas que mantuviesen la causa de su fracaso aislada. Las cadenas que han rodeado aquel árbol prohibido por tanto tiempo, ahora te rodean a ti y te impiden moverte. Si lo piensas, eran el arma ideal para atrapar al pecado.

—De modo que habéis inmovilizado mi alma haciéndome beber una nube del cielo y habéis aprovechado ese preciso instante de debilidad para atraparme con estas cadenas. ¿Cómo no me he dado cuenta? —No daba crédito.

—Por esto. —Dijo Mefistófeles al tiempo que de entre sus lujosas túnicas sacaba esta vez la verdadera copa negra de su señor.

—¡La tenías tú todo el tiempo! Entonces, ¿en qué se supone que he estado bebiendo yo? —Preguntó aterrado por la respuesta, viendo cómo la copa en la que había estado dando tragos recientemente y la cual había dejado caer al suelo hacía un rato mostraba ahora su auténtica identidad.

—El santo grial. —Respondió Mefistófeles logrando que el peso del mundo cayera con toda su fuerza de pronto sobre los hombros de su amo.

—Lo camuflasteis. Disfrazasteis el santo grial como si de mi copa se tratara para servirme la nube... Por eso no supe que no era esencia del averno... —Lamentó al tiempo que le dedicaba una mirada de triste desprecio a Lilith.

—Nunca habría sido posible sin ellos dos. —Aseguró con triunfal sonrisa Mefistófeles al tiempo que le guiña un ojo a la ruborizada Lilith.

—Escoria. —Les recriminó a todos, especialmente a ella.

—Silencio. —Ordenó Mefistófeles—. Todos han cumplido ya con su parte, y ahora debo hacerme con el poder absoluto del infierno para poder

darles su recompensa.

—Es imposible que vosotros tres, almas caídas en desgracia, hayáis podido hacer todo esto solos. ¿Quién os ha comprado?

—¿Cómo osas acusarme de no buscar mi propio beneficio y mi puesto como soberano que merezco? —Preguntó en tono sinceramente indignado—. Me ofendes. —Continuó mientras acercaba la punta de lanza al costado de su viejo maestro.

—Esto no quedará así. Descubriré quién os ha ayudado, y me vengaré tanto de él como de vosotros mismos, y recobraré aquello que merezco por derecho. ¿Me oís?

—No sé cómo lo harás si ya no estás aquí. —Prosiguió ante el expectante silencio de aquel al que ya no debía lealtad ni respeto alguno—. He aquí la punta de lanza del centurión, la que atravesó a Jesucristo en la cruz, asegurando a ojos de los humanos una muerte que ya había ocurrido y que poco duraría. Tres días, solo tres días y resucitó, renovando nuestro humillante destierro y elevándose nuevamente a los cielos que a nosotros se nos privaron. Lo que ves es su sangre, un recuerdo de su estancia en el mundo de los ignorantes e hipócritas seres humanos. ¿Cuánto crees que aguantarás tú con ellos? —Preguntó con retórica antes de apartarse la melena del rostro—. ¿Sabes qué? Estoy harto. Lo estoy. Harto de ser un eslabón más, harto de estar a la sombra de otros. Al menos aquí, al menos ahora, yo reinaré a mi antojo. —Culminó con tono triunfal al tiempo que utilizaba la punta de lanza para atravesar a su presa en el costado con profunda fuerza.

El dolor fue insoportable, como si algo mortal para él se apoderase rápidamente de todo su cuerpo, extendiéndose por cada rincón de su alma y abrasándolo, como si se le arrebataste el sentimiento más sobrecogedor del universo y en su lugar quedase solo el vacío. Pero el peor dolor no era el físico. El hecho de que sus más leales siervos, aquellos en los que podría haber llegado a confiar alguna vez, se la habían jugado de tal forma, era una bofetada. ¿Era eso lo que se sentía cuando otro, después de que tú se lo ofrecieses todo, te escupían a la cara? La propia medicina siempre resultaba amarga. Pero no quería pensar que eso era el fin. No podía permitirselo. La debilidad ya se había apoderado de todo su ser cuando estos pensamientos habían comenzado a rondar por su cabeza. No podía ni cargar con su propia

existencia. Las cadenas que lo sostenían de tan férrea forma terminaron por soltarse al fin y él cayó contra el suelo, golpeándose en la boca con su peldaño, aquel que lo había mantenido por encima del resto al menos en el infierno. Desde su posición inferior, pudo ver cómo un filtro de luz se abría sobre sus cabezas, en lo más alto de la cámara. Las cadenas del paraíso, el santo grial y la punta de lanza abandonan a Asmodeo, Mefistófeles y Lilith y se elevaron hasta desaparecer, como si su tiempo en el averno hubiera expiado ya, como si algo o alguien reclamase su presencia en otro lugar, donde les correspondía. ¿Cómo demonios lo habían logrado? A pesar de la rabia que aquella duda pudiese plantearle, probablemente se quedaría sin respuesta a ella. La imagen de Mefistófeles ocupando su gran trono y Lilith y Asmodeo colocándose a uno y otro lado, tal y como habían hecho antaño con él, fue lo último que vio. Su ser inició entonces un viaje efímero e infinito al mismo tiempo, como si lo lanzasen con una catapulta de un universo a otro. Todo se quedó en ciego y poderoso silencio, y entonces... Un tremendo golpe contra el suelo de una ciudad humana cualquiera.

Ahora ya sabía qué le había ocurrido. Lo habían convertido en hombre. ¡A él! ¡Habían traicionado, convertido en humano y desterrado del infierno al mismísimo diablo! La sangre del cuerpo de Jesucristo le había hecho pasar por lo que Él pasó en su momento. Relegado a una raza humilde, ¿tendría él una misión oculta que cumplir? ¿Acaso allí arriba seguían creyendo en su redención? ¿O era un castigo merecido aunque tardío? Todo eso le daba igual ahora mismo. Solo quería vengarse de quienes le habían traicionado y recuperar su trono como príncipe de las tinieblas del que se le había privado. ¿Pero cómo podría lograrlo? El demonio desterrado del infierno, eso era él ahora. Sonidos incongruentes comenzaron a acercarse a su tirada y maltrecha figura. Sin embargo, para él parecían lejanos, todo parecía muy lejano...

Capítulo IV

Ese veintidós de noviembre había sido otro día horrible en la vida de la pobre y desdichada Julia Medina. De hecho, su vida había contado con escasos momentos felices desde la muerte de su querido hermano mayor, Roberto. Ambos habían estado siempre muy unidos desde la niñez. La cruel figura de su padre les había obligado a apoyarse y a darse amor mutuo puesto que, si no se lo daban el uno al otro, nadie más lo haría por ellos. Su padre había sido un tirano en el hogar y un fracaso fuera de él. Una de esas personas de las que cuesta decir una sola virtud pero de las que resulta tremendamente fácil destacar los defectos. Sin oficio ni beneficio, pasaba mucho tiempo en casa, criticando todo aquello que le rodeaba, y pagando su mal humor natural y su frustración con su esposa, la madre de Julia y Roberto. Cuando ella volvía del trabajo un poco más tarde de lo común, o incluso llegando a la hora, él la tomaba con violencia y buscaba cualquier excusa para gritarle. Comenzó así, continuó alzándole la mano y luego vinieron los golpes y, finalmente, las palizas. Y aunque todos sabían en la familia y en el barrio lo que ocurría en ese pequeño piso de humilde barrio de Barcelona, la madre de Julia siempre se empeñó en justificar aquellos moratones con excusas absurdas, las cuales no alcanzaban ni a engañarla a ella misma. El miedo a ese hombre y, tal vez, el amor que a pesar de todo le tenía o le había tenido alguna vez, hacían que prefiriese seguir así su vida que no intentar cambiarla. Sin duda algo muy triste.

La primera vez que él la pegó, tomó a sus dos pequeños hijos por el pelo y los metió dentro de un gran armario vacío para que no viesen lo que hacía.

A medida que las peleas se volvieron más recurrentes y usuales, el padre y la madre de Julia comenzaron a hacer turnos a la hora de esconder a sus hijos en aquel armario que se había vuelto su zona de protección contra el mal del mundo. Él los lanzaba con violencia y malos modos, ella los escondía de forma apurada y amable antes de que él llegase. A medida que pasó el tiempo, los pequeños Julia y Roberto aprendieron a meterse en ese armario ellos solos, por su propio pie, cada vez que oían a su padre volver a casa de cualquier bar de mala muerte. Las primeras veladas en ese mueble húmedo y lúgubre fueron tristes y frías. Pero una noche, cuando la pequeña Julia lloraba en su rincón del armario de forma desconsolada, Roberto se acercó a ella y la abrazó con profundo afecto. Eso calmó por una noche el corazón de Julia y le permitió dormir sin lágrimas en los ojos. A pesar de llevarse solo cuatro años entre ellos, Julia siempre vio a su hermano como a un adulto bueno y cariñoso con ella, comprensivo y preocupado, que solo quería proteger a su hermana pequeña de las cosas malas que la acechaban en ese mundo cruel. Siempre era igual: en el colegio, en la calle, en casa... No le importaba lastimarse con tal de asegurar el bienestar de su hermana.

Cuando ambos tuvieron ya uso de razón, decidieron hablar con su madre para que hiciese algo por cambiar las cosas. Pero ella siempre se negó a actuar. La vida continuó así durante unos años más. Cuando Roberto tenía veinte años y Julia acababa de cumplir los dieciséis, un accidente de coche durante una noche de lluvia se llevó a sus padres para siempre. Fue una auténtica tragedia. Normalmente, la madre de Julia no iba nunca en coche, pues su marido lo acaparaba casi siempre y la hacía ir a todas partes caminando o, si había dinero, en transporte público. Pero esa noche ambos tenían una cena de compromiso, un mal negocio que nunca llegaría a firmarse. Los dos jóvenes quedaron abandonados a su suerte, sin nadie en el mundo que deseara cuidarlos o echarles una mano en la vida. Pero en lugar de hundirse en una tristeza sin duda comprensible, ambos salieron adelante. Roberto se puso a trabajar temprano y Julia pudo estudiar diseño en la universidad como siempre había querido. Fueron tiempos felices, se tenían el uno al otro para cuidarse y cada día podían disfrutar de un plato de comida sobre su mesa. La casa de sus padres había pasado a ser ahora la suya y las cosas parecían no poder ir mejor para ellos. Sin embargo, un día pocos años

después, concretamente un veintidós de diciembre de principios del nuevo milenio, el hermano de Julia apareció muerto en medio de la calle con una herida de bala en la cabeza. Un robo menor que se le fue de las manos al malhechor y terminó cobrándose una vida humana.

Desde ese espantoso suceso, Julia pasaba todos los días igual. Confinada en el atractivo cuerpo de una hermosa pero demasiado triste joven de ya veinticuatro años viviendo en su pequeño y húmedo ático cercano al barrio gótico de Barcelona, se levantaba cada mañana sin más compañía sobre su cama que la de un gato negro y sucio que no era suyo pero que vivía con ella. Tras unas oraciones que parecían no ser escuchadas por nadie, y tras acariciarse suavemente las muñecas cubiertas de marcas y cicatrices fruto y recuerdo de sus peores noches de tristeza y depresión, la joven tomaba siempre una ducha de agua fría, pues la caliente fallaba a veces en el edificio y prefería no llevarse sorpresas desagradables. Luego se miraba al espejo y peinaba con delicadeza sus largos y preciosos cabellos castaño muy claro, casi rubios y a juego con sus expresivos ojos, y por unos minutos al día conseguía sentirse como una princesa bella y hermosa como la de aquellos cuentos tan distintos a su triste realidad. Desayunaba una rápida taza de café, recogía un poco las latas de cerveza y los ceniceros llenos de colillas de la noche anterior, comprobaba su correo electrónico, casi siempre vacío y en el cual solo recibía publicidad y mensajes de chistes graciosos y fotos de gatos vestidos como personas que le mandaba su mejor amiga casi semanalmente, y después de vestirse marchaba a su puesto de trabajo, aburrido y poco relacionado con lo que había estudiado, como suele pasar, viendo cómo día tras día sus creativas y grandes ambiciones morían poco a poco asfixiadas entre cuatro paredes de papeleo, formularios y monótona tristeza.

En esa oficina situada en el centro, se cruzaba cada mañana con su peor enemigo, su jefe, un hombre machista, desagradable y con un carácter rudo y muy opresor hacia sus trabajadores, a los que explotaba y humillaba sin misericordia alguna, siempre con un gran puro en la boca. Pero también encontraba allí, en el cubículo contiguo al suyo, a Claudia, la chica de las fotos de gatos, su mejor amiga y casi su única razón para sonreír en la vida. Juntas compartían la hora del almuerzo para hablar de sus problemas y mostrarse apoyo mutuo, y por las noches, al salir del trabajo, solían ir a algún

bar a beber algo y criticar a su jefe a escondidas. Claudia defendía que existían dos maneras de ahogar las penas que todo el mundo tenía: en grandes mares de lágrimas, o en pequeños vasitos de cristal. Sin duda, Claudia era más de las segundas que de las primeras. Tras haber perdido a su hermano y tener que buscarse la vida por sí misma, Julia se había sentido completamente débil e impotente ante el mundo en el que vivía. Pero Claudia, además de haberle ofrecido una valiosa amistad, le había servido también como ejemplo de superación. Se trataba de una mujer divorciada de tan solo treinta años, atractiva en su justa medida, de ojos verdes y cabello negro, con un carácter fuerte a la vez que tierno. Claudia no solo era capaz de soportar a tan espantoso jefe sino que, al mismo tiempo, mantenía tanto a su madre como a su pequeña y adorable hija, Carla, de no más de diez años, de la cual siempre presumía luciendo una foto de las tres generaciones, abuela, madre e hija, sobre su mesa de trabajo. Por todo eso y más, a Julia le gustaba tanto hablar y salir con ella.

La otra persona amigable que solía acompañarlas tanto en la oficina como en sus aventuras nocturnas para contarles chismes sobre su horrible jefe era el secretario del mismo, Andrés, un joven homosexual de veintisiete años, divertido y educado con todos, alto y delgado, con gafas de pasta y cabellos algo rizados, cortos y muy rubios, rozando el blanco de un albino. Como a todos, el jefe lo trataba a patadas, acercándose al sentido literal de la expresión. Muchos pensaban en la oficina que su jefe había contratado a Andrés únicamente para gritarle delante de los demás, pues ese hombre no solo era machista sino también de lo más homófobo. Pero tanto Julia como Claudia agradecían tener a ese muchacho lleno de ilusión en su despacho, pues no solo era sumamente eficiente y cumplidor en su puesto, lo cual sumado a su preocupación hacia todos hacía que el trabajo de toda la planta resultara menos costoso, sino que además valía un imperio como persona, al igual que Claudia y Julia. Los tres habían sufrido rechazo por sus seres queridos: los padres de Julia nunca la habían tratado bien y sus continuas peleas habían amargado su infancia por completo; los de Andrés no llegaron a aceptar nunca su condición de homosexual y eso le obligó a mudarse de Madrid a Barcelona, lejos de todo para cambiar de aires; y el marido de Claudia las había abandonado a ella y a su hija y nunca más habían sabido

nada más de él, ni ganas que tenía ella. Los tres amigos compartían todo lo que les ocurría y eso hacía su existencia un poco más amable y llevadera. Pero una vez volvía a su apartamento maldito, la vida volvía a ser igual de triste y miserable para Julia, encerrada en ese reino de latas de conserva, cervezas como método para conciliar el sueño, un consolador escondido en el cajón como único amante, y un gato que siempre parecía más feliz que ella misma.

Aquella noche, Julia volvía a su piso sabiendo que esta vez no necesitaría cervezas para poder cerrar los ojos y lograr descansar. Los tres amigos habían salido a tomar algo y, como casi cada jueves, se habían pasado de vueltas. Pero si ese era su único respiro en la dura rutina que los envolvía de forma agobiante, ¿por qué tenían que renunciar a él? Quizás por salud, aunque eso no les preocupaba mucho salvo a Claudia, quien quería ver crecer a su hija feliz y con su madre al lado. Julia se alegraba de ver a su amiga tan contenta al hablar de su querida hija. En su vida, en cambio, no había nadie por quien mereciese la pena tener cuidado, algo que en parte era triste y en parte liberador. Julia había desarrollado un carácter algo independiente y asocial tras tantos años viviendo sola. Era algo inevitable.

Andrés se ofreció a acompañarla en su coche esa noche, dado que él siempre era el más moderado a la hora de beber y también era el único que iba en auto a la oficina, pues Claudia solía tomar el metro y Julia, por su proximidad con el centro, iba dando un paseo que la ayudaba a superar las resacas mañana tras mañana. Pero a pesar de la hora que era, ella se había negado a que su buen amigo la acompañase, solo por educación. Claudia sí necesitaba volver en coche dado que los metros habían cerrado a esa hora y Julia insistió en que llevase a su amiga directamente y no a ella, pues el bar no estaba lejos de su ático y volvería caminando. Sin embargo, con cada paso que daba hacia su casa, deseaba más y más no haber rechazado la oferta de Andrés o al menos tenerlos a él y a Claudia a su lado en esos momentos. No se le había pasado por alto que un hombre con gabardina gris, camiseta azul de cuello alto, sombrero verde y gafas oscuras la había estado observando en el bar esa noche. Pero ahora la estaba siguiendo desde hacía ya un rato por la calle y eso sí la asustaba. ¿Podía estar imaginándoselo? ¿Podía ser que simplemente hiciesen el mismo extraño recorrido a la misma hora

intempestiva? Aceleró ella y aceleró él, torció en la primera esquina y él la siguió. Claramente la estaban persiguiendo. Su pulso se aceleró por momentos. Estaba sudando y sus pasos eran cada vez más torpes. Siguió corriendo, cada vez más rápido. Comenzaba a faltarle el aire, y un sentimiento desagradable y asfixiante se apoderó de su cuerpo por completo... Mientras corría desesperada y sin aire ni valor para gritar pidiendo auxilio, pudo ver a lo lejos no sin grandes dificultades una silueta pálida y desnuda, tumbada boca abajo contra el húmedo suelo, empapado a causa de la insistente aunque tranquila lluvia.

Capítulo V

Parecía que el corazón fuese a saltarle del pecho. Sin embargo, ahora no disponía de tiempo para socorrer a ese mendigo sin ropa que probablemente ya estuviese muerto por pulmonía o similar causa. A pesar de lo mucho que le costaba dejar de mirar a esa siniestra figura blanca, siguió corriendo y no se detuvo ni por un instante. Era evidente que el hombre del sombrero la perseguía y con malas intenciones, eso era lo único importante ahora mismo. Al pasar justo por el lado del otro hombre, el supuesto cadáver, Julia sintió por un momento como si su tobillo se helara, como si el mundo, ahora en blanco y negro, se detuviese allí mismo y no hubiese escapatoria alguna. Nunca había sentido algo tan inmenso, aterrador y profundo, como una bala que le llegaba directamente al alma. Los gritos del perseguidor hicieron que el mundo volviese a girar y recuperara su color de siempre, el gris. Julia sintió que, en medio de su agotadora carrera, ella había estado completamente detenida, inmóvil durante un tiempo difícil de determinar pero sin duda largo, muy largo. Ese extraño efecto la hizo tropezar y caer de frente contra el suelo lleno de charcos. El agua le salpicó en el rostro y se mezcló con sus lágrimas.

¿Lágrimas de tristeza? ¿Le sabía mal morir allí y ahora? ¿Acaso algo la ataba a la vida? Hacía años que pensaba que no. De hecho, el suicidio había rondado por su cabeza más de una vez y más de dos, tal y como atestiguaban numerosas cicatrices imborrables en sus brazos. Pero ahora, pensando que el final podía estar tan cerca de verdad, lo vio diferente. ¡De pronto no quería morir! Ese fue el peor momento para darse cuenta de lo valiosa que es la vida en realidad. El acosador, desquiciado por haber tenido que perseguir a su

presa tanto tiempo y de tan agotadora forma, embistió contra ella sin cuidado alguno. Al ver aquel cuerpo pálido y siniestro en el suelo, el hombre no optó por saltarlo por encima o rodearlo tal y como había hecho su víctima. Con un grito de desprecio y fuerza brutal, le pateó en el costado con la punta de su zapato.

—¡Aparta, borracho! —Gritó antes de quedarse en completo silencio.

A pesar del tremendo golpe que recibió, el cuerpo inerte no se movió ni un ápice. Aquello era físicamente imposible, pero a la vez del todo cierto. ¿Cómo no podía serlo si lo estaban viendo tanto Julia como su perseguidor con sus propios ojos? En lugar de moverse hacia un lado, o de gritar, o de hacer cualquier cosa, permaneció clavado contra el suelo en escrupuloso silencio. Un silencio que se rompió con el repentino grito de dolor del atacante, el cual no pudo evitar caer hacia atrás y llevarse ambas manos al pie, gritando de espanto y dolor como un crío desconsolado. Era terrible, un dolor fuera de toda medida, como de otro mundo. Cuanto más se acariciaba y frotaba la pierna, más fría y rígida la sentía por fuera, mientras que por dentro se apoderaba de él un calor tan insoportable como un infierno personal. Julia tampoco podía creerlo, y no habría querido quedarse allí para averiguar qué ocurría con ese siniestro ser. Pero el miedo o la curiosidad, o quizás ambas a la vez, le impidieron marcharse. Se puso en pie y permaneció allí quieta, contemplando el espectáculo que a punto estaba de dar comienzo ante sus ojos. Por una vez, aquella no sería una noche normal dentro de su monótona rutina. Para bien o para mal, estaba a punto de ver algo del todo increíble y que, si no fuese por la sensación fuera de toda medida que la envolvía, sin duda habría achacado al alcohol. Pero eso iba más allá, mucho más... Tragó saliva.

La figura pálida se puso al fin en pie, sin esfuerzo, como si flotara. No apoyó los brazos contra el suelo para elevarse. Durante su ascenso, sus pies apenas tocaban al suelo por las puntas de los dedos. Una vez quedó en firme posición, sí apoyó toda la planta en el asfalto y este tembló como por una sacudida de viento demasiado poderosa. Al descubierto quedó una figura atractiva a la vez que fuerte, de edad no superior a los treinta años de apariencia, con la piel blanca como la nieve y los cabellos largos, lisos y negros como una noche sin luna. Estos ondeaban al son de un viento

repentino y siniestro, el cual parecía estar tocando una melodía que acompañase a tan extraño personaje. El hombre pálido contempló a los ojos a su agresor, y este comenzó a gritar de forma totalmente desquiciada. Había perdido el juicio por completo. Sin poder ponerse en pie, metió una mano dentro de su gabardina y de esta sacó una pistola pequeña. Esa sola imagen desagradó por completo a Julia, quien odiaba las armas dado que fue una la que le arrebató a su querido hermano años atrás. Por eso no contaba con una en su casa a pesar de vivir sola y en un barrio a veces poco recomendable. Sin embargo, y a pesar del miedo que podía infundir en cualquiera el hecho de ser apuntado por un arma de fuego a tan corta distancia, la figura siniestra no se movió ni un ápice, ni pestañeó. Nada.

El estrépito de una bala al dispararse fue todo lo que Julia escuchó. El proyectil impactó de lleno contra el pecho bien trabajado del hombre pálido y de este comenzó a emanar un líquido negro y algo espeso. ¿Sangre? No se podía ver bien. Se llevó la mano a la herida sin mostrar dolor alguno y se acarició el pequeño boquete con el dedo, sacando la bala y dejándola caer al suelo. Acto seguido, se lamió la punta de su índice y pulgar bañados en sangre con cuidado y permaneció nuevamente inmóvil, sonriendo.

—¿Te ríes de mí?! —Gruñó furioso y desquiciado el mortal al tiempo que disparaba repetidas veces contra el monstruo que tenía en frente.

Pero las balas no le hacían nada. Incluso limitado a un cuerpo humano y privado de su auténtico ser, aquello era un juego de niños para él. Los proyectiles apenas desplazaron medio centímetro hacia atrás el hombro de la figura cuando dos de ellos le impactaron seguidamente en ese punto. El atracador continuó apretando el gatillo repetidas veces ante la sonrisa de su presa pero resultó del todo inútil. Se miraron fijamente a los ojos. Totalmente superado por la situación y ahogado por un terror sin precedentes, el delincuente se llevó la pistola a la sien y apretó el gatillo para acabar con su miedo de una ve por todas. Pero no encontró la escapatoria contra tan siniestro ser en ese último acto desesperado pues su arma se había quedado sin munición. Había vaciado el cargador y su objetivo seguía en pie, y ya no le quedaba ni la salida del suicidio. Estaba aterrado, sabía que iba a morir, estaba muerto en el momento en el que se había metido en la misma calle que esa cosa. Lo sabía, lo sabía y no podía hacer nada. Con un pequeño rugido

que pareció ser más bien una respiración profunda, los músculos del siniestro hombre pálido se desarrollaron un poco más de lo normal en su figura por unos momentos y todas y cada una de las balas que se le habían incrustado en el cuerpo saltaron al unísono, cayendo luego al suelo y causando un sonido curioso y hasta agradable. El misterioso ser recobró su forma y un escalofrío recorrió a Julia cuando este la observó de reojo y le dedicó una sonrisa pícaro, logrando que ella alcanzase un grado de excitación inusual y extraordinario. Quería ver más.

El hombre de largos cabellos negros, ya sin sonrisa en su pálido rostro, volvió a mirar al de la pistola y frunció el ceño. De pronto, la pierna con la que el hombre le había pateado cuando estaba en el suelo comenzó a descomponerse en pedazos, como si de la cabeza de un cigarrillo que se va consumiendo se tratara. El grito del inicial agresor era ya patético, ahogado, triste a todos los niveles, casi hasta infundía lástima, pero no en su verdugo. Este se acercó a él y lo agarró con una sola mano por el cráneo con suficiente fuerza como para elevarlo, logrando que sus pies no alcanzasen al suelo y que su figura, al lado de la del hombre siniestro, pareciese del todo insignificante.

—¡Mal... maldito monstruo! —Tartamudeó acorralado entre dos muros que lo llevaban solo a la muerte—. ¿Quién eres? —Se atrevió a preguntar—. ¿Acaso eres un demonio? —Continuó, causando una incontenible sonrisa en su pronto asesino.

—Yo... soy... Baal Zebub. —Respondió con una voz profunda y hermosa que terminó de enloquecer tanto al atracador como a Julia, solo que en sentidos muy distintos de la palabra.

Capítulo VI

Primero la cabeza y luego todo el cuerpo del agresor comenzaron a calentarse, elevando su temperatura hasta el punto de entrar en combustión interna y, posteriormente, externa. Su cráneo comenzó a deshacerse entre los largos dedos del diablo, y sus ropas empezaron a consumirse por unas llamas que venían de dentro del humano, no de fuera, y que no causaban ningún tipo de dolor en la poderosa figura a pesar de existir contacto directo entre ambos. Aprovechando un gesto de cabeza que sirvió para retirar una de sus largos mechones negros de su rostro, el demonio observó de reojo los grandes contenedores de basura que había visto antes y un simple pensamiento le bastó para que la tapa del de materia orgánica se abriese por su propio pie y de forma ni muy rápida ni muy lenta. Después volvió a mirar a su presa, aún viva pero del todo irreconocible por sus nuevas quemaduras y deformidades. Sonrió ante esa imagen. Con un gesto tan rápido como preciso, lanzó al hombre sin pierna por encima de su cabeza contra el contenedor, sin necesidad de mirar o apuntar, pues lo hizo con los ojos suavemente cerrados y mirando aún hacia adelante. El cuerpo, echando humo por todos sus poros, golpeó contra el interior de la tapa y cayó dentro del contenedor, donde comenzó a arder de forma indiscriminada. Algo que Julia no pudo ver dado que la tapa volvió a cerrarse, esta vez por la mera y simple fuerza de la gravedad.

El verdugo suspiró y se dio media vuelta. Ambos, él y Julia, se contemplaron a los ojos durante un tiempo difícil de determinar. A diferencia de en el caso del hombre armado, la muchacha no salió corriendo ni perdió la

cabeza al mirar a su repentino salvador. ¿Cómo había hecho todo lo que había hecho? ¿Acaso estaba alucinando? Sinceramente, le daba igual. Él se acercó a ella movido por una curiosidad que nunca antes había experimentado. ¿Qué era eso? Ella sintió una atracción sin precedentes a todos los niveles posibles de la palabra. El corazón le latía demasiado rápido, y eso le gustaba. El diablo se acercó a la joven y le tomó con delicadeza un mechón de cabello que descansaba sobre su hombro. Le parecía realmente hermosa: sus ojos expresivos como ningunos otros, su cabello con brillos casi dorado al recibir la luz de una farola, su piel anaranjada y suave, sus labios carnosos y con vivo color... Toda ella tan distinta a él, pálido, frío y de mirada muerta. Quizás esas diferencias hacían que no pudiera dejar de mirarla. Julia se puso de todos los colores posibles ante eso y cada rincón de su cuerpo comenzó a sudar mientras un hormigueo se apoderaba de sus zonas más íntimas. Su temperatura se elevó considerablemente y sus labios se prepararon involuntariamente para lo que tenía que venir, o más bien para lo que ella deseaba que viniese. Pero entonces, el hombre pareció bloquearse por completo y cayó al suelo inmóvil, rígido, ¿muerto? El estruendo que provocó al caer fue considerable.

Julia no entendía absolutamente nada, pero no podía dejarlo allí tirado después de lo ocurrido. Tampoco quería hacerlo. Se acercó al cuerpo y lo rozó con un dedo. Fue un extraño escalofrío el que sintió en ese instante que pareció durar una vida. Tras retirar la mano de forma instintiva y pensárselo muchas veces pero probablemente no las suficientes, tomó el cuerpo de su salvador con gran esfuerzo y lo cargó sobre su hombro derecho, arrastrándolo por las calles del barrio hasta llegar a su edificio, donde lo metió en el ascensor y ambos subieron al ático. Fue una suerte que, por extraño que pareciese en su bloque, el ascensor funcionara por una vez. La bombilla de su tejado no dejó de parpadear en ningún momento mientras ambos estuvieron dentro, y la imagen de ellos dos casi abrazos en el reflejo de uno de los tres espejos, en todas las paredes del ascensor salvo en la de la puerta, hizo que Julia no pudiese evitar sonrojarse todavía un poco más. Dejó el cuerpo sobre el sofá del pequeño salón de su apartamento, adornado por un par de cuadros, su modesta pecera y una ventana con balcón, y lo cubrió con una manta gruesa y algo áspera que tenía siempre por allí para cuando se quedaba

dormida viendo la televisión. Sin noción de nada, cargó consigo misma hasta su habitación y se dejó caer sobre la cama. ¿Qué haría con él? ¿Qué haría con todo lo ocurrido? Un hombre había muerto. ¿Era verdad lo que había visto? Lo único cierto en esos momentos era que nuevamente había bebido más de la cuenta. Ahora mismo, nada importaba en su cabeza, ya pensaría con mayor claridad mañana por la mañana. Julia nunca había tardado tan poco en quedarse dormida.

Capítulo VII

La cabeza le daba vueltas y más vueltas, pero parecía que comenzaba a recuperarse poco a poco. Empezaba a estar algo harto de despertarse tumbado en medio de lugares desconocidos y con aquel insistente malestar y tremenda debilidad acompañándole allá donde fuera. Al igual que como había hecho antes en medio de la calle, optó por abrir los ojos y observar su entorno. La luz del sol, filtrada a través de una persiana medio abierta, le cegó por un instante. Se llevó de forma natural una mano a la cara y con ella logró proteger sus ojos un poco, como mínimo hasta que se acostumbraron a aquella luz que hacía tanto que no veía, la luz de ese sol que no llegaba a alumbrar en el infierno. El techo sobre él era bajo, o al menos bajo en comparación con el límite del averno o con el cielo del mundo de los humanos. Estaba pintado de un color blancuzco que probablemente en sus buenos tiempos sí fue blanco puro. Una grieta divergente cruzaba su superficie en diagonal. Y allí en medio, colgado de forma aparentemente poco segura, descansaba un ventilador de cuatro aspas. La idea de que le cayese encima semejante armatoste le apareció inmediatamente en la cabeza, aunque sin duda existían más posibilidades de que se quebrase el aparato que no de que se le fracturase su cráneo humano. Al mover los hombros hacia uno y otro lado con tal de alcanzar mayor comodidad, pudo constatar que la superficie en la cual se hallaba sí era de su agrado, confortable y mullida. Se trataba de un sofá de color bermellón, algo hundido por los años pero, aún con todo, cómodo. La manta que le cubría era áspera. Esa sensación no le gustaba demasiado, de modo que se la retiró y la dejó caer sin mirar a dónde.

Sobre su pálido y bien definido cuerpo no había ni el más mínimo rastro de las heridas de bala de la noche anterior, pero sí una cicatriz imborrable en su costado producida por la punta de una lanza. El solo recuerdo aún le perseguía y enervaba. Al poco se percató de que estaba desnudo. ¿A quién le importaba? A él no, desde luego. ¿Podía ser que a la persona que habitase ese lugar le importase? ¿Podía ser que a él le importase que a esa persona le importase? Eso seguro que no. Pero ese razonamiento le planteó una nueva duda. ¿Quién vivía allí? Muy probablemente se tratara de la humana que se había cruzado la noche anterior, la histérica que se dedicaba a recorrer las calles a paso ligero con acosadores tras ella pero que luego tenía tiempo para quedarse a mirar como él deshacía una vida con sus propias manos. Una persona curiosa. ¿Estaría en casa? No podía sentir a nadie en las cercanías.

Sabiendo que allí tumbado no encontraría respuestas a sus preguntas ni el camino a casa, decidió moverse. Trató de ponerse en pie pero todo lo que logró fue rodar ligeramente hacia su izquierda, con tan mala fortuna que no se percató de que la cómoda superficie sobre la cual se hallaba terminaba al poco. Su cuerpo encontró entonces un vacío de no más de dos o tres palmos de altura, interrumpido únicamente por el canto de una baja mesa de madera negra que impactó contra su frente. Acto seguido cayó de morros contra el suelo de parqué. Quiso levantarse de inmediato, pero al alzar la cabeza chocó de nuevo con la mesa dichosa, en esta ocasión con la parte inferior del mueble, y volvió a quedar extendido en el suelo boca abajo. ¿Acaso se había vuelto estúpido o solo torpe? Ese pequeño último golpe terminó por despertarlo del todo, y entonces se dio cuenta de lo débil que se sentía en realidad. Aunque había habitado en el corazón de los hombres desde su creación, nunca se había encontrado tan materialmente en su mundo, un mundo que desde luego no era el suyo. Aquello causaba un desajuste general en su persona difícil de compensar. Resultaba obvio que no gozaba de sus plenas facultades, pero al menos lograría ponerse de pie y dar dos vueltas a ese pequeño piso.

Con esa idea en su mente, apoyó el codo en la baja mesa de madera que estaba a su lado y que le había logrado derrotar en dos ocasiones, e hizo fuerza para impulsarse y ponerse así en pie. Al sentir su peso, la mesa cedió y se partió por la mitad, causando gran estruendo a causa de todo lo que sobre

ella había. Pero él ya estaba de pie y eso era lo único que le importaba realmente. Sin molestarse ni en mirar el estropicio causado, anduvo hacia la primera forma de vida que encontró en ese lugar, una especie de acuario, una pecera rectangular situada sobre una gran cajonera mal cerrada. Cinco pequeños peces iban de un lado a otro, con sus caras de besugos, expulsando burbujas y más burbujas por sus pequeñas bocas. Resultaban tan cómicos... En un gesto impulsado por la curiosidad, introdujo la punta del dedo índice en el agua por la parte superior del acuario. Al momento, el agua se heló por completo y aquellas cinco pequeñas vidas se detuvieron para siempre. Menuda lástima. Sintiendo extraña empatía hacia aquellos seres insignificantes, retiró su dedo y el hielo recobró su estado líquido, pero ya era tarde para los pobres pececillos. Se encogió de hombros con gesto despreocupado y siguió buscando con la mirada. Al momento encontró una figura que le agradó sin duda. Un pequeño gato negro, sucio y con un aire siniestro lo observaba en guardia y con la cola inquieta. Él se agachó, quedando a nivel similar al del felino, y le hizo un gesto con el dedo, como si le estuviera pidiendo que se acercase a él. Ambos se aguantaron la mirada directamente a los ojos durante un largo rato con cara de póquer. El mamíferoladeó levemente su cuello y enfocó su mirada hacia los peces, quienes ahora flotaban aún cubiertos de escarcha en la superficie de la pecera. Después volvieron a mirarse el uno al otro y, de un rápido salto, el gato retrocedió una distancia considerable y abandonó el lugar, dejando al nuevo inquilino solo y en silencio. Ese animal lo había dejado en evidencia, aunque su reacción no era de extrañar viendo cómo habían terminado esos simples peces. Nadie querría correr nunca tan mala suerte, y para ello era conveniente que él se controlara y no dejase que su ser se fuese más allá de lo que su cuerpo de carne y huesos necesitaba.

Antes de causar ningún alboroto o escándalo público debía dar con la forma de huir de ese mundo de mesas y gatos y volver a su trono de príncipe de las tinieblas. Sin prestar la más mínima atención al resto de la casa, corrió a la puerta y trató de abrirla con un ligero forcejeo del pomo, pero estaba cerrada con llave. Él sabía cómo usar esos chismes, de modo que se dio media vuelta y comenzó a buscar y rebuscar en el mueble de cajones que se encontraba a sus espaldas, justo en frente de la entrada. Si existía llave para

aquella puerta, ese era el lugar más lógico para dar con ella. Poco tardó en comprender que cabía la posibilidad de que la propietaria de la casa viviera sola, y que por tanto llevase la única llave con ella. Maldita sea. De forma instintiva, se tornó nuevamente hacia la puerta con la idea fija de tumbarla de un único soplido. Pero al contemplar ese extraño lugar por última vez, pudo ver todos los estropicios que había causado ya en tan poco tiempo y un extraño sentimiento se apoderó de él. ¿Realmente quería tirar esa puerta? ¿A dónde iría luego? Quizás era momento de dejar de avanzar y pararse a pensar, ni que fuera por un momento. Tal vez tendría que esperar a que la joven que sin pedir nada a cambio lo había acogido regresara de donde quisiera que estuviese y le respondiera a algunas preguntas. Además, quizás le costaba reconocerlo, pero esa mujer tenía algo que sin duda despertaba curiosidad e interés en él, como una necesidad imperiosa de saber más, algún tipo de atracción imposible de describir pero también de pasar por alto. Había vivido una eternidad, no le costaría nada esperar unos minutos, o unas horas como mucho.

Decidió permanecer allí plantado, de pie frente a la puerta, hasta que ella regresara. Y así permaneció una hora, y dos, y tres... Completamente inmóvil, sin ni siquiera pestañear. El reloj de pared de la cocina le iba indicando el tiempo que llevaba sin hacer absolutamente nada de nada. Debía aguantar, eso era lo que se repetía en su cabeza una y otra vez. De pronto, toda la impaciencia reprimida por no saber qué hacer y permanecer allí plantado como un espantapájaros estalló y no pudo evitar moverse bruscamente, tirando de forma expresa un pequeño mueble más ornamental que útil contra el suelo con desdén. Investigaría el lugar. No descartaba la opción de dar con algo que lograra ayudarlo a matar el tiempo hasta que la mujer volviera y él pudiese salir de allí.

La casa no era especialmente grande. Siendo sincero, estaba seguro de que aquello podía considerarse sin lugar a dudas una vivienda pequeña, con un toque ruinoso que la hacía acogedora de alguna forma. Se encontraba todavía en la entrada. Una gruesa puerta de madera, una especie de basura cilíndrica de metal con un paraguas negro en su interior, y el mueble de las llaves, adornaban esa pequeña estancia que contaba además con un espejo de tamaño medio en el que uno podía observarse siempre antes de salir de casa.

Mirando en dirección a la puerta, a mano derecha había únicamente una puerta de cristal translucido que parecía no cerrar correctamente. Tomó su pomo de metal y la abrió con cuidado. El olor a humedad no invitaba a pasar. El suelo estaba cubierto de distintas piezas de ropa mojadas o por lavar y un par de electrodomésticos, lavadora y secadora, una sobre la otra. Era lo único a destacar de ese rincón de cuerdas y pinzas con ropa colgando de ellas. Pudo sentir que entraba aire por allí, dado que frente a él había una ventana basculante que daba al patio interior del edificio. Probablemente a la propietaria de la casa le convendría arreglar la puerta de esa sala ahora que llegaba el invierno. Daba lo mismo. Él no vivía allí y tampoco podía sentir ese frío. Y si podía sentirlo, tampoco le desagradaba. Lo que sí le desagradaba sin duda era el hedor de aquella habitación, de modo que salió de ella y regresó a la entrada, el punto de partida.

Ahora solo quedaba ir a la izquierda. Y allí fue. Justo al lado de la entrada, una pequeña estancia cuadrada, sin nada más que una lámpara colgada del techo, distribuía el hogar de forma más o menos ordenada. La primera puerta a su derecha daba al salón, aquella desordenada estancia en la que se había despertado hacía ya un buen rato con dolor en todo su cuerpo. Lo cierto era que, tras su paso, la sala lucía aún más espantosa de lo que debía ser normalmente. El sofá en el cual había dormido él, la butaca del rincón, la mesa hecha astillas, otra mesa, esta de plástico y plegable, tres ventanas en la pared del fondo, botellas... Ya había estado en ese lugar, y no le despertaba un interés demasiado grande como para volver a él.

La segunda puerta a la derecha, o lo que era lo mismo, la puerta de en medio del distribuidor, era la habitación de la inquilina de ese piso. No podía ser de otra forma. Tras terminar de abrir la puerta, se atrevió a cruzarla y se adentró en ese cuarto no muy grande y de techo inclinado, la habitación de la desconocida. Una sensación poco agradable le golpeó como una suave pero inquietante brisa de aire. Lo primero que vio en aquella cámara fue una cruz tallada en madera oscura colgada al lado de la puerta de entrada. En ella había un Cristo de mirada agonizante e infinitamente expresiva a pesar de la mala calidad del tallado. Ambos se aguantaron el uno al otro con marcada profundidad. ¿Así veían los humanos al Dios que lo había expulsado a él del cielo? ¿Débil e indefenso? ¿Por qué le miraba así? ¿Qué esperaba? ¿Que lo

descolgase de allí? La muerte en la cruz, una de esas cosas que nunca había querido entender. Con aire indiferente, se lamió la punta del dedo índice y lo apoyó en la base de la cruz. Con elegante y armónico gesto, hizo rodar dicha cruz sobre la pared hasta que la figura quedó del revés, con la cabeza abajo y los pies arriba. A pesar de tener solo un clavo, la estatua permaneció así, sin volver a su posición original. Sonrió. Ahora que podía sentirse más tranquilo allí dentro, decidió centrarse en el resto del cuarto.

Había una cama en una de las esquinas, grande como las de matrimonio pero con solo una almohada, lo que llevaba a deducir que la mujer vivía sola. La cama no estaba hecha y sobre ella descansaba una pila de ropa femenina mal doblada que se precipitaba en parte hacia el suelo. Al lado de la cama reposaba una pequeña mesita de noche con una lámpara redonda de aquellas que se encendían al pulsarla, una fotografía y también una estampa. Frunció el ceño y anduvo hacia allí. Sin poder evitar la tentación, colocó su dedo índice sobre la lámpara y lo hundió con fuerza. Esta se encendió. Volvió a hacerlo y se apagó. Repitió el proceso varias veces hasta que se dio cuenta de que estaba haciendo el estúpido. La estampa, apoyada contra el marco de madera de la fotografía aún por estudiar, resultó de especial desagrado para sus ojos. Una virgen de aspecto dulce y cariñoso sostenía en brazos a un adorable bebé. ¿Qué ocurría? ¡Había ido a parar al piso de una auténtica devota! Menuda suerte la suya. Agarró la postal con la mano bien abierta y la arrugó, convirtiéndola en una bola de papel que de pronto se prendió por sí sola, viéndose reducida a la nada. Con gesto infantil abrió nuevamente su mano y sopló con ilusión, haciendo volar como confeti los restos de aquel papel indeseable. Ya solo quedaba un objeto al que someter a interrogatorio sobre aquella pequeña mesa. Se trataba de una fotografía, no muy grande, de unos veinte centímetros de ancho y quince de alto. El marco era de madera bien cuidada, casi brillante por el barniz, y en la foto aparecían, tumbados en el suelo de un parque y tomados por los hombros con gesto entre fraternal y amoroso, afectivo en resumen, una joven atractiva de alguna forma y un hombre no mucho mayor que ella, con el pelo corto y barba de dos días. Guardaban cierto parecido el uno con el otro. Se les veía felices en aquella estampa inmóvil. ¿Esa era la muchacha que lo había acogido la noche anterior? Sí, era ella, algo más joven pero era ella.

Sin saber por qué, permaneció unos instantes contemplando aquella fotografía. Más concretamente, no fueron unos instantes, sino varios minutos, quizás demasiados. Y siendo más específicos aún, no fue mirando esa fotografía en conjunto, sino los ojos de la joven que en ella aparecía. Movido por un instinto incomprensible, tomó la foto y rompió el marco por detrás, sacando así el papel y dándole la vuelta. En el dorso aparecía, con preciosa y femenina caligrafía, un par de nombres, Julia y Roberto, y una fecha, el veintidós de diciembre del año dos mil siete después de Cristo. La joven se llamaba Julia. No había nada más que ver allí, ni siquiera sabía por qué había abierto el marco y mirado en el reverso de la fotografía. Pero ya estaba hecho. Lo dejó sin arte sobre la mesa y contempló el resto de la habitación. No había nada fuera de lo normal. Un gran armario cubría una pared entera. Otra de ellas estaba tapada por una estantería de madera vieja, que no quedaba llena por completo a pesar de contar con algunos grandes clásicos de la literatura de los hombres. Una mesa cubierta de libros reposaba contra el último de los muros de ese cubo, a modo de escritorio y cubierta de folios y carpetas mal ordenadas. Al lado de dicha mesa se hallaba una silla también llena de ropa, al igual que la cama. Desde luego se trataba de un sujeto que no parecía sentir gran pasión por el orden o la limpieza en general. Del tejado colgaba una lámpara que parecía poder ceder y venirse abajo en cualquier momento. Y al lado de la ventana corredera, había un móvil compuesto por finos hilos y piezas de cristal de colores diversos que golpeaban entre sí con suavidad a cada brizna de viento que soplase en la habitación y producían un sonido nada indeseable.

Solo quedaba una cámara por investigar, la puerta de la izquierda de la salita central. Era la cocina, no podía ser muchas más cosas. Tenía una nevera-frigorífico, un microondas, un pequeño armario alto con un puñado de platos y vasos de cristal, y un cajón lleno de cubiertos de diferentes modelos, unos fogones y una mesa de mármol vieja y mal cuidada. Viendo todo el piso, ese era sin duda un problema menor. También había un segundo armario, mayor que el primero en el que apenas había nada dentro. Abrió la nevera. La mayoría de los alimentos que esa mujer debía consumir estaban allí dentro: fruta, bebidas, latas de conservas, congelados y conservas... Fue al ver todo aquello cuando sus tripas emitieron un gruñido casi cómico.

¡Maldito Mefistófeles! Lo habían convertido en hombre con las debilidades mundanas que eso significaba. Sabiendo bien lo que buscaba, abrió uno de los cajones de la nevera y de él sacó una manzana roja como la sangre y de aspecto sin duda apetitoso. También tomó con dos dedos el cuello de una botella de cerveza, empapada por el frío, y se la llevó con él. Con ambas manos ocupadas, cerró la puerta de la nevera con un movimiento seco de cadera y le hincó el diente con gran fruición a aquella atractiva fruta. Una sola uña fue todo lo que necesito para hacer saltar el fino tapón metálico de la cerveza, el cual cayó al suelo causando apenas ruido. Se concedió un trago largo, pero se contuvo con tal de no terminarse su bebida demasiado rápido.

Dio dos vueltas sobre sí mismo. ¿Ya había visto toda la casa? Le faltaba algo, un baño. Al momento retomó sus pasos y estos lo llevaron de nuevo a la habitación de la chica. Podía parecer absurdo, pero le gustaba conocer hasta el último detalle del lugar en donde se encontraba. Estar de turismo en el mundo de los vivos podía no ser tan aburrido. Se dirigió al gran armario de dos pórticos y, tras apurar la cerveza y hacer lo mismo con la pieza de fruta, abrió ambas puertas, separadas por una lámina de madera, de par en par. La de la izquierda sí daba a un conjunto de perchas y cajones llenos de ropa vieja a rebosar. Pero la de la derecha llevaba a una última habitación, un baño. Sus baldosas eran, a su parecer, de un azul demasiado oscuro para cubrir una habitación por completo. Había un váter sorprendentemente limpio teniendo en cuenta el estado del resto de la casa. Había también una pica, un espejo nada pequeño y un armario sin puerta colgado de la pared en el interior del cual se repartían el espacio baratos productos de belleza y cuidado personal con elementos propios de un botiquín, como el alcohol etílico o las gasas. Tomó la botella de alcohol etílico y le dio un trago sin pensárselo. Sabía raro. Ahora más que nunca echaba de menos beber esencia de pecadores en su cáliz negro.

Un sentimiento de profunda nostalgia se apoderó de él mientras contemplaba esa botella blanca y de etiqueta roja con la gradación del contenido estampado en ella. Tras ver que sentía algo parecido a la tristeza o la añoranza, se miró en el espejo y, acto seguido, una enorme grieta se abrió en este, cruzándolo de una esquina a la otra de un único rayazo y dividiendo la pálida figura en dos mitades asimétricas. Una gota de agua cayó de pronto

sobre su frente. Alzó la mirada y una segunda gota impacto con pesadez sobre una de sus cejas. Por lo visto, la muchacha tenía goteras en el baño. Miró a su alrededor. También había una bañera notablemente grande incrustada en una esquina del cuarto, y un cubo y un palo de fregar en otra. Le daba igual. Dejó la botella y se marchó de allí.

Dando vueltas sin rumbo por ese reducido espacio al que se había terminado viendo evocado y confinado, un repentino sonido, el ruido de un timbrazo sordo desde la puerta, lo arrancó de pronto de sus profundos pensamientos. Guiado por pasos ciegos, se dirigió hacia la puerta, tomó el pomo, y la abrió de cuajo con muerte en la mirada y tristeza en su expresión. Un hombre de aspecto más bien relleno, prácticamente del todo calvo, rudo y no muy preocupado por su apariencia, se presentó ante él. Portaba aire confiado, casi dictatorial. Esa actitud no le gustaba nada a Baal. Pero al mirarse el uno al otro a los ojos, la frente del señor de no más de cincuenta años comenzó a sudar y sus piernas y párpados a temblar prácticamente al unísono. Permanecieron en silencio un rato. No había forma de romper con esa situación. ¿Por qué llamaría a la puerta si no tenía nada que decirle? ¿O quizás era que de pronto sentía tanto miedo que ya no le salían las palabras? Pudo escuchar claramente como el hombre, quien parecía a cada instante más y más débil, tragaba saliva acosado por una sensación de ahogo o miedo causada por la mera presencia del pálido y desnudo personaje. De pronto, el hombre retrocedió un par de pasos de espaldas, se dio media vuelta y se fue. Primero a paso lento y, cuando estuvo un poco lejos, a grandes zancadas, como si su vida dependiera de ello. Él se encogió de hombros y fue entonces cuando se percató de que había abierto la maldita puerta por fin. Contempló el pomo en su mano, ajustó la puerta con suavidad y volvió al sofá de la sala en el cual decidió sentarse a esperar, impulsado por una voluntad invisible que parecía tenerlo en jaque desde que había entrado en contacto con ese mundo, con esa mujer...

Capítulo VIII

Estaba resultando ser una jornada insufrible para Julia en la oficina, y todavía faltaba más de una hora para el descanso de la comida. La idea fija de seguir allí sentada, en su cubículo cada vez más desordenado, haciendo un trabajo que ya no recordaba ni cuál era, durante más de una hora antes de poder parar a descansar y comer algo con sus amigos, era algo difícil de soportar. La gente en el despacho iba arriba y abajo, cargando papeles, hablando en voz alta, haciendo llamadas por teléfono... Un agobio máximo. Siempre era así en la oficina, pero hoy le molestaba de modo especial. Se sentía demasiado extraña esa mañana. Una sentimiento mezcla de enfado, impotencia y frustración parecía dominar su alma por completo. Era como si, de pronto, no supiese cuál era su lugar en el mundo. Ahora no podía estar segura ni de su propio nombre, y eso la hacía sentirse muy furiosa, ya no triste, sino furiosa. Pero por otro lado, un gigantesco miedo a que esa repentina rabia saliese a la luz la ayudaba a mantenerse sentada en su silla poco cómoda. ¿Por qué se sentía así? ¿Por qué ahora? No dejaba de pensar en el hombre que había dejado en el sofá de su casa sin ordenar. Extraños y difuminados recuerdos de la noche anterior seguían acosándola de forma insistente. Y aunque sabía que el exceso de alcohol era la única respuesta lógica a lo que creía haber visto, seguía habiendo algo en ese hombre que no parecía normal en absoluto. ¿Quién sería? Pensar en él la ayudaba a no ponerse a gritar como una loca.

Julia no se percató de que, mientras contemplaba en absorto silencio una pila de papales de más de un palmo de alto colocados sobre su escritorio, el jefe le estaba dedicando maleducadas señas desde su despacho a parte,

indicándole que viniese allí de una maldita vez. Por suerte, Claudia sí se dio cuenta de ello y no dudó en moverse de su mesa, adornada como siempre por la foto familiar, y caminar hacia su amiga. Con gesto cariñoso e ignorando las exigentes prisas del ogro que tenían por jefe, Claudia le acarició el hombro a su amiga y esta pareció volver en sí, al menos en parte y tras un gran sobresalto.

—Julia, ¿te encuentras bien? —Le preguntó ella con gesto marcadamente preocupado y hasta maternal.

Julia tardó en responder, como si no supiese que debía o quería decirle a su amiga. Podía estar triste o furiosa, pero nunca lo pagaría con Claudia. Ni siquiera permitiría que se le notase en exceso.

—Sí. Sí, estoy bien. —Dijo al fin restándole importancia a su estado con tal de no preocupar a su mejor amiga.

—El jefe te está llamando. —Se atrevió a hacer notar al fin Claudia.

—¿En serio? Vaya, no me había dado cuenta. Lo siento. —Se disculpó sin mucho ánimo al tiempo que lograba ponerse en pie, no sin ayuda de su mesa como apoyo, y tomaba ese montón de folios con ambas manos y mucho cuidado.

—No te preocupes. Si necesitas algo, ya sabes. —Le dedicó una sonrisa consoladora.

—Sí. —Agradeció Julia al tiempo que asentía con la cabeza e iniciaba su andadura hacia el despacho del fondo, el del jefe, más grande y separado del resto por muros de cristal con una puerta de madera.

Mientras caminaba con gesto dudoso, casi temblando, hacia su jefe, tanto Claudia como Andrés dejaron estar sus quehaceres y no pudieron evitar enfocar su mirada, de la forma más disimulada posible, la cual no era mucha, en su amiga Julia. Esta anduvo a través de toda la planta hasta llegar a la puerta del jefe y giró su pomo redondo con cuidado. La puerta hizo un ruido molesto al abrirse, un ruido que nunca ayudaba a la concentración cuando uno estaba en pleno trabajo en su cubículo pero que, por otra parte, lograba evitar un incómodo silencio inicial al entrar al despacho del jefe. El jefe, como todos lo llamaban casi por miedo a pronunciar su nombre, era un hombre ancho y de grande figura. Debía rondar los cincuenta años. Vestía siempre una camisa de rayas mal planchada y un traje negro que no le iba

exactamente a la medida, lo que le otorgaba un aspecto que intentaba ser elegante, superior, pero que no lo conseguía. Tenía los ojos oscuros y casi fuera de sus órbitas, algo que hacía difícil aguantarle la mirada por demasiado tiempo. Y su cabello era negro y algo canoso. A nadie le gustaba tener que ir al despacho del jefe.

—¿No me has oído las primeras veintidós veces que te he llamado? — Preguntó con desprecio, utilizando de forma expresa ese número que sabía que a Julia le traía tan malos recuerdos de forma despiadada.

—Lo siento. —Murmuró ella sin atreverse a alzar la mirada, con conocimiento de que toda la planta la estaba observando a sus espaldas, sintiendo lástima por ella y a la vez alivio por no estar ellos en su lugar ahora mismo.

—No te he oído. —Continuó él inclinándose de forma torpe hacia adelante—. ¿Tanto tiempo necesitas para mover tu culo hasta mi despacho cuando te llamo? —Continuó alzando la voz lo justo para que se le oyese desde fuera, pero no bastante como para parecer demasiado enfadado, tratando de aparentar que nada le importaba aunque no fuera así, pues de su autoridad dependía su fuerte ego.

—Lo siento. —Repitió ella con el mismo tono monótono y triste.

—Lo siento, lo siento... —Repitió él asqueado—. Tú siempre lo sientes. —Continuó con sus claras muestras de desprecio hacia la joven—. Dame eso. —Dijo de pronto tomando los informes que Julia le había estado preparando y hojeándolos demasiado rápido como para poder fingir que los estaba leyendo de verdad—. Esto no es lo que te pedí. —Espetó de pronto.

—Sí... Sí que lo es. —Se justificó ella, sabiendo que había hecho bien ese trabajo que tanto le había costado.

—¡A mí no me corrijas! —Rugió de pronto arrojando toda la pila de papeles al suelo, ante los pies de una Julia al borde del llanto y con la mirada aún clavada en sus propios pies.

El jefe dejó escapar una leve sonrisa burlesca al ver que una vez más había logrado reafirmar su superioridad ante sus empleados. Haciendo un gesto exagerado para moverse hacia un lado y ver más allá de Julia, alzó entonces la mano como si estuviese llamando con malos modos a un camarero en un bar.

—Tú, ¡ricitos de oro! —Llamó la atención como siempre a Andrés—. Ven y recoge este estropicio. Tu amiga no solo no sabe hacer bien su trabajo sino que además es un poco torpe, la pobre. —Explicó mientras el joven se adentraba en la caverna del jefe y, con gesto triste por su amiga y humilde ante su jefe, recogía los papeles con cuidado—. Buen chico. —Se burló el jefe indicándole que tirara todo eso a la basura de su despacho—. Ahora lárgate. —Le ordenó—. Y en cuanto a ti... —Prosiguió mirando nuevamente a Julia—. No sé qué voy a hacer contigo. A veces no entiendo ni qué haces en esta empresa. ¿Sabes que te estoy haciendo un favor enorme permitiéndote seguir aquí, verdad? ¿Y que no tendría por qué hacerlo? A ver si comienzas a agradecerme como es debido. Solo te pido que...

Las palabras del jefe se perdieron en un horizonte invisible. Julia ya no le escucha, volvía a estar absorta por completo. Seguía pensando en lo ocurrido la noche anterior. Eso sí tenía importancia, y no los estúpidos y despectivos insultos de su jefe hacia ella y su amigo Andrés. ¿Qué tendría que hacer? La imagen del hombre pálido levantándose desnudo por completo en medio de la calle y acabando de tan extraña forma con su perseguidor como hizo, y luego dedicándole una sensual sonrisa a ella eran recuerdos que no lograba sacarse de la cabeza. Era como si el hecho de haberle visto y no tenerlo ahora mismo cerca la ahogase. Ojalá ella pudiese ser tan libre, tan fuerte... La profunda tristeza que la había acompañado desde que la alarma de su teléfono móvil la había despertado a primera hora comenzó a prender y a convertirse en fuego. ¿Cuánto más aguantará con esta vida? Nada.

—¿Me estás escuchando? —Preguntó con tono furioso el jefe.

—¡Es imposible no escucharte! ¿Quieres hacer el favor de callar de una maldita vez? —Gritó ella de pronto, dejando muda a toda la planta, causando sorpresa en general, una sonrisa de inconsciente orgullo en sus dos amigos, y una indignación enorme en el ahora desautorizado jefe.

Capítulo IX

—¿Cómo has dicho? —Preguntó para corroborar lo que sin problemas había entendido.

—Sabía que tenía un jefe opresor y arrogante, pero no sabía que también fuese sordo. —Replicó ella burlesca.

—¡¿Qué te has creído?! —Se puso entonces en pie, dejando caer hacia atrás su silla y causando gran estruendo.

Maldición. Ahora sí que la había hecho buena. ¿Cómo se le había ocurrido hablarle así al hombre que le pagaba el sueldo cada mes? Julia sabía ya que pensar en eso no tenía sentido. Había comenzado y ahora llegaría hasta el final. Estaba disfrutando con eso. Todo lo que había callado siempre, toda la opresión que había tenido que soportar en el mundo, estaba siendo descargada ahora contra ese mal hombre.

—Pues que tiene razón. Yo tampoco sé qué diablos estoy haciendo en esta oficina del infierno trabajando para un ogro como usted. No me gusta este trabajo, no tiene nada que ver con lo que realmente desearía hacer, el sueldo es un chiste y usted no me cae bien. —Descargó entonces.

—¡Maldita niña! Lárgate ahora mismo a tu casa y date cuenta de lo estúpida que has sido gritándome de esta forma. Y si me pides perdón y me muestras el respeto que merezco, quizás el lunes te deje seguir con tu inútil puesto. —Intentó aparentar condescendencia para ocultar que Julia era realmente importante en su empresa y no podía permitirse el perderla.

—No se preocupe, que ya me iba. Y recogeré mis cosas, ¡para siempre! Estoy harta de usted y de todo esto.

—Insolente mocosa. ¡Fuera de mi despacho!

—Hasta nunca. —Se despidió ella con sonrisa burlesca y marchándose del despacho sin cerrar la puerta, algo que sin duda molestaba al jefe, como última venganza.

El ruido de sus pasos se fue alejando cada vez más de la planta hasta perderse por completo en las escaleras del edificio. Julia se fue de allí por todo lo alto, sin trabajo ni dinero, pero con una sonrisa triunfal y una mirada de satisfacción que quiso dedicar, obviamente, a Claudia y Andrés, el único buen recuerdo que se llevaba de ese despacho. Todo el mundo permaneció en atónito silencio durante demasiado rato. Habrían querido ponerse a aplaudir todos al unísono tras la salida de Julia, pero no eran tan inconscientes o quizás tan valientes como ella, y necesitaban esos puestos de trabajo para vivir. Aún así, Claudia miró a Andrés y le alzó el pulgar en gesto de victoria, a lo que él respondió alzando los dedos índice y corazón con gesto de idea similar al de su amiga. Ahora mismo no podían pensar en el gran error que había cometido Julia, sino en que había sido capaz de decirle a su maldito jefe lo que todos pensaban pero nadie se atrevía a pronunciar dentro de la oficina. El hombre tomó asiento otra vez y se llevó las manos a la cabeza. Sabía que, aunque solo fuera de reojo, todos lo estaban mirando. No podía escuchar el sonido de los teclados de ordenador siendo utilizados.

—¿Qué pasa? ¿Aquí no se trabaja? —Rugió con ferocidad, logrando que todos reanudasen sus faenas pero sin conseguir que el recuerdo de aquella humillante discusión que le había arrebatado su temible autoridad se borrara de la mente de nadie allí.

Julia salió al fin del edificio y se encontró en medio de la calle, cerca del centro, entre la gran Plaza de Cataluña y el siempre bonito y majestuoso Paseo de Gracia. A pesar de no estar a demasiado rato caminando, aquella calle y la suya no se parecían en nada, salvo en que las dos eran calles. La calle... Sí, allí era donde estaba. Estaba en la calle. El sentimiento de euforia se había ido esfumando poco a poco con cada escalón que había descendido desde su oficina hasta allí y ahora se sentía estúpida por completo. Una sensación aterradora se apoderó de ella rápidamente, como si algo la estuviese ahogando desde dentro y la dejase sin aire. Temblaba, temblaba de pura inseguridad, sin saber qué haría a partir de ahora. ¿Por qué había tenido

que ponerse así? ¿Por qué no había podido callarse y tragar como hacía siempre? ¿Por qué no había podido ser una niña buena una vez más? ¿Por qué esa repentina necesidad de hacer lo que realmente deseaba? Y lo más preocupante de todo, ¿por qué si se acababa de quedar en la calle sin trabajo ni esperanzas no se arrepentía realmente de lo hecho, sino que se enorgullecía de un modo que nunca antes había experimentado? No entendía nada. Su mirada pareció comenzar a nublarse. Las piernas le fallaron y, finalmente, se fue al suelo.

Capítulo X

Cuando Julia volvió a abrir los ojos, se encontró a sí misma en un establecimiento de comida rápida, una famosa cadena estadounidense de hamburguesas y bebidas. Estaba sentada con cuidado en una silla de plástico mientras una mujer ancha y de rostro extremadamente apacible le ofrecía un refresco de cola con gas, algo sin duda bueno para los mareos. Sin decir nada pero agradeciendo el gesto con un leve movimiento de la cabeza, Julia tomó la botella y comenzó a beber. Tenía mucha sed, nunca había tenido tanta que ella recordase. La botella de cristal con sugerentes curvas apenas le duró un trago a la joven.

—Parece que ya haces mejor cara. —Observó la atenta dependienta del establecimiento, ofreciéndole ahora una servilleta con la que Julia se secó su sudada frente.

—Gracias. ¿Qué ha pasado? —Quiso preguntar aunque realmente ya lo sabía.

—Estaba yo fuera sacando unas bolsas de basura a los contenedores del callejón de al lado cuando, de repente, he visto que te quedabas tiesa y te ibas al suelo. La gente se ha puesto muy nerviosa y te hemos traído aquí. ¿Estás mejor? —Preguntó acariciándole la mejilla con confianza extrañamente agradable, nada intimidatoria.

—Sí, creo que sí. —Trató de sonreír con tal de contener unas lágrimas a cada instante más difíciles de reprimir—. Por cierto, ¿cuánto le debo? —Preguntó haciendo referencia al refresco.

—Nada, guapa. Nada. —Insistió la mujer.

—Gracias. —Dijo con extrema sinceridad Julia, ahora que su fuente de ingresos se había agotado por completo.

—¿Te pasa a menudo? Lo de los desmayos, digo. —Curioseó la mujer.

—No, creo que esta ha sido la primera vez, que yo recuerde. —Mintió Julia, quien era capaz de recordar sin problemas el día en que le enseñaron el cuerpo sin vida de su hermano mayor, con una bala incrustada en la cabeza, y ella se desmayó al instante como en esta ocasión, con la diferencia de que ahora solo había perdido el trabajo.

—Suerte que no ha sido nada. Yo tengo una hija, de nueve años, muy mona la pobre, a la que le pasa a menudo. Los médicos dicen que son crisis de ansiedad. —Explicó con extrema sencillez y una sonrisa en el rostro.

—Ha de ser bonito tener una hija a la que cuidar. —Quiso ser amable y dar tema de conversación.

—Bueno, yo tengo una hija y dos hijos. Los niños son de siete y tres años, unos trastos. —Explicaba con marcada ilusión al tiempo que sacaba de su monedero una foto en la que aparecía ella con los tres críos y un hombre también algo rollizo y con cara de buena persona, el cual evidentemente debía ser su marido y el padre de los niños—. Son un sol todos juntos. —Sonrió antes de seguir hablando—. ¿Tú tienes hijos? —Preguntó.

—No. —Respondió casi con dudas Julia.

—Bueno, es lógico. Aún eres muy joven. —Rio la señora—. A tu edad hay que estar con los padres, no con los hijos. —Continuó.

—Ya, sobre eso... Tampoco tengo padres. —Confesó de pronto sin saber bien por qué hablaba tanto.

—Pobre hija. —Lamentó—. ¿Y qué tienes? —La acarició en el hombro.

Julia miró nuevamente la fotografía sobre la mesa del restaurante y se dio cuenta de que ella no tenía nada: ni familia, ni trabajo, ni sueños... Nada. De pronto, se puso en pie y abandonó el establecimiento corriendo, con pasos torpes pero rápidos, los ojos inundados de lágrimas y la mirada clavada contra el suelo. La sorpresa de la dependienta se mezcló con un sentimiento de culpa o lástima difícil de clasificar. No había mucho que pudiese hacer en esa situación, salvo ver cómo la joven muchacha desaparecía en las calles de Barcelona dejando únicamente un rastro de lágrimas tras su paso. Julia llegó a su edificio como si alguien la estuviese persiguiendo, aunque no fuera hoy

el caso, y se apresuró a entrar lo más rápido posible. Una vez estuvo dentro, cerró la puerta con marcada prisa y se apoyó en ella. Estaba completamente desolada. Ese era uno de aquellos días en los que habría sido mejor no levantarse. Ahora se sentía mal por haber dejado de esa manera a la mujer que la había socorrido tan amablemente en su desmayo, pero no había podido evitarlo y pensar en ello tampoco le haría ningún bien. Aún así... Julia se mordió el labio inferior con rabia y trató de contener las lágrimas y respirar hondo. Parecía que comenzaba a calmarse un poco. Aunque resultaba una sensación ilusoria, era lo único que tenía ahora mismo.

Con los ojos hinchados de tanto llorar y la mirada perdida sin saber bien dónde, reanudó sus pasos y subió los peldaños de su escalera uno por uno, sin dejar de apoyar su delicada mano en ningún momento contra la barandilla lateral de la escalera. Finalmente pudo ver la puerta de su piso. Estaba mal cerrada, descolgada en parte y sin pomo. ¿Había entrado alguien a robar? ¿O tal vez había sido el hombre pálido en un intento desesperado por salir de allí y evitar que la inquilina le contagiase su mala suerte? ¿O quizás había sido el casero, furioso por la tardanza en unos pagos de alquiler que difícilmente se producirían ya algún día? En cualquier caso, le daba igual. Ya todo le daba igual. Sentía que podría morir ahora mismo y no le importaría en exceso ni a ella ni a nadie. Solo sentiría lástima por su gato que no era suyo en realidad. Pero, probablemente, el felino no tardaría ni dos noches en encontrar a alguien mejor a quien pedirle platos de leche. Cuánta miseria.

Finalmente se atrevió la joven a adentrarse en aquel piso en el que había vivido quizás demasiado pero que, sin embargo, hoy le parecía tan distinto. Rápidamente pudo comprobar los estropicios de la entrada, no solo la puerta, sino también su pequeño mueble. Sin inmutarse ni un poco por todo aquello, dejó caer las llaves sobre la mesilla hecha astillas y de allí rebotaron contra el suelo, causando un sonido típico. Julia no se molestó en agacharse a recogerlas. ¿Para qué? Si ya no tenía puerta que cerrar con ellas. Dejó su bolso también en la entrada, junto al cubo del paraguas, y caminó hasta el salón. La mesa hecha pedazos o la pecera fría y habitada solo por cadáveres de peces que alguna vez habían sido alegres y coloridos seres no le sorprendieron lo más mínimo. Se sentía más muerta que viva y no podía evitar pensar nuevamente que quizás era ya hora de terminar con todo al fin.

¿Había perdido la capacidad de sorprenderse de la vida? No del todo. Si no, no se habría extrañado al ver a ese apuesto hombre sentado de forma paciente sobre su sofá. ¿Por qué seguiría allí? ¿Querría algo en especial? Él se percató de su presencia y ambos se aguantaron la mirada con profunda indiferencia, casi infinita. Él bajó la cabeza y ella retomó sus pasos por el resto de la casa, viendo todo lo que había ocurrido en su pequeño piso mientras ella no había estado allí. Extrañado por ver las muy diversas formas que tenían los vivos de reaccionar ante su presencia, no pudo evitar ponerse en pie y seguirle los pasos a la muchacha recién llegada. Ella lo ignoró por completo.

Ambos se dirigieron a la habitación de Julia. Estaba hecha un caos. La impaciencia y curiosidad del hombre pálido se habían apoderado de todo el piso por completo. Julia se percató rápidamente de que el crucifijo de su habitación estaba invertido. Sin embargo, cuando trató de ponerlo como antes, no logró moverlo ni un ápice. Miró a su acompañante y este encogió los hombros con una sonrisa burlesca. Ambos se aguantaron la mirada otra vez. De pronto, el sonido de un trueno solitario pero poderoso en medio de ese despejado día los sorprendió a los dos. Todo en la habitación pareció temblar por un instante y, a causa de ello, el crucifijo recobró su posición inicial. Baal alzó la mirada y sonrió con gesto desafiante a un cielo que no podía ver por culpa del techo del apartamento. Ella demostró lo poco que le importaba todo eso y se dirigió a su cama. Él permaneció apoyado contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados y aire de suficiencia en la mirada.

De pronto, todo cambió. Julia se acercó a su mesilla y pudo ver que alguien había roto el marco de su fotografía junto a Roberto y había arrugado esta en parte. Una furia incontenible se apoderó de la joven, igual que había sucedido hacía no mucho en la oficina. Julia miró al hombre pálido pero este no hizo nada de nada. ¿Qué sentido tenía eso? ¿Por qué le estaba mirando así? ¿Había dejado todo su piso hecho una pena y lo único que le importaba era aquella maldita fotografía? Julia se acercó a él y, con cada paso, su rabia fue creciendo más y más ante la indiferente mirada del hombre. Entonces, y sin mediar palabra alguna, ella le asestó una tremenda bofetada con la diestra, logrando que se tambalease solo en parte, girando su cuello y recobrando la compostura al momento. Ella se sonrojó de vergüenza y se echó a llorar. Ante el silencio de su nuevo invitado, abandonó la sala sin decir tampoco nada y se

encerró en la cocina. Él permaneció allí quieto, sin hacer nada más que respirar. Se acarició la mejilla abofeteada. Ardía. Su estancia iba a ser sin duda compleja en el mundo de los vivos...

Desde la habitación de la muchacha pudo escuchar el ruido del grifo encenderse, el del microondas terminar su programa, armarios y cajones abriéndose y cerrándose... Solo con eso y agudizando un poco su olfato, podía adivinar fácilmente lo que la joven estaba preparando. Pero algo le desconcertó por completo. La muchacha tomó dos tenedores, dos cuchillos, dos vasos y dos platos. Los pasos de Julia se dirigieron después a la sala de la lavadora y la secadora, y después volvieron hacia su propia habitación. Para gran sorpresa suya, la chica se acercó a él y le lanzó con desdén unos pantalones vaqueros y una camiseta gris oscuro y cuello de pico. Tomó esas prendas con desconcierto y luego vio cómo la joven volvía a marcharse otra vez sin decir nada y tomaba asiento en la cocina. Sin miedo a dar por sentadas demasiadas cosas otra vez, se puso esa ropa que por fortuna se ajustaba bastante bien a su figura, y se dirigió a la cocina junto a Julia. Ella no le miró a él, sino a su plato, en claro gesto de que le estaba invitando a comer, más o menos. Él se sentó, tomó un cubierto y comenzó a pinchar los macarrones de su plato uno por uno y a llevárselos a la boca sin excesiva prisa. Podía escuchárseles a ambos masticando con fuerza y tragando sorbos de agua del grifo de forma más o menos constante. La comida avanzó sin que nadie dijese nada y, una vez ambos hubieron terminado, Julia se puso en pie y recogió los servicios de ambos, dejándolos en la pica de la cocina sin gran cuidado. Él la contempló con extraño deseo y gran curiosidad, como si de un precioso enigma se tratara.

—Baal. —Dijo de pronto él.

Como respuesta a eso, ella se limitó a encender el grifo para limpiar los platos y evitar tener que decir nada para romper con aquel silencio que parecía provenir de otro mundo.

—Mi nombre es Baal Zebub. —Añadió.

—Tienes un nombre muy extraño, Baal Zebub. —Observó ella al fin.

—Es extranjero. —Bromeó él, solo en parte.

—Julia. —Se presentó entonces ella—. Julia Medina.

—¿Julieta? —La miró él inclinando el cuello con ojos pícaros haciendo

alusión al personaje de la historia de amor.

—Solo Julia. —Repuso muy seria la joven, dando por finalizada aquella conversación tan extraña.

El silencio volvió a apoderarse de la cocina, y solo el agua chocando contra los platos y el estropajo frotando contra los mismos hacían que aquello no pareciera del todo un cementerio. Pero, por alguna razón, a Baal eso le descontentaba. No quería que la conversación se terminase todavía, pero tampoco encontraba la forma de hacerla durar más. ¿Qué diablos le estaba ocurriendo? ¿Era porque lo habían vuelto humano? ¿Cómo podía saberlo? De pronto, de su boca emanaron unas palabras que nunca antes habría imaginado dedicarle a absolutamente nadie en este mundo ni en ningún otro.

—Lo siento. —Se disculpó—. Siento lo de la fotografía, Julia.

Un nuevo silencio aunque menos incómodo que el anterior.

—No te preocupes. —Respondió ella sin mirarle, pero con un tono más amable ahora que antes.

Baal había logrado escuchar la voz de esa joven una vez más, y eso le satisfacía de alguna forma. Al poco, en un intento por combatir el aburrido silencio y mientras proseguía con sus tareas, ella se puso a tararear de forma ascendente alguna canción famosa, una melodía de sobras conocida, la Marcha Radetzky de Johann Strauss padre. Él la conocía, obviamente. ¿Había algo que no supiese? Pues comenzaba a darse cuenta de que eran muchas las cosas que desconocía, pero no sobre música. De modo que empezó a tararear también esa pegadiza canción y ambos permanecieron así un largo rato, sin mirarse en ningún momento el uno al otro. Cada uno a lo suyo, pero unidos por una misma melodía que lamentablemente no pudo durar para siempre.

—¿La Marcha Radetzky? —Preguntó casi con retórica—. Preciosa pieza. —Añadió.

—Me encanta. —Repuso Julia—. Cada año escucho el Concierto de Año Nuevo solo para poder oírla.

—¿Has ido a Viena alguna vez para verlo en directo? —Continuó.

—Sí. —Rio la muchacha con ironía—. Es evidente que me sobra el dinero...

—¿El de la foto es tu hermano? —Preguntó de pronto conociendo ya la respuesta, dado que al ver a la joven junto a ese pedazo de papel, ese secreto

se le había revelado de forma clara en su mente.

—Así es. —Respondió ella nuevamente seria pero sin mostrar toda su sorpresa.

—Murió.

—¿Me lo preguntas o me lo confirmas? —Preguntó Julia dejando sus quehaceres y mirando al fin a Baal directamente.

—No lo sé del todo. —Frunció el ceño sorprendido de sí mismo.

—Así es, murió. —Volvió a dirigirse hacia la pica y los platos con mirada triste.

—Y llevo su ropa. —Observó Baal.

—No os parecéis en nada más. —Prosiguió ella alzando la mirada al cielo, algo que no entusiasmó a Baal en exceso, pues no todos los muertos iban a parar allí arriba y eso era algo que mucha gente parecía olvidar a menudo.

—¿Lo extrañas? —Siguió con ese interrogatorio tan trivial como curioso al estar hablando con una simple y desconocida humana.

—Mi único deseo sería poder volver a verlo al menos una vez más. —Dijo sin evitar que una lágrima rodase por su rostro.

—Entiendo. Qué injusto es el mundo, ¿no crees? —Quiso ser algo más incisivo en tan profunda herida.

—¿Tú no tienes deseos? —Cambió radicalmente de tema al no querer seguir por allí.

—Uno, volver a casa. —Se sinceró comprendiendo que aquel comentario podía resultar despectivo para la persona que le había ofrecido su techo al encontrárselo tirado en la calle en medio de la noche.

—Esta es mi casa, no la tuya. —Sentenció ella.

—Lo sé. —Asintió él al tiempo que ella terminaba de ordenar, colgaba su alegre delantal en un pomo clavado en la parte interior de la puerta de la cocina y se marchaba en silencio—. Este es tu mundo, no el mío. —Murmuró Baal.

Capítulo XI

Sin atreverse a salir de la cocina en ningún momento, Baal permaneció allí dentro durante un buen rato, el suficiente como para aprenderse de memoria hasta el último centímetro cuadrado de aquella habitación. Todo eso ya le estaba cansando. ¿Pero a dónde podía irse? Comprendía que la conversación que había tenido antes con Julia a ella le había molestado e incluso entristecido. Pero lo que no lograba entender era por qué eso le afectaba también a él de algún modo. Desde que esa mujer había entrado en su vida, o mejor dicho, desde que él había entrado en la vida de esa mujer, todo parecía distinto, como visto desde una óptica diferente que nunca antes hubiese podido imaginar. ¿Era eso ser humano? El contacto con el mundo de los vivos sin duda le estaba afectando de muy curiosa forma. De pronto, comenzó a escuchar los sollozos y llantos de Julia en su habitación. La imagen de ella, tumbada boca abajo en su cama, inundando la almohada con lágrimas y rezando por una vida mejor, se apareció rápidamente en la cabeza de Baal. Qué lástima. Peor que ser desterrado al infierno era ser un humano en ese mundo de desgracias. El mundo no era bueno, el mundo era cruel, un lugar frío en el que nadie te echa una mano pero todo el mundo trata de pisotearte. Solo los ilusos podían mantener la fe en un mundo inundado por tal desdicha. Era fácil imaginarse cómo había sido la vida de Julia: una larga cadena de humilde soledad y deseos reprimidos en la que cada día era una pieza más en su sendero hacia la muerte, esforzándose por nada, obedeciendo a todos, tratando de ser buena aún rodeada de maldad, sin voluntad, sin osadía, todo por tratar de liberarse de un infierno en el que en realidad ya

estaba viviendo. ¿Cuándo entendería eso la gente? Se lo tenía bien merecido, y a pesar de ello, le sabía mal.

El teléfono sonó de pronto, interrumpiendo el silencio y los pensamientos de Baal al mismo tiempo. Se quedó totalmente quieto contemplando de forma cautelosa el aparato que colgaba de una de las paredes de la cocina. Sonó una vez, y otra, y otra... Así repetidas veces, pero nadie lo cogió. Finalmente, dejó de sonar. Había más de un teléfono en la casa, dos fijos y uno móvil. Baal los había visto todos en su primer paseo por el piso. Si Julia hubiese querido descolgar y hablar con quien fuese que estuviera al otro lado del cable, podría haberlo hecho incluso sin regresar al incómodo escenario de la cocina con la también incómoda presencia del hombre pálido y de largos cabellos negros como la noche. Pero no lo había hecho, lo que significaba que no querría hablar con absolutamente nadie dado que, teniendo en cuenta la antigüedad del aparato, la única manera de saber quién llamaba era descolgando. Al dejar de sonar el teléfono, la tristeza de Julia pudo volver a escucharse en todo el piso. Sin embargo, poco duró esa tenue melodía que era su delicado llanto al otro lado del muro, pues el teléfono volvió al ataque emitiendo el mismo ruido solo que ahora todavía más molesto a oídos de Baal. Julia tampoco lo cogió esta vez. Y tampoco la siguiente, ni la siguiente a esa... ¿Qué pasaba? ¿Acaso todo el mundo se había puesto de acuerdo para llamar hoy a esa niña? Harto de escuchar sonar de esas maneras tanto el teléfono fijo de la casa como el móvil de Julia, tirado por algún rincón de su habitación, Baal se acercó con gesto rudo y descolgó el aparato, logrando acallar su molesto ruido al fin.

—¿Julia? ¿Julia? ¿Eres tú? —Preguntó con insistencia una voz amable, de hombre aunque no exageradamente masculina.

Baal tardó unos segundos en reaccionar.

—No, no soy Julia. —Respondió una voz etérea a la vez que poderosa.

—¿Qué? ¿Quién es? ¿Dónde está Julia? —Continuó ahora más nervioso, pues sabía que Julia no vivía con ningún hombre y su actual situación sin duda le preocupaba.

—Tranquilo, soy su vecino. —Inventó con espontánea naturalidad—. ¿Y tú quién eres?

—Ya, vale. Yo soy Andrés, del trabajo. —Siguió el joven al otro lado del

teléfono—. ¿Puede ponerse Julia? —Fue al grano.

—No lo sé bien. —Se sinceró Baal.

—¿Cómo que no lo sabe? Si no lo sabe usted, que está allí... —Observó—. En serio, ¿le ha pasado algo a Julia?

—Julia está en su habitación llorando sin parar. Lleva así desde que hemos acabado de comer y recoger la cocina. —Explicó extrañamente sincero.

—¿Llorando? ¿Qué le pasa? —Preguntó Andrés a pesar de que ya sabía la respuesta.

—Yo no lo sé, pero en cambio sé que tú sí lo sabes.

—¿Cómo? —Entonó con voz extrañada.

—Pues porque estamos hablando... Da lo mismo. ¿Le ha ocurrido algo hoy a Julia? —Comenzó a interesarse por todo aquello.

—Sí. —Comenzó a explicar Andrés sin saber bien hasta qué punto podía fiarse del hombre que estaba al otro lado del teléfono, pero sabiendo también que ahora mismo era lo único que tenía y con lo que podía contar—. Hoy, en el trabajo, el jefe estaba gritando a Julia como suele hacer y, de pronto, ella ha cogido, le ha gritado de todo y se ha ido. —Contaba todavía sorprendido de lo que había pasado ya horas atrás.

—¿En serio? —Preguntó sonriente—. ¿Quién lo diría? Con lo modosa que parece la niña... —Reía Baal ilusionado.

—¡No hace gracia! —Le recriminó Andrés de pronto—. Piense que se ha quedado sin trabajo y la pobre no va sobrada de cuartos, que digamos...

—Ya, eso es evidente. —Observó Baal dando una ojeada a uno y otro rincón del piso—. No te preocupes por eso, ya se solucionará.

—Veo que es usted muy optimista. —Dijo Andrés comenzando a tomar confianza con la siniestra voz con la que estaba conversando.

—No creas. —Rio Baal—. Bueno, ¿quieres que le diga a Julia si quiere ponerse? —Preguntó al fin.

—Sí, se lo agradecería. —Respondió Andrés, quien sin duda tenía ganas de hablar ya con su buena amiga y saber si estaba bien.

—Ahora te la paso. —Sentenció dejando el aparato sobre la mesa de la cocina y comenzando una nueva y breve andadura hasta la habitación de Julia.

Sin molestarse lo más mínimo en llamar a la puerta, Baal la abrió y entró en la habitación, acto que sin duda molestó a Julia quien alzó su mirada llena de lágrimas y con los ojos rojos e hinchados de tanto llorar y le ordenó a Baal que se marchase de allí y la dejase sola, alegando que no quería verle ni hablar con él.

—Tranquila, Julieta. —Repuso él—. Yo tampoco quiero hablar contigo, pero un amigo tuyo llamado Andrés, del trabajo, está al otro lado del teléfono. Ponte. —Ordenó.

—¡No quiero! —Respondió ella tomando un cojín y lanzándolo sorpresivamente contra el rostro de Baal.

Aún sin salir de su sorpresa causada por el hecho de que la joven no hubiese obedecido a su orden al instante, Baal no tuvo problemas en agacharse a la velocidad del rayo y eludir la embestida del cojín, el cual salió por la puerta de la habitación y chocó con algo que causó gran ruido al caer y romperse en pedazos. Ignorando por completo a la joven, Baal se percató de que el teléfono móvil de la casa descansaba en el suelo de esa habitación, de modo que lo tomó y se lo acercó a la muchacha en silencio. Esta no hizo ningún gesto ni amago de querer descolgarlo, y así se aguantaron la mirada durante más de un minuto. Aunque sin duda nadie le ganaba en paciencia, Baal comprendió que no tenía sentido estar así por demasiado tiempo, de modo que descolgó él mismo.

—Lo siento, Andrés. —Se sorprendió a sí mismo al escucharse nuevamente diciendo a alguien que lo sentía—. Julia no quiere ponerse. ¿Le dejo un recado? —Preguntó causando nueva preocupación en Andrés.

—Sí. —Se atrevió a decir él—. Dígale que la he llamado, que Claudia y yo estamos muy preocupados por lo que le ha pasado hoy en la oficina y que nos ha extrañado mucho no verla otra vez por la tarde para pedir disculpas e intentar volver al trabajo o al menos recoger el resto de sus cosas. Y también que esta noche estaremos los dos en el bar de siempre, esperándola.

—Yo se lo digo. Adiós. —Colgó Baal con su expresión habitual, mitad sonrisa burlesca y mitad muerta—. Dice que ha llamado, que Claudia y él están muy preocupados por lo que te ha pasado hoy en la oficina y que les ha extrañado mucho no verte otra vez por la tarde para pedir disculpas e intentar volver al trabajo o al menos recoger el resto de tus cosas, y que esta noche

estarán los dos en el bar de siempre, esperándote. —Repitió con extraordinaria exactitud y literalidad las palabras de Andrés.

—Ya lo he oído. —Escupió antipática con la cabeza otra vez hundida contra la almohada.

—¿Y bien? —Levantó una ceja Baal.

—Déjame en paz. —Quiso acabar de una vez esa maldita conversación.

—Como quieras. —Se resignó él retrocediendo en dirección a la puerta antes de pararse en ella por un momento—. Me ha contado lo que has hecho hoy en la oficina. —Explicó de pronto con una risa que sin duda enojó a Julia—. Hay que estar realmente loca para hacer semejante tontería, me encantas. —Guiñó un ojo de pronto antes de abandonar la sala y dejar a Julia en confuso y profundo silencio—. Si cambias de opinión, avisa... —Su voz, irritante pero tan bella como siempre, se perdió en el pequeño horizonte del piso.

Intuyendo lo que terminaría ocurriendo pero sabiendo también que el asunto iba para largo, Baal tomó un par de cervezas de la nevera y se dejó caer con pesadez sobre el sofá del salón. Estar dentro de un cuerpo de carne y huesos encerrado en el mundo de los vivos resultaba sin duda cansado, pero tener que tratar con una humana tan de cerca, y encima con una persona tan extraña como era Julia a sus ojos, era todavía más agotador. Tras dar un primer trago a una de las dos botellas de vidrio, se percató de que el televisor estaba apagado. Por lo visto, las personas encontraban en esa caja distracción para muchas horas. Para él, que estaba acostumbrado a contemplar desde su trono los rincones más oscuros del alma de todos y cada uno de los seres humanos que poblaban el mundo, aquello resultaría sin duda aburrido. Sin embargo, no tenía otra cosa. Buscó con la mirada el mando a distancia y, al descubrir la pereza que le causaba el tener que levantarse de su sitio para buscarlo, decidió recurrir una vez más a su control superior de la realidad que lo rodeaba en todo momento e hizo que el mando mismo se acercase poco a poco a él hasta aterrizar con suavidad entre sus pálidos dedos. Quizás si comenzaba a parecerse a los humanos, pero aún se encontraba muy por encima de ellos en todos los aspectos habidos y por haber. Pulsó el botón rojo situado a la esquina del comando y el televisor se encendió. Por lo visto estaban dando algún tipo de comedia de situación extranjera, una de esas

series en las que voces invisibles le indican al espectador cuándo tiene que reírse. La nostalgia de haber sido por tanto tiempo esa risa aparte del mundo de los humanos se apoderó por un instante de Baal, quien no tardó en olvidar ese recuerdo y logró encontrar distracción e incluso algo de diversión en ese programa. Julia no salió de su habitación en muchas horas.

La luz que entraba por la ventana del salón se fue minimizando hasta que la noche terminó de caer por completo sobre el cielo de la ciudad de Barcelona. Tras un periodo de tiempo en el que el sonido de coches y bocinas resultó molesto a demasiados niveles, vino una calma sin precedentes para Baal desde que había llegado allí, una calma que no había reinado en toda la jornada. No quedaban cervezas en la nevera de Julia y la programación se había tornado aburrida ahora que solo emitían noticias en todas las cadenas, sucesos en su mayoría o trágicos o banales que Baal ya conocía y observaba con conformista sonrisa. Las guerras, la corrupción y los crímenes en general eran toda una prueba de cómo seguía creciendo la maldad en el corazón del hombre, pero no ser él mismo quien se estuviese ocupando desde su trono de que dicha maldad continuase ganando terreno resultaba molesto de alguna forma. Pudo escuchar entonces un ruido en el piso, de modo que giró el cuello y dirigió su mirada hacia la puerta del salón. Por ella entró Julia con paso lento. Se notaba que había estado llorando en exceso, y que se había lavado posteriormente la cara repetidas veces con tal de disimularlo sin éxito alguno. Se había cambiado de ropa a un conjunto notablemente más informal que el que había lucido para ir a la oficina esa misma mañana. Unos pantalones tejanos arrapados, una camiseta azul oscuro de cuello alto y una cazadora de cuero componían su nueva indumentaria, rematada por unas botas negras no demasiado altas. Quizás era la misma ropa que había llevado la noche anterior, la noche en la que ambos se habían conocido. Baal la observó con detenimiento y frunció el ceño, escéptico.

—¿Y bien? —Preguntó pasados unos minutos de curioso silencio.

—Puede que me vaya bien salir con Andrés y Claudia un rato. Aquí no hago nada útil. —Reconoció bajando la mirada.

—No necesitas estar siempre haciendo cosas útiles. Relájate, nadie tiene derecho a juzgarte. Nadie de los nadies. —Repitió tornando nuevamente su mirada hacia la televisión y cambiando repetidas veces de canal de forma

puramente aleatoria, esperando solo que Julia continuase con la conversación.

—Vamos a ir a un bar. —Siguió ella, decepcionada sin saber por qué al ver que su inquilino no captaba la indirecta.

—Bien hecho. Da igual lo que diga la sociedad, el alcohol es la solución todos a los problemas de la vida. —Sonrió agitando una cerveza que llevaba ya horas vacía.

Julia permaneció allí plantada y en silencio por un rato, casi incómoda a pesar de estar en su propia casa. Por su parte, Baal comprendía perfectamente lo que la joven estaba esperando. Pero no cedería así como así. Nadie salía a tomar unas copas con el príncipe de las tinieblas sin pedírselo antes de la forma más educada y correcta posible. O eso pensaba él...

—Baal, me estaba preguntando sí tú... —Se atrevió a comenzar ella antes de que él la interrumpiese de forma repentina.

—¡Maldita sea! ¡Ahora te escucho! Claro que te acompaño. —Sonrió él poniéndose en pie de un salto y arrojando con excelsa precisión una de las botellas por el pasillo, logrando que esta cruzase media casa y aterrizase en pleno cubo de la basura haciéndose pedazos al momento en su interior—. En marcha, Julieta. Vamos a divertirnos un poco que falta nos hace. —Dijo ofreciéndole su brazo a la muchacha, la cual no se molestó esta vez por cómo la llamaba él y se limitó a agarrar el brazo de Baal con fuerza, como si su vida dependiera de ello.

Capítulo XII

Ambos salieron por la descolgada puerta sin la más mínima preocupación por dejar la casa sola y abierta, pues no había nada de valor en su interior, ni siquiera los peces. Bajaron en ese viejo e inseguro ascensor y salieron a la calle al fin. Probablemente serían casi las doce de la noche. La ciudad estaba en oscura calma y el cielo se veía despejado después de las lluvias de los días anteriores. La ilusión que sentía Julia al pasear con un hombre tan apuesto y extravagante como ese en plena noche era difícil de describir. Por otro lado, Baal comenzaba a desarrollar una especie de sentimiento aún más complejo hacia esa humana. ¿Qué sería? Curiosidad, principalmente eso. Tras unas cuantas copas, probablemente lograría sacar la verdadera esencia de esa muchacha bella y solitaria a la luz. La noche podía acabar siendo interesante y todo.

Los dos caminantes nocturnos subieron unas cuantas calles y llegaron entonces a las Ramblas de Barcelona, una calle ancha destinada al paseo y las pequeñas tiendas y casetas de curiosidades y recuerdos que por el día era tomada por ciudadanos, visitantes y artistas que propinaban a ese lugar un aire de lo más vivo y dinámico. Sin embargo, ahora apenas había gente y la que había no causaba demasiado ruido o alboroto. Así le gustaba más a Julia, más tranquilo, más silencioso, más vacío de personas... Llegados a cierta altura, torcieron a la izquierda y se adentraron en una callejuela no muy ancha ni tampoco muy bien iluminada. Su suelo era de piedra y había numerosos charcos oscuros sobre él. El ambiente era del agrado de Baal.

—*Carrer dels Tallers*. —Se detuvo por un momento para leer la placa

con el nombre de la calle sin saber que era esa la avenida en la que él y Julia se habían cruzado el uno en el camino del otro por vez primera—. ¿Es aquí? —Preguntó.

—Aquí es. —Asintió ella tomando nuevamente a su acompañante por el brazo y reanudando ambos la marcha.

Finalmente, sus pasos los llevaron a la puerta de un bar del que salía luz y ruido en cantidades moderadas. Un cartel con el nombre del establecimiento sobre la puerta y una pequeña pizarra apoyada en el suelo de la calle con los precios del lugar escritos a mano daban la bienvenida a los recién llegados. Ambos, Julia y Baal, se detuvieron por un instante antes de abrir aquella puerta de cristal y adentrarse en el local. Ella entró primero y, tras bajar los dos o tres escalones que había solo acceder al bar, hubo varias personas que se percataron de su llegada y la saludaron con más o menos entusiasmo. Por lo visto era una asidua a ese establecimiento. Un hombre y una mujer de edades similares a Julia fueron quienes más efusivamente la saludaron, mostrando gran alegría por verla tras claros momentos de preocupación. Aquellos tenían que ser los amigos que habían llamado poco antes a su piso por teléfono. Todavía desde fuera, Baal pudo ver a través del cristal cómo Julia se dirigía a la barra y saludaba con dos besos en la mejilla a un joven de aspecto delicado y a una mujer un poco mayor que ella, de apariencia más fuerte que los otros dos. Los dos hombres al otro lado de la barra, uno mayor, algo ancho con barba y coleta, y otro musculado, de raza negra y con la cabeza afeitada, también saludaron con amabilidad a la recién llegada muchacha.

Poco tardó esta en percatarse de que Baal no había entrado con ella. De modo que se dio media vuelta y le invitó, o más bien le ordenó, cruzar las puertas y sentarse con ella y sus dos amigos en uno de los taburetes situados al lado de la barra. Así lo hizo Baal. El local tenía dos pisos, numerosas mesas y la mayoría llenas. Las paredes estaban pintadas de muy diversos y variopintos colores que le proporcionaban un aire entre alegre y curioso al lugar, y el olor a alcohol resultaba del todo embriagador. Baal sabía que, mientras él se fijaba en cada rincón de ese nuevo lugar, todos los presentes lo estaban estudiando con la mirada, prácticamente sin pestañear. De hecho, solo entrar pudo escuchar el ruido de los cuellos de todos los clientes girarse

hacia él, con una mezcla de curiosidad, miedo y atracción difíciles de describir. Eso no le molestaba. Bajo la atenta mirada de todos, anduvo hasta su amiga y tomó asiento en un taburete vacío, acercándolo un poco hacia el resto del grupo. Una vez estuvo cómodo, decidió centrar su atención en los dos buenos amigos de Julia. Ambos lo estaban mirando con silenciosa fascinación.

—Chicos, este es Baal. —Presentó ella al fin ante sus dos colegas aún boquiabiertos.

—Hola. —Saludó él alzando su pálida mano en gesto seco aunque amigable.

Pero los dos amigos continuaron callados. ¿Podía culparles? No. En todo caso podía agradecerles el no haber salido corriendo por su mera presencia, aunque él también estuviera poniendo mucho de su parte. De hecho, que Julia lo tratara con tanta cercanía y confianza era un misterio aparentemente irresoluble. Ella era especial. Sin embargo, para los demás, Baal sabía que incluso siendo humano, no era un humano normal y corriente. Pero tendría que aprender a serlo o al menos a parecerlo si quería aguantar en ese nuevo mundo con su nueva forma, y aquel era un paso importante para alcanzar semejante objetivo.

Tratando de ser cortés, le ofreció su mano a Andrés. Sin duda pero también sin poder evitar temblar mínimamente, el muchacho estiró su brazo y ambos estrecharon sus manos sin fuerza alguna. Baal sonrió con complicidad, a lo que Andrés respondió sonrojándose de manera inevitable y bajando un poco la mirada. Claudia no se atrevió a juzgar la reacción de su amigo, dado que ella estaba igual o peor. De forma instintiva, decidió imitar el gesto de Andrés y ofrecerle su mano a ese hombre de aspecto tan bello como misterioso. Baal la tomó con delicadeza y, en lugar de estrecharla, la besó con excitante cuidado. Tanto uno como el otro quedaron derrotados por completo ante ese hombre, prendados por su belleza y elegancia. ¿De dónde habría salido? Al tiempo que dejaba de limpiar una gran jarra con un trapo blanco, el camarero de la barba y la coleta alcanzó un par de pequeños vasos de cristal y los colocó frente a Julia y su nuevo cliente, rompiendo así ese extraño silencio envuelto de ruido.

—Bienvenido, amigo. —Lo saludó él.

—Gracias. —Sonrió agradecido por tanta naturalidad.

—¿Qué tomarás? —Le preguntó entonces al tiempo que le entregaba un pequeño papel, del tamaño de un cuarto de folio, con una lista de nombres y precios.

—¿Chupitos? —Leyó Baal—. Qué nombres más curiosos. —Rio mientras los leía todos uno por uno a gran velocidad, añorando que no hubiese nada similar a la esencia de los pecadores que tanto añoraba.

—¿Ves alguno que te guste? —Preguntó esta vez el otro camarero, dejando de atender a unos clientes que ya se iban y acercándose de forma inevitable a la misteriosa figura.

—Sorpréndanme. —Les invitó devolviéndoles la carta, logrando que ambos se mirasen de reojo y sonrieran sin mucho disimulo.

—Veremos qué tenemos para ti... —Se dio media vuelta el camarero comenzando a buscar entre aquellas grandes botellas de tan diversos colores y aromas.

Un nuevo silencio se apoderó de los cuatro personajes. Bajo la incisiva y muda mirada de Claudia y Andrés, Baal contemplaba todas aquellas botellas de cristal con extraña curiosidad, al tiempo que golpeaba con las puntas de sus dedos la madera de la barra de forma prácticamente musical. Por su parte, Julia estaba demasiado ensimismada con su nuevo amigo, si así podía llamarlo, como para darse cuenta de que a ella le correspondía la misión de hacer de mediadora entre unos y otro dado que era la única que más o menos podía asegurar conocer a las dos partes. Movida por un sentimiento incontenible de querer saber más sobre Baal, Claudia buscó primero la mirada de aprobación de Andrés y, acto seguido, dejó escapar una forzada tos que no logró engañar a nadie pero que ayudó a Julia a despertar de su sueño constante. La muchacha se sonrojó por un momento y finalmente regresó en sí.

—¿Y bien? ¿Cómo dices que os conocisteis? —Preguntó con pícaro sonrisa, mirando de reojo a Andrés, quien asintió con impaciencia.

—Fundí a un tipo que la perseguía por la calle. —Respondió Baal con involuntaria sinceridad y voz muerta, sin despegar la mirada del horizonte de alcoholes que se presentaba a escasos metros de él.

—¿Qué? —Preguntaron ambos amigos al unísono.

—Lo que quiere decir es que... —Intervino Julia sin saber bien qué quería o debía decir—. La otra noche, cuando regresaba a casa, un atracador trató de robarme y él me salvó y lo tumbó de un único golpe. —Explicó mirando con encantadora sonrisa a Baal al tiempo que le pisaba un pie con algo de fuerza y gran disimulo, con tal de asegurarse que no decía ninguna estupidez fuera de lugar.

Baal sabía que aquello no era cierto, que Julia no creía lo que había ocurrido esa noche y se limitaba a intentar olvidarlo, y que habría sido divertido soltar toda la verdad allí en medio, delante de todos. Y sin embargo, no dijo nada de nada. Tras el confuso combo que supuso semejante pisotón con aquella sonrisa tan y tan bella, Baal se limitó a asentir y sonreír. Además, lo de que el atacante quería robarle algo era cierto, aunque fuese la vida y no el monedero. Y la parte sobre que había sido tumbado de un único golpe también era verdad, aunque había sido el propio atacante quien había asestado el puntapié y se había derrumbado después. Aquella historia era fácilmente manipulable para cualquiera, más para él. Por algún motivo, Baal no veía razón alguna para sembrar el pánico ahora mismo. Lo único que quería en esos momentos era sentarse tranquilamente y beber algo. Hacía demasiado que no tenía más que preocupaciones y angustias en la cabeza, y aquello podía sentarle bien.

—Sí, eso es básicamente lo que ocurrió. Vosotros sois sus colegas del trabajo, ¿no? Es un placer conocerlos. —Asintió Baal con una sonrisa, al tiempo que el camarero colocaba ante él cinco pequeño vasos de cristal llenos hasta arriba de un líquido que, a pesar de ser transparente, estaba lejos de ser agua.

—Prueba esto, forastero. —Rio el camarero ante la desafiante mirada de Baal.

—¿De un trago? —Preguntó él alzando ligeramente una ceja, ante el silencio de sus acompañantes.

—De un trago. —Se adelantó a responder Julia al tiempo que tomaba su propia bebida y hacía un amago de brindis con Baal, quien le dedicó una sonrisa antes de pasar a la acción.

Fue rápido, muy rápido, demasiado. Tras inspirar profundamente el característico aroma de esos alcoholes, tomó el primero y lo volcó dentro de

su boca echando la cabeza hacia atrás con exagerado gesto, logrando que su brillante melena negra se agitara como una bestia. Recobrando su postura inicial a velocidad sobrehumana, tomó el segundo vaso y también lo vació en cuestión de décimas de segundo. El tercero corrió la misma suerte. Y lo mismo ocurrió con el cuarto y el quinto. Sin embargo, cuando dejó ese último y pequeño recipiente de cristal sobre la barra, Baal estaba exactamente igual que antes de comenzar a beber. Ni un movimiento de más, ni una vacilación, ni un mínimo síntoma de mareo, ni un ligero sonrojo en su nariz. Solo una sonrisa igual de desafiante y divertida que la primera vez, igual que siempre. El nuevo sabía beber...

—¿Qué más tenéis? —Preguntó ante la sorpresa de Andrés y Claudia, quienes con eso solían tener para más de media hora de diversión.

—Tu nuevo amigo es increíble. —Le susurró Claudia a su amiga Julia al oído mientras esta bebía su primer vaso, lo que no evitó que Baal la escuchase claramente y le dedicase una sonrisa de lo más atractiva, provocando el sonrojo de ambas.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —Sonrió Julia ruborizada, con sofocos y ardor en la garganta tras su primer trago, extrañamente ilusionada por ver que Baal estaba cayendo bien en ese lugar al que tanto le gustaba ir.

La música del bar pareció comenzar a sonar con más fuerza.

—Bueno, Baal. Cuéntanos algo más de ti. —Insistió Claudia con curiosidad y sin vergüenza a causa de las copas que ya llevaba.

—Eso, eso. De momento, todo lo que sabemos de ti es tu nombre y cómo conociste a Julia. Nada más. —Continuó Andrés—. ¿De dónde eres? —Comenzó.

—¿A qué te dedicas? —Preguntó ahora Claudia.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo en Barcelona? —Volvió Andrés.

—¿Tienes familia?

—Chicos, dejad el interrogatorio. —Les pidió Julia al fin—. Seguro que lo estáis agobiando con tantas preguntas. —Quiso hacer notar.

—Claro. Como tú ya lo debes saber todo y más de él... —Se quejó Claudia con tono infantil.

—En realidad, no. —Se dio cuenta entonces Julia de que todavía no había hablado de prácticamente nada con ese hombre—. Pero igualmente, seguro

que le molestan tantas preguntas. —Reiteró la muchacha.

—Que va, no te preocupes. —Le restó importancia Baal tratando de ser educado con esos desconocidos—. Sobre vuestras preguntas... —Hizo ver que hacía memoria—. Soy de muy lejos, del norte. —Sonrió por dentro pensando que en realidad no podía ser de más al sur, aunque su piel y aspecto físico alto, fuerte y con melena parecía más típico de la parte superior del continente—. Soy policía. —Nada más lejos de la verdad, pero al menos explicaba sus habilidades a la hora de tumbar a un delincuente con la velocidad del rayo—. He tenido algunos problemillas últimamente con cierto caso y me quedaré por aquí hasta que encuentre la manera de volver a casa. —Esto sí era verdad—. ¿Familia? —Lo único que le vino a la cabeza fueron el trío de traidores, quizás porque, de alguna manera, los echaba de menos.

Ese triste silencio se vio interrumpido por el sonido de un plato blanco y ovalado lleno de vasos de cristal llenos de bebidas de distintos colores para los cuatro nuevos amigos siendo colocado sobre la barra. Todo el grupo permaneció unos segundos con la mirada fija en ellos, sin pestañear. Baal se sintió incómodo habiendo causado ese momento, de modo que repartió los vasos entre todos y propuso el primer brindis, no el último...

—Menos mal que finalmente te has decidido a venir. —Reconoció Claudia dándole una palmada quizás demasiado fuerte a su amiga en el hombro.

—En el piso no hacía nada. —Rio Julia—. Y así os podía presentar a Baal, que también se estaba aburriendo. —Continuó algo alegre.

—¿Estabais solos en tu casa y os aburríais? —Preguntó chistoso Andrés, logrando que Julia se sonrojase mucho más y que Baal sonriera al tiempo que miraba a Julia de reojo y corroboraba que realmente era una joven de lo más bella y atractiva.

—Andrés, ya te vale. —Le golpeó con el codo en el brazo a su risueño amigo quien, al igual que Claudia, no dejaba de reír ni por un momento.

—Por cierto. —Se puso nuevamente seria Julia—. ¿Cómo ha ido la tarde por el despacho? ¿Han preguntado por mí? —Quiso indagar ahora que ya llevaban unos cuantos vasitos acumulados.

—Algunos de los compañeros sí. El jefe no ha dicho nada pero se ha pasado la tarde en su despacho, más malhumorado que de costumbre. —

Explicó Andrés todavía algo sereno, mientras Claudia miraba fijamente y con gran concentración el fondo de su bebida.

—Ya veo... —Asintió Julia.

—¿El jefe? —Rio Baal.

—Así le llamamos siempre todos. —Aclaró Andrés.

—Sí, el que no debe ser nombrado... —Bromeó Claudia haciendo clara alusión a los libros que tanto le gustaban a su hija.

—He oído que es un ogro, ¿no? —Preguntó retórico Baal.

—Es un mal hombre. —Aseguró Andrés.

—No te cortes, Andrés. Ni que estuviese cerca... Ese cabrón es el demonio. —Fue más allá Claudia, provocando una inevitable sonrisa en Baal.

—Créeme, no será para tanto. —Rio él.

—Se nota que no le conoces. Es un desgraciado... —Le reprochó Claudia—. ¡Julia! —La miró de pronto—. Oye, no te preocupes por lo de hoy. Solo le has dicho lo que todos pensábamos. Buen trabajo. —La felicitó.

—Gracias. Pero hablando de trabajo, yo he perdido el mío. —Quiso recordar la joven muchacha.

—Cierto. —Comprendió lo desafortunado de su comentario.

—¿Tan complicado resulta encontrar otro trabajo? —Preguntó Baal.

—¿Se puede saber dónde has estado viviendo los últimos años? —Preguntó Claudia al borde de la indignación—. ¡La crisis! —Gritó.

—Sí, la crisis... Qué cosas tiene la vida. —Se encogió de hombros él, resultando de lo más desconsiderado.

—Eres bien raro. —Observó Claudia antes de dar un nuevo trago largo a su bebida.

—Sobre eso... -Intervino entonces Andrés—. Seguro que encontramos una solución.

—¿Seguro? —Preguntó Julia con nueva aunque inconsciente ilusión en su mirada.

—Sí, le preguntaré a Carmen a ver si sabe de algo que te pueda ayudar. —Ofreció Andrés.

—¿Carmen? —Preguntó Baal aparentando un interés que realmente no tenía pero que quedaba bien con la situación.

—Sí. Es mi mamá de Barcelona, por así decirlo. —Rio—. Es mi vecina

de abajo. Cuando vine aquí huyendo de mis padres, ella y su marido me ayudaron mucho y siempre he podido contar con ellos. Son buena gente y muy trabajadora, seguro que encuentran algo para ti.

—Te lo agradeceré infinitamente. —Esbozó una sonrisa pequeña pero sincera Julia—. Y a Carmen también. —Añadió haciendo referencia a esa buena mujer de la que tanto habían oído hablar ella y Claudia pero a la cual no conocían todavía.

—¿Huiste de tus padres? —Quiso recuperar en ese interesante punto la conversación Baal, sin pensar que Andrés podría sentirse incómodo, a lo que Julia respondió con un ligero toque que esta vez no pasó desapercibido.

—Tranquila, Julia. Ya sabes que no me cuesta hablar de ello. —Sonrió el muchacho—. Mis padres nunca lograron ni intentaron entender y aceptar mis orientaciones... De modo que me marché y me vine aquí en busca de la vida que yo quería. —Fue breve.

—¿Y la encontraste? —Siguió Baal igual de indiscreto que siempre, es decir, muy poco.

—Bueno, mentiría si dijese que he cumplido todos mis sueños. Pero soy muy feliz, mucho más que con ellos. —Sonrió ahora sincero, viendo que su vida no era tan mala como muchas veces creía y que se alegraba de las decisiones que había tomado, aunque otros no las respetasen.

—Bien por ti. —Dijo extrañamente sincero Baal, quien se sorprendió a sí mismo con ese sentimiento de empática alegría hacia un joven rechazado por absurdos prejuicios, alejado de su padre por ser como él quería, una historia familiar para Baal—. ¿Y tú? —Preguntó esta vez a Claudia.

—Mi marido era un cerdo. Un día se fue y a partir de entonces, empecé a vivir de verdad junto a lo único bueno que me dejó, mi hija. —Aseguró causando nuevas sonrisas en Julia, Andrés, y también en Baal—. ¿Y qué hay de ti, Baal? ¿Ningún problema del pasado o rechazo de alguien?

—Una lista eterna. —Bromeó con aire nostálgico, casi triste.

—La vida no es fácil... —Suspiró Julia, causando un silencio general.

—Pero con cómo han ido las cosas, ahora estamos aquí los cuatro juntos bebiendo. —Resumió Baal tratando sin saber por qué de ser positivo, quizás solo para autoconvencerse de que algún día regresaría a su trono—. Sois fuertes, no os subestiméis, no pidáis perdón a nadie. Algún día, las tornas se

cambiarán. —Aseguró proponiendo otro brindis con un simple alzamiento de su vaso, logrando arengar un poco a esos tres muchachos de vidas complicadas.

Capítulo XIII

La noche en el bar de los chupitos siguió avanzando y la tolerancia y resistencia sobrehumanas de Baal hacia el alcohol fueron llamando cada vez más la atención de los allí presentes. Ya fuera de reajo o de forma descarada, nadie podía evitar contemplar al nuevo amigo de Julia bebiéndose aquellos pequeños vasos como si de copas de agua se tratasen. A medida que iba bebiendo, amontonaba todos esos recipientes en columnas con extrema habilidad, logrando que ninguno se cayera y que todos allí pudiesen admirar lo mucho que aguantaba su cuerpo. Por supuesto, ¿cómo iba a afectarle a él el alcohol de los humanos? Era imposible. Pero los allí presentes no sabían eso y, a sus ojos, Baal se trataba sin duda de un personaje pintoresco. A diferencia de él, Andrés y Claudia estaban bebiendo mucho menos y comenzaban a sentir ya el embriagador calor del alcohol en todo su cuerpo. Por su parte, y sin saber bien por qué, Julia trataba de seguir sin éxito alguno el ritmo de Baal, como si no quisiera ser menos que él, como si quisiera demostrarle algo a ese perfecto desconocido.

Baal fulminó un nuevo vaso de un solo trago y lo golpeó contra la barra, dejando escapar luego un largo y profundo suspiro de múltiples aromas. Ambos camareros permanecían en silencio. Aquello resultaba curioso, sin duda. Pero no les molestaba lo más mínimo. ¡Estaban haciendo un gran negocio! Julia apuró también su vaso y lo dejó junto a los demás. Su montón se veía mucho más pequeño que el castillo de vasos de Baal, pero aquello era del todo inevitable. La joven contempló los más de veinte chupitos que su compañero se había metido en el cuerpo y se mareó de pronto, acercando su

cabeza a la barra, como si quisiera dormir.

—Julia, creo que tú ya has bebido suficiente. —Intervino entonces Andrés, tratando de ser responsable a pesar de no estar en plenas condiciones para ello.

—No digas eso, hombre. —Intervino Baal acercándole un nuevo vaso—. Bebe, Julia. ¡Qué vas muy bien! —Rio logrando que la inconsciente muchacha continuase atacando a su hígado sin piedad.

Ambos, Baal y Julia, comenzaron a reír de forma alegre tras eso. Una risa que se terminó de pronto cuando el camarero cayó en la cuenta de que llevaba ya un rato sirviendo mucho pero cobrando nada.

—No quisiera ser maleducado, ¿pero seguro que lleváis suficiente pasta para tanto alcohol? —Preguntó incisivo.

Sin poder contener un eructo causa del susto, Julia removió todo su bolso, volcándolo incluso sobre la barra, y se percató de que ya no llevaba más dinero. Cayeron unas llaves, un teléfono móvil algo antiguo... Pero ni una triste moneda. ¿En qué estaba pensando? Acababa de perder el trabajo ese mismo día y lo único que se le ocurría era gastarse lo poco que debía quedarle en bebida. Aquel pensamiento fugaz le recordó su situación y la muchacha a punto estuvo de derrumbarse por dentro. Sin embargo, ocurrió algo muy extraño. Con pícara sonrisa, y sin dejar de mirarla en ningún momento, Baal alargó su brazo con disimulo y lo introdujo en el bolsillo del desconocido cliente que se hallaba a su lado. Consiguiendo que solo Julia se percatara de ello, le extrajo la cartera al señor y sacó el dinero que había dentro. Más fácil habría resultado desear tener más dinero en su propio bolsillo y que este apareciera de forma automática, pues incluso reducido a un cuerpo de carne y huesos, Baal continuaba siendo el maestro del deseo y aquello habría sido un juego de niños para él. Sin embargo, era como si quisiera demostrarle algo a la beata y dulce Julia, como si quisiera enseñarle a la pura muchacha que aquella era una opción más que válida, que no debía preocuparse por otros, que si deseaba algo, solo debía tomarlo con sus propias manos. Como si quisiera tentarla o, simplemente, mostrarle su verdadera y reprimida naturaleza.

—¡Tranquilos! ¡Que no cunda el pánico! —Rio Baal dejando unas monedas sobre el mostrador y guardándose las demás en el bolsillo del

pantalón—. Podemos seguir bebiendo.

—Ya habéis oído. —Celebró Julia pidiendo la nueva ronda.

—Deberías sonreír siempre como ahora. —Le dijo de pronto Baal.

—¿Por qué? —Quedó con inmóvil curiosidad tras esa pregunta.

—Porque estás mucho más guapa cuando sonríes que cuando lloras. —

Fue sincero y directo Baal, paralizando y sonrojando por un momento a la joven antes de tomar rápidamente su siguiente consumición y lograr que continuase la fiesta.

Julia parecía reírse de todo ahora mismo. El camarero también rio ante aquello y todos los presentes, incluido el que sin saberlo le estaba pagando las copas al mismísimo Baal Zebub, continuaron aplaudiendo esta vez más fuerte. Julia observó con curiosidad a Baal a los ojos y su corazón se aceleró de forma extraordinaria, totalmente fuera de lo normal. Ella nunca había robado nada, ni tan siquiera un simple caramelo de niña. Podía jurarlo. Siempre había pensado que aquello estaba mal, más que mal, peor, fatal... Eso es lo que había pensado siempre. Y sin embargo ahora se reía y callaba ante lo que acababa de ver. Pensándolo bien, también había opinado siempre que debía obedecer a sus superiores y ser buena y educada con todos, y sin embargo hacía solo unas horas que le había gritado a su jefe de hacía varios años y le había escupido a la cara todo lo que pensaba realmente de él. Y aquello le había gustado. No sabía por qué, pero no podía enfadarse con Baal por lo que había hecho porque, quizás, en el fondo, lo único que pasaba era que él se atrevía a hacer aquello que ella no. Era divertido, emocionante, excitante... Quería seguirle, seguirle hasta donde fuera, sin quedarse atrás.

La noche avanzó cada vez de forma más ruidosa y divertida, siempre en torno al nuevo cliente que esa noche les estaba regalando un espectáculo digno de verse. Todos trataban de estar lo más cerca posible de Baal, atraídos por un magnetismo difícil de describir y que la figura siniestra parecía enfocar principalmente hacia Julia o, como él la llamaba, Julieta. No obstante, aquello no evitaba que muchas otras chicas trataran de acercarse sus manos al atractivo y pálido bebedor de ojos profundos. Por su parte, más de un valiente, o mejor dicho, más de un inconsciente, trató de desafiar a Baal a un duelo en el que el vencedor sería el que más vasos de alcohol soportase. Sin embargo, ninguno fue capaz de aguantar el ritmo sobrehumano de su

nuevo oponente y fueron cayendo uno tras otro. Los camareros siguieron sirviendo aquellos pequeños vasos cada vez más y más rápido, hasta que llegó el punto en el que tuvieron que comenzar a reutilizar los recipientes que Baal se negaba a retirar de la mesa.

—Está bien. Podéis reutilizarlos. —Cedió al fin ante la evidencia de que, si no les dejaba, no podrían seguir bebiendo—. Pero haremos lo siguiente. —Se dispuso a explicarles a los camareros como si estuviera dando una clase magistral—. Los que esté usando por segunda vez, los pondremos a este lado. Y los que todavía haya utilizado solo una vez, a este otro. Así puedo seguir contando. —Rio ante la infinita sorpresa de todos los demás, que sin saber el motivo, accedieron a tan extrañas condiciones—. ¿Te parece bien, Julieta? ¿Seguimos? —Le preguntó a su compañera de juergas girándose hacia ella, a lo que Julia se limitó a responder vomitando de forma repentina y muy poco agradable contra el suelo.

—¡Julia! ¿Estás bien? —Preguntó Claudia despertándose de su medio letargo provocado por la bebida, poniéndose alerta de nuevo al percatarse de que su amiga no estaba bien.

—Parece que has llegado al límite. —Observó Baal con indiferencia, sin preocupación alguna en su rostro—. Tranquila, ya se le pasará. —Siguió desplazando su mirada hacia Claudia y con ese mismo tono de voz invariable, ahora irritante y antipático a oídos de la amiga de Julia.

—Ya te vale, ¿no? Podrías preocuparte un poco por ella. —Le recriminó la mujer, notablemente tensa por aquella situación y por la impasibilidad de Baal ante la misma.

—Lo siento. —Se disculpó sin sinceridad alguna, comprendiendo que, aunque la primera vez que había dicho aquellas palabras le había marcado notablemente, para los humanos era una simple muestra de educación, puro compromiso vacío de sentimientos auténticos.

—Sí, seguro. —Le dedicó una mirada de lo más ofensiva antes de acompañar a su mareada amiga al baño, en el piso de arriba, para que terminase de vaciar.

Todos en el bar observaron a Baal con escepticismo. Julia caía bien a todos los que acudían a ese local, y el trato que le había dado su supuesto nuevo amigo no había resultado nada amable. Eso les molestaba. Baal no los

entendía, y tampoco le importaba. O quizás sí, y simplemente no quería reconocerlo. Ante esa triste y ahora solitaria figura de la barra, Andrés decidió moverse dos taburetes y situarse a su lado. Le pidió al camarero una botella de agua mineral del tiempo con tal de sobrellevar mejor el alcohol en su cuerpo y comenzó a hablar.

—¿Quieres algo más? Te invito. —Ofreció el muchacho.

—No importa, déjalo. —Respondió Baal sabiendo que, seguramente, Andrés no tendría ningunas ganas de pagarle una última copa, y que lo hacía solo por quedar bien.

—Como quieras. —No insistió más el joven—. Verás, Julia no ha tenido una vida fácil. —Comenzó con tono triste.

—Creo que sí voy a tomar algo. —Le interrumpió Baal, a quien no solían gustarle ese tipo de conversaciones—. ¿Hay alguno que no haya probado todavía?

El camarero tomó un vaso y lo llenó de alguna bebida de tono anaranjado y fuerte aroma. Tomó de tras la barra un bote de nata para montar y dejó caer un poco sobre el vaso. Aquello se veía extraño. Andrés sacó una moneda de su bolsillo pero el hombre no la aceptó. Después de todo lo que habían tomado esa noche, él les invitaría a esa última.

—No te preocupes, Andrés. A esta invito yo. —Sonrió el encargado mientras se daba media vuelta y seguía limpiando vasos y platos—. Tienes que ponerte el vaso del revés en la boca y dejar que caiga todo mezclado a la vez. —Explicó sin necesidad de girarse para saber que Baal aún no comenzaba con su último chupito.

Hubo un silencio corto, el cual se vio interrumpido por las arcadas de Julia provenientes de los baños, en el piso superior.

—El caso es que Julia no ha tenido una vida fácil. —Volvió Andrés—. Y no queremos que le pase nada malo, ¿entiendes? —Preguntó tratando de no parecer tan antipático como en realidad tendría que haber sonado.

Baal siguió observando aquel pequeño vaso en silencio y con los ojos apagados. Finalmente, lo agarró con sus dientes y echó la cabeza hacia atrás. El alcohol cedió ante la fuerza de la gravedad y, de camino a la garganta de Baal, arrastró ese pequeño montón de nata montada hacia dentro. Abriendo un poco más la boca, dejó caer también el vaso entero dentro de su boca y

comenzó a mascararlo para sorpresa e incluso susto de todos. El ruido de cristales removiéndose de un lado para el otro dentro de su boca resultaba sin duda angustioso, y cesó en el momento en el que Baal tragó saliva y suspiró con profundidad.

—Y no queréis que yo le haga daño ahora que lo está pasando peor aún, ¿verdad? Lo entiendo. —Aseguró con extraña sumisión ante el todavía sorprendido Andrés.

—Así es. —Terminó asintiendo él con los ojos abiertos como platos.

Aquello había sido un tremendo error. ¿Cómo se le había ocurrido tratar de mezclarse con los humanos tan directamente siendo él quien era? No podía salir nada bueno de eso, y no solo para Julia y compañía sino también para él mismo. Se puso en pie con la idea fija de abandonar el bar y no volver a ver a esa gente nunca más. Hallaría la forma de recobrar su poder y regresar a su tierra, eso era lo único que le importaba y sabía que debía hacerlo solo. Toda su decisión se desvaneció de golpe cuando se dio media vuelta para salir y vio, bajando por las escaleras, a Claudia cargando no sin grandes dificultades con una Julia pálida y prácticamente del todo inconsciente, pero aún así tan bella y misteriosa como siempre. Baal no se pudo creer lo que iba a hacer, y aún así lo hizo.

—Tranquilo, Andrés. —Le dedicó una expresión difícil de calificar pero ante todo sincera, eso sí—. Yo tampoco quiero que le pase nada malo a Julia. —Dijo mientras se acercaba a la agotada Claudia y le quitaba ese gran peso de encima, tomando a Julia en brazos con una caballerosidad que llamaba la atención, sujetándole los hombros y las piernas por detrás de las rodillas con sus dos poderosos brazos—. Ya la llevo yo a casa. Sé llegar. Cuando sepáis algo sobre lo del trabajo ya nos avisaréis. —Pidió—. Gracias por todo, y buenas noches. —Se despidió a la vez tanto de los amigos de Julia como de los dos camareros, quienes ya comenzaban a recoger todo el garito para cerrar en cuanto el resto terminasen de marcharse también—. Por cierto, ha sido un verdadero placer. —Guiñó el ojo antes de desaparecer.

—¿Crees que tengo oportunidades con él? —Preguntó Claudia totalmente ensimismada por el impacto que le había causado aquel curioso personaje.

—¿Y yo? —Repuso Andrés con tono de voz similar al de su amiga.

—He visto tíos que se habían metido de todo, pero este no tiene rival. —

Observó el camarero de la coleta ante el estupor de todos los demás.

—¿Cuántos chupitos se ha bebido? —Preguntó el otro empleado.

—Con ese último, sesenta y seis. —Respondió al tiempo que veía a lo lejos cómo aquella esbelta y siniestra figura se llevaba entre sus brazos a Julia y desaparecía en la oscuridad de la noche.

Baal se alejó de ese local lentamente y el eco de sus pasos se perdió en las oscuras calles de la ciudad. Por suerte, recordaba de forma clara dónde vivía Julia. Su casa no estaba muy lejos, y pronto llegarían ambos allí y ella podría descansar todo lo que necesitase y más. Solo la luz de las farolas cada unos cuantos metros alumbraban el camino, aunque eso no significaba un gran problema para Baal, quien alcanzaba a ver entre las tinieblas sin dificultad alguna. Era poca la gente que caminaba por la calle a esas horas, y menos aún la que se atrevía a acercarse a Baal. Era como si una especie de aura siniestra rodease todo su cuerpo y la gente temiese acercarse demasiado a él y por ello decidieran guardar las distancias, incluso de forma maleducadamente exagerada. Solo Julia parecía tener el derecho de estar tan cerca de él. Por supuesto, ella era especial. Baal no sabía por qué lo era, pero sabía que lo era. Quizás, inconscientemente, él mismo le estaba permitiendo esa posición privilegiada por encima de los demás.

Una brisa de viento silbó en el lugar y Julia, dormida por completo, se acurrucó de forma instintiva y natural contra el pecho de Baal, agarrándole del corazón de la camiseta con sus finos y delicados dedos, con la fuerza de quien se agarra a la vida sin ni saberlo. Él la miró y quedó enmudecido por su belleza. Su rostro era perfecto. Su labio inferior tembló a causa del frío. Baal no tardó ni un instante de más en dejar a Julia tumbada sobre un banco por un momento y quitarse su chaqueta. Acto seguido, cubrió a la temblorosa joven con dicha prenda y la volvió a tomar en brazos, listo para reanudar la marcha. De un callejón perpendicular al que él recorría, se pudo escuchar una voz tan oscura como la misma noche, una voz de otro mundo, acompañada de una brisa melódica que Baal ya conocía. Era de los suyos, otro ángel caído...

—Qué tierna imagen. —Sonrió Naamá emergiendo de entre las sombras pero sin lograr asustar lo más mínimo a Baal a pesar de que ella seguía siendo una temible diablesa y él era ahora solo un hombre.

Capítulo XIV

—Sabía que eras tú, Naamá. —Aseguró él—. Ni siquiera con este lastre de cuerpo humano, tu presencia puede lograr impresionarme.

Naamá era otra de los ángeles caídos que habían decidido revelarse y buscar el poder de verdad junto a él. Se trataba de una dama interesante, viciosa y algo independiente aunque a la vez extrañamente protectora con los suyos. Su piel era más bien pálida, aunque no blanca como la de Baal. Sus cabellos eran de un tono entre azul y lila, más oscuro que los de Lilith. Y sus ojos eran naranjas y apagados. La belleza de Naamá no alcanzaba a igualar la de Lilith, pero tenía algo que la hacía especial, más sutil y madura. Ambas compartían muchas cosas, y no solo su apariencia física. Siempre habían sido buenas amigas y compañeras de caza a la hora de saciar sus instintos más básicos. Y ambas eran reconocidas sin lugar a dudas como los seres más bellos del averno, después de Baal, por supuesto. Sin embargo, en el momento en que la vio, Baal no tendió a compararla con Lilith como solía hacer siempre. No. Instintivamente, contrastó la belleza de Naamá con la de la muchacha que llevaba en brazos, Julia. Y al menos a su parecer, la humana superaba de sobras a Naamá. Ese pensamiento provocó una poderosa carcajada en la recién llegada.

—Desde luego es hermosa... —Sonrió mientras se acercaba a ambos con mirada picaresca, lamiéndose un dedo y tratando de acariciar la mejilla de Julia con él posteriormente.

—¡Ni te acerques! —La amenazó Baal apartando con gesto despectivo el brazo del ángel caído.

Aquel mínimo instante de contacto con todo lo que había sido su mundo provocó un sentimiento de lo más extraño en Baal. Era un pez fuera de sus aguas. Pero lo que más le preocupaba era que comenzaba a acostumbrarse a su nuevo lugar en el mundo, y que quizás no era solo por simple resignación. Baal comenzó a encerrarse dentro de sus oscuros pensamientos y Naamá lo contempló con sonrisa burlesca. Sin duda resultaba curioso ver al gran Baal Zebub en aquella situación.

—¿Es por esta chica que te sientes así? —Preguntó entre risas—. Fíjate en cómo la cuidas. Parece que hayas vuelto a ser el ángel puro y brillante que antaño fuiste. —Observó.

—Déjame tranquilo. —Gruñó él sabiendo que ahora no gozaba de la autoridad y poderío necesarios para apartar a aquel molesto ser de su vista con una mera orden, algo que Naamá confirmó permaneciendo en el sitio y con la misma sonrisa que antes—. ¿Qué quieres? —Preguntó con resignación al fin.

—Nada. Solo saber cómo estás ahora que te han convertido en un patético ser humano desterrado al mundo de los vivos. —Respondió ella sentándose en el suelo, apoyando su espalda contra la fachada de un edificio e invitando a Baal a sentarse con ella, a lo que él accedió con cuidado de que Julia no se cayese en ningún momento—. Ya me he enterado de todo lo que te hicieron esos tres. —Comentó—. Menuda jugarreta, ¿no?

—¿Has venido solo a reírte de mí? —Preguntó algo enfadado.

—Principalmente. —Respondió con enfermiza sinceridad.

Un silencio inundó la calle. Ya no había nadie más en esa zona. Todos los transeúntes se habían apartado sin saber bien por qué. Ahora solo quedaban ellos tres, siendo Naamá solo visible a ojos de Baal.

—No les puedo culpar. —Respondió él con la mirada perdida—. Después de todo, yo les enseñé eso, ¿recuerdas? No estaba en vuestra naturaleza, sino en la mía. Yo os contagié eso y ahora lo he probado en mi propia carne. Tendría que estar incluso orgulloso de ver que seguís tan bien mis pasos. —Rió irónicamente triste.

—¿Cuál es el plan?

—Vengarme y recobrar mi poder y mi trono. —Aseguró.

—¿Y cómo lo harás?

—No tengo ni idea. Además, incluso si lo supiese, no te lo diría. ¿Cómo sé que no te envían ellos para recaudar información? —Preguntó con tono acusador.

—Porque me conoces. Y tampoco creo que a ellos les importe mucho cómo estés ahora, precisamente. —Repuso ella—. Además, últimamente he pasado muy poco por allí. Lilith se ha vuelto muy aburrida con todo eso del poder. Anda todo el día con Asmodeo y Mefistófeles. Y a mí, su compañera de siempre, que me den y no en el buen sentido. —Se quejó con tono caprichoso e infantil—. Ya no me acompaña nunca cuando salgo a cazar hombres aquí. De modo que esta vez he decidido venir sola y de paso comprobar cómo le va a nuestro viejo jefe. Pero veo que no tan mal como imaginaba... —Rio mirando a la dormida Julia—. Parece que alguien va a tener fiesta esta noche, ¿me equivoco?

—Cállate. —Le dijo sin tono de orden, más bien de ruego—. No habrá ninguna fiesta esta noche, como tú dices.

—Qué susceptible. —Bromeó ella poniéndose en pie—. No me gusta verte así, Baal. No te reconozco, y lo que debes recuperar ahora precisamente es nuestro reconocimiento. Déjate de historias, hazle lo que te plazca a esa humana y encuentra la manera de volver con nosotros de una maldita vez. Aquello es un caos, y otra vez en el mal sentido de la palabra. —Se quejó Naamá como de costumbre.

—¿Esa palabra tiene mal sentido? —Preguntó Baal.

—Por lo visto, ahora sí. —Comenzó a alejarse por las calles de la ciudad en silencio, invisible a los ojos de cualquier ser humano normal y corriente—. Creo que hay un par de humanos que os siguen. —Observó entonces—. Ya te habrás dado cuenta.

—No. —Mintió él quien, a pesar de verse reducido a un simple ser humano, conservaba ciertas capacidades que le permitían contemplar las almas de quienes le rodeaban y ver sus intenciones, algo a lo que no quería darle importancia en esos momentos.

—Qué pena me das. ¿Te importa si me divierto yo con ellos? —Preguntó picaresca.

—Haz lo que quieras, bruja. —Despreció Baal aquella sonrisa.

—Adiós, principito. —Se despidió con aire burlesco.

—¡Vete al infierno! —Escupió él furioso, casi encolerizado.

—Yo que puedo. —Bromeó antes de desvanecerse entre las sombras.

Eso último le molestó de verdad. De hecho, toda la conversación en general le irritó bastante. Solo había servido para recordarle que sus subordinados lo habían echado de su propio reino, que había perdido casi todo su poder y presencia y que se estaba humanizando a pasos de gigante. ¿Y todo por esa chica? En el momento en que la miró a la cara, se calmó de nuevo. ¿Qué era eso que sentía? ¿Qué le placía hacerle? ¿Cuidar de su felicidad? ¿Por qué? Tras dejar escapar un largo suspiro, se puso otra vez en pie y reanudó su andadura. Finalmente ambos llegaron al edificio de Julia. La puerta de la entrada se abrió por sí sola ante la presencia de Baal, y lo mismo hizo la del ascensor. Una vez estuvieron dentro, el aparato comenzó a subir también siguiendo su voluntad, sin necesidad de tocar botón alguno. Cuando llegaron a su destino, al piso de arriba del todo, salieron del ascensor y, una vez no tuvo a Baal dentro, esta se fue para abajo, desplomándose y precipitándose al vacío de manera inevitable. El estruendo fue considerable, pero dado el barrio del que se trataba y la hora que era, probablemente nadie tendría el valor o la inconsciencia de salir a ver qué estaba sucediendo.

La puerta de su apartamento seguía descolgada. Baal la esquivó con cuidado y caminó hasta llegar a la habitación de la joven. No le preocupaba. Estando él dentro, nadie osaría acercarse. Con caballerosidad y cuidado, dejó a Julia reposada sobre su colchón y la tapó con cuidado. Era tan bella... Podría haberla estado mirando durante horas. Sus ojos, enfocados primero en el bellissimo rostro de la muchacha, fueron desviándose hacia abajo. Su figura era sin duda atractiva. Su pecho perfecto se inflaba con cada toma de aire. Su piel se veía tan fina, tan suave... Y sus curvas demasiado sugerentes. Un impulso excitante atacó a Baal. En ese momento recordó las palabras de Naamá. No quería eso, no así. La besó con delicadeza en la mejilla derecha y abandonó rápidamente la habitación. Él tampoco se reconocía a sí mismo, y le daba igual. No tenía que demostrarle nada a nadie. Pero, ¿podía ser que perdiese el interés por regresar a su reino? Tomó asiento en el sofá y pudo comprobar que el gato negro lo observaba desde la lejanía, con curiosidad, moviendo su cabeza hacia uno y otro lado. Baal le sonrió y le tendió la mano. Habían comenzado con mal pie, pero eso no significaba que no pudiesen

arreglar las cosas. El felino anduvo silenciosamente hasta llegar a los pies del hombre y luego se subió a su regazo. Ambos permanecieron allí, en silencio, esperando a que pasara la noche...

Capítulo XV

La verdad era que Julia llevaba ya un rato despierta. Pero a pesar de ello, no había dado con las fuerzas necesarias para ponerse en pie. No recordaba toda la noche anterior. Pero ahora estaba en su habitación, eso sí, y con su ropa puesta, a excepción de la chaqueta y las botas. La cabeza le daba vueltas de forma molesta, y le dolía como si alguien le estuviese apretando con fuerza en las sienes. La boca le sabía a algo difícil de calificar pero desde luego nada agradable, casi putrefacto. Eso era lo que ocurría cuando volvía de beber y no se lavaba bien los dientes antes de meterse en la cama. Aún le ardía un poco la garganta y en el centro del pecho, una extraña sensación cada vez más tenue permanecía todavía allí, como si tuviese algo dentro que no se decidiese a salir ni por arriba ni por abajo. Ir arriba significaría probablemente vomitar, y ya había tenido bastante de eso para un tiempo largo. Se frotó la tripa con cuidado e, instintivamente, terminó llevándose su mano hasta la mejilla derecha, acariciándosela con dulzura, como si quedase allí el rastro de algo hermoso.

Un ruido que desde luego no fue nada bien para su dolor de cabeza logró sacarla de la cama al fin. ¿Podía tratarse de Baal? Seguramente. Y el mero pensamiento de que así fuera ya la hacía sonreír incluso en su actual estado. Sin esforzarse lo más mínimo en hacer un poco la cama o arreglarse, se agitó la melena hacia atrás y caminó antes de nada hacia el cuarto de baño. Durante su andadura, le extrañó no sentir aquella incómoda brisa fría que la atacaba cada mañana desde la otra esquina de la casa. Ahora se estaba mucho mejor. Entró en el baño y se lavó la cara con un poco de agua. Demasiado tardó en

percatarse de la presencia de una gran grieta cruzando todo su espejo, pero eso no le molestaba excesivamente. Lo que sí le molestaba era la gota de agua que seguramente estaba a punto de caerle encima, como cada mañana, por culpa de las goteras de su piso. Ya tardaba en caer, eso era raro. Alzó finalmente la mirada y pudo comprobar que la gotera estaba arreglada. Cada vez más intrigada, anduvo hasta la puerta de su habitación y salió de la misma con precaución. Desde la pequeña estancia encargada de distribuir todo el pequeño apartamento, pudo ver que la puerta de la entrada estaba otra vez en su sitio y que la de la sala de máquinas también parecía arreglada. El ruido de un martillo picando contra un clavo la atrajo hasta el salón. Allí, Baal, vestido únicamente con los pantalones vaqueros que ella le había dejado la noche anterior, acababa de terminar de arreglar la mesa que él mismo había destrozado sin querer. Echando un vistazo rápido, Julia vio que el piso estaba mucho mejor en general, más limpio y ordenado. Se llevó las manos atrás y se acercó a su ya oficialmente nuevo compañero de piso con aire coqueto.

—¿Qué haces? —Preguntó inclinándose hacia adelante, tratando de llamar de alguna forma la atención de Baal.

—Arreglar un poco todo esto. Tenías el piso hecho una pena. —Reconoció él.

—Pues se te da muy bien. —Sonrió—. Podrías ser carpintero. —Propuso.

—Eso ni en broma. —Repuso rápidamente, apuntándola con el martillo que estaba utilizando.

—Vale, vale... —Sonrió ella logrando que él también lo hiciera y tomando luego asiento en el sofá.

—¿Qué tal la cabeza? ¿Te encuentras mejor? —Preguntó mostrando una preocupación que parecía incluso sincera.

—Mucho mejor. —Asintió Julia—. Gracias por preguntar y... Por traerme a casa también. —Dijo al fin al tiempo que bajaba la mirada y se sonrojaba un poco.

—No fue nada. Tus amigos estaban muy preocupados por ti. Me habrían matado de no haberlo hecho. Deberías llamarlos.

—Luego lo haré... —Miró hacia otro lado, llevándose nuevamente una mano a la cabeza aún un poco dolorida y caminando hacia la cocina en busca

de un ibuprofeno y una taza de café.

—Esta casa tiene sus años. —Observó Baal colocando la mesa otra vez en su sitio—. ¿Hace cuanto que vives aquí? —Preguntó.

—Toda mi vida. —Respondió ella desde la cocina.

—¿En serio? —Pareció algo sorprendido.

—Sí. —Respondió al tiempo que volvía con una taza de café, una cuchara y una pastilla que se llevó a la boca y se tragó de golpe, sin necesidad de agua—. ¿No quieres nada? —Se aseguró antes de tomar asiento.

—Tranquila, si quiero algo ya me lo iré a buscar. —Respondió sentándose también en el sofá.

—Todos mis recuerdos son de esta casa. —Hizo memoria al tiempo que inclinaba la cabeza hacia atrás, contemplando el techo de la sala en la que se encontraban—. Aquí es donde me criaron mis padres, a mí hermano y a mí. —Aclaró.

—¿Ya cabíais los cuatro? —Preguntó extrañado.

—Sí, mi hermano y yo compartíamos habitación y mis padres dormían aquí, en lo que ahora es el salón. Y la televisión y la mesa de comer estaban en la cocina. Lo recuerdo perfectamente. —Sonrió con extraña nostalgia al tiempo que daba un sorbo a su taza, sosteniéndola con ambas manos a la vez con tal de calentarse un poco.

—¿Buenos recuerdos? —Preguntó Baal.

—Algunos sí. —Sonrió—. Otros... —Dejó esa frase en el aire.

—No tanto. —Terminó él la oración.

—Pero eran mi familia. Y mi hermano siempre estuvo a mi lado cuando le necesité. Hasta que al final...

—¿Se fue? —Preguntó.

—Se lo llevaron. —Aclaró ella.

—Lo siento. —Mintió Baal, quien no poseía emoción alguna hacia la muerte—. ¿Y no tienes más familia?

—Algunos parientes lejanos. Pero sé por las esquelas de los periódicos que la mayoría sino todos han ido muriendo ya. No he ido a ningún funeral, no me gustan nada. —Bajó la mirada con deje triste.

—Te entiendo. A mí tampoco. Todo el mundo solo hace que hablar bien del muerto, incluso si lo odiaban en vida. Como si no se pudiese hablar mal

de alguien solo porque ha muerto. Cuanta hipocresía. —Se burló Baal.

—Yo no lo decía por eso. —Quiso dejar claro Julia—. Son tan... Tristes. —Recordó entonces un funeral al que sí había asistido, el de su hermano Roberto.

Baal alcanzó a comprender la expresión de Julia y los sentimientos que tras ella se hallaban.

—Bueno, seguro que todo lo bueno que se dijo de tu hermano era verdad. Si siempre te quiso y cuidó tanto, no podía ser un mal tipo. —Sonrió aparentemente de corazón—. Seguro que él querría que salieras adelante.

—Gracias. Lo cierto es que, a veces, querría irme a otro lado y empezar una vida nueva. Pero por otro lado, la simple idea de intentarlo me aterra.

—¿Qué vida desearías? —Preguntó con curiosidad.

—Un piso más seguro y bonito con buenas vistas, un sueldo alto con un trabajo creativo y emocionante, mucho tiempo libre para leer y viajar...

Entonces hubo un silencio, breve para Julia pero eterno para Baal, a pesar de que lo lógico hubiera sido al revés.

—¿Tú siempre has vivido en el mismo sitio? —Preguntó al fin sacando a su amigo de aquella situación que por alguna razón le desagradaba tanto.

—Me trasladé, una vez. —Aclaró—. Desde entonces sí, siempre he vivido en el mismo sitio...

—¿Hasta ahora? —Fue Julia quien terminó la frase del otro en esta ocasión.

—Sí, así es. Hasta ahora. —Asintió.

—¿Qué te parece Barcelona? —Le preguntó con tono divertido.

—No está mal, no está nada mal. —Reconoció Baal con una sonrisa mientras se ponía un poco más cómodo en el sofá.

El teléfono se puso a sonar de pronto y Julia se llevó una mano a la frente de forma casi instintiva. Baal, por su parte, estaba ya harto de ese ruido a pesar de llevar tan poco tiempo en el mundo de los vivos.

—Parece que no vas a tener que llamar a tus amigos. —Observó sin hacer el más mínimo amago de levantarse a descolgar, a pesar del débil estado de su amiga.

—Ya voy yo. —Remarcó cada una de las sílabas con fuerza, tratando sin éxito de hacer sentir culpable a Baal por permanecer allí sentado en lugar de

ofrecerse él para descolgar el sonoro aparato—. ¿Dígame? —Preguntó—. Sí, llegamos bien y hoy me encuentro mejor. —Hizo una pausa para respirar—. Gracias por preocuparos y lo siento. —Otra pausa más larga para dejar hablar a su interlocutor—. ¿Lo dices en serio? No, está perfecto. ¡Muchas gracias, Andrés! Eres un sol. Perfecto, allí estaré. Un beso... —Y colgó antes de girarse nuevamente hacia Baal con alegre expresión, una que no mostraba desde hacía demasiado—. ¡Ya tengo trabajo! —Exclamó con una sonrisa, sin recordar su dolor de cabeza.

Capítulo XVI

—Qué bien. —Asintió sin grandes aspavientos pero con una sonrisa más o menos sincera.

—Por cierto, ¿cómo sabías que era Andrés? —Preguntó incisiva.

—Lo he imaginado. —Miró hacia otro lado Baal, tratando de disimular sus habilidades sensoriales superiores a las de los demás humanos.

—Claro, supongo. —Se conformó ella con tal explicación—. Bueno, me voy a tomar una ducha. Hoy es un día importante y tengo que estar bien despierta. —Continuó mientras caminaba con energías renovadas hacia el cuarto de baño, sintiendo que algo estaba cambiando en su vida, al fin para bien.

—¿Y de qué trabajarás? —Preguntó por pura cortesía y de un grito para no tener que levantarse del sofá.

—De dependienta en un restaurante de comida rápida. —Respondió ella aún contenta y agradecida de tener algo tan pronto.

—Ya veo. —Asintió Baal—. ¿Y empiezas hoy? —Siguió.

—Sí. Andrés habló con su vecina y me ha encontrado esto. Me ha dicho que corra, que si estoy allí en una hora me explican lo que he de hacer y este mediodía mismo me puedo poner a trabajar.

—Y a cobrar. —Añadió Baal.

—Por supuesto. —Sonrió ella—. ¿Y tú que harás? —Preguntó volviendo de su habitación ahora mucho más arreglada y con mejor presencia.

—No tengo nada que hacer. —Reconoció él allí sentado.

—Pues no te vas a pasar el día allí sentado sin hacer nada de nada. —Le

advirtió ella apuntándolo con su dedo índice—. Ya sé, me acompañarás. — Propuso con tono ilusionado e imperativo.

—¿Al trabajo? Qué pereza...

—Ni pereza ni nada. Ponte de pie y coge ropa limpia que nos vamos. — Siguió igual de enérgica mientras le tomaba de la mano y trataba de tirar de él sin éxito, desistiendo al fin.

—Esta está limpia. —Se quejó él.

—La llevaste casi todo el día, seguro que apesta a sudor. —Insistió Julia.

—Yo no sudo. —Señaló Baal.

—Pues si no es a sudor, seguro que apesta a alcohol. Así que en marcha, y ponte esto. —Dijo mientras le lanzaba más ropa de su hermano que acababa de traer de la otra habitación.

—El alcohol no apesta... —Se quejó entre murmullos.

Baal atrapó esas prendas al vuelo y las observó en silencio por un instante. Sabía que a ella en realidad no le gustaba nada que llevase la ropa de su hermano. Pero, por otro lado, estaba mostrando gran interés porque la acompañara a su nuevo puesto de trabajo. Baal meditó por unos instantes y, finalmente, se puso en pie por su propia voluntad.

—Está bien. Te acompañaré. —Asintió por fin—. Pero cuando acabes, nos vamos de compras y consigo ropa propia, ¿de acuerdo? —Propuso logrando arrancarle una sonrisa a Julia.

—Me parece genial. —Afirmó ella—. Aunque no podremos comprar mucho... —Observó teniendo en cuenta su patrimonio actual.

—Tranquila, tengo mis propias fuentes de ingresos. —Sonrió.

—De acuerdo... —Sonrió ella también sin querer preguntar nada más y recordando todavía el momento en que Baal le había robado la cartera a aquel hombre en el bar y ella no había dicho ni hecho nada al respecto—. Bueno, en cualquier caso, vete preparando. —Insistió.

—¡A las órdenes! —Bromeó él mientras comenzaba a desvestirse allí mismo sin el más mínimo pudor ni reparo.

—¿Pero qué haces? —Le interrumpió Julia cuando Baal, quien ya dejaba a la vista ese torso tan bien definido que sin duda lograba subir los colores y la temperatura de la muchacha, comenzaba a sacarse también el cinturón.

—¿Qué? —Preguntó él sin comprender.

—No te cambies aquí en medio. Ve al baño, o a la habitación. —Dijo ella.

—Esta es mi habitación, duermo aquí. —Apuntó él.

—¿Y qué? —No supo cómo rebatir ese argumento—. No puedes quedarte desnudo en medio del salón. Ves al baño. —Le ordenó nuevamente.

—No entiendo que te pongas así. No sería la primera vez que me vieses desnudo... —Rio Baal recordando la extraña noche en que se conocieron.

—Olvida eso, ¿quieres? —Le pidió ella—. Y haz el favor de cambiarte en el cuarto de baño.

—Entendido. —Se resignó él viendo que aquello era una batalla perdida.

—Por cierto. —Pareció recordar algo de pronto—. ¿No ha venido el presidente del edificio a cobrar nada mientras dormía? —Preguntó.

—¿Presidente del edificio? —Repitió Baal.

—El presidente de la comunidad, el que está al cargo de todo. Un hombre algo ancho y calvo. Últimamente venía mucho por aquí para exigirme los pagos de una reparación por no sé el qué. Ahora que ya tengo trabajo, podría pagarle. —Razonó.

—Bueno, yo de ti me guardaría el dinero y no me preocuparía mucho por él. No creo que se pase por aquí en un tiempo. —Aseguró recordando el susto que el hombre se había llevado al ver a Baal el día anterior y el impacto que solía estar teniendo en todos aquellos con quienes se cruzaba.

—Ya. —Tampoco quiso saber más en este caso.

Una vez Baal hubo terminado de cambiarse y Julia tuvo preparado todo lo que necesitaba, ambos salieron del piso, cerraron la puerta con llave, y se marcharon hacia el nuevo puesto de trabajo de Julia. Hacía un día hermoso, con frío pero un cielo despejado y con mucho sol, algo que no entusiasmaba a Baal pero que podía soportar sin grandes problemas. El nuevo trabajo de Julia no estaba lejos, se encontraba en el Paseo de Gracia, calle donde la chica había estado no hacía mucho protagonizando una escena curiosa. De camino, ambos pasaron por delante del edificio en el que se hallaba el antiguo despacho de Julia. La joven se detuvo instintivamente en su puerta, con aire nostálgico y mirada triste, a punto de entrar por simple inercia o rutina. Baal comprendió perfectamente lo que sucedía y le acarició un hombro con gesto protector.

—Lo pasado, pasado está. Hiciste bien. —Aseguró reanudando el paso sin mirar atrás.

Tras unos cuantos minutos subiendo por el callejero de la ciudad de Barcelona, llegaron a aquella avenida imponente y repleta de edificios representativos y de famosas firmas modernistas de Barcelona. Y allí, sentado en el banco de una de aquellas carismáticas farolas de dicha corriente, Andrés esperaba a su antigua compañera de trabajo mientras parecía estar mandando algún mensaje por su teléfono móvil. Solo ver llegar a Julia acompañada por Baal, el muchacho se puso en pie y los saludó a ambos educadamente a pesar de la confianza que había entre ellos, como siempre solía hacer. Tras unas pocas palabras, Andrés los acompañó al famoso restaurante de hamburguesas y, con cada paso, Julia pudo ir recordando cada vez mejor su desmayo en medio de la calle al salir del despacho tras su triunfal despedida. El sitio en el que trabajaría a partir de ahora no sería otro que el establecimiento en el que la habían acogido tras su crisis de ansiedad. El pensamiento de que la mamá de Barcelona de Andrés fuera la mujer que la había socorrido y de la cual ella había huido sin motivo alguno se apoderó de ella al instante. Cuando Andrés entró a saludar, una mujer afable y fácil de reconocer para Julia salió de detrás de la caja y saludó al muchacho con dos besos, uno en cada mejilla. Obviamente, era ella.

—Julia, te presento a Carmen. —Las acercó el joven la una a la otra con gesto amigable.

—Creo que ya nos conocemos. —Asintió Julia algo avergonzada.

—Sí, ya recuerdo. Tú eres la joven del desmayo. —Dijo bastante alto la señora—. ¿Cómo te encuentras? Hoy haces mejor cara. —Observó hablando no muy lento.

—Gracias, sobre eso... Quería disculparme. —Inclinó mínimamente la cabeza hacia adelante—. Estaba muy alterada y me faltó educación para agradecer lo que hizo por mí. —Siguió ante la sonrisa de la señora y la sorpresa de Baal al ver lo mucho que llegaban a disculparse los humanos entre sí.

—No te preocupes, guapa. —Le restó importancia al asunto—. Y bienvenida a bordo.

—Le agradezco mucho que me haya conseguido este puesto. Estaba sin

nada. —Reconoció.

—Bueno, cuando Andrés me dijo que una buena amiga suya necesitaba ayuda, le pregunté al encargado y por suerte, un joven acababa de dejar su puesto porque se iba de viaje, así que...

—Muchas gracias en cualquier caso. —Reiteró Julia con aire tan educado como humilde.

—En fin, menos charla. Que se acerca ya tu turno. A partir de mañana, tendrás que estar aquí de doce del mediodía a cuatro de la tarde, y de ocho de la tarde a doce de la noche. —Le dio un papel con sus horarios y los turnos de todos sus compañeros.

—Perfecto. —Agradeció mientras lo tomaba y se lo leía rápidamente.

—¡En marcha! Ya puedes ir a ponerte tu uniforme y a trabajar, que si no esto se llena enseguida. Buena suerte. —Le deseó la amable señora mientras volvía también a su puesto de trabajo.

Julia miró con una sonrisa a Baal y Andrés y luego partió a cambiarse con ilusión. Sobre su ropa, la muchacha se puso un delantal verde oscuro con una letra eme mayúscula de color amarillo estampada en el centro, se recogió su preciosa melena para que así resultara más sencillo ponerse la red de la cabeza, y encima se colocó con bastante gracia un sombrerito casi cuadrado con el logo de la empresa. Cuando regresó, Baal y Andrés le sonrieron con gesto de aprobación y, tras desearle suerte en su primer día, ambos cruzaron las puertas del establecimiento y salieron de allí, pudiendo escuchar a lo lejos cómo Julia comenzaba a recibir lecciones sobre cómo cobrar y utilizar la caja y a atender a ya sus nuevos clientes con la típica ilusión del primer día.

—¿Crees que le irá bien? —Preguntó Baal.

—Imagino. —Sonrió Andrés—. ¿Qué vas a hacer tú? —Le preguntó.

—No lo sé. Estar por aquí, supongo. Cuando acabe su primer turno, Julia quiere llevarme de compras. Así que la esperaré por aquí cerca. —Explicó.

—Perfecto, entonces ya te ocupas tú de ella. —Agradeció Andrés, quien estaba ciertamente preocupado por su amiga tras todo lo ocurrido en tan poco tiempo—. Si no te importa, yo me voy yendo que tengo cosas que hacer. —Se despidió él comenzando a caminar calle arriba.

—No hay problema. —Hizo un gesto de mano Baal.

—Por cierto. —Interrumpió su andadura Andrés, queriendo disculparse

con Baal por algunas de las impresiones que le había causado la primera noche en aquel bar.

—¿Sí? —Preguntó ante el repentino silencio del amigo de Julia.

—Nada. Gracias por todo. —Dijo al fin.

—No hay de qué. —Sentenció Baal antes de que cada uno retomase su paso en opuestas direcciones—. Y ahora, a ver qué se puede hacer en el mundo de los vivos... —Susurró con una sonrisa.

Capítulo XVII

Para Baal, como antiguo ser celestial, el tiempo había sido siempre un concepto vacío. Pero ahora que vivía en el mundo de los humanos, condenados por esa idea sin significado para él, lo comprendía mucho mejor. Sabía perfectamente qué hora era en cada momento, pues su sentido temporal le permitía tener una precisión superior a la de un reloj suizo con pilas nuevas. Y por tanto sabía también que quedaba un buen rato hasta que él y Julia se fuesen de compras tal y como habían acordado. Sin nada mejor que hacer, Baal decidió visitar los alrededores y hacer un poco de turismo por el centro. No se le ocurrían muchas más maneras de matar el tiempo. La ciudad ofrecía un sinfín de posibilidades. Todos los establecimientos, bares, restaurantes y tiendas estaban abiertos y bastante repletos dado que era fin de semana. La gente iba arriba y abajo, mirando escaparates y gastando su dinero en cosas que probablemente no necesitaban. El ruido de los automóviles frenar y arrancar y las conversaciones de las grandes masas componían la música y la vida de aquel gigantesco y variopinto paisaje urbano que era la ciudad de Barcelona. Las vidas, los miedos y los pecados de todas y cada una de las personas que cruzaban por accidente sus miradas con la de Baal ni que fuese por un segundo, se mostraban en su mente de forma fugaz y entretenida, sin darle tiempo suficiente como para fingir mostrar interés por alguna de ellas.

Agobiado por el bullicio de la gente, se dirigió hacia la tan nombrada Plaza de Cataluña, y en ella buscó un banco de piedra a la sombra de las ramas de un árbol en el que poder sentarse. Las numerosas palomas que

habitaban ese lugar se fueron apartando ante sus pasos de forma instintiva, como quienes huyen disimuladamente de su propia muerte. Finalmente llegó a dicho banco y tomó asiento, contemplando todo lo que tenía ante sí. Las grandes masas de personas seguían desplazándose de un lado a otro, como borregos que no saben a qué pastor seguir. Y entre aquel número indeterminado de seres humanos errantes, un número todavía superior de seres etéreos, invisibles, se movía con delicada y silenciosa elegancia, tentando a los vivos, guiando sus pasos, inspirando sus decisiones... Figuras encapuchadas sin rostro y cubiertas por túnicas, algunas muy brillantes y otras muy oscuras, eran ahora más que visibles para los ojos de Baal, quien comenzaba a adaptar poco a poco todos sus sentidos al nuevo mundo que le rodeaba.

Sabía de sobras qué eran aquellos entes de tan débil poder en comparación con el que él mismo había experimentado en el pasado. Se trataba de las virtudes y los pecados, entes menores enviados por ángeles y demonios al mundo de los vivos en esa eterna lucha que era el destino de cada ser humano. Sin ser vistos ni sentidos por nadie, recorrían el mundo acompañando muy de cerca a quienes lo habitaban y susurrándoles sin voz qué debían o podían hacer en cada momento. Nadie se libraba de ellos. Aquellos que obedecían a menudo los consejos de los encapuchados por telas tan puras como la nieve sin pisar, solían ser acechados por los mismos para mantenerse en el camino que ellos consideraban el justo y virtuoso. Por otro lado, quienes cedían a las sugerencias de aquellas figuras tan profundas como la noche, eran más propensos a pecar y, en consecuencia, a terminar viéndose cara a cara con Baal en el más allá una vez les llegase la decisión final sobre su propio juicio. A él, Baal, obviamente ni pecados ni virtudes osaban acercársele. Pero era buena señal observar que ya era capaz de percibir a esos seres. Hoy ya no era tan débil como el día en que llegó. En cualquier caso, y al margen de esos pensamientos, no dejaba de ser curioso ver las decisiones que tomaba la gente y el por qué de las mismas. En ese mundo de personas, cada persona era un mundo...

Y sin embargo, su atención seguía centrada exclusivamente en la única persona a la cual no alcanzaba a lograr ver sus intenciones ni su alma con claridad, ni tampoco pecados y virtudes que la acompañasen, una persona

intrigante y dulce a pesar de todo el daño que había sufrido, alguien que se hallaba lejos de él, o al menos más lejos que toda la muchedumbre que rondaba por la gran plaza a esa hora. Julia, aquella joven hermosa y beata de gran inocencia a la vez que acompañada por un aire misterioso que hacía que no pudiese salir de los pensamientos del nuevo y humano Baal Zebub. Era una sensación de apego más fuerte de lo normal, emotiva tal vez, difícil de describir seguro. Pero no podía permitirlo. Él estaba de paso, lo sabía y así quería que fuese. Solo deseaba poder regresar a su trono de las tinieblas y olvidar que alguna vez había sido desterrado de él. Eso era lo que quería pensar. Además, nunca permitiría que unos pensamientos humanos lograsen controlarle a él. Estaba por encima de eso, tenía que estarlo siendo quien era. Y aún así... Quizás el pensamiento de no saber si podría volver le hacía querer apegarse a algo en este nuevo mundo al que se acababa de ver evocado. O quizás ese nuevo y extraño sentimiento era tan poderoso que le llevaba a darse argumentos a sí mismo a favor de quedarse allí, al menos por ahora. Se dejó caer hacia atrás y quedó tumbado en el banco. Hacía viento, podía sentirlo en su rostro y verlo entre las hojas de los árboles. Sin embargo, no podía sentir el frío que seguramente estuviera haciendo. ¿Cómo recobraría su poder? Lo cierto era que no sabía cómo regresar a su hogar. Esa verdad resultaba ineludible. De modo que solo le quedaba la opción de seguir allí hasta que las cosas cambiasen. Teniendo a Julia a su lado, aquella idea no resultaba tan desagradable.

Baal logró salir de sus pensamientos solo cuando un hombre de aspecto humilde, incluso andrajoso, tomó asiento cerca de él. Pero no lo hizo en el banco de piedra, sino al lado de este, en el suelo, sobre unas láminas de cartón que el mismo hombre traía con él. Debía de rondar los cincuenta años de edad, pero su aspecto desaliñado, su cabello cubierto por un gorro gris y su barba despeinada y canosa le otorgaban un aspecto mayor, casi anciano. Sus ropas no estaban precisamente limpias, y tampoco parecían suficientes como para protegerle al menos un poco del terrible frío que el temblor de sus dientes transmitía. Tapada por un guante negro o gris y sin dedos, la mano del hombre se alzaba a menos de un metro del suelo en señal de pedir limosna. Solo algunas personas se detenían a contemplar al pobre desgraciado, y todavía menos eran las que se molestaban en darle una o dos

monedas. Pero a pesar de ello, el mendigo no desistía en su empeño y seguía ofreciendo su mano a todos los que pasaban por allí. A todos menos al que se hallaba más cerca de él y el único que no se movía de su lado, Baal. Parecía realmente cierto que ese pobre hombre temía a la pálida figura que se encontraba a su lado, y sin embargo seguía allí sentado, mirándolo de reojo cada poco rato, como con miedo y duda. Haciendo alarde de una sonrisa burlesca, Baal decidió ponerse en pie y sentarse también en el suelo, al lado del mendigo. Después de todo, eso era lo que solía hacer...

—La vida es injusta, ¿no crees? —Preguntó con extraño sentido del humor.

—¿Qué es lo que desea? —Preguntó el hombre bajando la mirada, como avergonzado ante la presencia de ese ser tan difícil de describir.

—¿Qué quiero? —Repitió Baal—. Eso no es importante. Mira esa gente. Les sobra y no te dan ni un poco. —Observó.

—Hay algunos que sí me dan. —Explicó mostrando un vaso de plástico transparente con algunas monedas en su interior.

—Son muy pocos. Además, no lo hacen por ti. —Continuó Baal—. Lo hacen para sentirse mejor con ellos mismos. Darte una mísera moneda les hace pensar que ya han cumplido con el mundo, que son buenas personas y que podrán dormir tranquilos esa noche. Buscan la aprobación de algo invisible que no logran alcanzar a comprender. Básicamente, lo hacen por quedar bien ante el resto y ante ellos mismos. Y sabes que tengo razón. El mundo es egoísta, ¿verdad?

—Es posible que sea así. —Reconoció el hombre.

—Es así. —Repuso Baal—. No tengas fe en ellos, pues ellos no la tienen en ti. Si no, mírate y luego míralos. —Siguió con pesada dureza, logrando que el hombre se sintiera todavía más hundido—. En este mundo, cada persona mira única y exclusivamente por sí misma. Cuando dejas de ser útil para alguien, ya puedes esfumarte. Son un atajo de desagradecidos. Pero eso está bien. —Cambió su tono de pronto—. Está en nuestra naturaleza el ser así. No vayas contra ello, disfrútalo. —Sonrió.

—¿Cómo? —Sintió una repentina atracción y curiosidad hacia tan inspiradora figura.

—La lástima va bien para llenar una cuarta parte del vaso. —Señaló—.

¿Pero sabes qué es necesario para llenarlo del todo? El miedo. —Continuó explicando al tiempo que del interior de su manga hacía aparecer una navaja de considerable tamaño, afilada y muy brillante.

El hombre se asustó terriblemente ante aquello. ¿Iban a matarlo? ¿Así terminaba su miserable existencia? ¿A manos del único ser que se había molestado en años en sentarse a su lado a charlar? Estaba sudando a raudales, un sudor frío que le confería desagradable sensación de humedad. Su corazón a punto estuvo de detenerse. De pronto, el misterioso hombre le dedicó una sonrisa y una caricia extremadamente reconfortantes al tiempo que le entregaba el arma blanca en mano y con gran disimulo. El mundo entero volvió a girar entonces y el mendigo logró volver a respirar con normalidad tras unos instantes de auténtico ahogo.

—Cuando me has visto, no me has pedido limosna. —Observó Baal—. Y eso es porque, de alguna forma, he infundido miedo en tu ser. Eso es lo que debes hacer tú a partir de ahora. De ese modo, obtendrás todo lo que quieras. Cuando caiga la noche, no muestres una mirada triste. Mejor enseña una hoja afilada. —Sonrió señalando el puñal que el hombre ya se estaba guardando en sus ropas entre reiterados agradecimientos.

Ambos permanecieron mirándose durante unos segundos. Baal sonreía con extraña y a la vez comprensiva paternidad. Un par de niños pequeños, un niño y una niña, probablemente hermanos y ninguno de los dos de más de diez años, se acercaron al pobre y le ofrecieron una moneda y una sonrisa. El mendigo aceptó ambos presentes con nueva humildad. Baal los contempló a todos a la vez.

—Qué niños tan majos. —Sonrió él también—. Tened, unos caramelos. —Les ofreció de pronto una bolsa de golosinas que sacó también del interior de su manga, con la única necesidad de desearlo para después materializarlo.

—Mamá dice que no comamos demasiados caramelos. —Argumentó la niña.

—Si os apetece, comedlos y nos os preocupéis tanto. —Resumió Baal insistiendo en su gesto hasta que los pequeños aceptaron y tomaron la bolsa.

—Gracias, señor. —Se despidieron al unísono mientras se alejaban con paso alegre, acompañados por una virtud invisible y pura, más típica de los niños ignorantes que de los adultos que ya conocen el mundo en el que viven.

—¿Realmente eran caramelos normales? —Preguntó el mendigo, quien parecía haber calado sorprendentemente rápido a Baal.

Él tardó en responder. Habría podido darles otra cosa a esos pequeños, obviamente. Quizás alguna droga nociva, una sustancia capaz de convertir los dientes de aquellos chavales en cenizas o simplemente algo con mal sabor. Esa habría sido una broma típica de él. Y sin embargo, no lo había hecho. Maldito proceso de humanización. La idea de que aquellos niños no habían tenido tiempo de hacer nada aún con sus vidas, o quizás el hecho de que aquellos dos críos le hubiesen recordado que Julia y su querido hermano Roberto también fueron niños en su día, hizo que Baal se limitara a darles una simple bolsa de caramelos con el único riesgo de una sonora y lógica bronca de su madre por aceptarlos, un dolor de barriga o alguna que otra caries. Maldita Julia. Ya ni siquiera le salía de dentro llamarla Julieta en tono cómico. De alguna manera, Julia le hacía pensar que la humanidad no estaba tan podrida como creía. Si podía existir una persona tan dulce como ella, quizás habría más.

—Olvide lo de la navaja. —Chasqueó los dedos Baal.

—¿Qué? —Preguntó el mendigo atónito al rebuscar entre sus ropas y no encontrar ese arma entregada por el mismísimo diablo.

—Hay un comedor social unas manzanas más abajo. —Señaló—. Cuídese.

Pensando en esa repentina decisión y yendo de un lado a otro sin rumbo fijo, Baal pasó el resto del mediodía observando uno por uno a todos y cada uno de los mortales que se cruzaban en su camino y preguntándose cómo debían enfocar su día a día encerrados en tan insignificantes existencias. Con cada minuto que pasaba, echaba más de menos su antiguo yo, su antiguo reino... Ya era la hora e, inconscientemente, sus pasos le hicieron volver al restaurante de Julia para recogerla lo más puntualmente posible. Permaneció ante la puerta del local, a moderada distancia, durante unos minutos, con la cabeza baja y los pensamientos demasiado difusos.

De pronto, una simple voz logró hacerle alzar nuevamente la mirada y sonreír, olvidando su reino, su antiguo e inmenso poder, su destierro... Todo. Era la voz de Julia que salía ya de su primer turno en aquel nuevo trabajo y ahora corría hacia él y le tomaba del brazo con una sonrisa demasiado pura e

inocente. Así era ella. Y por mucho que aquello le irritase, Baal comenzaba a sentir que había algo que comenzaba a unirle al mundo de los vivos, y ese algo tenía nombre y su nombre era Julia.

Después de que ella le ofreciese un breve resumen acerca de cómo había sido su primer día en el nuevo puesto de trabajo, ambos tomaron asiento en un banco similar al que había utilizado Baal hacía unas horas, pero no el mismo, y se comieron cada uno un menú para llevar del restaurante de Julia. Lo cierto era que Baal no sentía nada al comer aquella enorme hamburguesa envuelta en papel, ni tampoco al beber su refresco metido en un vaso de plástico similar al que utilizaba el mendigo para pedir limosna. La comida no le sabía ni bien ni mal, ni le llenaba ni le dejaba con hambre. Se limitaba a comer con monótonos gestos por el simple hecho de acompañar a Julia y de no rechazar aquello que ella le había ofrecido. Mientras ambos mantenían una conversación trivial aunque entretenida acerca de los distintos comensales a los que había tenido que atender aquella mañana Julia, esta tomó una patata frita con sus dedos y la acercó al rostro de Baal. Algo perplejo por la escena, se limitó a abrir su boca y a devorar poco a poco aquella pieza. Una vez hubo llegado al final, lamió tal vez sin querer o tal vez expresamente las puntas de los dedos de Julia. Ella tembló y él se retiró rápidamente.

¿Qué había sido aquello? Ambos se limitaron a sonreír y seguir comiendo sin más. Una vez hubieron acabado, aprovecharon unos minutos para no hacer nada más que estar allí sentados, con la mirada perdida, sin decir ni hacer nada. La muchacha, tras semejante primera jornada de trabajo, sacó de su bolsillo una caja de cigarrillos y se llevó uno a la boca. Baal lo miró escéptico, lo tomó con dos dedos y se lo lanzó lejos.

—¿Qué haces? —Preguntó sorprendida y casi molesta, repitiendo el proceso y consiguiendo que Baal volviera a arrebatarse el cigarro justo antes de encenderlo—. ¡Baal! —Se quejó.

—Eso acorta la vida. —Dio a notar él.

—¿Ahora eres mi médico? —A Julia le molestaba que le quitasen lo que era suyo pero le agradaba que se preocupasen por su salud.

—No sé cuánto estaré por aquí, y si te pasa algo me aburriré demasiado. —Su sinceridad egoísta resultaba enfermiza.

—¿No lo haces por mi bien? —Preguntó ante el silencio de Baal.

—¿Eso te gustaría? —Quiso jugar también.

—Reconoce que lo haces por mi bien y paso. —Pidió coqueta.

—Vale, vale... —Cedió Baal ante la sonrisa triunfal de su amiga.

Julia se puso en pie de un salto y tiró del brazo de Baal. Este, tras hacerse rogar un par de intentonas, accedió a ponerse en pie y reanudaron su paso. A pesar de llevar poco tiempo en ese mundo, el recorrido resultaba tremendamente familiar a ojos de Baal. Él y Julia se encontraron nuevamente en la callejuela algo estrecha y oscura en la cual habían estado bebiendo la noche anterior.

—No sabía que tuvieseis por costumbre beber también después de la hora de comer. —Observó.

—Bobo. No vamos a beber. —Lo regañó ella—. Nos vamos de compras. —Sonrió mientras seguía empujándolo con gesto precipitado—. Creo que por aquí encontrarás algo de tu gusto. —Aseguró con infantil ilusión en la mirada.

Capítulo XVIII

Tras recorrer unos cuantos metros de aquella calle, ante ellos se apareció una de las principales y más famosas tiendas del lugar, bastante concurrida por clientes, mayoritariamente jóvenes, pertenecientes a la subcultura gótica y demás, una estética que sin duda Baal elogiaba. La tienda, un tanto oscura y repleta de perchas y muebles cubiertos de ropa y complementos diversos, estaba inundada por una música potente que invitaba a, como mínimo, balancear un poco la cabeza adelante y atrás. Una dependienta de edad similar a Julia y con los cabellos tintados de intenso rojo en atractivo contraste con su pálida piel se acercó a los dos recién llegados con una pregunta típica.

—¿Os ayudo en algo? —Inició la muchacha.

—Hemos venido a buscar algo para él. —Dijo Julia acariciando un hombro de su acompañante, entre presumiendo y marcando su territorio.

—Seguro que encontráis lo que buscáis. —Sonrió sin poder pasar por alto la extraordinaria belleza de su cliente—. Para cualquier cosa, solo llamadme. —Dijo mientras regresaba detrás de la caja sin dejar de mirar en ningún momento a Baal aunque solo fuese de reojo.

—Bueno, manos a la obra. —Continuó Julia tomando nuevamente a Baal del brazo, como tratando de reforzar la idea de que iba con él y no estaba disponible—. A ver qué encontramos... —Siguió mientras comenzaba a mirar entre las perchas.

Ambos estuvieron cogiendo y dejando diversos modelos, buscando aquel que mejor se adaptase a lo que Baal estaba buscando o, mejor dicho, a lo que

Julia estaba buscando para Baal. Lo cierto era que ella nunca se había sentido realmente identificada con esa estética, pero por otro lado le resultaba excitante en otros, y más aún en alguien como Baal. Julia halló entonces una camisa negra de botones plateados, adornada por numerosas hebillas y cremalleras en sus mangas y pectorales. Bastó que Baal se quitase la camiseta que llevaba puesta para que toda la tienda, incluida su dependienta, se diesen media vuelta hacia él. Su figura alta y pálida, sumada a su mirada melancólica a la vez que excitante, resultaba todavía más atractiva ahora que mostraba sus músculos bien definidos pero sin llegar a exagerados. Tendrían que haberle dicho que para cambiarse era mejor hacerlo dentro de los camerinos que había situados al final de la tienda, pero nadie quiso comentar aquello. Baal se probó dicha camisa y, frente al espejo, pudo confirmar que sin duda le quedaba bien. Julia continuó llevándole ropa a Baal, ahora ya sí en el interior de uno de los probadores, y este se dedicó a ir probando una y otra pieza hasta dar con la combinación que más le gustó.

Finalmente, la siniestra y bella figura salió del cambiador con un aire aún más interesante que el que había mostrado al llegar a la tienda. Sumado a su camisa ceñida y recargada, vestía unos pantalones también negros bastante anchos, con unos tirantes sin utilizar cayendo hasta sus rodillas. Dichos pantalones se sostenían por un gran cinturón formado por incontables tachuelas de metal, iguales a las que lucía en sus brazaletes en ambas muñecas. Llevaba además unas gafas de sol de lo más misteriosas, un colgante de cuerda negra con una cruz invertida de plata al cuello y un anillo con la estrella de cinco puntas en el dedo índice de la mano derecha. Y en sus pies, un par de grandes botas militares de cuero negro adornadas con hebillas y llamas estampadas le hacían parecer incluso un poco más alto de lo normal en él. Se miró al espejo y sonrió de forma inevitable. Sublime. Pero faltaba algo, esa era la sensación que tenía. Ante la silenciosa mirada de la mayoría y con la música de fondo relegada a un segundo plano ante tal personaje, Julia se acercó a Baal y le ofreció una enorme gabardina de cuero negro que se ajustaba a su figura como se ajusta un guante a la mano. Todo ello, sumado a su piel blanquísima y a su melena tan lisa como oscura, le conferían un aspecto llamativo. Ahora sí no tenía ni un solo pero.

—Me lo llevo todo. —Le sonrió a la dependienta al tiempo que de su

manga emergían un fajo de billetes que probablemente bastarían para pagar todo lo que llevaba puesto y más—. ¿Tú no quieres nada? —Preguntó mirando a Julia, atónita ante la nueva apariencia de Baal.

—No... —Dudó ella—. No, gracias. —Repitió.

—¿Seguro? —Insistió Baal—. Yo creo que uno de esos corsés junto a otro de aquellos tops no te quedaría nada mal. ¿Y qué hay de esas faldas? —Continuó enfocando su mirada hacia unas piezas de ropa sensuales a la vista, más aún en una figura tan bella y femenina como la de Julia.

—No lo sé. —Dudó ella acercándose a esas atrevidas piezas de ropa que nunca había imaginado llegar a llevar, quizás solo por el hecho de no creerse suficientemente hermosa para ellas.

—¿Qué opina? —Preguntó Baal mirando ahora a la dependienta—. ¿No cree que mi amiga estaría muy atractiva con uno de esos? —Sonrió pícaro.

—Sin duda. —Ni se planteó la respuesta la joven encargada.

—Quizás... Podría ponérmelo para cuando salgamos de noche con los chicos. —Se atrevió a probarse uno o dos la muchacha.

Julia tomó unas cuantas piezas de ropa y, con ayuda de la amable dependienta, anduvo hasta los probadores y también se cambió más de una vez, dejándose guiar siempre por los consejos de la encargada. Cuando salió con aquella pieza de color negro y adornada por pequeños lazos blancos cubriendo su busto de forma tan ceñida que lograba remarcar su figura lo máximo posible, estaba realmente hermosa, especialmente a ojos de Baal, siendo ahora él quien no podía cerrar parpadear para no perderse ni un segundo de aquella inmensa belleza que comenzaba en su cuello y hombros desnudos, descendía hacia sus pechos perfectos y terminaba en su atractiva cintura. Ante la tan atenta mirada de Baal, Julia se sonrojó de forma inevitable, estando así aún más bella. Sin duda le sentaba bien, aquello era innegable para cualquiera.

—Entonces, ¿se lo queda? —Preguntó la encargada, viendo que hoy haría buen negocio.

—¿Sabe qué? Sí, me lo quedo. —Afirmó con orgullosa sonrisa, sin poder dejar de mirarse al espejo en ningún momento desde que portaba esa nueva prenda, como si de una princesa de la noche se tratara.

Además de lo puesto, Baal tomó un par o tres camisetas de más para el

día a día y, tras pagar y meterlo todo en bolsas, los dos abandonaron la tienda, despidiéndose de la muchacha que tan atentamente les había atendido con una sonrisa. Ambos pasaron el resto de la tarde paseando por otras muchas tiendas, viendo espectáculos callejeros improvisados, compartiendo un helado en una pequeña y acogedora cafetería... Resultó una tarde de lo más agradable para ambos. Cuando llegó la hora, ya de noche, Baal acompañó a Julia al restaurante de hamburguesas otra vez y la joven, con fuerzas renovadas y mejor humor que nunca, se puso a trabajar prestamente. Por su parte, Baal, sin saber cómo pasar el rato ahora que Julia ya no estaba con él, se limitó a sentarse en el pequeño banco de una de aquellas grandes farolas modernistas de la avenida y esperó. Una vez fue nuevamente la hora, Julia partió de su puesto de trabajo, despidiéndose con un gesto de mano de sus nuevos compañeros, entre ellos Carmen, quien la había ayudado tanto en su primer día en el puesto.

Sabiendo que Baal la estaba esperando allí afuera, la muchacha no quiso entretenerse demasiado y corrió hacia él. Ambos se sonrieron al encontrarse otra vez. Sin ganas de volver todavía al apartamento, Julia y Baal tomaron asiento donde él la había estado esperando y se limitaron a contemplar el cielo el uno junto al otro. No se oía ni un alma. Había tanta calma... Podrían haberse pasado horas escuchando ese hermoso silencio tan inusual en una ciudad como Barcelona. Hacía frío. Julia se acurrucó junto a Baal, aumentando el contacto físico entre ambos más y más.

—¿De verdad crees que estaba hermosa con lo que me has comprado? — Le volvió a preguntar con voz tímida, buscando la aprobación de un hombre que nunca antes había tenido, a excepción de su difunto hermano y no en ese aspecto precisamente.

—Siempre lo estás a mis ojos. —Aseguró él al fin, acariciándole el mentón con delicadeza y comenzando a acercar su rostro contra el de ella, muy lentamente.

¿Qué estaba pasando? ¿Estaba bien aquello? ¿Estaba mal? ¿Importaba una cosa o la otra? La atracción comenzó a tornarse ineludible, inevitable. Era como si, si no llegaban a juntar pronto sus labios, ambos terminarían ahogándose. Pero el miedo y la inseguridad impedían que el contacto llegase a tener lugar del todo. Baal acarició con sus largos dedos el perfumado y

sedoso cabello de Julia con extrema delicadeza y se acercó un poco más. Podían sentir sus respiraciones. Resultaba tan agradable... No era la primera vez que se encontraban en esa situación, pero ahora resultaba incluso más intenso que cuando se conocieron. Julia cerró los ojos con suavidad al tiempo que Baal se humedecía los labios con su propia lengua. Un calor sin precedentes se apoderó de ambos. Pero cuando, envueltos por un tornado de sentimientos contradictorios, ambos estaban al borde del beso, el teléfono móvil de Julia comenzó a sonar tan repentina como inoportunamente. Ahora sí que Baal podía afirmar con total sinceridad que odiaba aquellos trastos, y también que no poseía el más mínimo interés en hacerse con uno de ellos a pesar de que estos fuesen ya un elemento imprescindible para el día a día de cualquier ser humano.

Como quien despierta de pronto de un hermoso sueño, Julia sacudió la cabeza con gesto nervioso y respondió. Era Claudia la que llamaba, preguntando cómo le había ido su primer día en el trabajo. Tras hablar cuatro o cinco minutos mientras paseaba sin llegar a alejarse en ningún momento de la gran farola, Julia se despidió de su amiga y llamó luego a Andrés con tal de poder agradecerle otra vez el haberle encontrado aquel trabajo. Una vez hubo colgado, Baal se puso también en pie y, sin decir nada, ambos se tomaron del brazo con gesto cariñoso y regresaron al apartamento, el hogar que ahora ambos compartían. Aún era pronto, pronto para ellos. Comenzaba algo nuevo y no tenían prisa, ni querían tenerla. La eterna pregunta de qué podía salir de todo aquello atacó nuevamente a la mente de Baal. ¿Qué diablos estaba haciendo, siendo él quien era? Aquel no era su mundo, no podía atarse a nada. Debía volver, eso lo sabía. Y aún así... Podía controlarlo, estaba por encima de aquella situación. Eso era lo que se repetía una y otra vez en su cabeza. Baal acompañó a Julia hasta su habitación y, cuando esta estaba ya en pijama y dentro de su cama, él le cerró la luz y se marchó al salón.

—Buenas noches, Julia. Me he divertido hoy. —Reconoció.

—Yo también, Baal. —Sonrió—. Buenas noches.

—Que duermas bien. —Sentenció antes de ajustar la puerta y volver al sofá para conciliar de forma innecesaria el sueño hasta la mañana siguiente, acompañado como no de aquel oscuro gato y pensando una y otra vez en el día que había pasado junto a Julia.

Capítulo XIX

No había amanecido todavía. No le hacía falta para despertarse y volver al trabajo. Su olfato le decía que hoy por fin daría con algo útil para su encasillada y aparentemente inútil investigación, y no iba a desperdiciar ese sentimiento por nada del mundo. El inspector Sergio Alcántara era un hombre perspicaz, inteligente, algo asocial, constante ante las adversidades... Lo que se podría llamar un tipo duro. Su aspecto físico constataba su personalidad. Más de un metro y ochenta centímetros de altura, espalda ancha, músculos todavía ejercitados a pesar de su edad superior a los cuarenta años, y el cabello corto y canoso más bigote conformaban a ese hombre que vestía siempre con una larga gabardina de tono marrón claro, pieza ciertamente acertada para su profesión: inspector privado.

Tras una ducha de agua muy fría a pesar de la época del año, algo que lograba despertarlo del todo cada mañana antes de salir a la calle, y tras tomarse también su habitual café cortado y una tira de chocolate negro de intenso sabor, el inspector se acercó a su teléfono móvil y escuchó sus mensajes de voz. No tenía ninguno. Eso fue una pequeña decepción que no le impediría salir a la calle ese día y dar con lo que buscaba. Dejó el teléfono nuevamente sobre la mesilla de la entrada y anduvo hasta su habitación, tan simple y clásica como el resto del piso, no muy grande, desde luego, pero con una cama, una nevera, televisor y ducha. ¿Qué más necesitaba? Se quitó su gran albornoz con el que tomaba siempre su rápido desayuno tras la pasada por agua y se puso rápidamente unos pantalones de pana y una camisa gruesa con un jersey de cuello de pico. Mientras se abrochaba los último botones, los

de más arriba, el teléfono comenzó a sonar. Corrió a cogerlo y descolgó no sin antes comprobar el remitente en la pequeña pantalla del aparato. Habría querido leer el nombre de su fiel y joven contacto en esta, pero lo que vio tampoco le defraudó, no podía. Su anciana madre, preocupada por la seguridad de su hijo desde que comenzara con esa peligrosa profesión tantos años atrás, lo llamaba como poco una vez al día desde la residencia en la que se encontraba, dado que su hijo, a pesar de dar buen servicio a la comunidad, no veía su trabajo bien recompensado en el aspecto económico. Como siempre solía hacer, Sergio fue amable con su madre, y como siempre le restó peligrosidad a su oficio de inspector para que la pobre mujer pudiera pasar otro día más de su vida con toda la tranquilidad posible en su interior. Nunca se había sentido muy atado a nadie ni a nada, salvo a su profesión. Pero la irracional preocupación que le profesaba siempre aquella mujer de la cual hacía tanto que ya no dependía lograba sacarle un esbozo de sincera sonrisa en el rostro a ese hombre, al menos muy de vez en cuando. Tras una conversación demasiado tópica, colgó el aparato y se dispuso a seguir vistiéndose. Sin embargo, no tuvo tiempo. Tal y como el teléfono tocó nuevamente con el mueble, volvió a sonar con la misma melodía, una de esas que viene por defecto con el teléfono. Era su contacto, ahora sí. Descolgó.

—¿Miguel? —Preguntó con prisa.

—Señor Alcántara, soy yo, Miguel. —Aclaró innecesariamente una voz joven e inexperta ante la vida, al menos en comparación con la del inspector.

—Ya lo sé. —Repitió como siempre el detective—. ¿Tienes algo? —Quiso ir al grano, como solía hacer en todo.

—Creo que sí. Preste atención. —Se dispuso a comenzar con su informe.

Miguel Aguilar era un joven de cabellos castaño claros y ojos azules, entusiasta de mente abierta y ganas de alcanzar grandes logros que parecían no llegar nunca. A sus veinte años, se había graduado ya en la universidad como periodista y había obtenido buen puesto en un diario bastante conocido y vendido. Su talento y maña a la hora de redactar le habían valido más de una matrícula de honor en la facultad y un buen puesto fuera de ella, todavía poco remunerado por su corta edad. Pero el sueño oculto de este joven algo tímido y humilde a la vez que tan inteligente y avisado para lo que le interesaba, era el de llegar a escribir una buena novela, algo que la gente

admirase y disfrutase y, por qué no decirlo, algo que le diese la tranquilidad y seguridad económica que todo el mundo buscaba más aún en esos tiempos. A pesar de sus muchos intentos por cumplir ese sueño, este no se había visto cumplido todavía, y ninguna editorial terminaba aceptando nunca sus manuscritos. La búsqueda de un argumento, de una trama, de algo digno de explicarse o de ser utilizado como inspiración para una gran novela, le había llevado a acercarse al cuerpo de policía y, de allí, al inspector privado Sergio Alcántara, un hombre casi de novela, fuerte y algo tosco e independiente al cual respetaba enormemente tal y como se respeta a un maestro.

—¿Y bien? —Preguntó—. ¿Qué tienes?

—He pasado por comisaría. Por lo visto han atrapado a un sujeto que por lo que he oído creo tiene relación con su caso, señor. —Comenzó a explicar, logrando llamar la atención del detective.

—¿Qué le han sacado? —Siguió interrogando Sergio.

—Nada. —Fue rápido Miguel.

—¿Nada? Esos inútiles... —Se quejó como de costumbre—. ¿Se niega hablar?

—No, no es eso. —Dudó por unos instantes Miguel.

—¿De qué se trata entonces? —Sergio hizo alarde nuevamente de su poca paciencia.

—El sujeto sí ha hablado, pero nadie cree lo que dice. Aseguran que está loco, lo han encerrado en un calabozo aislado y creo que iban a ponerlo bajo tratamiento psiquiátrico en breves. —Continuó.

—Ya veo. Así que un loco... —Se rascó su áspero mentón con gesto pensativo, provocando un sonido rasposo que Miguel pudo escuchar desde el otro lado del teléfono.

—¿Qué va a hacer? —Se atrevió a preguntar al fin, sabiendo que la respuesta a esa pregunta significaba siempre una nueva aventura para ambos.

—Comprobar en persona si ese sujeto es de mi interés y si está tan loco como me dices. Y en caso de que obtenga respuesta afirmativa a ambas cuestiones, descubriré qué lo ha dejado así.

—Imaginaba esa respuesta. —Sonrió Miguel.

—¿Entonces para qué has hecho esa pregunta? —Fue antipático Sergio, como solía hacer siempre que veía que ese joven y él comenzaban a acercarse

más el uno al otro, como si pretendiese mantenerle al margen, no en plano inferior pero sí diferente al suyo.

—Cierto. —Observó el chico algo decaído.

—Te espero en la comisaría en veinte minutos. No faltes. —Ordenó devolviéndole las fuerzas al precoz periodista.

—Allí estaré. —Se despidió antes de colgar.

Tras eso, el inspector guardó el teléfono en su bolsillo, escondió bien su pequeña y fiel pistola, se colocó su carismática gabardina encima y partió hacia la comisaría con paso ligero. Tras tomar el autobús, como hacía siempre que iba hacia allí, se encontró a las puertas del departamento de policía del distrito antes de lo previsto. Un puñado de escalones ascendentes conducían a los transeúntes a las puertas del recinto, las cuales eran de cristal blindado. El inspector se llevó un cigarrillo de hoja de tabaco a la boca y lo encendió con su mechero, dado que las esperas se le hacían siempre molestas y aquello le relajaba. El sol se dejaba ver ya emergiendo de entre los edificios más altos de la zona y las farolas de la calle llevaban ya unos minutos apagadas. Dejó escapar un poco de aire. Sergio no tardó en escuchar el sonido de una moto de conocida marca italiana, una Vespa de llamativo chasis azul eléctrico bien cuidado acercándose a él. Del vehículo en cuestión bajó el joven Miguel, bloc de notas y bolígrafo negro en mano, como siempre. Ambos se saludaron mínimamente con un gesto de cabeza y Miguel le dedicó al inspector una mirada de desaprobación al ver el cigarrillo que portaba entre los dientes, dado que el joven reportero lo consideraba un mal vicio, opinión que Sergio ignoraba descaradamente. Los dos personajes subieron aquellas escaleras en busca de respuestas claras y, tal vez, de un buen artículo.

Tanto el inspector como el periodista sabían de sobras que nunca eran bienvenidos en ese lugar. Todos allí conocían que el inspector Sergio Alcántara andaba obsesionado con un caso en concreto: los Cuervos Grises, una mafia, una organización encargada de traficar con armas y drogas a distintos puntos de Europa y también a nivel estatal. Pero la policía estaba segura también de que ellos mismos se habían encargado con éxito de aquella situación, y el hecho de que un inspector independiente como ese dudara de su palabra e insistiese en dicho asunto les molestaba tremendamente. Al jefe

de policía en particular, no le gustaba nada que metiesen siempre sus narices en los asuntos más oscuros y extraños que les tocaba llevar, y su presencia allí solía ir acompañada de futuros problemas. Una vez hubieron cruzado las puertas de la comisaría, dicho jefe de policía, un hombre mayor y muy corpulento llamado Fermín, corrió a interceptarlos a ambos antes de que causaran estragos en su departamento.

—Quiero verlo. —Fue directo Sergio.

—¿A quién? —Preguntó Fermín sin saber cómo iba a tratar de impedir esta vez el paso del inspector privado.

—Ya lo sabes. Al loco. —Trató de zafarse del policía, el cual le vallaba el paso con su gran físico de forma autoritaria.

—Pediré que traigan un espejo. —Quiso ser sarcástico el policía.

—No me toques los huevos. —Pareció estar molestándose por momentos—. Quiero ver al que decís que está loco. —Insistió.

—No tienes nada que rascar aquí, Sergio.

—¡Aparta! —Insistió.

—¡No está aquí! —Dijo de pronto Fermín, logrando que Sergio cesara en sus intenciones de pasar por encima de él—. Se lo han llevado esta madrugada. —Continuó con tono tranquilo, logrando que inspector y periodista bajaran la cabeza al unísono con gesto decepcionado, provocando triunfo en el rostro del policía.

Pero poco duró aquella expresión en sus rostros. Unos gritos incomprensibles para cualquiera, desquiciados hasta el punto de pensar que quien los emite ha mirado a la muerte a los ojos y ha vivido para intentar explicarlo, comenzaron a resonar desde el fondo de los despachos. El loco seguía allí, encerrado en la cámara de interrogatorios. Nadie se lo había llevado a ningún lado, no todavía. Esa mentira molestó especialmente al incisivo detective, quien se abrió paso fácilmente ante la impotencia del policía tras ver su mentira derrumbarse por los gritos de ese descerebrado sin juicio alguno. Tras los pasos de Sergio Alcántara, Miguel, silencioso y discreto, siguió al inspector bien de cerca, sabiendo que todos los policías allí presentes les observaban con mala cara, desentendiéndose de lo que ese chiflado pudiera decirles. El inspector Alcántara llegó finalmente a la puerta de la habitación en la cual un hombre esposado con las manos a la espalda se

retorcía por el suelo al tiempo que hablaba con nadie, variando su tono de voz aparentemente al azar.

—Los Cuervos Grises... ¿Crees que es verdad que todavía existen? ¿Crees que puede ser uno de ellos? —Preguntó el policía con la mirada afilada.

—Creo que solo tengo una manera de saberlo. —Respondió el inspector con astucia.

—Tú ganas, como siempre. —Cedió el oficial Fermín—. Interrógale tanto como quieras. Creo que estás tan loco como él si sigues con ese dichoso caso. Quizás os entendáis y eso te permita sacarle algo. —Rio con desprecio, causando irónica sonrisa también en el detective y silenciosa indiferencia en el joven Miguel.

—¿De verdad va a entrar allí? —Se aseguró el chico ante lo que estaba viendo.

—Vamos a entrar allí. —Le corrigió Alcántara—. Toma nota de todo lo que diga. Hasta la tontería más absurda puede ser clave. Confío en ti. —Dijo por el mero hecho de infundir algún tipo de sentimiento poderoso en su joven ayudante.

—Entendido. —Asintió con ese brillo entusiasta en los ojos mientras su mentor hacía girar el picaporte de la cámara ante un jefe de policía que se alejaba lentamente, tratando de desentenderse de lo que esos dos pudieran averiguar de boca de un desquiciado e inestable mental como aquel.

La habitación era pequeña y con las paredes blancas y lisas. Solo un perchero con una gabardina gris y un sombrero verde, seguramente propiedad del preso, interrumpían ese pequeño y monótono paisaje. La misma y característica ropa que los demás miembros de esa organización... El detenido presentaba un aspecto lamentable. Estaba exageradamente pálido y sudaba a raudales. Sus cabellos y su barba mal afeitada estaban empapados y despeinados. Todo él se veía poca cosa, tan delgado, casi enfermizo, y con esos ojos... Unos ojos pálidos, prácticamente blancos del todo y temblorosos, como si fueran a estallar en cualquier momento. Su voz, a veces tan aguda y a veces tan grave, emitía ahora ruidos desordenados e imposibles de descifrar incluso para el inspector Sergio Alcántara, especialista en casos extraños como ese. Ante el comprensible miedo del pobre Miguel, el detective supo

que debía dar el primer paso, anduvo hasta el sujeto en cuestión y, sin miedo en la mirada, le tomó de los hombros con fuerza. No fue un contacto agradable. El sujeto dejó de retorcerse tan exageradamente y logró aguantarle la mirada a su interrogador. Sergio pareció ver entonces una cara de la muerte, pero no dejó que se le notara ni en el pulso ni en la mirada. No podía permitírselo. Tragó saliva y procedió.

—Cálmate. —Le ordenó en primer lugar—. Respira y mírame a los ojos. —Continuó para asegurarse de que el personaje no tratara de aterrar también con su desquiciada mirada al joven Miguel, quien probablemente no podría aguantar semejante presión—. De acuerdo... Todos aquí dicen que estás loco de remate. —Observó—. ¿Por qué?

—No... ¡No lo estoy! —Negó a gritos dubitativos mientras movía la cabeza de un lado a otro, tan fuerte que parecía tratar de romperse el cuello a sí mismo.

—Pero ellos piensan que sí. Si quieres que te ayude dime qué les has dicho. —Insistió con dureza.

—Le he visto... —Dejó la frase en el aire, como con un miedo infinito a terminarla.

—¿A quién?

—A él... —Continuó igual de siniestro el sujeto, mientras Miguel tomaba nota de todo sin descanso, haciendo alarde de una habilidad con el bolígrafo poco usual.

—¿Quién es él? —Insistió ahora sí con cierto miedo a la respuesta.

—¡El diablo! —Un silencio sepulcral inundó la sala tras semejante grito.

Capítulo XX

—¿A quién dices que has visto? —No dio crédito el policía.

—¡Al diablo! —Respondió nuevamente con un chillido, logrando que a Miguel se le cayera el bolígrafo al suelo mientras lo hacía girar sobre su mano como siempre, sin que nunca antes se le hubiera escurrido de entre los dedos como en esta ocasión.

—¿Al diablo? —Quiso corroborar Sergio Alcántara.

—Sí. —Asintió con miedo a que la figura que había visto aquella noche pudiera oírle, allá donde quisiera que estuviese.

Sergio Alcántara respiró profundamente. Un aura pesada, incómoda e incluso maligna comenzó a apoderarse de toda la cámara. Un tremendo escalofrío recorrió la sudorosa espalda del detective, quien no podía permitirse el soltar ni por un momento a ese sujeto por miedo a lo que pudiera llegar a hacer en tan extraño e inestable estado. La tensión era tal que podría haberse cortado con un cuchillo. El inspector volvió a tragar saliva. Había cruzado su mirada con la de un loco en infinidad de ocasiones y, sin embargo, esta era totalmente distinta a todas las demás. Comprendía perfectamente que la policía quisiera omitir todo aquello y hacer como si no hubiera ocurrido nada. No era de cobardes, sino de sensatos. Pero alguien debía descubrir la verdad acerca de todo aquello y ese alguien sería él. Inspiró.

—¿Cómo sabes que era el diablo?

—Él lo dijo. —Se limitó a decir el preso como si fuese algo obvio.

—¿Y le creíste?

—¿Cómo no hacerlo? —Repuso—. Era la verdad... —Se le veía demasiado convencido como para estar mintiendo, lo que llevaba a pensar a Sergio no que fuera verdad sino que por algún motivo ese hombre así lo creía.

—¿Y cómo era? —La curiosidad llevó a Sergio a terreno peligroso.

—Grande, enorme, majestuosamente bello y letal. —No escatimaba en elogios a la hora de describirlo—. Su sola presencia hace que comprendas que, ante él, no merecemos más que la muerte. —Aseguró con mirada eufórica y fanática—. Ojalá pudiese volver a verlo y morir después...

Un extraño vacío comenzó a apoderarse del interior del inspector. Eso era lo que la gente conocía como miedo. Hacía demasiado que no sentía algo similar a aquello. Él, el hombre que enfrentaba al peligro en solitario, acostumbrado a moverse entre las sombras de la noche, a enfrentarse a los peores rivales de la sociedad pacífica, quien no temblaba cuando le apuntaban con una pistola en la frente, ahora sentía miedo, un miedo imposible de describir. Miguel dejó caer su bloc de notas y comenzó a acercarse a los otros dos con paso lento y sumiso. Después extendió el brazo derecho con gesto tembloroso, dubitativo. El preso le sonrió con cordialidad, como si le estuviese prometiendo una visión de ese ser magnífico y poderoso que estaba describiendo. Miguel parecía estar perdiendo la consciencia con cada paso que daba. Sergio se percató de ello y comprendió que no podía permanecer en ese estado mucho más tiempo. Rápidamente, y con un gesto más torpe del que habría deseado o calculado, alzó su brazo a modo de valla e impidió el avance del ingenuo muchacho, logrando que este parpadeara al fin y volviera en sí. Eso no era normal, ¿habría realmente algo de sobrenatural en ese asunto?

—Perdóneme, inspector. No sé que me ha... —Trató de disculparse Miguel sin dar con las palabras que buscaba, cosa rara en él.

—No te preocupes. —Le comprendió perfectamente Alcántara, viendo que algo tan terrible como el miedo podía unir a personas tan dispares como ellos dos—. Aléjate un poco, Miguel. Retrocede. —Le pidió logrando que el muchacho recogiera su bloc de notas y su bolígrafo y obedeciera sin dudarle—. Y bien. —Volvió a mirar entonces al desquiciado prisionero—. ¿Qué hizo cuando le estabas viendo?

—Él... —Dudó—. Él tomó a mi compañero por el cráneo con una sola mano y lo fundió. —Escupió de pronto.

—¿Lo fundió? —Preguntó incisivo Sergio.

—Así es. —Reafirmó él—. Tal cual se lo digo.

—¿Tu compañero le había hecho algo antes?

—Él estaba tumbado en el suelo de la calle. —Trató de explicarse.

—¿Él?

—El diablo. —Aclaró—. Yo seguía a mi camarada a cierta distancia, como solemos trabajar siempre por si uno de los dos necesita ayuda. Mi compañero se topó con él y lo pateó con fuerza. Pero su pierna se consumió. Luego él se alzó y todo el mundo pareció detenerse por completo. Fue... Fue... ¡Fue maravilloso! —Comenzó a reír de pronto, infundiendo terror en toda la comisaría, un terror sin lógica ni precedentes, capaz de penetrar en lo más profundo del alma y atormentar desde allí a placer.

Ante eso, Miguel se llevó ambas manos a la cabeza y comenzó a temblar como un niño desconsolado. El esfuerzo que debía hacer Sergio Alcántara para mantenerse en pie resultaba considerable. La temperatura de la sala comenzó a elevarse y el aire parecía ahora más viciado que antes, agobiante. Era como si ambos se encontrasen ahora mismo en el infierno, un infierno particular en el que aquel loco era su guardián, enviado por el mismísimo diablo para sembrar la locura y el caos en sus corazones. La puerta se abrió de pronto y el jefe de policía agarró en brazos al pobre Miguel y lo sacó de allí lo más rápido posible, como quien saca a un inconsciente de un edificio en llamas para evitar que muera consumido por las llamas o intoxicado por el humo. Sergio, ayudado por otro policía al que no conocía, salió también de allí y la puerta volvió a cerrarse, calmando por fin aquella espantosa sensación general.

El mundo recobró su color natural y Miguel y Sergio su respiración. El policía Fermín y el detective se miraron a los ojos durante un tiempo difícil de definir, mientras que el segundo policía le traía un refresco de cola a Miguel para tratar de reanimarlo. Le molestaba tener que reconocerlo, pero ahora le debía una al jefe de policía al que siempre estaba molestando. Ambos dejaron escapar un suspiro largo.

—¿Has visto sus ojos? —Preguntó Fermín.

—Sí, los he visto. —Asintió Sergio Alcántara.

—Aquí no ha pasado nada. ¿Entendido? Es solo un loco que no sabe de qué habla y ya. —Aclaró tratando quizás de convencerse más a sí mismo que al propio investigador.

—Lo entiendo. —Asintió nuevamente, tomando al todavía no del todo recuperado Miguel y partiendo de allí en escrupuloso silencio.

La oficina de policía quedó varios minutos en quieto silencio. Después, todos pudieron regresar a sus quehaceres con más o menos ganas. Por su parte, Sergio y Miguel parecieron volver a la vida tras sentir una brisa de aire golpeando en sus rostros. Ya estaban mejor. Había resultado una experiencia terrible, pero ya había pasado y habían sacado algo, no lo que esperaban pero sí algo. Miguel se llevó una mano a la frente y trató de limpiarse su propio sudor con esta. Sergio sacó de su bolsillo un pañuelo de tela con sus iniciales bordadas y se lo ofreció al muchacho. Este agradeció infinitamente el gesto.

—Quédatelo. —Pidió antipático Sergio—. Cuando lo hayas limpiado, ya me lo devolverás.

—Gracias. —Asintió al tiempo que se guardaba la empapada prenda en su bolsillo—. ¿Qué va a hacer ahora?

—Ahora me voy al departamento forense de inmediato. —No vaciló en su respuesta el inspector.

—¿Al departamento forense? —Quiso asegurarse de que lo había escuchado bien a la primera.

—Me conoces mejor que nadie. Sabes que esto no me detendrá, no a mí. Lo sobrenatural siempre acaba teniendo una respuesta lógica y racional. Solo hace falta buscarla. Pero la mentalidad cerrada y cobarde de algunos les impide avanzar cuando el camino comienza a oscurecerse. Quiero llegar hasta el fondo de este asunto, y ahora más que nunca. Que ese hombre es un miembro de los Cuervos Grises es ahora tan evidente como casi secundario. —Aseguró—. Pero esa mirada sí me preocupa... Algo de verdad hay en las palabras de ese loco. Y si el departamento de policía prefiere omitir eso, no haré yo lo mismo.

—¿Pero cree que puede ser verdad lo que ha dicho? ¿Lo del demonio? —Preguntó con voz dubitativa.

—No. Si el demonio existiera, también existiría el infierno. Y no creo que

exista tal lugar. Si a los muertos se les cierran los ojos es porque no hay nada que ver después de la muerte. —Argumentó de forma simple—. ¿Y tú qué opinas?

—Nunca lo he pensado detenidamente. —Reconoció.

—En fin, eso no me importa. Escúchame bien, Miguel. Sea lo que sea lo que haya detrás de todo esto, será peligroso. Esta vez no te pediré que me sigas. —Dijo con mirada seria y paternal al tiempo que le daba una palmadita en el hombro y partía de allí, dejando al joven mudo y confuso por un segundo.

—¡Espere! —Le pidió de pronto—. Iremos más rápido si vamos en mi moto. —Sugirió.

—Miguel, ya has visto a ese hombre. ¿Seguro que quieres continuar con esto? —Quiso volver a asegurarse, pues en el fondo ni él sabía qué era lo correcto en semejante situación.

—Somos un equipo, ¿no es así? —Preguntó con una sonrisa mientras caminaba hacia su vehículo y habría el asiento, sacando un segundo casco, de diseño notablemente más femenino que el suyo propio, para su acompañante.

—¿Siempre llevas dos cascos encima? —Frunció el ceño el inspector.

—Uno nunca sabe cuándo va a tener suerte. —Río Miguel mientras se ponía el suyo en la cabeza.

—Ya. —No pudo evitar esbozar una mínima sonrisa también el inspector—. Creo que hoy podremos sentirnos afortunados si regresamos a nuestras casas por la noche y de una pieza. —Resumió.

—Eso lo hace más emocionante. Allá vamos. —Dio gas el muchacho al tiempo que Alcántara terminaba de acomodarse, tratando de evitar el contacto físico con Miguel en la medida que el pequeño vehículo lo permitiese.

Conducir por Barcelona resultaba siempre una locura. El tráfico estaba imposible todos los días del año y los lugares para aparcar eran siempre escasos y caros. Pero finalmente, los dos intrépidos investigadores llegaron al departamento forense y dieron con un lugar en el que estacionar la moto. Mostrando sus identificaciones, algo que en la comisaría no solían hacer nunca dado que ya los conocían de sobras, ambos se adentraron en ese lugar algo siniestro y saludaron al doctor Marcos, un viejo conocido del inspector que ese día parecía tan preocupado y angustiado como el resto de su equipo y

el propio departamento de policía.

—Sé para qué has venido. —Le ahorró las explicaciones al detective.

—¿Es cierto lo que dicen? —Intervino Miguel con curiosidad.

—Déjame hablar a mí. —Lo cesó Alcántara.

—Me temo que sí, jovencito. —Afirmó el médico—. Nunca había visto nada parecido, y dudo que vosotros queráis verlo. —Aseguró tratando de disuadir a aquellos dos antes de que viesen lo que no debían.

—No es lo que queremos, si no lo que debemos hacer. —Resumió Sergio Alcántara con firmeza.

—Escucha, Sergio, el departamento va a deshacerse de los restos hoy mismo. Podemos hacer como que no ha pasado nada y ya está. Créeme, será lo mejor para todos. —Dijo con la seguridad que muy pocos llegan a mostrar alguna vez en su vida.

—Permítame. —Lo apartó de su camino con educado gesto, mientras él y Miguel accedían a una cámara aislada a la que nadie parecía querer acercarse.

En el centro de la esterilizada habitación, una camilla metálica con algo sobre ella y cubierto esto por sábanas blancas, descansaba en absoluta soledad. Miguel recordó lo sucedido en la comisaría pocos minutos antes y decidió mantener una distancia prudencial esta vez. No hizo lo mismo el inspector. El hombre se acercó a la camilla y tomó las sabanas por una esquina, con sumo cuidado. Tras pensárselo dos y tres veces, las retiró con un único gesto. Lo que vio le resultó desagradable a todos los niveles. Tuvo que realizar un enorme esfuerzo para no vomitar de forma violenta allí mismo. Esfuerzo que Miguel no logró llevar a cabo con éxito ante tan espantosa visión.

—¿Te encuentras bien? —Preguntó Sergio sin dar la espalda a los restos carnales de ese pobre desgraciado que un día había sido un ser humano pero que ahora ni sus más allegados alcanzarían a reconocer.

—Sí. —Mintió descaradamente Miguel al tiempo que se limpiaba la boca con el pañuelo prestado.

—Ahora ya no hace falta que me lo devuelvas, ni aunque pase por la lavadora diez veces. —Observó Sergio, logrando que Miguel sonriera mínimamente a pesar de su situación.

—¿Qué diablos le ha ocurrido? —Preguntó el periodista sin saber si

quería saber la respuesta o si prefería continuar en su feliz ignorancia.

—No me lo creo...

El cuerpo, o lo que quedaba del cuerpo, presentaba un aspecto deplorable, irreconocible, desagradable desde cualquier punto de vista. No lo habían limpiado, probablemente por la misma razón que la policía no se había esmerado en interrogar al chiflado ese, por miedo a estar cerca suyo. Había algo que parecía estar dejando un rastro de maldad en todo lo que tocaba que asustaba a todo el mundo. Pero tenía que seguir adelante, de modo que contempló el cuerpo sin parpadear. Algunos pedazos de carne quemada se aferraban con fuerza a los huesos oscurecidos del cadáver. Apestaba a azufre y a restos de basura orgánica. Pedazos de ropa destripada se pegaban al cuerpo con extraña pesadez. Era mucho suponer, pero ambos llegaron a la conclusión de que lo que ese sujeto llevaba puesto cuando murió era una pieza bastante larga, tal vez una gabardina, igual que el preso...

Al tener ese pensamiento rondando por su cabeza, ambos se miraron al unísono, como si hubiesen dado un paso más en todo aquel asunto. Siguieron observando. Al cuerpo le faltaba una pierna, la derecha, la cual apenas llegaba hasta la rodilla. Tal y como el demente de comisaría había asegurado... Toda la figura mostraba que el sujeto había muerto de una forma tan cruel como dolorosa, pero lo que más sorprendía y al mismo tiempo aterraba, era su cráneo. En la superficie de este se habían hundido cinco marcas de dedos fáciles de ver. ¿Quién podía tener tanta fuerza en una mano como para dejar semejante huella en un cráneo humano? Las cinco yemas de dedos, sin huella dactilar alguna, seguían apretando ese cadáver, deformado por el calor y la fuerza posterior aplicada sobre el mismo. Miguel tragó saliva al ver cómo Sergio Alcántara se acercaba un poco más al cuerpo, tal vez demasiado. Querría haberle alertado, de veras que habría querido hacerlo. Pero no obtuvo el valor necesario para hacerlo. Sergio alzó su mano y la acercó a la calavera. Con curiosidad extrema, colocó la palma de su mano en el cadáver y encajó cada uno de sus dedos en las marcas que el asesino y torturador había grabado en la cabeza de su presa. Una vez los cinco dedos estuvieron en sus correspondientes lugares, no pasó nada, silencio absoluto. Y luego, el inspector cayó al suelo en seco.

Capítulo XXI

Sus ojos tardaron en volver a abrirse, y cuando lo hicieron, estaba en otro lugar, sobre una camilla, con un fino tubo conductor de alguna sustancia médica recorriéndolo e introduciéndose en su organismo a través del grifo conectado a su brazo. ¿Qué había ocurrido? Había tocado aquel cuerpo, y después...

—¡Se ha despertado! —Observó con alivio e ilusión el joven Miguel, sentado al lado del temporalmente convaleciente inspector Sergio Alcántara.

—¿Qué demonios me ha pasado? —Preguntó tratando de reincorporarse sin demasiado éxito.

—Se ha desmayado. —Explicó Miguel sin disimular su alegría al ver que su mentor se encontraba ya mejor.

—¿Desmayado? —Preguntó—. Entiendo... —Suspiró haciendo memoria de la desgarradora sensación que había tenido al tocar aquel cráneo deformado por una fuerza de otro mundo, como si realmente hubiese podido admirar la obra del diablo por un instante, como si todo su mundo hubiese cambiado con aquel simple contacto con la cercana muerte.

—No es nada grave. —Intervino entonces el doctor Marcos, haciendo acto de presencia en la habitación y portando una carpeta con los resultados de los análisis que acababan de hacer a prisa y corriendo a Sergio—. Pronto te estabilizarás del todo.

—¿Y el cuerpo? —Quiso saber el hombre.

—Nos hemos deshecho de él. —Reconoció el médico con la mirada baja.

—No importa. Ya tenía todo lo que necesitaba saber sobre eso. —Afirmó

el detective—. Ahora solo necesito saber dónde lo hallaron.

—Esta es la dirección. —Mostró la ficha del cadáver, en la cual aparecía una dirección cercana al centro, entre este y el barrio gótico de la ciudad de Barcelona—. ¿Vas a ir para allá? —Preguntó extrañado, sin saber qué más podía saber o querer saber de todo aquel asunto ni qué esperaba descubrir yendo a dicha calle.

—De inmediato. —Afirmó poniéndose en pie y arrancándose el filtro pegado con esparadrapo de la parte interna de su brazo.

—Pero debes descansar. —Se quejó el doctor Marcos, sabiendo que todos sus esfuerzos terminarían siendo inútiles teniendo en cuenta el carácter y personalidad de aquel hombre testarudo e insistente cuando algo lograba despertar su interés profesional.

—Es inútil. —Sonrió Miguel conformista.

—Entonces cuida de él. —Le pidió con sinceridad el doctor.

—No se preocupe. Lo haré en la medida en que él me lo permita. —Se encogió de hombros el muchacho.

—Buena suerte. —Asintió.

—Hasta la próxima, doctor. En marcha, Miguel. —Ordenó mientras se despedía de ese lugar al tiempo que se llevaba a la espalda su enorme gabardina con gesto tal vez exagerado, y abandonaba ese lugar del que había logrado arrancar más de una impresión en su propia piel, en su propia alma...

No tardaron mucho en llegar a la calle en cuestión. Así trabajaba Sergio Alcántara: rápido, eficaz, sin irse por las ramas. Era su manera de hacer las cosas, la única que conocía y la única que le gustaba. Aparcaron la moto en el primer puesto que encontraron y se pusieron manos a la obra a buscar pistas, cualquier cosa que lograra esclarecer al menos un poco tan turbio asunto. Comenzaba a anochecer, lo que hizo comprender al inspector Sergio que había perdido demasiado tiempo tumbado en aquella camilla tras encajar sus dedos en las marcas del cadáver, tiempo que trataría de recuperar lo más rápido posible. Solo quitarse el casco, ya pudo sentir algo que le resultaba desagradablemente familiar. ¿Un aroma? ¿Un recuerdo? ¿Una esencia? ¿De qué podía tratarse? Comenzó a investigar. El suelo de Barcelona no era la superficie más limpia del mundo precisamente, y hallar pruebas pasadas tantas horas no resultaba tarea fácil. Sus pasos y su olfato detectivesco le

condujeron al interior del contenedor. Olía a basura, a cenizas y a carne viva. Comenzó a buscar cualquier cosa, cualquier pista o indicio de pista que pudiera servirle. Pero lo cierto era que no había mucho más de lo que había descubierto en sus visitas a comisaría y al departamento forense.

El aire se tornó más desagradable aún, y el malestar de Miguel comenzó a contagiarse también al veterano inspector. Había algo allí que les daba muy mala espina. Sergio cerró sus ojos y respiró profundamente. Estaba acostumbrado a manejar casos extraños, fuera de lo común. Y en muchos de ellos, le había valido más el seguir su olfato e intuición que las pistas evidentes a los sentidos. Comenzó a caminar sin rumbo establecido y Miguel le siguió sin dudarlo, movido por una mezcla de sentimientos que incluía la curiosidad de ver cómo terminaría todo aquello y el miedo a quedarse solo en tan siniestro lugar. Las calles de la ciudad se veían más y más vacías con cada paso que daban. Su andadura nocturna y basada en el simple instinto, en la intuición de quien sabe que busca algo pero no sabe bien qué espera encontrar, les llevó a una calle apartada y estrecha, conocida por sus numerosas tiendas de música y ropa dedicadas a ciertas subculturas y tribus urbanas. Sergio se adentró en dicha calle con paso decidido.

—¿Cree que aquí encontrará algo importante? —Preguntó Miguel.

—Sí. No me preguntes por qué, pero lo creo. —Afirmó el inspector, quien no solía fallar a la hora de seguir su intuición prácticamente sobrenatural cuando de investigar casos extraños u oscuros se trataba—. ¿Conoces este lugar? —Preguntó sin demasiada curiosidad al tiempo que seguía caminando.

—Por supuesto. Mis amigos y yo solíamos venir mucho por aquí cuando estudiábamos, para comprar música y esas cosas. En una de estas tiendas fue donde me compré mi guitarra. —Añadió Miguel.

—No sabía que tocases. —Observó el veterano inspector.

—Hay muchas cosas de mí que no sabe. —Dijo en tono interesante—. Como nunca hablamos de nada que no sean sus casos... —Se atrevió a quejarse el muchacho.

—Puede que tengas razón. —Asintió Sergio quien, desde su encuentro con el loco de la comisaría y el cadáver del departamento forense, parecía estar más sensible que de costumbre, como si algo le preocupase de verdad

por primera vez en muchos años y tratara de disimularlo con un toque más de amabilidad—. ¿Sabías que yo también toqué en una banda?

—¿Usted? —Preguntó claramente sorprendido el joven periodista.

—Sí, la batería, cuando era joven. —Continuó explicando.

—¿Usted fue joven? —No pudo contener aquella pregunta de la cual se arrepintió al instante.

Pero en lugar de enojarse, como habría sido lo normal en él, sonrió. Miguel estaba demostrando mucho acompañándolo en todo aquel siniestro asunto. Ahora que ambos paseaban por las oscuras y solitarias calles de la ciudad el uno al lado del otro, Sergio Alcántara se daba cuenta de que ese joven era el único que creía siempre en él y le acompañaba allá donde fuera sin pedir nada más a cambio que una o dos buenas historias que poder contar. Quizás ya era hora de comenzar a ser más amable con él, pero eso sí, sin dejar que al muchacho se le subiera a la cabeza tanta confianza. Era lo más parecido a un hijo, a un amigo y a un discípulo que había tenido desde hacía mucho. Su solitaria vida dedicada a un trabajo peligroso le impedía ligar lazos con otras personas. Y por ello, un joven entusiasta sin miedo en la mirada era el contrapunto y a la vez el complemento perfecto para él. Miguel también comenzaba a darse cuenta de que algo estaba cambiando en el inspector, el cual siempre había sido de una manera y ahora, de pronto, parecía querer mostrar una nueva faceta de sí mismo, una que Miguel no conocía todavía pero sin duda deseaba descubrir. Hundidos ambos en aquellos pensamientos, no pudieron evitar esbozar una absurda sonrisa.

—Bueno, siempre podemos ir a beber algún día juntos y me cuenta todas sus peripecias de juventud en plenos años sesenta. —Propuso el muchacho entre risas.

—No hay peripecias más en los sesenta, no soy tan viejo. —Se quejó tratando de aparentar estar malhumorado.

—¿Setenta entonces? No fueron tan divertidos. —Observó el muchacho.

—¿Ir a beber contigo? —Mostró su disconformidad con semejante idea—. ¿Tengo cara de ser el viejo que te paga las cervezas? —Preguntó volviendo a ser el de siempre pero sin quererlo realmente.

—No es mi padre. —Observó Miguel—. Puedo pagarme yo mis propias cervezas, y usted puede acompañarme si no le da miedo no poder seguirme el

ritmo. —Rio burlesco, ganando confianza con cada paso que daban, con cada palabra que decían.

—¿Ritmo? Sabes que no deberías beber, ¿verdad? Es peligroso. —Trató de instruir al muchacho.

—¿Y usted bebe? —Preguntó con precisión.

El inspector guardó silencio por unos segundos.

—Tienes razón, no soy tu padre. —Sentenció rápidamente.

—No se preocupe. Desde que me echaron de un bar por vomitar sobre una pobre camarera, me modero mucho con el alcohol. —Explicó el joven recordando aquella desastrosa noche un par de años atrás.

—¿En serio hiciste eso? Debes de ser todo un casanovas con las mujeres. —Rio Sergio Alcántara, causando sorpresa en Miguel quien, probablemente, no le había escuchado reír sinceramente en toda su vida.

—Si yo le contara... —Miró hacia otro lado el muchacho, algo sonrojado.

—En fin, se podría decir que tienes suerte de que no te echen de todos los lugares en los que vomitas, ¿no crees? —Observó Sergio haciendo memoria.

—¿Por qué dice eso? —Se quejó Miguel mientras contemplaba cómo el inspector se agachaba y acariciaba el suelo con cuidado al tiempo que un terrible escalofrío recorría su cuerpo y su alma—. ¿Qué ocurre?

—Hay un zarpazo en pleno asfalto, es reciente. —Observó con miedo a descubrir contra qué demonios se estaban enfrentando—. Y huelo algo... —Giró de pronto la cabeza antes de agarrar con firmeza y comenzar a levantar una tapa del sistema de alcantarillado.

—¿Qué hace? —Preguntó Miguel anonadado.

—Huelo algo, voy a entrar. —Procedió el hombre—. Espera aquí si quieres.

—De eso nada. Yo vengo con usted. —Insistió el muchacho sin querer quedarse atrás.

Ambos sacaron sus pequeñas linternas de emergencia y se adentraron en ese pasillo vertical y oscuro que se abría ante ellos. Tras bajar un número indeterminado de peldaños de mano, llegaron finalmente al suelo. Ambos había estado en lugares como ese anteriormente, de modo que en ese aspecto, no había nada que pudiera sorprenderlos. Sin embargo, una extraña presencia, muy tenue pero todavía presente, sí logró incomodarlos a ambos. Miguel

tragó saliva. No era la primera vez que sentía aquello, aunque en esta ocasión no fuera exactamente igual.

—¿Señor...? —Preguntó.

—Sí, también lo noto. —Asintió claramente preocupado.

—Creo que quiero volver arriba. —Admitió Miguel, ahora aterrado de verdad.

—Creo que será lo mejor. —Dijo también Sergio, dando un último vistazo con su linterna y alumbrando algo de vital importancia pero que ojalá nunca hubieran visto...

Capítulo XXII

Miguel vomitó al instante y cayó de rodillas al húmedo y encharcado suelo. Sergio Alcántara tragó saliva. La reacción de Miguel no había sido en este caso para nada exagerada. Y si existía una razón para que el inspector no actuase del mismo modo que su compañero era la simple idea de que al menos uno de los dos debía mantenerse en pie por lo que pudiera llegar a pasar. Ante ellos, un par de cuerpos humanos en plena descomposición, varones ambos, se hallaban desnudos por completo, mutilados y con claros signos de haber sido torturados y violados, en parte incluso devorados, por un auténtico maestro del sadismo. A su lado, las ropas de ambos, gabardinas grises y sombreros verdes, se encontraban amontonadas y manchadas por los restos de sus ya difuntos dueños. La sangre se entremezclaba con el agua y la suciedad, y el olor resultaba tan insoportable como la imagen en sí. Pero lo peor no era todo aquello, sino la esencia que flotaba en el aire, un aura maligna, pesada, poderosa... Similar a la que se había apoderado del pobre loco de la comisaría y del cadáver del departamento forense, pero aún así no igual del todo.

Esto ya no era un simple caso de mafias. Había algo más en todo aquello, algo grande, peligroso, tal vez sobrenatural. Sergio sacó su teléfono móvil y, con menos cobertura de la que habría deseado, llamó al jefe de policía Fermín para que viniera a ver lo sucedido. No solían cooperar el uno con el otro, y el hecho de hacerlo daba a entender que se trataba de algo serio. De modo que sin tener en cuenta la hora que era ni el molesto sujeto que estaba realizando la llamada, Fermín tomó a cuatro policías y los cinco se dirigieron al lugar de

los hechos. La sola imagen los horrorizó a todos.

—¿Sigues pensando que es una tontería? —Preguntó Sergio al tiempo que tomaba en brazos al joven Miguel.

—Nunca había visto nada tan espantoso... —Reconoció el jefe de policía.

—Ni tú ni nadie. —Asintió Sergio Alcántara.

—Yo sí. —Intervino de pronto Miguel, en estado todavía catatónico dada la serie de situaciones a las que se había visto sometido en un solo día y también la clara falta de fuerzas tras tanto vomitar.

—¿En serio? ¿Dónde? —Se apresuraron a preguntar ambos.

El muchacho tardó en dar con el aire necesario para responder a aquella pregunta.

—En... En un recopilatorio llevado a cabo por fotógrafos, forenses, policías y criminólogos de todo el mundo. Los crímenes más desagradables de características idénticas a estas llevados a cabo siempre contra hombres de entre veinte y sesenta años. —Hizo memoria el muchacho—. Además de los signos de violencia y violación, tienen en común que ninguno de los casos ha sido resuelto nunca. Nadie sabe quién los lleva a cabo ni cuándo comenzaron, y no siguen ningún patrón de lugares concreto. Son tan aislados e incongruentes que ningún cuerpo de policía se ha molestado nunca en tratar de resolverlos. Nunca pensé que llegaría a ver uno en persona, en el periódico no se lo van a creer. —Sonrió levemente, sabiendo que esas fotografías iban a ser un plus en su sueldo de ese mes—. En cualquier caso, esto viene de hace mucho tiempo. Es imposible que tenga algo que ver con nuestro caso... —Reconoció acurrucándose en la ahora paternal figura del inspector, quedándose dormido prácticamente al momento.

—¿Y bien? —Cuestionó Sergio Alcántara.

—Mandaré que investiguen todo esto. Puede que tengas razón esta vez. Te doy un mes, pide lo que necesites al cuerpo de policía y mantén la discreción en todo lo que hagáis tú y tu amigo periodista. Todo este asunto no me gusta nada. —Suspiró el jefe de policía—. Ahora marchaos, nosotros nos ocupamos de todo. Y un consejo, no os separéis. Podrían estar vigilándonos a todos en estos momentos, y sería imprudente ir solo.

—Tendremos cuidado. Tenedlo también vosotros. —Pidió Sergio quien, por mucho que discutiese siempre con el policía y sus hombres, no deseaba

verlos muertos—. Si tenéis algo, avisadme.

—Descuida. —Se despidió el jefe de policía con aire preocupado al tiempo que sus hombres seguían con tan desagradable y aterrador trabajo y el inspector y el periodista abandonaban el lugar a paso ligero.

Había resultado una jornada tan difícil como fructífera, un día largo e intenso, sin duda. Pero ahora podía comenzar a atar cabos y avanzar un poco más en su investigación sobre aquel organismo ilegal que eran los misteriosos hombres de gabardinas grises y gorros verdes, organismo que la policía creía haber erradicado meses atrás pero que él sabía seguían en pie y actuando desde las sombras. Pero cuán grande había sido su sorpresa al ver que aquello ya no era un simple asunto de traficantes de armas y drogas bien organizados. No. Una pieza mucho más poderosa había entrado en aquel siniestro juego y quería saber de qué se trataba. Establecería la relación entre todo aquello y daría con la verdad. Pero por ahora, no había mucho que pudiera hacer, solo mantenerse con vida. Él y Miguel llegaron finalmente al piso del inspector. Este tiró al joven sobre el sofá con no excesiva delicadeza y, tras cerrar bien la puerta y colocar su pistola bajo la almohada, se dispuso a intentar conciliar un sueño que, por suerte y a pesar de su gran preocupación sobre todo aquello y su permanente sentido de alerta, no tardó en llegar.

Capítulo XXIII

Esa mañana el sol apareció con fuerza en el cielo de Barcelona. Envuelta en su cálida y hermosa nueva rutina, Julia subió la persiana de su habitación y bostezo sin reprimirse lo más mínimo. Hacía ya días que había perdido el hábito de mirar sus marcadas muñecas solo despertarse, pues ahora no quería pensar más en todo aquello. Muchas cosas habían cambiado. Tras frotarse un poco ambos ojos con tal de asegurarse de que estaba ya despierta, que ese amable amanecer no era un sueño, y tras besar con especial cariño la foto de ella junto a su querido hermano, bajó un pie de la cama y, tratando de evitar pisar el frío suelo, buscó primero una zapatilla y más tarde la otra, arrastrándolas ambas hasta llegar a sus pies para así poder ponérselas sin problemas. La risueña joven anduvo hasta el baño y, tras peinarse la melena con la rutina de quien lo hace a diario, corrió hacia el salón y, sin preguntar, subió las persianas de un solo gesto, dejando entrar de golpe toda la luz del día y logrando que Baal despertara de su innecesario sueño. Lo cierto era que, ahora que no tenía que madrugar tanto gracias a los horarios de su nuevo empleo, y a que ya no se sentía sola en la vida sino que la compartía junto a Baal, Julia estaba mucho más contenta, más positiva, y se levantaba siempre de mejor humor.

—¡Buenos días! —Gritó ella con ilusión.

—Buenos. —Respondió Baal reincorporándose y logrando que sus ojos se acostumbrasen poco a poco a la luz diurna, como hacía cada mañana.

—Voy a preparar el desayuno. —Anunció Julia—. ¿Quieres algo?

—Cerveza. —Respondió Baal mientras encendía el televisor, en el que a

esa hora solo aparecían dibujos animados y coloridos muñecos de trapo que enseñaban clases de inglés a los niños que no iban todavía al colegio, programación que siempre hacía reír por alguna razón a Baal.

—¿Cerveza? —Preguntó.

—Y caramelos. —Añadió sonriente.

—Cerveza y caramelos, cerveza y caramelos... —Se quejó Julia—. Hoy beberás leche, como la gente normal. —Instauró con tono imperativo.

—¿Quién es normal y quien no en este mundo? —Preguntó con tono entre filosófico y burlesco, haciendo ir sus brazos de un lado a otro.

—Desde luego, alguien que desayuna solo una cerveza no es normal. —Repuso Julia.

—Muy bien. Entonces lo preguntaré de otra forma... ¿Quién quiere ser normal y quien no en este mundo? —Rio.

—En esta casa se desayuna leche. —Lo aleccionó—. ¿Verdad que sí? —Preguntó mirando ahora al gato negro, quien lamía una y otra vez su plato del desayuno recién servido, impasible ante el mundo.

—Lo ves. Es comida de gatos. —Se quejó Baal.

—¡Bébetela leche! —Ordenó Julia alcanzándole la taza y sentándose a su lado con su propia taza de leche y unas cuantas galletas y cuadraditos de chocolate a compartir entre ambos.

—Sí, mamá. —Asintió con tono infantil Baal, mientras daba un primer sorbo a la leche caliente.

—Calla. —Se sonrojó Julia, quien no quería con Baal el papel de madre precisamente, a pesar de no poder evitar preocuparse por él y sus extrañas costumbres—. Ten, chocolate. —Le ofreció con gesto conciliador acercándose directamente a la boca con sus delicados dedos.

Tras dudar unos instantes, Baal lo tomó con los dientes y, después de tragárselo, sonrió con aprobación. Estaba realmente bueno, incluso para él. Ambos se sonrieron. El desayuno avanzó con total normalidad y, una vez terminaron, Baal llevó las tazas y los platos de ambos a la cocina y los metió en la pica mientras Julia marchaba dando saltitos cortos hasta su habitación y se cambiaba el pijama por la ropa de calle. Una vez estuvo lista la joven, ella y Baal partieron del apartamento sin prisa pero sin pausa. Dado que la luz del ascensor indicaba que este estaba ocupado, bajaron por las estrechas escaleras

lo bastante pegados el uno al otro como para que Baal pudiese oler los cabellos de Julia, aquel olor tan difícil de definir, tan agradable, tan dulce como los caramelos que Baal engullía siempre que podía. Mientras bajaban las escaleras, se toparon con el presidente de la comunidad, el hombre rudo y malhumorado al que Julia había temido durante tanto tiempo. Sin embargo, ahora que Baal la acompañaba a uno y otro lado siempre como si de su sombra se tratara, ese hombre se limitaba a cederles el paso y saludar con la mayor educación posible, lo cual resultaba de lo más cómodo. Aunque, por otro lado, tampoco tenía ya motivos para enfadarse con la muchacha. Gracias a que volvía a tener trabajo y a que compartía todos sus gastos a medias con su nuevo compañero de piso, el cual nadie sabía de dónde sacaba siempre su dinero, no le faltaba de nada a la joven y ahora feliz Julia.

Una vez hubieron salido del edificio, se dirigieron dando un agradable paseo hasta el restaurante de Julia. Hacía un frío invernal y las calles y tiendas estaban ya adornadas para las fiestas de Navidad, algo que a Julia la emocionaba enormemente, como a una chiquilla, y que Baal prefería pasar por alto. Él la dejó en la puerta como siempre con un beso en la mejilla y después partió a dar uno de sus habituales paseos sin rumbo fijo, mientras Julia pasaba el día junto a su ya buena amiga Carmen y el resto de compañeros de turno del establecimiento.

Lo cierto era que, tras aquel mes entero viviendo con Julia y conviviendo con los humanos, la ciudad de Barcelona y quienes en ella habitaban guardaban ya pocos secretos para Baal. Resultaba curioso, pero en aquellos días como vivo había experimentado más de lo que recordaba de sus últimos tiempos como amo del averno. ¿Estaba bien eso? Prefería no pensar en ello. Estaba donde estaba, no había más. Como casi siempre solía hacer, Baal escogió Las Ramblas como escenario en el que pasar la jornada, contemplando a los vivos en su diaria rutina, engullendo golosinas que sacaba de su propio bolsillo, hablando con quien le apeteciera en cada momento, cumpliendo con la lista de la compra y los recados que Julia solía encargarle, aplaudiendo a músicos callejeros, derrotando a trileros en sus propios y amañados juegos, posando durante un rato para ilustradores y caricaturistas y huyendo de los mismos una vez se cansaba de aquello, siempre antes de que terminasen sus obras para así no tener que pagarles...

Los seres humanos eran seres realmente curiosos. Y de todos ellos, la persona que más sentimientos despertaba en Baal no era otra que Julia Medina, la joven y atractiva muchacha que le estaba robando poco a poco un corazón que nunca había creído tener y en la cual podía estar pensando durante horas, días, un mes entero... Su simple recuerdo, su sonrisa, su aroma, su voz, su forma de moverse, le hacían sonreír como a un bobo. Pensando en eso y en muchas otras cosas, y deseando solo que Julia terminase de una vez su turno, se le pasó toda la mañana. Cuando la joven salió de su turno del mediodía, Baal ya la estaba esperando justo en frente con caballerosa puntualidad. Eso le hacía mucha gracia a la muchacha, y también la ayudaba a sentirse algo especial. Ciertamente era que Baal intentaba aparentar indiferencia ante muchas de las cosas que ocurrían a su alrededor, pero Julia creía estar comenzando a conocer al menos un poco más de ese personaje, y empezaba a pensar también que Baal no era capaz de estarse demasiado tiempo alejado de ella, lo cual la hacía francamente feliz.

—Gracias por venir a recogerme. —Sonrió mientras le agarraba del brazo.

—¿Por qué me las das? Es lo que hago siempre. —Observó Baal.

—Da igual. —Dejó estar el asunto Julia—. ¿Vamos a comer? —Preguntó.

—Sí, vamos.

Los dos tomaron asiento como siempre en la Plaza de Cataluña y comenzaron a comer lo que a Julia le daban en el restaurante. La verdad era que, a pesar de ser tan distintos, ambos se habían acomodado rápidamente a aquella mezcla de rutina y emoción que los acompañaba día sí y día también. Se divertían juntos, hablaban de todo y, cuando no hablaban, los silencios nunca eran incómodos, todo lo contrario, más que agradables. Estando juntos, no tenían tiempo para dejar entrar en su mente malos pensamientos ni recuerdos tristes. ¿Recuerdos tristes? Eso le recordó a Julia qué día era hoy, veintidós de diciembre. Había celebrado esa fecha durante los últimos años pasando el día entero metida en su cama, con una botella de lo que fuera y un mar de lágrimas en su almohada, guardando un luto eterno en memoria de su querido hermano, Roberto. Sin embargo, este año sería diferente. Ya no era la misma joven depresiva y solitaria. Aquella alma triste ya era historia. Había

estado sola mucho tiempo, pero ya no lo estaba. Seguro que desde el cielo, Roberto estaría muy contento de ver que su hermana volvía a sonreír y que no se olvidaba de él ni un solo día de su vida.

—¿Por qué sonríes? —La sorprendió de pronto Baal.

—Por nada. —Dijo ella dando otro bocado a su hamburguesa con queso.

—Bueno. —Se encogió de hombros Baal, quien se había rendido hacía ya mucho en la imposible tarea que era descubrir sobre Julia más de lo que ella misma quisiera contarle—. ¿Y cuál es el plan para hoy? Tenemos mucho tiempo hasta que entres al segundo turno. —Observó mirando de reojo el reloj de pulsera que Julia llevaba casi siempre puesto.

—De hecho... —Dudo ella un poco—. Hoy no iré al turno de noche. —Dijo de pronto.

—¿Te han vuelto a despedir? —Supuso Baal—. ¿Eso significa que toca noche de chupitos? —Preguntó por simple asociación.

—No, no me han despedido. —Rio Julia ante la extraña forma que tenía de funcionar siempre la cabeza de Baal—. He pedido el resto del día libre.

—¿Hay algo que tengas que hacer? —Se interesó Baal.

—Hoy... Hoy es el aniversario de la muerte de mi hermano. Yo quería ir a visitar su... —Aquí no pudo evitar bajar la mirada para ocultar sus repentinamente húmedos ojos, empañados por lágrimas que no se atrevían a salir del todo.

Baal recordó entonces la fotografía que Julia guardaba siempre como el más preciado de sus tesoros. La fecha que aparecía detrás era la del veintidós de diciembre, la misma fecha del día en el que estaban. Lo que significaba que aquella bonita fotografía juntos fue tomada el mismo día en que lo mataron, el último día que los dos hermanos pudieron pasar juntos. Baal suspiró y, de pronto, rodeó el hombro de Julia con cariñoso gesto, acercando a la chica a él.

—Iremos juntos a visitar su tumba. No te preocupes. —La consoló con su bella y etérea voz.

—Gracias. —Asintió ella logrando contener su reprimido llanto y mirando luego a Baal a los ojos, consiguiendo dar con una sonrisa capaz de vencer a las lágrimas.

—Así mejor. —Le acarició él la cabeza con gesto amable—. Y hasta

entonces, ¿qué quieres que hagamos? —Le ofreció mil y una posibilidades.

—Antes de nada tendría que pasar por el colegio de Carla, la hija de Claudia, para recogerla. —Recordó.

—¿Claudia, tu amiga del trabajo? —Quiso aclarar de forma totalmente innecesaria.

—Sí. Hoy Claudia tenía que quedarse en la oficina hasta más tarde y su madre, la abuela de la niña, está algo enferma con un resfriado y todo eso...

—Explicó—. Y me ha pedido si podía ir a buscarle a Carla a la escuela y llevarla a casa.

—Vale, pues vamos. —Se puso en pie Baal, tomándola de la mano para ayudarla a reincorporarse y haciendo amago de iniciar su andadura.

—¿Sabes dónde queda el colegio de Carla? —Preguntó Julia sin poder contener una sonrisa.

—No, pero imagino que tú sí. —Intuyó.

—Cierto. —Asintió ella—. Venga, podemos coger los ferrocarriles hasta Provenza o ir caminando, no está lejos. —Aclaró.

—Tú mandas. —Se dispuso a seguirla de cerca—. ¿Vas a menudo a buscarla a la escuela?

—No mucho, solo cuando ni Claudia ni su madre pueden. Pero sí que más de una vez me ha tocado hacer de niñera. —Añadió—. Aunque Carla es un cielo de niña, y yo soy como su tía. La verdad es que la adoro. —Reconoció con una sonrisa.

—Ya... —Siguieron ambos caminando, rumbo directamente al colegio, dado que a ambos parecía gustarles mucho caminar juntos por la calle.

Una vez hubieron llegado a su destino, Baal se topó con un tropel de críos saliendo a la vez a gritos y saltos de un edificio grande y de fachada uniforme. Eso debía ser el colegio, aunque los niños huían de él como si de una prisión se tratara. A las afueras, un gran número de padres o hermanos mayores esperaban a sus críos para llevarlos a casa, en coche o a pie. Julia comenzó a buscar a Carla con la mirada. Una vez la encontró, se puso a saludarla desde lo lejos y la chiquilla corrió hacia ella. Julia se agachó y la abrazó cariñosamente. La pequeña parecía realmente feliz mientras que de su mochila sacaba un dibujo que había hecho probablemente en clase y se lo mostraba a la tía Julia con ilusión. A Baal le sorprendió esa faceta tan

maternal y dulce por parte de Julia, pues nunca lo habría imaginado teniendo en cuenta lo independiente que solía ser ella.

Desde luego, cuanto más sabía sobre Julia, más le gustaba y más quería saber. La joven tomó a Carla de su pequeña manita y ambas se acercaron caminando hacia Baal, quien las esperaba con porte tranquilo pero imponente entre toda esa gran cantidad de gente. De pronto, un chaval de aspecto maleducado y edad no superior a la de Carla pasó por detrás de ambas y empujó expresamente a la niña, riéndose de forma exagerada al llegar a su grupo de tres o cuatro amigos más. Julia ayudó a Carla a ponerse en pie, le limpió el vestido y le aplanó el dibujó frotándolo con ambas manos, dado que se había arrugado un poco al caerse.

—¡Salid de mi camino! —Se burló el crío, apoyado por sus compañeros de no mejor aspecto que él, igual de infantiles, consentidos y malcriados todos.

—Vayámonos. —Dijo Julia tomando nuevamente de la mano a Carla y decidiendo hacer caso omiso a aquellos alumnos que solían meterse con todo el mundo, sabiendo que como eran pequeños poca gente se atrevería a soltarles un par de merecidas bofetadas.

—Tú eres la que vive sola, ¿verdad? La amargada del gato. —Se burló señalándola con un dedo, causando la risa de sus amigos bajo la mirada de la mayoría de padres, quienes compartían la idea de que hoy en día había chavales muy maleducados pero sin atreverse a intervenir.

Julia logró disimular lo que le había molestado ese comentario, o lo que le había molestado todas las veces anteriores a esa, cuando todavía no vivía con Baal, y reanudó el paso con aquella estúpida risa grupal de fondo. Baal frunció el ceño. ¿Por qué Julia no decía nada? ¿Por qué no se daba media vuelta y le giraba el cuello de una bofetada a ese malcriado? Si había sido capaz de gritarle a la cara a su propio jefe... El ser humano seguía siendo el más absurdo de los misterios. En cualquier caso, no iba a dejar que ese niño se burlase de su Julia. ¿Su Julia? Pensar eso le hizo sentirse extraño, pero no mal, eso no. Baal ignoró por completo las palabras de disuasión por parte tanto de Julia como de Carla y se acercó al chaval en cuestión, quien, al igual que sus amigos, dejó de reírse en el momento en que el hombre pálido y siniestro se agachó ante ellos y los miró a los ojos a todos a la vez. Una

sensación de miedo y parálisis invadió a esos jóvenes. Todo el mundo permaneció expectante ante eso. Baal esbozó una sonrisa.

—Muy gracioso. —Dijo con un tono de voz tan calmado, tan igual en cada uno de sus sonidos, que hasta asustaba—. Ha sido muy gracioso. —Continuó—. ¿Sabes qué más es gracioso? —Preguntó sin obtener más respuesta que un cobarde silencio—. Los juegos. —Dijo de pronto abriendo mucho sus ojos.

—Está loco. —Dijo el niño haciendo un gesto de cabeza, como indicando a sus compañeros que era hora de irse.

—¿No te gustan los juegos? —Preguntó Baal, logrando que los niños no pudiesen huir de allí—. Dime, ¿conoces el juego de que te quiten la nariz? —Realizó un gesto infantil con la mano derecha, agarrándose su propio pulgar con el resto de los dedos y agitando su mano.

—Qué tontería. —Se atrevió a decir el crío, ahora todo sudoroso.

—¿Tú crees? —Sonrió Baal al tiempo que acariciaba el rostro del chaval con gesto elegante y después abrió su puño ante él, mostrándole que en la palma de la mano tenía ahora su nariz de verdad.

Capítulo XXIV

El niño no se lo pudo creer. Con un miedo atroz por asegurarse de que lo que acababa de ocurrir fuera cierto, se llevó ambas manos al rostro y se frotó la cara, comprobando que realmente ya no tenía nariz. Por un momento creyó que se ahogaba. La respiración a través de su boca se aceleró repentinamente, volviéndose profunda y desagradable. Comenzó a golpearse con la palma de la mano en la cara cada vez con mayor fuerza, pero nada. En lugar de la nariz tenía solo piel, lisa, cerrada, sin nariz, como si nunca la hubiera tenido. ¿Era aquello un truco de magia? ¿Un espejismo? No. Era del todo cierto, aunque nadie más allí salvo Baal y su víctima pudieran creerlo. Tras apretar con fuerza la amputada fosa nasal del crío hasta reducirla a polvo, Baal comenzó a reír de forma infantil y exagerada, más infantil y exagerada incluso que la risa de ese crío al empujar a su compañera de clase Carla y a Julia con tan malos modos apenas unos minutos antes. El niño cayó entonces sentado al suelo y comenzó a llorar desconsoladamente al tiempo que sus supuestos amigos se iban corriendo, aterrados por un peligro que solo ellos podían ver. Ante el estupor general, Julia agarró con fuerza del brazo al alegre Baal y lo sacó de allí corriendo todo lo rápido que sus piernas le permitieron. Baal no ofreció resistencia alguna, quizás porque ir corriendo por las calles de la ciudad cogido de la mano de esa muchacha le resultaba demasiado agradable como para interrumpirlo. El colegio y toda su gente quedaron ya muy atrás. Detuvieron entonces su marcha y tanto Julia como Carla invirtieron varios segundos en recobrar su aliento perdido mientras Baal mantenía todavía esa sonrisa suya, la cual cesó rápidamente ante la mirada de desaprobación de

Julia quien, tal vez recordando lo que había visto la noche que los caminos de ambos se entrelazaron, no parecía del todo sorprendida con eso. Carla, por el contrario, no salía de su asombro.

—¿Cómo lo ha hecho? —Preguntaba con la educación de quien habla con un desconocido mayor que él—. ¿Ha sido magia?

—Pues... —Se dio cuenta entonces de que no tenía excusa para tal suceso.

—Sí, este es Baal, un amigo mío que hace trucos de magia. —Solucionó rápido Julia, tratando de que su enfado con Baal no repercutiese en su tono hacia Carla.

—Ha sido muy chulo. —Añadió aún sorprendida la niña.

—Gracias. —Sonrió Baal al tiempo que ejecutaba una pequeña reverencia de cabeza y de su manga hacía aparecer una piruleta con forma de corazón, entregándosela a la alegre niña, la cual la tomó sin dudarle y comenzó a chuparla con inocencia.

—Bueno, menos charla y vamos tirando. Tu abuela se preocupará si tardamos demasiado. —Quiso hacer notar Julia, logrando que los tres reanudasen su paso ahora a ritmo normal pero constante, mientras Baal inventaba mil y una anécdotas acerca de sus distintos espectáculos por todo el mundo como mago reputado que no era.

Una vez llegaron al edificio de Claudia, y tras haber pasado un momento por el horno que había al lado del portal de la casa con tal de comprar unas pastas para merendar, tomaron el ascensor y subieron hasta la segunda planta, en la cual en una de sus puertas residía la amiga de Julia junto a su madre y su hija. Carla se puso de puntillas para lograr llamar al timbre pero por un rato no obtuvieron respuesta alguna. A Julia eso no le sorprendió, pues sabía de sobras que la madre de Claudia era una señora bastante mayor y con la movilidad un tanto limitada, necesitando siempre bastón para caminar, algo no tan raro teniendo en cuenta su edad. La amable anciana abrió la puerta despacio y su nieta la abrazó con gesto afectuoso. Tras devolverle el abrazo y una amplia sonrisa, la abuela saludó también a Julia con dos besos, uno en cada mejilla, y saludó más tarde a Baal, ofreciéndole la mano y sin poder evitar mostrar una mirada distante, casi desconfiada, en sus ojos. Él no le dio importancia a aquello. Le habían mirado peor otras veces. No culparía a

aquella vieja por no fiarse del tipo siniestro que acababa de entrar por su puerta. Tras hablar no más de veinte minutos un poco sobre todo, abordando temas recurrentes, desde lo guapa y crecida que estaba Carla hasta la mala situación económica general, y eludiendo en todo momento cualquier cosa relacionada con Baal, evidentemente también su pequeño paso por el colegio de la pequeña, Julia y su misterioso acompañante decidieron marcharse, dejando a abuela y nieta merendando en el salón mientras la pequeña Carla miraba absorta los dibujos animados en el televisor. Baal y Julia se despidieron de forma entre familiar y educada y partieron de allí nuevamente hacia la calle. Baal sonrió de oreja a oreja.

—Una niña adorable, ¿no crees? —Trató de disimular.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? ¿Cómo puedes montar semejante alboroto en medio de tanta gente? —Le recriminó aparentemente furiosa de verdad.

—Míralo por el lado positivo. Esos niños ya no se meterán nunca más con Carla. —Apuntó Baal.

—No es excusa. —Continuó Julia.

—Vamos, no te enojés. —Encogió los hombros tratando de quitarle importancia al asunto—. Solo ha sido un truco de magia, ¿recuerdas? —Dijo sin saber bien por qué escogía aquellas palabras, pero sí sabiendo por otra parte que bastarían para aparcar tan incómodo tema—. Además, lo he hecho para protegeros. —Logró que Julia volviera a sonrojarse inevitablemente.

—Bobo. —Hizo morros ella mientras retomaba su andadura, seguida muy de cerca por su curioso y pálido amigo.

—Se te veía muy bien cuidando de esa niña. —Reconoció Baal logrando sonrojar todavía un poco más a Julia.

—Cállate. —Le pidió ella sin lograr ocultar una sonrisa—. ¿A ti...? —Aquí dudó un poco—. ¿A ti te gustan los niños? —Preguntó de pronto.

—Claro, yo como de todo. —Bromeó Baal, o quizás no.

—Qué gracioso. —Sonrió ella sarcástica.

—¿Y bien? ¿A dónde vamos ahora? —Preguntó curioso, incapaz de prever las intenciones de Julia, como de costumbre le solía pasar.

Ella no respondió. Tomó la directa y comenzó a andar hacia un escaparate en concreto. Baal la siguió a toda prisa y ambos llegaron frente a una tienda

de pasteles, helados y otros dulces.

—Me apetece un helado. —Se antojó de pronto mientras se apresuraba a entrar para darse un capricho y era atendida rápidamente por un joven que probablemente estaba compaginando ese trabajo con sus estudios.

—Dígame, ¿qué desea? —Preguntó educado, casi tímido.

—Un cucurucho de tres bolas: una de limón, una de frambuesa y la otra de menta con chocolate. Quiero que la galleta sea con almendras, y que el helado tenga chocolate con leche deshecho por encima y virutas de esas que son de colores. —Señaló con el dedo con gesto algo infantil.

—Entendido. —Trató de recordar el joven todos y cada uno de los ingredientes que le habían pedido y calculando cuánto costaría—. ¿Y usted? ¿Quiere algo? —Preguntó mirando ahora a Baal.

—No, gracias. —Negó él todavía sorprendido.

—De acuerdo, tenga. —Ofreció el muchacho intercambiando ese gran helado de tantos componentes por unas cuantas monedas y despidiéndose de la pareja que ya salía de su tienda a través de las puertas automáticas y regresaba nuevamente a la calle.

Ambos retomaron su paso y continuaron recorriendo la ciudad de Barcelona sin aparente rumbo fijo. Comenzaba a anochecer, nada raro teniendo en cuenta la época del año que era. Hacía cada vez más frío. Sin darse cuenta, ambos fueron caminando con cada paso un poco más juntos el uno del otro, como tratando de rozarse y darse calor mutuo de forma disimulada. Julia miró de reojo por un momento a Baal y este se dio cuenta de ello. Julia se sonrojó y, tras bajar la mirada, le ofreció un poco de su helado.

—¿Seguro que no quieres? —Insistió la muchacha haciendo ojitos.

—Si me lo pides así... —Terminó resignándose como casi siempre ante aquella joven, probando finalmente ese delicioso cucurucho y causando una sonrisa en el rostro de Julia.

Una vez Baal apartó su rostro del helado, Julia se percató de que se había manchado la punta de la nariz con chocolate, lo que le confería al normalmente siniestro caballero un aspecto más cómico, especialmente a la hora de tratar de verse sin éxito el chocolateado tabique nasal a sí mismo. Julia le pasó el dedo con gesto amable para limpiarle la mancha y luego se lo

lamió con gesto inocente pero sugerente a ojos de Baal. Tras eso, ambos se aguantaron la mirada por unos momentos, llegando incluso a detener su paso. Julia inclinó la cabeza ligeramente hacia la izquierda, como si tratara de descifrar algo en el pálido y bello rostro de Baal. De pronto, ambos comenzaron a reír sin razón aparente. Sin embargo, dichas risas se detuvieron en el momento en que Julia miró hacia adelante otra vez y vio, acercándose a lo lejos, a su antiguo jefe, el ogro del que se había despedido unas semanas atrás. Tanto la expresión como el pulso de la joven cambiaron por completo en un momento, algo que Baal pudo percibir con extrema facilidad.

Capítulo XXV

—¿Qué sucede? —Le preguntó al oído con un susurro.

—Es mi jefe. —Dijo ella.

—¿Y? —No comprendió Baal.

—Cambiemos de lado. —Ordenó tratando de dirigirse hacia el semáforo con tal de cruzar de acera y no toparse con ese hombre cuya presencia tanto la incomodaba.

—No. —La detuvo de pronto Baal, manteniendo el rumbo y logrando que Julia llegase prácticamente a enfadarse con él por lo que la estaba obligando a hacer.

—¿Qué haces? —Preguntó incómoda, incluso molesta.

—¿Acaso pensabas que no volverías a verlo nunca? Si pudiste gritarle de todo aquel día, hoy puedes pasar por su lado. No muestres miedo. Recuerda lo que ha pasado antes con ese crío en el colegio... —Hizo memoria Baal, provocando un inicial malestar en la joven, al que le siguió un instante de profunda reflexión.

La expresión de la joven cambió tras esas palabras. Baal llevaba razón, como de costumbre. No podía huir de sus miedos como siempre. Si ese hombre maleducado y amargado no se cambiaba de acera, ¿por qué iba a hacerlo ella? Con una sonrisa burlesca, incluso triunfal, Julia se permitió no solo pasar por el lado de su antiguo jefe mirándolo claramente por encima, sino que le golpeó de forma fugaz en el hombro con el suyo propio. Baal se sintió absurdamente orgulloso de Julia ante aquello. El señor, con su acostumbrado porte malhumorado, se dio media vuelta y escupió palabras

malsonantes contra la joven, pero en voz baja, como con miedo a ser escuchado pero incapaz de callarse.

—Estúpida niñata. —Terminó tratando de retomar rápidamente el paso.

—Si quieres que se te escuche, no tengas miedo de hablar más alto. —Le interrumpió Baal con inquietante sonrisa.

—A mí no me hables así, mocoso. —Dijo el hombre sin lograr disimular su miedo y sin acertar ni de lejos acerca de la edad de Baal.

—Puedo hablarte como quiera, y Julia también. —Continuó logrando que la muchacha sonriera también un poco—. Porque te conozco, lo sé todo de ti. Tus empleados te odian, tu mujer te engaña y tus hijos no te respetan. —Sonrió abalanzando todo el peso de la más cruel realidad sobre los hombros de quien estaba acostumbrado a ser el torturador y no el torturado—. Tienes mucho mérito. —Le reconoció de pronto acercándose a él—. Si yo fuese tú, no tendría la desfachatez de seguir viviendo. —Sonrió al tiempo que, de pronto, lo besaba en la mejilla izquierda y se volvía junto a Julia.

El hombre tragó saliva. Era como si, por un momento, la propia muerte le hubiese susurrado algo al oído. El ahogo se hacía insufrible y el sudor en todo su cuerpo, abundante. Julia tomó del brazo a Baal y le dedicó una última mirada a su viejo jefe, sacándole la lengua con gesto inmaduro y burlesco. La pareja retomó su andadura dejando atrás a ese hombre tan malvado como triste, es decir, mucho. Pero a ellos ya les daba igual. Siendo sincera, a Julia le había molestado un poco aquello al principio, pues Baal la había hecho sentirse francamente incómoda. Pero ahora creía alegrarse de lo ocurrido. Se había quitado una espina, un peso de encima, eso era lo que sentía. Siguieron caminando y caminando, y el cielo siguió oscureciéndose y oscureciéndose.

—¿Y bien? ¿A dónde quieres ir ahora? —Preguntó Baal.

—A la Catedral. —Dijo ella de pronto, causando algún tipo de malestar o incomodidad ahora en Baal, quien no pudo negarse a la decisión de Julia.

Ambos caminaron durante un buen rato, tomaron un autobús y, tras caminar un poco más, llegaron finalmente ante tan majestuosa e imponente estructura gótica. Baal tragó saliva. Como crítico artístico, sin duda le pondría buena nota a tan maravillosa fachada. Como príncipe de las tinieblas, la sola idea de no prenderle fuego ya mismo o, peor aún, de entrar allí, le resultaba desagradable a todos sus sentidos. Sin embargo, algo prevalecía por encima

de todo aquello: Julia. La muchacha subió los escalones que la acercaban a la Catedral de Barcelona y, tras darle una moneda a una mujer coja que pedía sentada sobre el suelo de piedra, se adentró en la iglesia con gesto reverencial. Sin imitar semejante humildad pero sin querer tampoco quedarse lejos de ella, Baal siguió a la joven y logró adentrarse en ese lugar sagrado para algunos. No le gustaba estar allí, no le gustaba el ambiente ni la gente. Quería salir. Por otro lado, Julia parecía maravillada por el escenario que la envolvía, las esculturas, los arcos, los techos, las tres naves... Todo allí parecía tener algo místico, purificador. Eso era lo que hacía que a Julia le aportara tanta paz ese lugar, y que a Baal, por el contrario, le provocase un malestar difícil de manejar el seguir allí dentro.

Tras colocarse de rodillas sobre una madera contigua al banco posterior y realizar sus oraciones, tanto en memoria de su querido y difunto hermano como por ella misma y sus seres queridos todavía vivos, y bajo la escéptica mirada de un Baal que conseguía parecer cada vez más tranquilo, más acostumbrado a esa situación que no le agradaba lo más mínimo, Julia se puso nuevamente en pie y anduvo hacia una pequeña lámina de metal cubierta por un sinfín de velas y cirios, algunos encendidos y otros apagados. La muchacha sacó una moneda de su cartera y se dispuso a introducirla por la ranura correspondiente con una doble finalidad, encender una de aquellas pequeñas velas en memoria del alma de su hermano y ayudar también a la iglesia a nivel humildemente económico. Baal se percató de eso y detuvo a la muchacha con gesto delicado pero firme. Julia se sorprendió ante eso. Baal le llevó la moneda otra vez al bolsillo y colocó dos dedos, el índice y el pulgar, sobre una de aquellas velas apagadas. Tras chasquear ambos dedos con fuerza, de la fricción de estos emergió una pequeña chispa que logró encender dicha vela. Quizás Julia hubiese dado esa limosna por compromiso, quizás por devoción, quizás solo por ayudar. Pero lo que le importaba a Baal era que había logrado evitarlo. No le parecía bien que Julia invirtiese el poco dinero que ganaba en ayudar a otros. Siendo sincero, el hecho en sí no le importaba lo más mínimo. Pero le molestaba de alguna forma que no alcanzaba a argumentar. En cualquier caso, Julia tenía ya tanto sus oraciones como su vela encendida, y Baal pudo salir entonces de allí. Una vez cruzaron aquella trabajada puerta, su cara cambió a una expresión mucho más relajada

y tranquila. A Julia no se le pasó por alto aquello, y ciertamente le supo mal. Pero por alguna razón no se atrevió a abordar el tema. Ambos siguieron dando un paseo por allí, recorriendo las calles del barrio gótico, admirando sus gárgolas, observando sus escaparates, escuchando al soprano callejero que entonaba con gracia en uno de los tramos más famosos ante un público humilde pero agradecido... Ese fue un paseo distinto. Fue tranquilo, silencioso, reconfortante y necesario para ambos de una manera muy extraña.

Aquella tarde, el cielo se fue nublando poco a poco con cada paso que dieron juntos. Tras recurrir nuevamente al transporte público, Baal y Julia subieron hasta Montjuic, la representativa montaña cercana a la costa, al mar. A través de los cristales del autobús, ambos pudieron ver cómo las primeras gotas de lluvia comenzaban a caer de forma cada vez más incesante y continuada hasta llegar a un auténtico intento de tormenta acompañada por algo de niebla. Julia indicó con un gesto de cabeza a Baal que era hora de bajar del bus y ambos prosiguieron su camino a pie, encontrándose a sí mismos bajo dicha lluvia. Solo bajar del vehículo, Baal sacó del interior de su gabardina negra un paraguas lo bastante grande como para protegerlos a ambos del agua que sobre ellos caía sin cesar. Estuvieron caminando durante unos minutos por aquella avenida rodeada de verde y de árboles, la cual hacía una subida capaz de fatigar a cualquiera, o a casi cualquiera. Su camino los llevó a un muro de ladrillos que rompía con la naturaleza del paisaje y que, más adelante, se veía interrumpido por una puerta de largos barrotes negros como el carbón, típica entrada de un cementerio. Julia los empujó sin gran esfuerzo y ambos entraron.

Bajo su propio paraguas, un señor esperaba con su parada de ramos de flores allí montada. Julia se acercó a él y el hombre, de aspecto algo mayor pero con expresión juvenil y quizás demasiado vital para alguien que pasa tantas horas al día en un lugar como ese, le ofreció un ramo de flores que parecía tener reservado para ella, como cada año para esa concreta fecha. La joven tomó el conjunto de rosas blancas y, tras recibir un abrazo por parte de ese viejo conocido al que habría preferido encontrar en otras circunstancias, se adentró en el cementerio acompañada como hasta entonces por Baal, quien le dedicó una mirada de extraño agradecimiento al florista. La lluvia seguía cayendo cada vez con mayor fuerza, causando una melodía agradable contra

el paraguas de Baal. El césped brillaba húmedo en ese paisaje en el que comenzaba a anochecer de forma gris y triste bajo la atenta mirada de quienes ya se habían ido y de las hermosas esculturas que ahora protegían sus restos carnales. A Baal le resultaba familiar ese lugar, probablemente por su anteriormente constante relación con los difuntos. Cada cruz, cada lápida, cada muro y elaborado mausoleo, cada ramo de flores y cada lazo negro eran un pasado y unos personajes, una historia demasiado larga o demasiado corta, muy triste o más bien alegre, merecida o no, pero siempre con el mismo final, el final que a todos terminaba por llegarles, la única certeza que tienen los hombres al nacer y aquello a lo que se teme por desconocido e implacable: la muerte.

Finalmente llegaron ante la lápida de Roberto Medina. Julia, su hermana, se detuvo ante ella y la contempló con la misma tristeza y el mismo dolor que el primer día. ¿Cuándo podría visitarla sin derramar una legión de lágrimas en recuerdo de su hermano? ¿Cuándo dejaría de sentir el enorme vacío que él había dejado al irse para siempre de su lado? ¿Cuándo cesaría aquel sentimiento de rabia e impotencia al ver su lápida y el consiguiente recuerdo de su cuerpo con una herida de bala en la cabeza y un charco de sangre a su alrededor? Inconscientemente, la joven muchacha avanzó unos pasos y luego se desplomó tanto física como anímicamente, cayendo de rodillas sobre el césped, quedando lo más cerca posible de su hermano y fuera de la protección del paraguas de Baal, quien no vio venir el movimiento de Julia y no logró tampoco seguir protegiéndola. Pero por alguna razón sabía que Julia no quería que se acercara más a ella. No tenía el derecho ni la voluntad de hacerlo. Aquello era un asunto entre hermanos. Debía dejarles espacio y permitir que las lágrimas del cielo y las de Julia se entremezclaran por una vez en ese mar de profundos sentimientos. Baal bajó su paraguas. Si no podía cubrir a Julia con él, ¿para qué diablos lo quería? La lluvia cayendo sobre su figura no era una sensación que le desagradara particularmente. Más bien al contrario, le gustaba sentir toda aquella agua cayendo de forma casi uniforme y siempre constante sobre él, sobre sus cabellos y su rostro ahora que los tenía. Alzó la mirada al cielo, con los truenos y el llanto de Julia como melodía psicológica de fondo para ese triste escenario. Estaba vivo. Ahora que se hallaba tan cerca del sentimiento de la muerte, se daba cuenta de eso.

¿Quién sabe cuánto habría podido estar así Julia? Una vez su sollozo comenzó a entremezclarse con sus estornudos y falta de aire, Baal decidió que era el momento de llevársela de allí antes de que enfermara de gravedad. Con gesto caballeroso, se retiró su pesada gabardina negra, ciertamente apropiada para visitar un cementerio, y cubrió a la joven con elegancia y cuidado. La pieza de ropa estaba caliente, y cálida fue la sensación que tuvo Julia al taparse con ella. Baal, con la camisa empapada y pegada al cuerpo, y los cabellos todavía más lisos ahora que estaban chorreando de agua, se retiró el guante de tela negra que cubría su mano derecha y con esta acarició la lápida del hermano de Julia al tiempo que cerraba los ojos e inspiraba y suspiraba de forma profunda. Toda la vida de Roberto Medina, su auténtica alma y sus verdaderos recuerdos, se presentaron ante el corazón vacío de Baal Zebub logrando impactarle realmente...

Capítulo XXVI

Roberto Medina, el hermano de Julia Medina, no había sido siempre el hombre justo y bueno que su hermana recordaba. Hastiado de ver a su madre consumirse ante su cruel padre, demasiado aterrada o demasiado enamorada como para poder hacer nada, ciega ante el dolor que Julia y él estaban teniendo que compartir y soportar, un día Roberto decidió salir a la calle y cortar los frenos del coche de su maldito padre, sabiendo que solo él utilizaba ese vehículo y que así podrían librarse todos de una vez de ese mal hombre que les estaba arruinando la vida. Aquella noche volvió tarde a casa y, cuando se acercó a su calle, pudo ver que había tenido lugar un trágico accidente. Eso le dibujó una sonrisa en el rostro. Al fin eran libres. Lo que supo solo unos segundos más tarde fue que, justo aquella noche, aquella maldita noche, en el automóvil familiar no iba solo su padre. Por una vez, por una maldita vez, su padre había sido acompañado por su madre a una especie de cena de negocios, o algo así. Habían muerto los dos. En una sola noche, había asesinado a la mujer a la que más quería en el mundo y al hombre al que odiaba con todas sus fuerzas. Ya no volvería a ver a ninguno de los dos, para bien o para mal. Su hermana pequeña, Julia, de apenas dieciséis años, lloraba ante los dos cadáveres. Todo había acabado, eso era lo que sentía en aquel momento. Pero la imagen de Julia desmoronada, desconsolada ante los cuerpos de su madre y de su padre, al que tanto había maldecido y al que ahora tanto lloraba, le hicieron ver que la vida no terminaba allí. Viviría y moriría con ese secreto. Pero mientras viviese, lo haría cuidando de su querida hermanita con todo lo que pudiera y más. Después de todo, eso era

culpa suya.

Dos días después del funeral de ambos, en un cementerio distinto al que ocupaba ahora Roberto, el hermano mayor de Julia encontró un trabajo humilde y logró mantener y cuidar a su hermana por unos meses, como única penitencia posible ante la eterna carga de haber asesinado a sus propios padres sin sentir apenas remordimientos. Pero los trabajos honrados comenzaron a escasear y Roberto no dudó en comenzar ciertos negocios de dudosa legalidad, hasta el punto de tener que cometer actos realmente malvados contra otras personas que no tenían culpa alguna de su situación. Tráfico de armas, drogas, palizas, disturbios... Muchas vidas se desgraciaron por su culpa, por su empeño en proteger y mantener a Julia por encima de todo, sentimiento que ocultaba su verdadera naturaleza y le llevaba siempre a recorrer el camino más fácil, el más cruel, el que le permitía hacer aquello que se le antojase para vivir como creía merecer, el camino del mal.

Pero aquella situación terminó por irle grande a Roberto. Y cuando uno pacta con personas peligrosas y firma promesas que no puede cumplir, termina apareciendo muerto en la calle con una herida de bala en la cabeza y solo un ser querido llorándole más de lo que pueda merecer nadie, con la idea fija e inamovible de que su hermano había sido el hombre más bueno del mundo y que solo había hecho bien a lo largo de su vida y siempre con el único y noble fin de protegerla. Y así debía seguir siendo, eso pensaba Baal ahora mismo. De modo que, tras alejarse de la tumba, abrazó a Julia con calidez y fuerza, la ayudó a reincorporarse y, después de despedirse ambos de la lápida de Roberto con una mirada tan triste como sincera, partieron de ese sombrío lugar sabiendo que, si volvían, lo harían solo de aquí un año, otro lluvioso y triste veintidós de diciembre.

Ambos bajaron de la montaña y regresaron a la ciudad a pie, a paso lento y en todo momento cogidos del brazo, sintiendo sobre ellos una lluvia a la que ya se habían acostumbrado. Ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato. Julia no alzaba la cabeza y eso daba a entender a Baal que la joven muchacha todavía seguía llorando, algo que no podía confirmar dado que la lluvia no cesaba en su empeño por seguir cayendo con tanta fuerza como insistencia. Así continuaron un rato más hasta que sus pasos los llevaron al puerto de Barcelona. Atados a los muelles, una gran multitud de barcos

privados iban de un lado a otro movidos por las bravas aguas agitadas por la tempestad. Mientras tanto, la gente se refugiaba en los restaurantes y terrazas cubiertas, aprovechando que ya se había hecho la hora de cenar y que, con ese tiempo, no había muchos sitios a los que se pudiese ir. Sin preguntar, Baal comenzó a enfocar sus pasos y los de Julia hacia esa zona tapada con tal de protegerse también del agua que les caía encima. Sin embargo, y habiendo tenido que aguantar toda aquella lluvia durante su larga andadura, una vez comenzaron a acercarse a sitio cubierto esta pareció ir calmándose poco a poco. Julia detuvo sus pasos y Baal hizo lo mismo al darse cuenta de ello. Ahora llovía menos. Y ahora ya no llovía nada. Ambos estaban empapados, con sus largos cabellos cubriéndoles al rostro y sus ropas pegadas a sus cuerpos. Baal pudo alcanzar a escuchar la respiración de Julia, ahora ya calmada. De pronto, y para sorpresa de Baal, la muchacha lanzó su cabeza hacia atrás y apartó de su bello rostro su empapada melena, dejando al descubierto una expresión con señas de haber estado llorando pero ahora sonriente. Aquello le hizo sonreír también a él.

—Gracias por haberme acompañado hoy. —Dijo ella con el corazón en la mano—. Es importante para mí. —Reconoció.

—Entonces también lo es para mí. —Respondió Baal acercándose a ella sin saber bien por qué.

Ambos quedaron cara a cara nuevamente. La tristeza de hacía solo unas horas parecía haber quedado aparcada lejos, muy lejos, donde ya no podía hacerles daño. Baal se veía contento ante la nueva expresión de Julia. Entonces, ella se acercó un poco a él y, con muy delicado gesto, le apartó un empapado mechón de cabello de la cara, descubriendo nuevamente su bello y pálido rostro. Baal pareció sonrojarse en ese momento. Era una sensación muy extraña pero a la vez muy agradable. De pronto, Julia se apartó del anonadado Baal y puso rumbo hacia una de aquellas terrazas cubiertas en las que se servían principalmente tapas, refrescos y marisco. Baal pareció quedarse con ganas de algo, pero Julia caminaba tan decidida que bastante tuvo con seguirle el paso.

—Vamos a cenar algo. Tengo mucho hambre. —Sonrió la muchacha, quien solía comer más en aquellos días en los que se sentía deprimida por algo o tenía un recuerdo triste en su corazón.

—De acuerdo. Yo invito. —Se ofreció Baal mientras ambos pedían mesa en un restaurante bien adornado por cuadros de peces, nudos, un timón y demás elementos relacionados con el mundo del mar y la pesca, y mientras ambos compartían un gran plato de paella dorada repleta de mejillones y un par de cervezas muy frías.

La cena fue larga y tranquila, acompañada en todo momento por atentos camareros y un violoncelista que bien se ganó más de una propina al tocar la famosa pieza que Baal le pidió y que tanto unía a los dos comensales. A diferencia del resto de aquel día, ambos estuvieron hablando mucho, pero eso sí, en ningún momento de nada importante. Se podría decir que fue una velada agradable y divertida para ambos. Una vez terminaron con los postres y se permitieron unas cuantas copas de más, pagaron la cuenta, algo que Baal habría preferido omitir, y salieron de ese lugar ofreciéndole una educada despedida al camarero que tan atentamente los había acompañado toda la noche. Para Baal era evidente que el constante contacto con Julia lo estaba cambiando de alguna forma, y que Julia estaba cambiando también desde que sus caminos se habían cruzado, lo cual los acercaba cada vez más el uno al otro y conseguía que ambos ocupasen una posición similar en ese mundo de locos del que formaban parte. ¿Estaba bien eso, siendo quienes eran? Baal estaba harto de hacerse esa pregunta. Tras la cena y con el tiempo ya en calma y una luna enorme y brillante en medio del cielo, ambos se tomaron del brazo sin pedir permiso y estuvieron paseando por los muelles hasta dejar atrás los barcos y llegar a la playa.

Tal vez por lo embriagador del alcohol, o de Baal, o de ambos, Julia presentaba ciertas dificultades para sostenerse en pie, por lo que no dudó en tomar uno de los brazos de Baal y colocarlo alrededor de su cintura con tal de que él la aguantase y, de paso y por qué no decirlo, de aumentar el contacto físico entre ambos. Dejaron de pisar asfalto y llegaron por fin a la suave arena de la orilla. El clima era húmedo y la brisa agradable. A lo lejos, en el horizonte, mar y cielo abandonaban sus enormes diferencias y se unían en uno solo, tal y como Julia y Baal estaban comenzando a hacer también con ellos mismos. Pero cuando Baal trató de acercar sus labios a oídos de Julia para dejar escapar alguna cita romántica ante tan bello paisaje, la joven se zafó de pronto de su abrazo y comenzó a correr de forma exageradamente

torpe, efecto causado por la bebida sin duda, hacia el mar. Durante su extraña carrera, Julia se quitó uno de los zapatos y lo lanzó hacia atrás. Trató de realizar el mismo gesto con el otro, pero a medio camino de dicha proeza, la muchacha no pudo evitar tropezar y caer de morros contra el suelo. Baal, quien sonreía ante la enérgica actitud de Julia al principio, no pudo evitar preocuparse ante ello y correr tras ella, recogiendo por el camino el primer zapato. Julia logró sacarse con grandes esfuerzos también el segundo y se lo entregó a Baal en mano. Antes de que este pudiera reaccionar, la muchacha volvió a caminar ahora más tranquila hacia el mar y dejó que este le bañase los pies con su agradable va y ven. Inspiró ese aire tan puro y refrescante con profundidad y, de pronto, se llevó ambas manos a la cara y gritó con todas sus fuerzas.

—¡Roberto! ¡Te echo de menos! ¡Y no me olvido de ti! —Gritó y gritó con toda su alma, como si tratase de expulsar no solo sonido sino también sus más sinceros sentimientos mientras intentaba comunicarse con alguien que realmente estaba muy lejos suyo—. ¡Pero no te preocupes por mí! ¿Vale? ¡Ya no estoy sola! —Gritó una vez—. ¡Ya no estoy sola! —Gritó nuevamente—. Ya no estoy sola. —Susurró con tono de voz muy bajo al tiempo que se giraba y miraba a Baal a los ojos con un cariño y un amor difíciles de describir.

Baal se sintió bloqueado ante aquello. Julia se acercaba con la mirada clavada en sus ojos y el paso lento y tranquilo pero firme y seguro a la vez, sensual de alguna forma. Él no se movió. Ella llegó a plantarse justo delante de él y le rodeó el cuello con sus brazos. Baal tragó saliva al ver cómo Julia acertaba distancias entre los rostros de ambos y cerraba los ojos con suavidad. Él rodeó la cintura de ella con sus fuertes brazos y también cerró los ojos. Un silencio precioso en el que incluso el mar pareció detenerse los inundó por completo. De pronto, Julia pareció marearse, o al menos acordarse de que estaba mareada. Sus piernas fallaron y la muchacha tropezó, cayendo sobre Baal y dejando a ambos tumbados en la arena, ella encima de él, mirándose los dos a los ojos o, mejor dicho, a los labios.

Capítulo XXVII

Antes de que pudiesen actuar, una tremenda ola los arrojó por completo, dejándolos empapados y con agua y sal hasta los oídos. Julia rodó como una croqueta y quedó tumbada boca arriba justo al lado de Baal, quien parecía estar enfadado con todos los océanos del mundo ahora mismo. Pero entonces, Julia comenzó a reírse de forma descontrolada, como si con aquel oleaje, el mar hubiese explicado un chiste que solo ella había podido entender. Reía y reía sin parar, y eso hizo que Baal, después de todo, sonriera también. Ambos se reincorporaron mínimamente y quedaron uno junto al otro, apoyando sus hombros entre sí y observando la inmensidad que ante ellos se abría. Se hizo un silencio, no uno incómodo ni triste, sino uno romántico y sobrecogedor. Julia se arropó en aquella figura a la que tanto amaba y buscó el valor necesario para hacer lo que quería hacer, preparando primero el terreno a su favor pero sin saber muy bien cómo hacerlo.

—Baal... ¿Te gusta el cielo de Barcelona? —Preguntó.

—Sí, mucho. —Respondió él—. Al menos más que el cielo del lugar del que vengo. —Fue sincero—. ¿A ti no te gusta?

—Sí, estoy acostumbrada a él. Pero me gustaría ver las estrellas de vez en cuando en lugar de tanta luz y contaminación. —Reconoció con un deje de decepción en la voz—. Cuando era niña, pasaba los veranos en el pueblo de mis abuelos maternos y podía ver el cielo y las estrellas a la perfección cada noche. —Recordó con infantil nostalgia.

—Ya veo. —Asintió Baal—. Bueno, el cielo tiene muchas formas de ser bonito.

—Como todo. —Sonrió ella con discreción.

—Supongo que sí.

—Baal... —Volvió con voz algo dubitativa.

—Dime. —Preguntó él rápidamente.

—¿Sabes...? ¿Sabías que hoy ya hace un mes que nos conocimos? —
Logró decir al fin.

—¿En serio? ¿Un mes, ya? —Pareció sorprendido él, quien no lo estaba realmente pero tampoco sabía a dónde iba a parar todo aquello.

—Sí. —Asintió ella con su dulce voz.

—Cómo pasa el tiempo... —Seguía sin saber cómo mediar con tal situación.

—El caso era que... Bueno, que para celebrarlo, tengo un regalo para ti. —Logró decir ella al tiempo que sacaba algo del interior de su chaqueta.

—¿Un regalo? —Preguntó del todo sorprendido y desde luego ilusionado —. ¿Para mí?

—Claro. —Dijo ella—. ¿Nunca antes te habían hecho un regalo? —Preguntó inclinando la cabeza y logrando que Baal sintiera algo extraño en su interior, como un vacío triste que llevaba allí mucho tiempo pero que Julia estaba tratando de llenar con todo su empeño y dulzura, sin dar la más mínima importancia a las diferencias que pudiesen existir entre ambos.

—Boba, no tenías que regalarme nada. —Miró él hacia otro lado al tiempo que ella hacía lo mismo, quedando ambos en una situación tan ridícula como hermosa.

Baal tomó sin mirar ese paquete, obviamente empapado por el agua sino de la lluvia del mar, y lo abrió con cuidado. El envoltorio era de regalo, liso, de color verde oscuro o tal vez negro, pero de ninguna tienda en concreto. En su interior descansaba una bufanda suave y muy gruesa. Baal la sacó con cuidado y la extendió, viendo el sinfín de colores que la conformaban y que sin duda le otorgaban a la pieza un aire de lo más vivo. Con solo acariciarla, se le hizo evidente que aquella bonita prenda la había cosido la misma Julia con sus propias manos. ¿Cuándo la había hecho? Realmente había sido una sorpresa. La muchacha, sonrojada del todo, seguía sentada sobre la arena, sosteniéndose las rodillas con ambas manos y mirando hacia otro lado.

—¿Se ha mojado mucho? —Preguntó con timidez suponiendo que Baal

ya la había desenvuelto del todo.

Sin querer decirle una mentira, pero sabiendo que el hecho de que su regalo no estuviese en perfecto estado al ser entregado podría apenarla de alguna forma, Baal dejó escapar un cálido suspiro hacia la bufanda y esta quedó del todo seca al instante.

—No, está seca. —Aseguró al tiempo que se la colocaba alrededor del cuello y pasaba el trozo restante por los hombros de la chica, tanto para abrigo y conectarse ambos como para demostrarle que era verdad lo que decía.

La joven acarició la prenda con cariño.

—¿Te ha gustado? —Preguntó Julia.

—Claro que me ha gustado. —Sonrió Baal—. No te vayas a pensar lo contrario.

—Es que... Nunca vas muy abrigado, que digamos. Siempre llevas el cuello al descubierto, y eso que estamos en pleno invierno. Y siempre vistes tan oscuro que es un poco triste. Y pensé que un poco de color te sentaría bien. Y quería hacer un regalo personal y tampoco sé bien qué te gusta, y es de las pocas cosas que sé hacer más o menos bien con mis propias manos y... —Siguió tratando de justificar su regalo.

—Julia. —La interrumpió Baal de pronto—. No tienes que convencerme de nada. Es el mejor regalo que me han hecho nunca, y eso es porque me lo has hecho tú. —Dijo logrando que el corazón de la muchacha se derritiera por completo ante eso—. Lo que me sabe mal es que yo no tengo nada para ti. —Reconoció rascándose el mentón.

—No te preocupes. —Le restó importancia ella, pues realmente no le molestaba ni sorprendía mucho eso.

—Bueno, ahora lo sé para la próxima vez. Con que el día veintidós...

—Sí. —Asintió ella apoyándose en el pecho de Baal con gesto confortable.

Él le acarició el cabello con delicadeza al tiempo que contemplaba todo lo que les rodeaba. Frente a ellos había solo la inmensidad del Mediterráneo. Pero a sus espaldas, Baal pudo ver rápidamente la existencia de dos edificios mucho más altos que los de los alrededores. Se trataba de dos grandes torres, una era un rascacielos y la otra un gran hotel. Ambos edificios eran

exactamente igual de altos, ciento cincuenta y cuatro metros según el primer vistazo de Baal. De modo que escogió uno de los dos al azar y se puso en pie haciendo levantar también a Julia.

—Julia, sí tengo un regalo para ti. —Dijo de pronto tomándola de las manos y logrando que su pulso se acelerara repentinamente.

—¿En serio? —Preguntó ella incrédula—. Escucha, no hace falta que...

—No, en serio, tengo algo genial. Pero cierra los ojos, y no los abras hasta que yo te lo diga. ¿Confías en mí? —Preguntó.

—Sí, confío en ti. —Respondió ella cerrando los ojos con fuerza y sintiendo cómo al momento Baal la tomaba en brazos con cuidado.

Ella se agarró alrededor de su cuello y permaneció con los ojos cerrados, tal y como le había prometido. La curiosidad y la ilusión se apoderaban de ella con cada paso que oía de pies de Baal. De pronto se detuvo y, justo entonces, tuvo una extraña sensación, como la que se tiene cuando subes en ascensor a mucha velocidad. Su fe ciega en Baal le impedía ver que la figura que la sostenía en brazos acababa de dar un gran salto con ambas piernas que los llevó a ambos hasta lo más alto de una de las dos citadas torres. Volvieron a pisar suelo firme.

—¿Puedo abrirlos ya? —Preguntó impaciente Julia.

—Espera un momento, solo un segundo más. —Le pidió Baal mientras la dejaba sentada en el tejado del alto edificio y luego contemplaba al cielo, aquel cielo que tantas veces había observado con odio y rencor antaño, ahora con una expresión del todo distinta.

Baal infló sus pulmones por completo y sopló con fuerza contra el cielo, provocando una corriente de viento de otro mundo, del suyo. Una muestra más de que él no era un humano cualquiera, sino un ángel. Un ángel caído, pero un ángel en cualquier caso, y un ángel que conservaba todavía un algo que lo hacía especial. El cielo reconoció ese poder y todas las nubes, toda la polución y la contaminación lumínica se apartaron con gesto respetuoso y permitieron ver a Baal el auténtico cielo, el más bello y estrellado que nadie hubiese visto nunca antes. Satisfecho ante semejante cuadro, Baal tomó asiento junto a Julia y le susurró al oído.

—Ya puedes abrir los ojos. —Dijo él.

La muchacha obedeció y pudo ver entonces lo más bello que jamás

hubiera podido imaginar ver en vida, después, obviamente, del rostro de Baal. Era fascinante, fantástico, precioso, encantador, tan hermoso que incluso la hacía sentir pequeña e indigna aunque Baal tratara con palabras bonitas de convencerla de lo contrario. Pero una caricia suya sí bastó para volverla a hacer sentir como la más bella y linda de las princesas. Ambos se miraron a los ojos y los cerraron con suavidad, igual que habían hecho aquella primera y oscura noche en el callejón, igual que habían hecho el primer día del nuevo trabajo de Julia en el banco de piedra de aquella farola, igual que habían hecho minutos antes en la playa... Pero ahora parecía ser la de verdad, la definitiva. Nunca antes habían compartido juntos un momento tan bello. Allí, los dos juntos, rodeados por una misma bufanda cosida con tesón y empeño por las manos de Julia y arropados por el estrellado cielo que Baal había mostrado al mundo por unos instantes. Sus labios se rozaron con suavidad. Era tan agradable... Ambos sabían que querían más, era una especie de necesidad que solo lograrían callar besándose con todas sus fuerzas hasta que el aire faltase y el sol volviese a salir de nuevo. Julia comenzó a abrir tímidamente su hermosa boca, separando unos labios que ahora mismo Baal deseaba tener para siempre junto a los suyos. Sus alientos se abrazaban como dos almas. No necesitaban abrir los ojos para saber que delante de ellos ambos tenían justo lo que necesitaban y lo que más querían.

Y de pronto, cuando ese inocente amago de beso parecía estar destinado a crecer hasta donde ellos dos le permitiesen, el teléfono móvil de Julia comenzó a sonar. Otra vez. Julia bajó de pronto la cabeza, resignada ante el hecho de que el mundo nunca les dejaría en paz de una vez por todas. La magia se esfumó mucho más rápido de lo que había venido. Sin embargo, Baal no pudo evitar llevarse dos dedos a los labios, intrigado, ansioso, con curiosidad... Enamorado. Sí, lo estaba. Ahora lo sabía a ciencia cierta, y la sola idea le aterraba y descolocaba por completo. Julia le dedicó una sonrisa sabiendo que probablemente a él esa llamada le había molestado tanto como a ella. Acto seguido descolgó.

—Diga. —Preguntó con tono poco amable, pues desde luego no eran horas ni mucho menos momento de llamar a nadie, menos aún a ella.

—Julia, soy yo, Andrés. —Se presentó con voz claramente alterada, como si le faltase el aire.

—Hola, Andrés. —Respondió ella—. ¿Qué pasa? ¿A qué vienen esos nervios? —Preguntó casi preocupada por si a su amigo le pasaba algo malo—. ¿Estás bien?

—Sí, yo estoy bien. Y Claudia también. No te preocupes por eso. —Aclaró antes de nada—. Escucha, siento molestarte a estas horas pero ha pasado algo muy gordo.

—Bueno, dime qué es. —Se impacientó ella.

—El jefe... El jefe... El jefe se ha suicidado, Julia. —Dijo al fin.

Capítulo XXVIII

—¿Qué?! —Preguntó ella sobresaltada por dicha noticia, contrastando con la monótona calma que Baal seguía mostrando.

—Lo que oyes. Una encargada de la limpieza de los despachos ha entrado hace unos minutos para ordenar unas cosas y ha encontrado el cuerpo del jefe colgado en su despacho por su propio corbata. —Explicó al borde de la histeria.

Baal se maldijo a sí mismo por haber inducido a ese insignificante hombre al suicidio con su beso de la muerte ya que, por culpa de aquello, se había quedado sin recibir él un verdadero beso de labios de Julia. Quizás era eso lo que los humanos llamaban el karma. Ella tardó en responder a tal noticia. Lo había visto aquella misma tarde, y ahora ese hombre estaba muerto. No podía decir que le supiera mal. Odiaba a ese sujeto con todas sus fuerzas, desde siempre y al igual que todos. Pero ahora estaba muerto. Y si Andrés estaba afectado por ello, o al menos podía hacerlo ver, probablemente más lo primero que lo segundo dada la constante buena fe del hombre, ella también podía.

—Qué horror. —Dijo llevándose una mano a la cabeza y dándose cuenta de inmediato que Andrés no podía verla a través del teléfono móvil y que aquel exagerado gesto había resultado del todo inútil—. ¿Y no se sabe nada? —Quiso indagar un poco.

—Esto es lo más sorprendente del caso. Ha dejado una nota, como un testamento o última voluntad, disculpándose a todos, incluida a ti. —Reveló de pronto.

—¿Disculpándose? —Julia no dio crédito a ello.

—Así es. Pide perdón tanto a su empleados como a su familia y se despide. —Explicó Andrés.

—Increíble. —No lograba salir de su asombro la muchacha.

—Y escucha esto. Me ha dejado como sucesor del despacho. —Dijo de pronto sin poder disimular su alegría por eso, a pesar de que Andrés era del todo incapaz de alegrarse de la muerte de otro ser humano, incluso si se trataba de ese monstruo.

—¿En serio? —Quiso confirmar Julia—. Muchísimas felicidades, Andrés. Si alguien se lo merecía, ese eras tú. —Dijo unas palabras que sí le salían del corazón.

—Y a Claudia le ha dejado mi anterior puesto, secretaria primera del jefe de despacho. —Continuó explicando.

—Caray, me alegro mucho por ambos. Sois los mejores. Parece que el jefe al menos tenía buen ojo a la hora de escoger sucesores. —Volvió a felicitar a sus dos amigos sin escatimar en elogios para ambos.

—Sí, pero será raro ir a trabajar y no ver al jefe ni escuchar sus gritos... —Una extraña nostalgia se apoderó de Andrés, quien muy probablemente al igual que Claudia, no sabía cómo sentirse en esos momentos.

—No te preocupes, hombre. Estoy segura de que lo harás genial. —Lo animó Julia con sinceridad.

—Gracias.

—A ti por darme la noticia. Incluso si ya no estoy allí, me ha gustado que me lo contases. —Bajó la mirada tan confusa como su amigo al otro lado del teléfono.

—De eso quería hablarte... —Inició nuevamente Andrés.

—¿De qué?

—Son dos puntos. El primero es que el funeral será mañana por la mañana, en el tanatorio.

—¿Tan pronto? —Se extrañó Julia.

—Sí, así lo pedía él en el testamento que había junto al cuerpo, alegando que no quería que coincidiera con el día veinticuatro de diciembre, Noche Buena. —Argumentó Andrés.

—Claro, ya entiendo. —Asintió Julia—. ¿Y eso en qué me afecta? —No

logró comprender ella.

—Verás, habíamos quedado de ir todos los del despacho juntos y tú eres parte del equipo. Incluso si eres la única que tuvo el valor de decirle a ese hombre lo que pensaba de él cuando estaba aún en vida, creo que deberías estar presente.

Julia suspiró. Sabía perfectamente lo que quería contestarle a su amigo Andrés, pero debía dar con las palabras adecuadas dado que no se trataba de un momento y situación fáciles de afrontar.

—Andrés, agradezco la invitación pero lo cierto es que... Yo no quiero ir a su funeral ni nada de eso. Hoy he ido a ver la única tumba que visito cada año y no quiero mancillar su recuerdo yendo a ver también a un hombre que siempre me trató tan mal y me hizo la vida imposible. —Suspiró afrontando a su verdadera alma—. Además, los funerales no me gustan nada. Todo el mundo no hace más que hablar bien del muerto... Demasiada hipocresía. —Continuó sin darse cuenta de que estaba citando al propio Baal—. No hay nada bueno que se pueda decir de ese hombre, así que prefiero no ir. —Fue sincera y tajante por primera vez en demasiado tiempo—. Y si no quieres, creo que tú tampoco tendrías que ir. Y lo mismo va para Claudia y los demás de la planta.

—Me sorprende tu sinceridad. Y es cierto, ninguno de nosotros soportaba a ese hombre. Pero ha sido mi jefe desde que llegué a Barcelona y me ha dejado su despacho. Lo mínimo que puedo hacer es ir y dejar unas palabras en su memoria, incluso si estas no son sinceras del todo. Esa es mi decisión.

—Siempre eres demasiado bueno, Andrés. —Reconoció no a modo de felicitación—. Respeto tu decisión. Ves allí junto a Claudia y los demás y consigue que, al menos por un día, ese monstruo parezca un ser humano. —Arengó la muchacha con tono amable.

—Lo haré. —No pudo contener una leve sonrisa Andrés—. Respeto también tu decisión de no ir, es más que comprensible. —Reconoció.

—Gracias, Andrés. ¿Y el otro punto? —Preguntó curiosa.

—Pues que, ahora que yo estoy al mando, había pensado que si tú querías, podías volver a bordo y trabajar de nuevo en el despacho con nosotros. Mejor puesto y mejor sueldo, obviamente. —Aclaró con tentador tono de voz.

Julia tampoco dudó aquí. Le bastó con mirar al enfurruñado Baal y acariciarle la mano con suavidad, recordando todo lo que habían vivido ese último mes y cómo lo habían vivido, para decirle a Andrés qué quería hacer con su vida.

—Agradezco mucho esta oportunidad que me das, Andrés. Eres el mejor. —Sonrió—. Pero ahora mismo no hay nada de mi vida que quiera cambiar. Nunca he estado tan bien como ahora y quiero que dure lo máximo posible, sin que nada cambie. Por eso no puedo aceptar tu generoso regalo de momento.

—Antes que tu compañero de trabajo soy tu amigo. Si ahora eres feliz tal y como estás, sigue así. Yo me alegro. Pero que sepas que siempre tendrás un hueco entre nosotros si lo necesitas. —Le recordó.

—Ya lo sé. Muchas gracias, Andrés. Recuerdos a todos y muchos ánimos. Contigo como jefe y Claudia a tu lado, el despacho irá mejor que nunca.

—Así lo espero. Buenas noches Julia y gracias.

—Buenas noches, Andrés. —Colgó la muchacha antes de dirigir su mirada hacia Baal para explicarle lo sucedido y disculparse por haber estado hablando tanto rato por teléfono, dejándolo a él en la estacada.

—¿Tan feliz eres ahora mismo? —Preguntó de pronto Baal, interrumpiendo a Julia antes incluso de que comenzara a hablar.

—Pues claro que lo soy. —Sonrió ella con toda su dulzura y sinceridad, sabiendo que había tomado la decisión más acertada y que quería tener a Baal siempre a su lado, como ahora mismo—. ¿Y tú? ¿Eres feliz, Baal? —Preguntó.

—¿Sabes qué? Creo que sí que lo soy. —Asintió él también tomándola entre sus brazos con cariño y quedando ambos abrazados y en silencio bajo ese cielo estrellado.

El tiempo les pasó volando. Cada segundo era como un pequeño regalo que el destino había decidido otorgarle al otro. Envueltos en aquella preciosa noche, Julia se quedó profundamente dormida, acurrucada contra el pecho del hombre al que más quería en todo el mundo. Baal la seguía sosteniendo y abrazando con el mismo cariño que al principio. Sus manos acariciaban las de ella con calmada devoción. Toda Julia era amable a los sentidos de Baal: su

piel era suave y sedosa, su rostro el más bello que Baal hubiese visto jamás a excepción del suyo propio o quizás incluso más que este mismo. Indudablemente poseía también una figura atractiva, su voz era dulce como el canto de los pájaros... Y luego estaba lo que más lograba cautivar a Baal, el olor de sus cabellos. Baal podía reconocer el olor de Julia a la legua, y se trataba de un aroma tan agradable que lo atraía a ella de la más inevitable de las formas. Baal acercó a la dormida muchacha un poco más hacia él y le acarició y olió aquellos preciosos cabellos una vez más. Suspiró, la besó en la frente y cerró los ojos, como si no necesitara nada más en el mundo entero.

Aquella agradable sensación se desvaneció de pronto cuando una corriente de aire que no era de ese mundo acarició su rostro y le hizo mirar hacia arriba. Truenos y relámpagos ocuparon el cielo por un momento y una melodía tan tenue como siniestra comenzó a sonar de pronto. Una nueva presencia que Baal ya conocía bien entró entonces en escena y de entre las nubes y estrellas del cielo comenzó a dejarse ver una figura que antaño había sido muy poderosa y de una majestuosidad indiscutible, pero que sin embargo ahora se veía limitada y empobrecida, llegando a infundir incluso lástima en aquellos que lo habían visto en sus mejores tiempos. Se trataba, por supuesto, de otro de los ángeles caídos: Semyazza.

Capítulo XXIX

Semyazza era un ser increíblemente bello a pesar de su estado actual. Sus cabellos eran largos y lisos y de un tono marrón oscuro muy intenso, su piel morena y bronceada por el sol que otros ángeles caídos llevaban tanto sin ver, y sus ojos verdes como dos esmeraldas perfectas. Pero no fue ninguna de esas cosas las que permitieron a Baal reconocer a Semyazza al instante. No. Lo que le ayudó en verdad fueron sus alas. Semyazza obtenía en su par de alas no su muestra de libertad, sino la de su esclavitud y sometimiento, sometimiento a sus propios pecados y su propia debilidad. Las alas de los ángeles obedientes, aquellos que no se revelaron, quienes habitan todavía en los cielos, eran brillantes y recubiertas de un plumaje puro como la nieve sin pisar. Por su parte, las alas de los ángeles caídos se veían siniestras, sin plumas, como un manto de oscuridad. Aunque lo cierto era que Baal Zebub era el único que en su estancia en el averno había lucido siempre sus alas desplegadas con orgullo, mientras que los demás solían ocultarlas a los ojos ajenos bajo la piel de sus espaldas dado que no era mucho lo que se podía volar en el infierno.

Semyazza era el único ángel caído además de Baal Zebub que existía con sus alas siempre al descubierto, extendidas de lado a lado. Pero en este caso no era por propia voluntad el que lo hiciera. Sus alas se hallaban fuertemente sostenidas por cadenas forjadas con carbón quemado, unas cadenas sin principio ni final que le ardían y torturaban de forma constante y que le impedían poder moverse de su celda celestial, reteniéndolo colgado entre el cielo del que había sido expulsado y la tierra que tanto anhelaba, condenado a

una existencia eterna y solitaria, sin pertenecer a ningún lugar, limitado a ver de lejos el mundo que deseaba como quien observa algo inalcanzable y sin perdón de nadie. Tras tan desgarradora existencia, las alas de Semyazza habían perdido su fuerza y vitalidad, y se veían desplumadas, torturadas por el fuego y el acero. Toda su figura resultaba ahora lastimosa, enfermiza incluso. Sin embargo, su voz seguía siendo la misma, una voz profunda y poderosa capaz de ser escuchada en cualquier rincón del mundo que él deseara. Ahora, ese rincón eran los oídos de Baal.

—Hola, Baal Zebub. —Comenzó realizando un claro esfuerzo por tratar de mostrarse y además hablar.

—Hola, Semyazza. —Devolvió el gesto Baal, siendo instintivamente protector con la todavía dormida Julia—. No es lo normal que tú te muestres y saludes. Y como es evidente no hay favor que me puedas pedir y que yo pueda concederte ahora que en esta forma me hallo. Así que dime, ¿qué quieres? —Baal pareció no tener muchas ganas por volver a entrar en contacto de ninguna forma con lo que una vez había sido.

—Quiero advertirte, es a eso a lo que he venido. —Respondió.

—¿A advertirme? —Frunció el ceño—. ¿Y de qué quieres advertirme, Semyazza?

—De tu error, del error que estás cometiendo. —Volvió a responder esta vez con mirada claramente acusadora, realizando un enorme esfuerzo por alzar su malnutrido brazo y señalar con el huesudo dedo índice a la dormida muchacha que Baal sostenía entre sus brazos, algo que pareció molestar mucho al antiguo príncipe de las tinieblas.

—A advertirme, dices... —Lo observó con antipática mirada—. No hay consejo que tú puedas darme, Semyazza. —Repuso—. Si solo has venido para esto, ya puedes ocultarte de nuevo en tu celda celestial entre nubes. No tengo por qué escucharte.

—No tienes por qué, pero lo harás. Porque yo no voy a dejar de hablar y tú no tienes ni el poder ni la autoridad para hacer que me calle, al menos no ahora. —Apuntó—. ¡De modo que escúchame bien! —Espetó con extraña autoridad, a lo que Baal respondió con un silencio sepulcral, resignado e inmóvil—. Escúchame, Baal, ¿sabes por qué llevo yo estas cadenas por todo mi cuerpo? ¿Sabes por qué se me condenó a quedar colgado entre el cielo y la

tierra para toda la eternidad? —Dijo agarrándolas con impotente fuerza y agitándolas mínimamente.

—Porque eres un estúpido. —Fue tajante Baal.

—Porque cometí el error que tú estás cometiendo. Porque me encapriché de humanas mortales, y mi deseo y mi lujuria me llevaron a esta triste existencia. Fui consumido, Baal Zebub. Y lo mismo te va a pasar a ti si sigues este sendero. —Aseguró con tono premonitorio—. Y eso no puede ocurrirte a ti, como otro de los ángeles caídos que soy no puedo permitirlo.

—Tú fuiste un inconsciente, Semyazza. ¡Un incauto! Te dejaste arrastrar por ti mismo y, siendo un ser celestial, te desesperaste por la carne de las humanas de forma animal. Tu castigo es merecido por no haber sido lo bastante frío e inteligente.

—¿Eso piensas? Y dime, ¿crees que tú lo estás siendo ahora? Desde aquí arriba puedo verlo todo, Baal Zebub. He visto cómo la miras, he visto todo lo que has cambiado durante este mes entre los humanos. Ese no es el Baal Zebub que yo conocí.

—¿Tú también vas a venirme con eso, igual que Naamá? —Preguntó irritado.

—Si te lo decimos es por algo, Baal Zebub. Tú eres nuestro líder, tú nos inspiraste a escoger el camino que hemos seguido hasta ahora. Te necesitamos en tu trono para que nos dirijas, para que dirijas la mitad del mundo que te corresponde por tu osada rebeldía. —Argumentó.

—Ese trabajo es ahora de Mefistófeles. —Escupió Baal frustrado.

—Él no eres tú. Solo Baal Zebub puede gobernar el infierno y mantener el equilibrio como debe estar. No puedes renunciar a eso.

—No he renunciado, me han echado, Semyazza. ¿No me has dicho que podías verlo todo desde allí arriba? —Preguntó irónico—. Pues parece que no te has enterado del todo bien de lo que está sucediendo. El Baal Zebub que dices que conociste ya no es el mismo. Ahora habito este cuerpo de carne y hueso. Todo ha cambiado.

—Nada ha cambiado si así lo desea tu voluntad. Y para que lo sepas, no es que no me haya enterado. Más bien creo que me entero demasiado bien, Baal Zebub. Y sé que pones esas excusas no porque no puedas volver, sino porque empiezas a creer que no quieres hacerlo. ¡Porque la atracción que esa

humana ejerce sobre ti te ata a su mundo y te impide regresar al tuyo! — Rugió con toda la fuerza de la verdad.

—¡Silencio! —Gritó Baal de pronto, dejando a Julia cuidadosamente tumbada sobre ese tejado y poniéndose en pie, tratando de imponer todo el respeto que su humana figura le permitiese—. ¿Sabes por qué me he ganado el respeto de todos? Porque no tengo miedo, porque no hay situación que me supere, porque tomo mis decisiones sin que lo que otros puedan pensar me importe. Soy libre, Semyazza. A diferencia de ti, yo soy libre. —Aquí quiso comenzar a hacerle daño de verdad—. Por eso es por lo que he luchado siempre. Y ni tú ni nadie tenéis derecho a decirme qué debo o no debo hacer. Mi mente no está siendo manipulada, ni mi voluntad torcida. No es una absurda pasión terrenal lo que guía mis pasos. ¡No soy como tú! —Remarcó con mucha fuerza cada una de esas sílabas.

—¿No es una pasión terrenal? Baal Zebub, eres un ángel caído. No tienes derecho a enamorarte de esa joven humana ni tampoco de recibir su amor. No puedes. Los humanos siempre nos han envidiado porque teníamos alas, porque podíamos volar. ¿Vas a decirme que ahora serás tú el que esté celoso de ellos por poder amar y ser amados? Debes recordar quién eres y regresar para ocupar tu verdadero puesto y restaurar el equilibrio, el tuyo propio también.

—No permitiré que me sigas hablando de ese modo, Semyazza. —Le advirtió.

—¿No? Quizás si te esforzases por hallar la forma de recobrar tu poderío esa frase tendría algún tipo de sentido para mí. Pero no es así. Te lo advierto por última vez, no dejes que esta situación mundana te supere. O antes de que te des cuenta, perderás tu libertad y tu vida por algo que nunca pudo pertenecerte. —Sentenció.

—No digas estupideces. —Aquello pareció molestarle de verdad—. Aunque haya cambiado de forma, sigo siendo el mismo Baal Zebub que desafió a los cielos sin miedo alguno. No hay nada que pueda someterme, ni nada por lo que yo vaya a sacrificarme, ¡ni nadie que rija mi destino! Te equivocas conmigo, Semyazza. Las necesidades y desesperaciones que acabaron contigo no surgen efecto alguno sobre mí.

—¿Eso piensas? —Pregunta Semyazza escéptico.

Tras eso, ambos callaron y quedaron del todo inmóviles, aguantándose la mirada sin dudar, sin mostrar debilidad a pesar de que ambos habían tenido días mejores. La melancolía y tristeza esmeraldas de Semyazza chocaban contra las desafiantes y ardientes convicciones de Baal. El viento y la marea reaccionaban de forma violenta ante semejante duelo, agitándose de forma exagerada y provocando un estruendo y temblor sin precedentes. ¿Cuánto tiempo habrían podido aguantar tal enfrentamiento? Daba igual. Porque, de pronto, la mirada de Semyazza dejó de enfocar a los llameantes ojos de Baal y se centró en la dormida Julia. La preocupación de la que fue víctima en ese momento el humanizado demonio no pasó desapercibida a los poderosos ojos de Semyazza. Un simple soplido, una mera corriente de aire emanada de sus torturados labios, bastó para que el cuerpo de la muchacha humana rodase por la superficie del tejado y terminase desprendiéndose por el mismo, cayendo al vacío cuyo final era el asfalto tras demasiados metros de caída libre que la conducían solo a una muerte rápida y terrible.

Baal dejó de prestar atención a Semyazza. De pronto ya no le importaba lo más mínimo. Instintivamente, corrió todo lo rápido que sus piernas humanas le permitieron y saltó con decisión del edificio, tratando de ganar la máxima velocidad posible en su caída. La fachada de la torre se veía borrosa a sus ojos, pero estos querían mirar solo a Julia y su bello rostro dormido, ahora algo tapado por su cabello agitado a causa de la caída. Baal estiró sus brazos todo lo posible, tratando de agarrarla antes de que se rompiera contra el frío suelo como una fina muñeca de porcelana. La joven cada vez estaba más y más cerca de verse reducida a la nada. Y, de pronto, Baal logró tomar su mano y con fuerza sobrehumana tiró de toda Julia para acercársela a él y abrazarla, rodeándola con sus brazos y protegiendo su cabeza con una mano. Cuando el suelo estaba ya demasiado cerca, Baal logró girar sobre sí mismo en medio del aire, quedando ahora él de espaldas contra el suelo y Julia encima suyo, protegida por su cuerpo.

El aterrizaje fue brutal y el golpe, seco. Un intenso dolor se apoderó de todo Baal. Había sido un mazazo realmente contundente y doloroso, así podía sentirlo en cada uno de sus huesos y músculos. Incluso le costaba moverse. Sin embargo, a poco que pudo lo primero que hizo fue asegurarse de que Julia se encontraba bien. Le acarició la cabeza con delicadeza y pudo

comprobar que no había sufrido ningún daño, y todo gracias a él. Aquello fue un gran alivio. La muchacha hizo un amago de comenzar a despertarse y sus preciosos ojos comenzaron a parpadear muy levemente. Baal la tomó en brazos con toda la caballerosidad que su maltrecho y dolorido cuerpo le permitió y volvió a ponerse en pie. Con la caída, su cuerpo había dejado una marca considerable en el asfalto. Realmente agradecía tener un cuerpo tan duro, fuerte y resistente. No importaba, alguien vendría y repararía ese estropicio. La forma y las marcas no dejaban adivinar que aquello lo hubiese causado una figura humana, así que no había por qué darle más vueltas.

Julia se estaba despertando. Lo mejor ahora sería irse, volver al piso y olvidar tal asunto. Pero antes de abandonar ese escenario, Baal no pudo evitar observar de reojo a Semyazza una vez más. Ninguno de los dos dijo nada, tampoco hacía falta. Era evidente que Semyazza, allí atado, le había ganado la partida de forma descarada. Baal no se lo había pensado ni un segundo a la hora de precipitarse al vacío con tal de intentar, sin seguridad alguna de conseguirlo, salvar a Julia, y sin saber tampoco si el impacto podría dañarle a él o no. Había tenido suerte, había salvado la vida de Julia y él estaba en un estado bastante envidiable teniendo en cuenta su alta caída y el posterior impacto. Pero en su interior sabía que Semyazza lo había derrotado por completo. Y, extrañamente, no le importaba. Porque en ese interior suyo, la imagen de la sonrisa de Julia no dejaba apenas lugar a las derrotas y frustraciones que pudiera sufrir contra otros. Sin embargo, y a pesar de ello, por alguna razón sabía que no podría dejar de darle vueltas a ese asunto durante mucho tiempo... Semyazza le dedicó una última mirada entre autoritaria y compasiva, y después volvió a ocultarse entre las nubes y las estrellas. Su cometido allí había terminado. Ahora todo dependía de Baal.

—¿Qué pasa, Baal? —Preguntó la dulce voz de Julia al despertar en sus brazos.

—Nada. —Aseguró él tratando de disimular sus miedos y preocupaciones—. Se ha hecho tarde y te estaba llevando ya a casa.

—Eres un cielo. —Agradeció ella acurrucándose contra él con cariñoso gesto y volviéndose a quedar aparentemente dormida.

—Sí, seguro. —Rio él irónico aunque triste, mientras ambos regresaban a su piso para ir a dormir tras un día más de su vida en común, un día que,

siendo como todos, había sido único.

Capítulo XXX

El inspector Sergio Alcántara se encontraba cara a cara con la pizarra que colgaba de la pared de su habitación. Esta estaba repleta de fotografías e informes que intentaban ayudar al investigador privado a relacionar todas las piezas de aquel oscuro rompecabezas. Sin embargo, esta no era tarea fácil, ni siquiera para él. Aquel caso en particular estaba sacando sus emociones más profundas al descubierto, y cada cosa que descubría le gustaba menos que la anterior. Seguía pensando, tratando de enlazar todo aquello, buscando cualquier tipo de vínculo posible, cualquier respuesta razonable a lo que estaba sucediendo... Un sonido particularmente molesto interrumpió sus pensamientos. Y es que, desde que había decidido meterse hasta el cuello en tan siniestro caso, su monótona rutina había cambiado de una forma particular. Sergio salió de su habitación y asomó la cara al salón. Allí estaba su nuevo y provisional compañero de piso, Miguel, sentado en el sofá con una caja de cartón de *pizza* medio llena a su lado derecho, unas revistas al izquierdo, la radio encendida sobre la mesilla y el comando de su ruidosa videoconsola entre las manos, pulsando diversos botones de forma frenética y desordenada a ojos del veterano detective.

Sergio sabía que aquella situación sería solo temporal, y que si se encontraba envuelto en ella era únicamente por motivos de seguridad. Pero no eran pocos los momentos en los que el inspector habría preferido darle una patada en el trasero a su joven socio y abandonarlo en la calle a su suerte. Sin embargo, habían visto ciertas cosas y habían estado en ciertos lugares suficientemente peligrosos como para no ser cuidadosos ahora. Debían

permanecer unidos, y entre el piso de estudiante de Miguel o su casa, Sergio prefería permanecer en su apartamento, sin duda alguna. Por ello y por muchas otras cosas, debía ser paciente.

—Buenos días, jefe. —Lo saludó Miguel sin despegarse del sofá ni apartar la mirada del televisor en ningún momento, con los ojos rojos y la mirada cansada.

—Buenas, Miguel. —Respondió él con voz no muy alegre—. ¿Otra vez con los videojuegos?

—Estoy haciendo trabajo de campo. —Le corrigió el joven periodista señalando perezosamente con la cabeza al aparato de radio y al montón de periódicos que descansaba junto a este sobre la mesa.

—Sí, de campo y playa. —Rio irónico el detective—. ¿Qué te dije de comer en el sofá?

—Sonría, jefe. —Insistió Miguel recurriendo a ese nuevo mote que le había puesto al inspector ahora que eran socios, o algo parecido—. He ido a comprar el desayuno al horno de abajo. —Inclinó ahora sí su cabeza hacia la mesa grande del salón, donde había una bolsa de papel con ensaimadas y *croissants* calentitos en su interior.

Sergio miró entonces su reloj y vio que era algo tarde. Ese caso le estaba agotando poco a poco. No hacía mucho que se había despertado y todavía no había salido de su habitación. En cualquier caso, aquella bolsa con el desayuno olía de maravilla y ya que Miguel se había preocupado de ir a comprar algo para almorzar, de buen gusto él lo probaría.

—No va a ser tan malo tenerte de compañero de piso... Gracias, chaval. —Trató de ser amable.

—No me las dé, jefe. Lo he comprado con su dinero. —Rio Miguel a carcajadas.

Sergio tomó uno de los ceniceros que había sobre su mesa y lo lanzó por la espalda contra el cráneo de Miguel, acertando obviamente de lleno en su cabeza y acallando su risa al momento.

—¿Por qué ha hecho eso? —Se quejó él llevándose una mano al foco de dolor.

—No te lo he lanzado tan fuerte. —Se excusó el inspector—. Por cierto, y yendo al grano, ¿alguna noticia paranormal por televisión? —Preguntó

mirando al aparato en cuestión.

—Solo tonterías. Por cierto, por estar aquí me he quedado sin escribir sobre un crío al que le han robado la nariz de verdad. —Explicó a modo de curiosidad, casi riendo, mientras recordaba el tele-noticias de la primera hora.

—Ya... —No hizo ningún caso a aquello—. ¿Y de comisaría? ¿Ha llamado alguien de comisaría esta mañana?

—No. —Respondió Miguel volviendo otra vez a su juego con aire serio—. Ni una llamada, ni un mensaje de voz... Nada. —Sentenció.

—Esto no me gusta. Tengo el presentimiento de que en el cuerpo no están muy por la labor con este caso. —Reconoció con marcada preocupación.

—¿Por qué piensa eso? Fermín ya le dijo que pondría todo su empeño en este asunto. —Hizo memoria el joven periodista, comenzando a prestar cada vez menos atención a su juego y más al preocupado detective.

—Una cosa es lo que dicen y otra muy distinta lo que hacen. —Le instruyó Sergio—. Me extraña mucho que durante estos días no hayamos recibido ni una sola noticia acerca del caso. —Se rascó el mentón con escepticismo.

—No es un caso fácil. —Aportó Miguel—. Quizás es que simplemente no han dado con nada útil.

—Eso también es posible. —Se encogió de hombros el detective.

—¿Y usted? —Preguntó de pronto dándose ya media vuelta—. ¿Ha conseguido algo?

—Estoy barajando algunas ideas. La información que te pasaron en la editorial del periódico parece fiable, y hay uno o dos lugares que me gustaría visitar. Pero preferiría tener el apoyo del cuerpo de policía por una vez para asegurar el tiro. —Dijo dando claras muestras de lo que le costaba admitir aquello.

—No le dé más vueltas, jefe. Usted es así, va a su rollo. —Sonrió Miguel.

—¿A mi rollo? —Preguntó con extraña expresión.

—Sí. Usted trabaja solo, por su cuenta. Es su manera de hacer las cosas. Aunque la policía no le ayude, estoy seguro de que dará con aquella pista que necesite.

—Gracias, Miguel. —Respondió con gran sorpresa a las palabras de ese joven periodista realmente hábil a la hora de escoger qué decir—. Pero te has

equivocado en una cosa. Y es que ya no trabajo solo. —Le corrigió al tiempo que lo elogiaba de la mejor manera posible.

—Todavía terminará cogiéndome cariño. —Bromeó Miguel.

—No te lo creas demasiado. —Continuó la conversación Alcántara al tiempo que apuraba su café y un par de aquellas deliciosas pastas—. Pues sí que están buenas, sí. —Rio con la boca aún llena.

—Se lo he dicho. Por cierto... —Miguel metió de pronto su brazo bajo el sofá y comenzó a buscar algo, hasta que al fin logró sacar una especie de regalo envuelto sin excesiva gracia pero con muy buena fe—. Tenga, esto es para usted. —Dijo lanzándoselo a las manos con gran puntería.

—¿Qué es esto? —Preguntó extrañado al tiempo que lo cogía al vuelo.

—Su regalo. —Repuso con obviedad el joven.

—¿Regalo de qué? Mi cumpleaños es en septiembre. —Aclaró el hombre.

—¿Acaso no sabe qué día es hoy? ¡Es Navidad! —Le gritó Miguel, quien seguía aquellas festividades con la misma ilusión de cuando era niño.

—¿En serio? ¿Ya? —Preguntó el inspector incrédulo, corriendo hacia su calendario y asustándose al ver lo rápido que pasaban los días a veces.

—Desde luego... Este caso le tiene loco, ¿no, jefe? —Volvió Miguel—. Lo mejor será que no se agobie tanto y salga a dar un paseo, que le dé el aire, ¿entiende? Desde que encontramos aquellos cuerpos en las alcantarillas solo hemos salido de este piso para ir a comprar comida a la esquina. Y en vistas de que la investigación anda un poco parada últimamente y que hoy es fiesta, creo que debería relajarse y desconectar. —Propuso Miguel con su visión simplista y positiva de la vida.

—Quizás tengas razón... —Se rascó la frente con aire cansado.

—Bueno, pero antes de nada no olvide abrir mi regalo. —Recordó el muchacho con cierta prisa por ver la reacción de su jefe ante lo que le había comprado.

Algo incómodo por tener que abrir un regalo delante de la persona que se lo había dado, Sergio tomó ese paquete y lo rompió sin demasiado cuidado. El presente logró arrancarle una sonrisa. Se trataba de una prenda de ropa de lo más distintiva y característica: un sombrero de doble visera y estampado a cuadros marrones de distintas tonalidades que recordaba peligrosamente al

que luciera el famoso detective ficticio Sherlock Holmes, protagonista de las novelas que el inspector Sergio Alcántara había devorado durante su juventud y las cuales le habían servido de inspiración a la hora de hallar su auténtica vocación. Miguel contempló a su mentor y sonrió.

—¿Le gusta, jefe? ¿Le gusta? —Preguntó con insistencia.

—No tendrías que haberte molestado. —Le recordó Sergio mientras se lo probaba con bastante gracia—. ¿Qué? ¿Cómo me queda? ¿Bien? —Preguntó tratando de disimular su alegría por haber recibido semejante regalo.

—Genial. —Afirmó Miguel alzando el pulgar con triunfal gesto.

Tras aquel momento despreocupado y tras haberle dado las gracias a Miguel por su regalo más de una vez, el inspector se puso en pie y se llevó su gran gabardina a la espalda, adquiriendo un aire todavía más detectivesco si es que aquello era posible.

—Solo le falta la pipa. —Bromeó Miguel.

—Tenías razón. —Reconoció Sergio de pronto—. Necesito un poco de aire. Gracias por recordármelo, Miguel. Te gustan mucho estas fechas, ¿no es así? —Preguntó entonces.

—Sí, así es. —Respondió sin saber muy bien a dónde quería llegar a parar su jefe con eso.

—Siento mucho no haberte comprado nada, pero se me ocurre un buen regalo. Tómame el día libre tú también. —Dijo en tono más de orden que de ofrecimiento.

—¿Lo dice en serio? —Preguntó gratamente sorprendido.

—Pues claro. Es cierto que yo me he pasado estos días encerrado en mi habitación, haciendo llamadas y buscando pistas. Pero tú también has trabajado duro todo el día con el ordenador y mandando y recibiendo informes del periódico. Te has ganado este día de asueto tanto como yo. Coge algo de dinero de mi cartera e intenta pasar un buen día. Te lo has ganado.

—¿Lo dice en serio? —No terminaba de creerse toda aquella amabilidad por parte de su jefe.

—Muy en serio. Ahora haz el favor de salir a la calle y disfrutar un poco del día antes de que me arrepienta y cambie de opinión. —Trató de aparentar estar regañándolo de nuevo como era propio de él.

—¡Señor, sí señor! —Siguió Miguel de demasiado buen humor mientras

se preparaba para salir por fin a la calle y pasarlo bien.

Ambos terminaron de prepararse y una vez estuvieron listos, salieron al exterior bien abrigados dado el día que era. Las calles estaban adornadas con hermosas luces y la gente paseaba con bolsas de regalos en las manos y sonrisas en sus rostros. Sergio y Miguel se despidieron y cada uno tomó un rumbo diferente. Miguel sabía bien lo que iba a hacer para relajarse un poco de aquel caso tan siniestro y que los tenía a ambos tan absortos. Primero daría un paseo él solo, para despejar la mente y dedicarse tiempo para él. Luego iría a ver a su familia, a sus padres y a su hermanita pequeña, adornarían juntos el árbol, montarían el Pesebre y comerían juntos. Por la tarde llamaría a su grupo de amigos y colegas y harían algo divertido con ellos. Y por la noche, probablemente llamaría a una vieja y muy buena amiga suya, cenarían juntos y compartirían unas cervezas como en la facultad. Estando de vacaciones como debían de estar todos, el día prometía realmente divertido.

Por su parte, Sergio Alcántara, descolocado al verse a sí mismo tomándose un descanso en su riguroso trabajo, comenzó a andar por las calles de la ciudad condal con demasiadas cosas en la cabeza. Tenía el presentimiento de que ese día iba a pasar algo interesante sin que él lo buscara, y eso le gustaba. Con el murmullo de la gente como música de fondo para su paseo, los pasos de Sergio lo llevaron por alguna extraña razón y sin darse cuenta a las puertas de un lugar muy especial y que nunca visitaba tanto como quisiera o debiera, la residencia en la que vivía su anciana madre. Entró por la puerta con aire tranquilo y una joven mujer de rasgos latinos se acercó a él con amabilidad. Tras presentarse educadamente y decir a quién venía a visitar, la encargada lo acompañó hasta la zona de las habitaciones y le indicó cuál era la de su madre. El inspector recordaba sin problemas cómo llegar allí, pues su memoria resultaba sin duda envidiable. Pero por alguna razón no le había parecido correcto interrumpir a la enfermera y por ello la dejó guiarle hasta su destino.

De camino allá, Sergio pudo ver a un sinnúmero de personas que muy probablemente ya habían pasado sus mejores días y ahora descansaban y esperaban pacientemente el final de la forma más digna que la vida les permitiera. Algunos de ellos sonreían, otros derramaban sus lágrimas por las visitas que ya se iban o por las que directamente no habían venido, algunos

permanecían huraños, sin hablar con nadie... Lo cierto era que Sergio Alcántara sabía de sobras que sus mejores días también habían pasado. Ya no era el detective joven y enérgico de antaño y, aunque sabía que aún le quedaba cuerda para muchos años, no tardaría en llegar el día en que él ocupase una de esas sillas de residencia y su puesto fuese heredado por alguien más joven, la nueva generación, tal vez Miguel. Probablemente. Solo esperaba no tener nada de qué arrepentirse una vez llegase el momento de colgar la gorra de detective. Lograr cerrar ese caso... El asunto de los Cuervos Grises regresó volando a su mente por un momento. Sin embargo, el hombre pudo desviar ese pensamiento solo con ver el rostro de su anciana madre, medio tumbada en su cama de blancas sábanas y con los ojos ni abiertos ni cerrados. ¿Dormía? Sergio se sentó sin hacer ruido en la silla de visitas y tomó con delicadeza la temblorosa y arrugada mano de su madre, la cual portaba colgado de la muñeca un humilde rosario de madera. Incluso si estaba durmiendo, ella parecía cansada. Permaneció en silencio. De pronto, ella movió levemente su cuello y esbozó una sonrisa al saber quién había venido a verla.

—Sergio, hijo mío... —Trató de decir.

—Hola, madre. Aquí estoy. —Corroboró él por si acaso—. Feliz Navidad. —La felicitó a pesar de no compartir creencias al tiempo que la besaba en la mano con cuidado.

—Gracias por venir a verme. —Sonrió.

—No me las des, madre. Más bien yo debo pedir disculpas por no haber venido más a menudo últimamente. —Agazapó la cabeza con cierta vergüenza.

—No te preocupes. Imagino que tienes mejores cosas que hacer que venir a visitar a esta vieja anciana. —Se quitó importancia la mujer.

—No digas eso. No hay para mí nada más importante que mi madre. —Dijo él sabiendo que quizás sus palabras no eran ciertas, que quizás había dedicado demasiado tiempo en su vida a desvelar aquellos casos oscuros y extraños a los que la policía no se atrevía a investigar, y por ello había olvidado cosas más importantes.

—Tranquilo... —Su voz pareció apagarse por un momento pero luego regresó para alivio del inspector—. Dime, ¿aún trabajas como detective? —

Preguntó temiéndose la respuesta afirmativa.

—Así es, madre. —Se resignó a la sinceridad—. Lo siento, sé que sufres mucho por eso.

—Sí, sí lo hago...

—Ahora estoy en un caso. Pero te juro que cuando lo acabe, vendré a verte mucho más. —Prometió con brillo en los ojos, probablemente por las lágrimas que nunca había derramado.

—¿Es un caso peligroso? —Preguntó ella con miedo.

—Es un caso extraño. —Respondió Sergio recordando su mortuoria experiencia en el departamento forense y lo mucho que estaba cambiando su actitud antes fría y distante y ahora cálida y cercana con el mundo, y obviamente también con su madre.

—Prométeme que irás con cuidado, Sergio. —Le pidió la anciana madre.

—Lo prometo. —Aseguró poniéndose en pie al tiempo que una enfermera llegaba a la habitación.

—Es la hora de sus pastillas. —Recordó—. Ahora tiene que irse. —Le pidió al inspector.

—Sí, por supuesto. —Movi6 la cabeza nervioso—. Volveré pronto, madre. —Se despidió dándole un beso en la frente a su cansada madre y desapareciendo de ese lugar con paso firme y pensativo.

Se alegraba de haber ido a visitar a su madre y de haber comprobado que, a pesar de ser tan mayor, todavía estaba más o menos bien y que se estaban haciendo buen cargo de ella en aquella residencia. Lejos quedaban esos días en los que su joven y enérgica madre lo iba a recoger a la puerta del colegio con la merienda en una bolsa y una amplia sonrisa en el rostro. Muchos años habían pasado desde entonces, y ahora le tocaba a él cuidar de ella, más que nunca. Una vez cerrara ese dichoso caso en el que prefería no pensar por ahora, y si seguía con vida tras conseguirlo, cumpliría su promesa de ir más a menudo por allí a visitarla. Si no lo hacía, se arrepentiría toda la vida, eso sí lo sabía con certeza. Sin darse cuenta, recordando toda su infancia y juventud, Sergio Alcántara recorrió gran parte de la ciudad de Barcelona. Sus pasos no eran ciegos a pesar de que él no fuera plenamente consciente de ello. Una vez tuvo tanto frío como sed para seguir paseando por la ciudad, se encontró a sí mismo entrando no en un bar cualquiera, sino en uno de los dos

o tres establecimientos en los que se habían visto recientemente posibles miembros de los Cuervos Grises y lugares que el inspector tenía metidos en su cabeza más de lo que desearía en su día de descanso. Sus pasos lo habían llevado de forma inconsciente a ese lugar de modo que, siguiendo su olfato e instinto naturales, entraría en él y echaría un vistazo al tiempo que se tomaba una cerveza y tal vez un plato de cacahuets u otros frutos secos.

Sin permitir que la gente de a pie se percatase de sus intenciones, Sergio Alcántara se retiró su sombrero nuevo al entrar como gesto de buena educación y comenzó a estudiar a todos los allí presentes. Tres camareros, un par de grupos de hombres de entre mediana edad y ancianos discutiendo muy probablemente sobre deportes, un padre con su hijo en una mesa, tres muchachas adolescentes en otra... Nada digno de sospecha, lo cual era un alivio y a la vez una decepción. Ahora se encontraba sentado en la barra con la cerveza medio vacía y solo restos de sal en su pequeño plato. Su mirada estaba perdida, inútilmente clavada en la pantalla del televisor que colgaba de una de las paredes del local. El sonido de una puerta y un reflejo que no esperaba en la pantalla del monitor llamaron su atención y le despertaron de ese letargo de mediodía. Miró hacia la puerta del bar pero allí no había nadie. Supo perfectamente dónde debía mirar y se maldijo a sí mismo por no haberlo comprobado antes, la puerta de los lavabos. Del servicio de caballeros salió con gesto aparentemente disimulado un hombre. Vestía normal, sin gabardinas ni gorros sospechosos. Pero Sergio no recordaba haberlo visto entrar en los servicios durante todo ese rato, y sabía que un detalle como ese no podía pasarsele por alto, no a él. Por otro lado, había algo en el comportamiento de ese sujeto que lo hacía sospechoso automáticamente.

Andaba en dirección a la puerta, tratando de aparentar mirar hacia delante pero con los ojos irremediabilmente clavados contra el suelo. Si estaba en lo cierto, Sergio debía actuar rápido. Sin aparentar prisa pero a una velocidad bastante notable, llegó a los servicios y abrió la puerta rápidamente. No había nada a la vista, no importaba. Sin dudar, arrancó la tapa de la cisterna del váter y logró dar con aquello que estaba buscando. Allí dentro, hecho una bola y con algo de mal olor adquirido por su corta estancia en ese lugar, había una arrugada gabardina gris y, sobre ella, un sombrero verde. Ese tipo era

miembro de los Cuervos Grises, y no muy profesional por lo visto. Probablemente le había descubierto al acercarse al bar, le había reconocido y se había escondido en el baño en busca de un plan que había tardado más de la cuenta en llegar. Aquella era una teoría más que aceptable para Sergio Alcántara ahora mismo. Tomó ambas prendas sin preocuparse por colocar bien la tapa de la cisterna nuevamente y salió escopeteado de ese lugar, no sin antes dejar sin mucho cuidado unas cuantas monedas sobre la barra, las cuales cubrían de sobras lo que había tomado más una aceptable propina.

Finalmente salió otra vez a la calle. Hacia la derecha había demasiado tramo de edificio como para que el perseguido hubiese podido huir por allí. Sin embargo, a no muchos metros hacia la izquierda, tenía lugar un callejón que muy probablemente serviría para esconderse. Si había huido de frente y había cruzado la calle, ya no podría pillarlo nunca, pues había demasiados vehículos e inoportunos semáforos de por medio. De modo que confió en tener suerte por una vez y corrió hacia la izquierda, tomando el callejón y encontrando solo un par de contenedores al fondo, situados justo antes de una gran verja difícil de saltar y que no tenía agujeros ni marcas. Llegó hasta el final de la pequeña calle y la acarició. ¿Lo había perdido? No. Sergio sabía perfectamente dónde se encontraba el sujeto. Este salió de su escondite, detrás de uno de los contenedores, y embistió contra el inspector con toda la intención de apuñalarlo por la espalda con el machete que portaba entre sus manos.

Capítulo XXXI

Sergio esbozó una sonrisa ante tan previsible y torpe ataque. Los miembros de los Cuervos Grises habían resultado ser menos profesionales de lo que él había imaginado, y eso le facilitaba mucho el trabajo ahora que por fin había dado con uno de ellos. Sin dejar que esa lluvia de ideas lo superase en ningún momento, se apartó de la trayectoria de su agresor con cierta facilidad y giró sobre sí mismo a gran velocidad, pateándolo en el trasero y haciendo que chocase contra la verja de morros y perdiese su arma. Rápidamente, lo tomó del brazo derecho y se lo pegó a la espalda, subiéndolo lentamente y causándole un dolor que le impedía moverse. Lo golpeó con fuerza contra la verja y, una vez se aseguró de tenerlo del todo inmovilizado, sacó del interior de su gabardina su revólver y se lo colocó en la nuca, de modo que pudiese sentir el frío de su arma en la propia piel. El criminal comenzó a sudar a raudales y a temblar como una hoja cuando sopla el viento. Sergio lanzó al tipo contra el suelo y, antes de que este pudiera ponerse en pie, lo apuntó nuevamente con su arma, esta vez en la frente. Por supuesto, Sergio no iba a disparar al delincuente. Pero eso él no lo sabía. El miedo era en realidad su mejor arma ahora mismo. El delincuente supo que era estúpido tratar de huir, pues el famoso inspector lo tenía muy fácil para acabar con él y probablemente dispararía sin dudar si la situación lo requería. Tragó saliva.

—Saca tu cartera. —Ordenó el inspector—. Quiero ver tu documentación, todo lo que lleves. Déjalo en el suelo y acércamelos de un golpe, sin moverte. —Puntualizó.

El miembro de los Cuervos Grises no pudo creerse la suerte que había

tenido. El inspector había resultado ser un completo estúpido. Tenía el busca en el interior de la chaqueta. No esperaba que el inspector lo derrotase con tanta facilidad si le atacaba por la espalda, y por ello y también por la falta de tiempo a la hora de ocultarse en ese callejón y sacar su puñal oculto, no lo había utilizado todavía. Pero ahora solo tenía que introducir su mano en el bolsillo de su chaqueta, pulsar el localizador y dar tema de conversación al inspector hasta que llegasen refuerzos. Con estúpida sonrisa en su rostro, introdujo la mano en la prenda de ropa y, de pronto, su corazón pareció detenerse en seco. No estaba. Comenzó a palparse a sí mismo sin disimulo alguno pero allí ya no había nada.

—¿De verdad me crees tan estúpido? —Preguntó retórico Sergio al tiempo que mostraba el aparato en cuestión, el cual se lo había robado sin que su dueño se diera cuenta durante el forcejeo contra la verja—. Dame tu documentación y prepárate para responder a unas cuantas preguntas. — Repitió esta vez con mayor dureza.

Resignado ante tan clara derrota, el delincuente dejó caer su cartera y su monedero, así como su teléfono móvil, y los arrastró hasta llegar a pies del comisario, quien los apartó un poco más con su pie y solo entonces se permitió agacharse a recogerlo todo con ayuda de un pañuelo para no dejar huellas y sin dejar tampoco de apuntar a su presa en ningún momento. Tras echar un atento vistazo a todo aquello y memorizar de forma inmediata y perfecta todo lo que podía interesarle o resultarle de utilidad a partir de ahora, incluida una dirección apuntada en un papel arrancado, comenzó a hablar de nuevo.

—Los Cuervos Grises todavía existen, y siguen operativos, ¿cierto? — Preguntó sin obtener ninguna respuesta de un hombre que estaba demasiado asustado como para aparentar dureza o silencio profesional—. ¡Responde! — Rugió con fiereza.

—¡Sí! Así es. —Reconoció con vergüenza.

—Pero dime una cosa, ¿no os había atrapado ya el cuerpo de policía, con mi ayuda? —Puntualizó casi con orgullo.

—Cogisteis solo al segundo al mando. Fue el chivo expiatorio perfecto. —Siguió hablando sin que el inspector tuviera que recurrir a la violencia en ningún momento, algo que a pesar de su carácter fuerte nunca le gustaba

especialmente—. El fundador, la auténtica cabeza pensante de todo esto, logró huir y sigue libre, dirigiéndonos desde las sombras y logrando que esta organización resurja de sus cenizas con mayor fuerza aún. —Dijo como si estuviera citando de memoria palabras de ese enigmático y sombrío jefe del que ahora hablaba y que ni siquiera Sergio conocía.

—Ya veo, así que nos engañaron. Admiro la lealtad del segundo de a bordo para haber cargado con la pena él solo.

—No es lealtad, es miedo. —Aclaró el derrotado delincuente.

—¿Miedo a vuestro verdadero jefe? —Quiso asegurar el inspector.

—Así es. Una vez estás bajo su mando, solo la muerte te libera del cargo.

—¿Quién es él? ¿Cuál es su nombre? ¿Dónde se oculta? —Quiso ser demasiado tajante Sergio.

—Eso no te lo puedo decir. —Cesó en su posición de obediente fuente de información para el detective.

—¿No puedes? —Preguntó recordándole que llevaba una pistola en la mano.

—Si no te lo digo, me matarás. —Admitió—. Pero si te lo digo, me mandará matar él... —Siguió hablando con auténtico terror en su mirada, con las pupilas temblando frenéticamente—. Si me matas tú, sé que solo será un disparo en la cabeza. No sentiré nada, y nadie más sufrirá. —Aquí su expresión se tornó triste, lánguida y gris—. Si me dejas vivo y hablo, será él quien se encargue de cerrar el asunto...

—¿Nadie más resultará herido? —Preguntó con curiosidad el inspector inclinando un poco su cabeza.

—Él no se limita a matarte. También mata a toda tu familia. Y no de un simple disparo en la cabeza, no sé si me entiendes.

—Te entiendo. —El inspector no necesitaba más detalles para saber que ese jefe del que tanto hablaba y al que tanto temía su preso era un verdadero monstruo que sin duda disfrutaba siendo temido por los demás.

—Entré hace apenas cuatro meses. Necesitaba el dinero para mi familia y esto parecía sencillo. No he matado a nadie, lo juro. Ni siquiera me han dado pistola. Solo me ocupaba de papeleo. Ya habrás notado que no soy un profesional del crimen precisamente. —Reconoció humildemente.

—Sí, salta a la vista. —No se cortó el inspector en sus observaciones.

—Pero he estado dentro. ¡He estado dentro! —Gritó de pronto cayendo en el más triste de los llantos, el de quien va a morir ante una situación que claramente lo supera—. ¡Por favor! ¡Hazlo ya! ¡Hazlo rápido! —Imploraba de forma miserable y con lágrimas empapando su rostro.

Con mirada muerta, Sergio Alcántara se acercó a él y alzó su pistola. Había matado antes, por supuesto. Se había encontrado en algunas situaciones y ante ciertos sujetos que no le habían dejado más elección que segar una vida humana con su arma o incluso con sus propias manos para mantener la suya propia. Pero este no era uno de esos sujetos, y esta no era una de aquellas situaciones. Bajó su arma con moderada fuerza y golpeó al aprendiz de criminal en el cráneo con la base de su pistola. El golpe fue seco y certero, y el cuerpo se desplomó del todo inconsciente contra el suelo al momento. Sergio sacó unas esposas del interior de su gabardina y ató al hombre a la verja, dejando sobre el suelo pero a distancia prudencial y fuera de su alcance su documentación y los demás papeles que le había dado, suficiente para incriminarlo e incluso encerrarlo por un tiempo corto en prisión pero no lo bastante grave como para una pena importante. El inspector estaba convencido de que daría con ese misterioso jefe y lograría cerrar el caso antes de que la corta pena de ese hombre llevado al mal camino por culpa de la necesidad terminase. Así, todos ganarían algo: en su caso, una segunda oportunidad. Esa manera de pensar era la justa, pero Sergio se sorprendió a sí mismo razonando de ese modo. Guardó su arma en el interior de la chaqueta y sacó el sombrero que había guardado en la misma al entrar al bar y que todavía no había vuelto a ponerse. Al colocárselo en la cabeza, no pudo evitar acordarse del joven y alegre Miguel. Probablemente estaría orgulloso si viera lo que había sucedido. Llamó a la policía local, dio la dirección del callejón y se esfumó de allí rápidamente. Entre todos aquellos papeles, había encontrado ya todo lo que necesitaba para seguir adelante, una nueva dirección en la que proseguir con su búsqueda. Desde luego, no iba a ser un día de asueto normal y corriente...

Habiendo dado al fin un gran paso en su investigación sin siquiera proponérselo, retomó sus pasos y se dirigió sin rodeos al nuevo destino, la dirección, un piso en la zona de la Izquierda del Ensanche de Barcelona. Sergio Alcántara sentía que su cabeza estaba volviendo a funcionar como

debía, su mente se estaba agilizando tras el entumecimiento de aquellos días prácticamente del todo inútiles encerrado en su piso sin nada más que rumores y conjeturas, y ahora se sentía un poco más cerca de su propia meta. Finalmente llegó al edificio, un edificio grande que ocupaba toda la manzana. El portal era algo estrecho y estaba cerrado. Apenas tuvo que esperar no más de diez minutos hasta que vio a una mujer dispuesta a salir del edificio en cuestión. Con un movimiento tan rápido como aparentemente natural, Sergio amagó el querer entrar de pronto en el bloque al tiempo que la mujer abría la puerta para salir del mismo. Un amable saludo y una falsa disculpa y ya estaba dentro. Aquella era la parte más fácil.

El piso al que debía subir era el ático. Recorrió el pasillo de la entrada del edificio hasta llegar al ascensor y lo llamó. Una vez llegó esta, vacía, abrió la puerta y dejó un pequeño obstáculo para que no pudiese cerrarse del todo. De ese modo nadie la llamaría ni podría utilizarla mientras él subiese por las únicas escaleras del bloque. Así no quedaba vía de escape en el edificio sin contar las ventanas del ático, salida poco probable si se pretendía huir con vida de allí aunque no del todo descartada visto el compromiso por miedo de los miembros de la organización. El único camino factible ahora eran las escaleras, justo por donde él pasaría. Comenzó a subirlas a paso medio ligero, pues ya no era tan joven como antes y no quería ni podía permitirse llegar jadeando al último piso. No se topó con nadie durante la subida. Una vez se encontró arriba del todo, pudo ver cara a cara la puerta tras la cual se hallaba una de las sedes de los Cuervos Grises, uno de sus despachos, oficinas o lo que quisiera que fuese en ese caso. Debía ser prudente a partir de ahora. Probablemente habría algo más que inexpertos encargados de papeleo al otro lado de esa puerta. Tragó saliva.

Acercándose de forma silenciosa y sin pasar por delante de la mirilla en ningún momento por si acaso, llegó hasta poder ser capaz de pegar su oreja a la puerta en cuestión y así lo hizo. Se oía ruido de pasos y voces en el interior. Había como mínimo dos personas allí dentro. Tras asegurarse de que no había más gente que él en ese oscuro y alto rellano, se dispuso a hacer algo que hacía demasiado que no intentaba, y que sin duda echaba de menos. Con su pistola bien a mano y una fuerza y energía dignas de su reputación como detective de casos peligrosos, tumbó aquella puerta de un único

puntapié y se adentró en el territorio enemigo a gran velocidad. A la otra punta de un pasillo corto, un par de sujetos, uno sentado y el otro de pie, discutían acerca de unos papeles que descansaban sobre una pequeña mesa redonda de madera. Sin saber bien por qué, Sergio Alcántara visualizó que aquella mesita no aguantaría demasiado de una sola pieza. Al ver entrar al inspector de tan estruendosa forma, el que se hallaba de pie escupió su cigarrillo y se abalanzó sin contemplaciones contra el nuevo visitante.

Capítulo XXXII

Sin retroceder ni un centímetro, sin permitir que su mirada reflejase el más mínimo atisbo de miedo o duda, el detective bloqueó el puñetazo de su oponente con el brazo izquierdo, deteniendo su paso en seco. Antes de que su rival tuviese tiempo de reaccionar, Sergio Alcántara le asestó un tremendo golpe de puño en la boca, hundiendo su enorme mano cerrada en los ahora destrozados dientes del hombre y causándole un dolor difícil de imaginar. Una vez el sujeto se llevó ambas manos a la boca y se agachó en claro gesto de dolor, Sergio no dudó lo más mínimo en ascender su pierna con fuerza y asestarle una cómoda patada vertical y descendente en la nuca. El primer adversario cayó al suelo inconsciente y el detective se sintió extrañamente calmado y a gusto, libre por completo de todo el agobio con el que había tenido que cargar durante días. En un gesto no lo bastante rápido por causa del miedo, el segundo criminal trató de correr hacia una mesa que había a su lado y se dispuso a abrir el cajón con la intención de sacar de allí un arma de fuego, probablemente. El hecho de haberles asaltado en su propio piso cuando ni siquiera habían hecho público su regreso los había pillado completamente por sorpresa, lo cual le otorgaba una enorme ventaja a Sergio. Y eso lo hacía lo bastante peligroso como para tener que matarlo ahora mismo.

Sin necesidad apenas de apuntar, Alcántara cargó rápidamente y disparó un tiro al cajón que el delincuente pretendía abrir, haciendo que la bala pasase demasiado cerca de su mano, casi rozándola. Si intentaba sacar la pistola de allí, estaba muerto. Había sido un error no llevarla todo el rato encima, un

exceso de confianza que ahora lamentaba profundamente. Sin más armas que sí mismo trató de cargar contra el inspector con sus propios puños. Sergio guardó entonces su pistola con gesto impasible, casi desafiante. No dispararía a un hombre desarmado a no ser que fuese totalmente necesario. Eso lo tenía claro. El inspector alzó sus puños en señal de guardia, se agachó con gesto veloz y eludió la embestida de su contrincante. Alzándose rápidamente, lo agarró del cuello de la camisa y lo lanzó por los aires, haciéndolo volar por el piso y aterrizando sobre aquella mesa redonda que ahora era ya poco más que un montón de astillas. El segundo oponente trató de recobrar el sentido de la orientación lo más rápido que su propia cabeza le permitió. Pero antes de lograr nada, un tremendo golpe de silla que el inspector le propinó lo dejó también inconsciente.

Sergio observó a su alrededor y suspiró por fin relajado. Aquello le había sentado bien, echaba de menos un poco de acción. Ahora era momento de proseguir con su investigación, pues era eso lo que le había llevado a uno de los escondites o base secreta de los Cuervos Grises. Se agachó y comenzó a agrupar los papeles que habían caído sobre la alfombra durante el forcejeo. Un nuevo sonido lo alertó. Pero antes de que pudiera ponerse en pie y girarse, alguien lo golpeó con violencia y le hizo rodar por el suelo, causándole considerable dolor. Un nuevo miembro acababa de entrar en escena. Quizás había entrado ahora en el piso y al estar la puerta descolgada no había hecho ruido, o quizás le había oído al entrar y se había escondido para emboscarlo por sorpresa. Eso no importaba ahora. Lo que sí importaba era que se trataba de un sujeto enorme, más alto y fuerte que el propio Sergio. El inspector trató de ponerse en pie pero el hombre lo agarró con fuerza del cuello y lo empotró contra el canto de una puerta. Sergio no pudo reprimir un tremendo grito de dolor ante la estúpida sonrisa de satisfacción que lucía su oponente, quien ahora lo hacía ir como él quería. Una lluvia de puñetazos y puntapiés se cernió sobre el inspector, causándole numerosas heridas externas y dolor en todo su cuerpo. Un colosal puñetazo en el rostro hizo saltar la gorra del inspector al suelo. El detective sintió cómo su adversario lo tomaba con fuerza y continuaba con su insistente ataque, golpe tras golpe. Finalmente lo soltó para lanzarlo contra un mueble que detuvo la trayectoria de Sergio al fin. No duraría mucho más si seguía así.

Estaba agotado y le dolía por todas partes hasta el punto de no poder mantenerse en pie. Trató de estudiar de reojo a su oponente con el gran impedimento de que la sangre, el sudor y las lágrimas le impedían ver con claridad. Era un hombre ancho y musculado, dos metros de altura, cabeza rapada, un *piercing* en la ceja derecha y algunos tatuajes en sus descubiertos brazos... ¡Ya sabía cómo vencerlo! Exagerando el no poco dolor que sentía, logró que ese gigante se acercara a él de forma confiada y lo agarrase de la chaqueta con fuerza. De pronto, y en un gesto tan rápido como hábil, Sergio logró agarrar con dos dedos el pendiente que su enemigo portaba sobre la ceja y lo arrancó de un único tirón. El dolor fue terrible, al igual que el grito que propinó el poderoso gigante, y la sangre comenzó a emanar a raudales en esa zona causándole una sensación nada agradable e impidiéndole ver con claridad. Sergio no dudó ni un segundo en aprovechar ese instante de clara ventaja. Le asestó un poderoso rodillazo en las costillas seguido de un puntapié en la rodilla que hizo desplomarse a su oponente al suelo totalmente derrotado. Sergio escupió un diente que se le había despegado durante el combate y se limpió la sangre de la boca. Contempló los tres abatidos enemigos a su alrededor y el estropicio causado y suspiró. Ahora sí que había acabado. Tras recobrar el aliento perdido, tomó su gorra de doble visera del suelo, se la volvió a colocar sobre la cabeza y, después de encender un nuevo cigarro, se dispuso a proseguir con la investigación.

Los criminales seguían dormidos y atados de manos y pies mientras Sergio Alcántara hacía su trabajo como siempre. Más tarde llamaría al cuerpo de policía para que se ocupasen de aquellos malhechores, pero solo cuando él hubiese terminado su investigación privada. De otro modo, Fermín y compañía meterían sus narices en asuntos de gran interés para el detective y le impedirían avanzar al ritmo deseado. En el salón no había mucho que ver, salvo una pila de papeles firmados sobre el transporte y los encargos de mercancía, muy útiles a la hora del juicio como prueba pero no de gran interés para el inspector en esos momentos. Otra de las habitaciones tenía un par de literas y ropa pero nada importante. Y el baño y la cocina aportaban pruebas sobre posesión de drogas pero tampoco lo que Sergio buscaba. Necesitaba la siguiente pista para seguir avanzando en ese laberinto de misterio en el que se había adentrado, y sabía que la encontraría al otro lado

de la única puerta que le quedaba por visitar, una puerta de madera negra al fondo del piso, cerrada con llave.

Ningún problema. Sergio no tardó más de un intento en echar la puerta abajo. La habitación estaba oscura, lo bastante como para no alcanzar a ver nada a simple vista. Palpó la pared hasta dar con un interruptor excesivamente ruidoso y se hizo la luz, una luz tenue, siniestra y rojiza, pero luz. La visión paralizó por completo al inspector por unos segundos. Las paredes de aquella apartada sala estaban infestadas de fotografías de personas cuidadosamente clasificadas, y la mayoría de ellas tachadas en cruz con algo que bien podría ser sangre. Sergio se acercó a una de ellas y afinó su olfato. No había duda, estaba seca pero era sangre. Aquello comenzaba a volverse cada vez más intrigante, casi fantasioso. ¿Qué clase de loco tendría una sala como esa? Sergio recorrió la habitación al completo con su mirada, observando todas esas caras de personas, personas que habían pasado ya a mejor vida, o a lo que fuese que había después de la muerte. Algo logró aterrar el alma del detective. Las fotografías estaban agrupadas por apellidos, por familias.

A su memoria vino como un relámpago lo que el hombre del bar le había explicado tras su encontronazo en el callejón. Pues claro, no mataba solo a sus presas, sino también a todos sus familiares, niños, ancianos, mascotas... Todos. Aquello era espantoso. Sergio tragó saliva. Debía mantener la calma, ahora más que nunca. Tras abrir el único cajón de la mesa que ocupaba una parte de aquella siniestra cámara, dio con una pequeña agenda negra llena de nombres, casi todos ellos tachados. Eran implacables. Había algo escrito en la última página.

—Dedicado a todos los que cometieron algún fallo durante su estancia en los antiguos Cuervos Grises. Si pretendemos resurgir con mayor fuerza, no puedo permitir que los culpables de nuestra caída y su estirpe continúen en este mundo. —Leyó Sergio en voz baja, antes de llegar a una frase que estaba escrita entre comillas—. No es nada personal, solo son negocios. —Culminó Sergio dejando ese cuaderno de la muerte sobre la mesa otra vez y llevándose una mano a la cabeza, casi mareado.

Aquello era grave de verdad, muchísima gente inocente había muerto a manos de ese monstruo sin que nadie lo supiese, y muchos otros correrían la

misma suerte si no actuaba rápido. No dudó entonces en llamar a la policía. Aquel asunto se había vuelto demasiado grande para un único inspector independiente. Al principio no le creyeron, como de costumbre solía pasarle por las raras historias con las que su trabajo le llevaba a toparse. Pero tras soltar unos gritos, logró que un cuerpo de policía se dirigiese a la escena en cuestión. Probablemente era lo mejor que podía hacer, pero necesitaba algo más para poder seguir investigando al margen de la policía. Si no, seguramente terminaría salvando algunas vidas pero sin resolver el misterio padre de raíz, y eso no podía consentirlo. Comenzó a buscar por las paredes, a la caza de una foto que no estuviese ya tachada con sangre, a la caza de un condenado que todavía siguiera con vida. Maldita sea, todos estaban muertos.

De pronto, una fotografía llamó su atención de forma prácticamente exagerada. ¿Cómo no la había visto antes? Envuelta entre ese sinfín de rostros sin nombre, la imagen mucho más grande que las demás y sin estar tachada de una joven de precioso rostro sobresalía entre todas las demás. La hermosura de aquella muchacha incluso ensimismó al veterano detective por un momento. Con un miedo prácticamente irracional, acercó sus dedos a la imagen en cuestión y se dispuso a arrancarla de la pared. Cuando sus dedos rozaron el papel, una sensación de muerte y tristeza profundas recorrieron todo su cuerpo. Sergio se apartó de forma instintiva. ¿Qué había sido eso? ¿Por qué la sensación que había sentido al tocar el destrozado cadáver en el departamento forense le había vuelto ahora que se encontraba cara a cara con el fotograma de esa joven? Era como si algo poderoso y sobrenatural no quisiera que se acercase a ese caso, ni a ella, algo protector a la vez que oscuro... ¿Pero cómo? El sonido de la policía al llegar al piso logró despertarlo de su trance mortuorio. Sin saber por qué, tal vez guiado por su olfato de detective, Sergio tomó rápidamente aquella foto y comprobó el dorso.

—Julia Medina, hermana menor de Roberto Medina. —Leyó Sergio aquellos nombres junto a los cuales había una dirección subrayada y la fecha en la que habían logrado localizar a la joven, apenas unas semanas atrás.

Tomó rápidamente también la fotografía que portaba el nombre de Roberto Medina y se las guardó ambas antes de que los policías llegasen a la habitación en cuestión. ¡Estaba secuestrando pruebas y ocultándoselas a la

policía! ¿Por qué había hecho eso? En el fondo lo sabía bien. La investigación no había terminado, y esa joven era el próximo paso, la siguiente pista y también la siguiente víctima. Resolvería ese caso, tenía que hacerlo, quería hacerlo. Averiguaría lo que estaba ocurriendo y desenmascararía al diablo que había tras todo aquello. Después de organizar un poco a los recién llegados, alertados muy posiblemente por algún vecino al escuchar los ruidos de pelea en el ático e incluso de un disparo, al inspector le faltó tiempo para abandonar el piso y salir en busca del siguiente nivel. Sacó del interior de su gabardina la fotografía y miró el dorso otra vez en ambos casos. Resultaba curioso. Roberto había sido asesinado hacía ya unos años, pero a Julia apenas hacía unas semanas que la habían encontrado y todavía seguía con vida, lo cual era importante para seguir con el caso. Era evidente que los Cuervos Grises y sobretodo su cabecilla se tomaban muchas molestias por terminar el trabajo empezado, pero eso a Sergio no debía importarle. Todavía tenía tiempo para sentenciar el caso ese mismo día. Estaba en racha. Sus pasos lo llevaron directamente a la dirección subrayada en la fotografía de Julia Medina. Ya estaba anocheciendo, pero aquello era importante para todos.

Capítulo XXXIII

En el interior del piso, cuidadosamente adornado para esas festividades, Julia se encontraba en la cocina preparando un caldo casero que olía deliciosamente al tiempo que tarareaba villancicos típicos de esas fechas con infantil ilusión. Toda la casa se veía hermosa: un gran calcetín colgado del pomo de la puerta, un árbol bien adornado junto a la ventana, un Pesebre sobre la mesa, gran variedad de turrónes y dulces... Todo se veía precioso en ese piso, todo menos una cosa. Baal se había despertado con muy mala cara ese día y su estado de salud no era tampoco el mejor posible. Su temperatura había subido de forma drástica, más teniendo en cuenta que su piel solía estar siempre fría como el hielo. Pero hoy sudaba a raudales. Su atractivo pálido se había tornado en enfermizo amarillo. Se le veía cansado, debilitado por algo y con un dolor de cabeza y unas jaquecas difíciles de soportar. Era extraño verle así. Todo ello le había impedido moverse del sofá en todo el día. Allí tumbado, tapado con una manta gruesa y una toalla húmeda sobre la frente, las horas del día de Navidad habían pasado ante sus ojos como una lenta tortura.

Sabía de sobras por qué se sentía así. Era la celebración del nacimiento de Jesús, y aquello le había afectado de forma singular como antiguo príncipe de las tinieblas que había sido. Sin embargo, ver a Julia ilusionada y feliz con ello compensaba. Solo serían unas pocas horas más y después ya se encontraría bien otra vez. Podía aguantarlo, llevaba toda su existencia aguantándolo. Una sensación desagradable revolvió sus tripas y subió por su garganta. Rápidamente, Baal tomó el cubo de fregar que Julia le había dejado

al lado y vomitó en su interior de forma exagerada, provocando un sonido de lo más desagradable. No era la primera vez que vomitaba en lo que llevaba de día, pero como en todas las anteriores sí esperaba que fuese la última. Alertada por eso, Julia llegó corriendo al salón.

—¡Baal! ¿Cómo estás? —Preguntó acercándose a él y tomando asiento a su lado.

—Tranquila, no ha sido nada. —Le restó importancia aparentando una fortaleza de la que ahora mismo carecía.

—¿Seguro que no quieres ir al hospital? —Preguntó ella mirándolo a los ojos, con el irremediable pensamiento de que, incluso así de enfermo, Baal se veía atractivo.

—Seguro. Ya te he dicho que se me pasará en seguida. —Insistió con bastante convicción.

—¿Y si llamamos al médico y que venga él aquí? —Propuso Julia al tiempo que le acariciaba la cara con gesto delicado.

—No quiero que te tomes tantas molestias por mí. Todo lo que necesito es probar un buen tazón de tu caldo y seguro que ya me siento mejor. —La elogió Baal logrando arrancarle una sonrisa a la joven.

—Enseguida estará. —Dijo ella poniéndose nuevamente en pie cuando, de pronto, pareció recordad algo en lo que en realidad llevaba todo el día pesando—. Por cierto, Baal, hace unos años siempre por Navidad le daba un regalo a mi hermano, para celebrarlo. —Comenzó a explicar.

—Sí, tengo entendido que esa es la tradición. —Aportó Baal viendo por dónde iban las cosas.

—Este año te he comprado un regalo a ti. —Se atrevió a decir lo que era ya obvio.

—Muchas gracias, Julia. —Sonrió él tratando de poner la mejor cara posible a pesar de su lamentable estado de enfermo—. Veo que te gusta mucho hacer regalos. —Observó con más gusto que disgusto.

—Toma. —Dijo ella sacando debajo del sofá un paquete cuidadosamente envuelto con motivos navideños y un bonito lazo.

Baal le dedicó una sonrisa y lo abrió con calma. El regalo resultó ser una preciosa caja de música de madera blanca bien tallada y decorada, de forma rectangular y con una manivela metálica en el lado derecho. Resultaba un

objeto bonito.

—Siento no haberte comprado nada. No tengo por costumbre celebrar estas fiestas y tampoco dar ni recibir regalos. —Se sinceró con mirada algo triste.

—Pues te los mereces. —Sonrió ella obnubilada por la incandescente belleza de Baal.

—No lo sé... —Lamentó él acariciándose de pronto la espalda y buscando aquellas alas que una vez le regalaron y que ahora se hallaban consumidas por su propia existencia.

—¡No pongas esa cara y escucha la música! —Gritó de pronto Julia haciendo sonar la caja con la melodía guardada de la Marcha Radetzky, aquella hermosa sinfonía que comenzó a unirlos el uno al otro al poco de conocerse—. Así la podremos escuchar siempre y recordar el día en que comenzamos a vivir juntos. —Auguró un futuro incierto aunque precioso para ella.

—Es un bonito detalle. —Sonrió Baal—. Pero no tendrías que hacerme tantos regalos. El mejor de todos es tenerte aquí, a mi lado. —Logró acceder a la parte más dulce de su ser, esa que había permanecido oculta entre sus propias sombras desde que abandonó la luz, esa que lograba sacar a relucir la sonrisas más bonitas de Julia.

El sonido del timbre de la puerta interrumpió de pronto la melodía y los alertó a ambos, puesto que nunca solían tener visitas y menos aún a esas horas de la noche.

—¿Quién podrá ser? —Se preguntó Julia intrigada, casi asustada.

—No hace falta que abras. —Dijo él.

Pero para molestia suya, el timbre volvió a sonar con insistencia.

—Voy a mirar quién es. —Julia se dirigió hacia la puerta, haciendo caso omiso al consejo y preocupación de Baal.

Tras echar un vistazo por la mirilla de la puerta de forma silenciosa y ver a un hombre de aspecto mayor y sereno, se atrevió a preguntar.

—¿Quién es? —Logró decir disimulando el ahogo interior que ahora mismo sentía.

—Sergio Alcántara, inspector independiente. —Se presentó con voz firme—. Ábrame la puerta, por favor. —Pidió—. Necesito hablar con Julia

Medina sobre algo muy importante.

Julia tragó saliva. Realmente no le hacía ninguna gracia abrir la puerta a ese desconocido. Pero, en cualquier caso, Baal estaba justo allí, en la habitación de al lado. No le pasaría nada malo, él no lo permitiría nunca. De modo que, aferrándose a ese sentimiento, la muchacha abrió la puerta y ante ella se presentó un hombre que desde luego tenía aspecto de detective. Algunas heridas y morados en su maduro rostro hicieron desconfiar a Julia, pero logró evitar que ese sentimiento llegase a ser percibido por su visitante.

—Buenas noches. —Remarcó esas palabras para que el hombre supiese que esas no eran horas de ir a la casa de nadie—. Yo soy Julia Medina, ¿qué quiere? —Preguntó sin apartarse en ningún momento de su posición, logrando que el inspector comprendiera que no estaba invitado a entrar.

—Mi nombre es Sergio Alcántara, y soy detective. —Volvió a presentarse.

—Eso ya lo ha dicho. —Observó Julia—. ¿Qué quiere? —Preguntó con tono cortante, logrando que el inspector también se pusiese alerta, al menos tanto como lo estaba ella.

—Iré al grano. —Quiso mostrar algo de autoridad—. Su hermano fue asesinado, ¿cierto? —Preguntó sin necesitar más respuesta que la mirada de Julia—. Verá, me encuentro inmerso en un caso peligroso y si lo resuelvo creo que podría desvelar el misterio de la muerte de su hermano, Roberto Medina. Y además salvarla a usted. —Espetó de pronto sin pelos en la lengua, causando un impacto tremendo en la ahora inmóvil y enmudecida Julia.

El silencio se prolongó demasiado, hasta el punto de no ser ya incómodo sino asfixiante. Aquel hecho repentino había cambiado absolutamente todo en el interior de Julia. La muerte de su querido hermano ya varios años atrás había regido su triste existencia hasta hacía bien poco. La tristeza profunda como el abismo la había acosado todas y cada una de esas noches, maldiciendo su mala suerte y su soledad, pensando en por qué tuvo que ocurrir semejante tragedia, por qué a ella, si había habido algún modo de evitarlo... Tras largos años de lenta tortura y descomposición de su alma, tras tanto dolor y sufrimiento, había logrado encontrar el gozo en su vida nuevamente gracias a Baal. Y justo ahora que estaban mejor que nunca, ahora

que se sentían tan unidos el uno al otro y habían admitido que entre ellos existía un cariño y una confianza difíciles de describir, justo ahora aparecía ese desconocido y le soltaba aquello. ¿Y si era cierto que ese sujeto sabía algo de la muerte de Roberto? ¿Algo que nunca nadie le había desvelado antes? Y si era cierto que él lo sabía, ¿quería ella que se lo contase? ¿Quién había detrás de todo esto? ¿Estaba su propia vida en peligro? ¿Qué diablos estaba ocurriendo? El miedo a que sus fantasmas del pasado regresasen para torturarla de nuevo se apoderó de ella por completo.

—Señorita Medina, entiendo que esto ha de ser duro para usted por fuerza. —Trató de aparentar ser comprensivo el hombre cuando en realidad lo único que quería era avanzar en sus investigaciones lo más deprisa posible—. Pero tiene que saber que su vida también corre peligro ahora mismo, y corre el riesgo de acabar igual que su hermano. ¿La han estado siguiendo recientemente? —La reacción de Julia volvió a ser la mejor respuesta.

Aquellas palabras se clavaban en ella como cuchillos. No podía dejar de temblar, no podía alzar la mirada, a penas podía mantenerse en pie y seguir respirando... Sus pensamientos no tenían ningún sentido, y su corazón parecía estar a punto de estallar, lo cual habría sido un gran alivio. Pero mayor fue el alivio que recibió de pronto de la única persona capaz de comprenderla y de ayudarla. Una mano esta vez caliente y manchada de sudor se apoyó en su hombro y la acarició de pronto, transmitiéndole una fuerza y una calma sanadoras. En cambio, el inspector sintió justo entonces un ahogo al que ya casi comenzaba a acostumbrarse, a pesar de que no le gustase lo más mínimo. ¿Por qué sentía eso otra vez? ¿Acaso estaba jugando al escondite con la muerte? Julia pudo ver en los ahora temblorosos ojos del inspector el reflejo de Baal, y eso la alivió enormemente.

Un suspiro largo pareció devolverle la vida en ese momento. Sin soltar a Julia ya en ningún momento, alzó la mirada y logró que el inspector retrocediese un paso instintivamente, como temiendo por su vida. Baal supo al instante que se trataba de un hombre fuerte y de férreas convicciones. Pero él era más fuerte y sus convicciones más férreas también. Había oído la conversación entre ambos desde el salón e, incluso sabiendo que lo que ese inspector decía era del todo cierto, a Julia no le convenía lo más mínimo volver a ese tema ahora que estaba logrando pasar página y seguir con su

vida. La presencia del detective allí era molesta, de modo que lo echaría fuera lo antes posible e intentarían olvidar todo aquello.

—Creo que estas no son horas de venir a molestar a la casa de nadie. — Fue tajante Baal.

—Disculpe, no sabe cuanto lo siento. —Se disculpó sin sinceridad alguna Sergio, logrando aguantar aquella poderosa mirada—. Mi nombre es Sergio Alcántara. —Se presentó una vez más al tiempo que le ofrecía su mano a Baal, tentando a la suerte de correr la misma poca fortuna que cuando tocó el cráneo fundido en el departamento forense pero guiado por un presentimiento difícilmente equívoco—. No era mi intención molestar. —Añadió.

—Pero aún así lo has hecho. —Replicó Baal sin devolverle el saludo ni el trato formal que el inspector le estaba ofreciendo—. Márchate. —Dio un paso adelante.

—Solo quería hacerle unas preguntas a la señorita Julia Medina. — Desvió entonces su mirada hacia la joven otra vez.

—Ella no quiere responderte. —Sentenció autoritario, interponiéndose entre el visitante y la joven muchacha.

El silencio reinó en aquel rellano durante un tiempo difícil de determinar. Aquellos tres extraños personajes tenían en común más de lo que pensaban, y tras muchos sucesos sus caminos habían terminado entrelazándose de forma inevitable. La pregunta era, ¿qué pasaría ahora? Julia se moría de ganas por hablar con ese misterioso detective y averiguar todo lo posible acerca de la muerte de Roberto, pero el miedo a la verdad y el saber que Baal no quería seguir por ese camino la enmudecían. Sergio Alcántara se sentía satisfecho con sus avances a lo largo del día en la investigación y ya comenzaba a ver el final del profundo túnel que era ese caso, pero una terrible sombra seguía creciendo en su interior con pasos poderosos, una sombra que ahora había cobrado forma y esa forma era un poderoso hombre pálido con ojos de fuego que sin duda tenía que ver con todo aquello. Y Baal, sabiendo más que nadie qué estaba ocurriendo allí, tenía la única prioridad de mantener a Julia a salvo de cualquier cosa que pudiera perturbarla o causarle daño alguno, guiado por un sentimiento tan prohibido como incontenible. Todo estaba relacionado, ahora los tres se daban cuenta.

—No se preocupen, ya me iba. —Rompió el silencio Sergio al tiempo

que se daba media vuelta—. Ya tengo todo lo que necesitaba. Que pasen una buena noche. —Sus pasos se perdieron en la profundidad de las escaleras del edificio, dejando a Julia y al enfermo Baal enmudecidos por un rato en su propia puerta.

El inspector Sergio Alcántara regresó al fin a su piso tras un día tan intenso como fructífero que sin duda le había aportado pistas relevantes sobre el caso que le competía y le había ofrecido nuevos hilos de los que tirar a partir de ahora. Le verdad era que estaba agotado, tanto física como mentalmente. La pelea en aquel piso de mala muerte le estaba pasando factura y, aún así, no era nada comparado con la confrontación que suponía aguantarle la mirada a ese hombre pálido y siniestro de extraño aura. Todo aquello hacía que uno se replanteara las cosas, ¿pero quién le creería? Ahora mismo prefería no pensar en todo aquello. El detective se detuvo frente a la puerta de su casa y suspiró, sin llegar a atreverse a entrar todavía. Era inevitable, no podía dejar de pensar en lo mismo una y otra vez. Esos ojos...

—¡Buenas noches, jefe! —El saludo del joven Miguel a su espalda sacó al hombre de su trance temporal—. Veo que usted también llega tarde. —Observó entre risas.

Sergio comprobó entonces su reloj de pulsera y se percató de que realmente sí era tarde. Miró a su socio, alegre y jovial, y sonrió al menos un poco. Miguel parecía haber tenido el día de asueto que deseaba y que sin duda merecía, y a él tampoco le había ido nada mal. Sergio abrió la puerta y ambos entraron en el piso con aire bastante despreocupado.

—¿Y esos golpes? —Preguntó Miguel observando con esfuerzo y detenimiento los morados en el rostro de su jefe.

—Ya te contaré... —Rio Sergio—. Pero primero haz el favor de pegarte una ducha. —Lo regañó con tono casi paternal.

Aunque intentaba no pensar más en ello, lo cierto era que aquel misterioso inspector seguía todavía dando vueltas en la cabeza de Julia, como ella seguía sin saberlo en la mente del detective. Sin embargo, estar acurrucada en el sofá junto a su querido Baal, tapados ambos por la misma manta, tomando un bol de su sopa casera bien caliente y viendo una película típica de esas fechas, lograba mantener a la joven animada.

—Así, ¿cómo dices que se llama esta película? —Preguntó Baal quien, en

realidad, ya conocía la respuesta.

—¡Qué bello es vivir! —Respondió ella logrando darse cuenta de que sí era feliz.

Capítulo XXXIV

Aquella mañana, una de las últimas del año, Julia se despertó por su propio pie, sin necesidad alguna de que el despertador cumpliera con su función. La joven muchacha se encontraba todavía en la cama, sentada con las piernas cruzadas como un indio y apoyada contra su almohada con un gran montón de folios y revistas entre sus manos que por alguna razón no podía dejar de observar con recelo. Un suspiro de lamento emanó sin querer de su boca. ¿Por qué no estaba dando saltos de alegría como cada mañana? Sobre la silla de su habitación descansaban todavía el corsé y la falda que se había puesto la noche anterior para salir de fiesta con Baal en otra de sus hermosas veladas juntos, y de aquí un rato se dirigiría a su puesto de trabajo en el que tan a gusto se sentía. La vida le estaba sonriendo, ella tenía que corresponderle y sonreír también. El ruido de alguien, obviamente Baal, llamando a su puerta, la despertó de ese pequeño trance. A una velocidad destacada, la joven escondió todos aquellos folios de papel y revistas varias bajo su cama y se arregló un poco los cabellos para estar bien guapa a ojos de Baal solo empezar el día.

—Adelante. —Dijo ella.

—Buenos días, Julia. —Saludó él entrando en la habitación y dedicándole una sonrisa a la joven.

Justo después de saludar a su hermosa compañera de piso, Baal no tardó en enfocar su mirada a la mesilla de noche de la joven. Al lado de la fotografía en la que aparecía ella junto a su difunto hermano Roberto, Julia había colocado una nueva en la que se la veía a ella muy sonriente y cogida

del brazo de Baal, quien miraba a cámara con expresión curiosa. Recordaba sin problemas el día en que ambos habían ido a patinar sobre hielo por el centro y se habían tomado esa bonita fotografía. Pensándolo bien, no eran pocos los planes que juntos habían compartido en no demasiado tiempo. En muy poco, Baal se había convertido en parte fundamental en la vida de Julia, y era sin duda el motivo por el que había vuelto a sonreír después de tantos años de tristeza. Aquella idea podía intimidar de alguna forma, sin embargo era bonito al fin y al cabo. Baal sonrió inconscientemente. Pero entonces, tras buscar también una sonrisa en el rostro de Julia, no tardó en percatarse de que algo no iba del todo bien en ella. Baal se acercó con gesto preocupado y se sentó sobre su cama. Nunca antes se había acercado tanto a ella estando aún en la cama, o al menos no estando ella despierta, pues la primera vez que salieron juntos a beber fue el propio Baal quien la dejó durmiendo allí. Pero ahora estaban los dos despiertos, sentados sobre esas sábanas y mirándose a los ojos. Julia no pudo disimular estar perfectamente, de modo que optó por inclinar su rostro en otra dirección. Sin embargo, Baal le tomó la barbilla con delicadeza y la miró a los ojos.

—¿Te ocurre algo? —Preguntó con sincera preocupación.

—No es nada. —Trató de sonreír ella.

—¿Seguro? —Insistió Baal.

—No es algo importante para ti. —Aseguró la muchacha tratando de restarle importancia a aquel asunto.

—Si es importante para ti, también lo es para mí, ¿entendido? Somos un equipo. —Sonrió logrando que ella lo hiciese también.

—En serio, no es nada importante. —Sentenció poniéndose en pie de un salto y dirigiéndose al baño para arreglarse, tratando de simular alegría y dejando a Baal allí sentado, en silencio y sin respuesta.

—No sé por qué, pero sigo sin creerte. No estarías así si no fuese nada... —Dijo con tono amable Baal al tiempo que, guiado por su instinto sobrenatural, metía una mano por debajo de la cama de la joven y sacaba un sinfín de revistas de moda y dibujos de diversos diseños y conjuntos de ropa, trazados a mano por la propia Julia con bastante talento—. Vaya, estos diseños son muy buenos. —Observó logrando que Julia regresase del baño corriendo, avergonzada por haber sido descubierta de esa forma por Baal—.

¿Esto es lo que no querías que viese? —Preguntó extrañado.

—Por favor, no toques eso. —Le pidió ella.

—Lo siento. —Se disculpó Baal viendo en la expresión de Julia que ella no estaba para bromas en ese momento—. Pero no deberías avergonzarte de esto. —Observó rápidamente—. Están muy bien.

—Gracias. —No pudo evitar sonrojarse la joven tras esas palabras, incluso pensando que Baal solo lo decía por ser amable—. Pero es solo un sueño de niña, no es importante.

—¿Un sueño de niña? Algunos de estos dibujos tienen fechas de lo más recientes. —Observó él leyendo las fechas que Julia había escrito al pie de cada uno de ellos, junto a su artística firma.

—Bueno, puede ser. —Reconoció—. Pero eso no significa nada.

—Así que tu sueño oculto es ser diseñadora de moda. —Cambió de tema Baal, llevando la conversación por donde más le apetecía.

—Así es. Siempre me he considerado una persona bastante artística. Desde muy pequeña me ha gustado mucho todo lo que es expresión visual y creatividad. Puede sonar un tanto superficial, pero para mí es bonito. —Hizo una pausa—. Por eso siempre quise ser diseñadora de moda, o al menos trabajar en algo parecido o relacionado con la imagen y las marcas, publicidad o cualquier cosa de esas. Y no llevar informes y cuentas de una empresa aburrida como en la que estaba. —Se quejó al recordar todos sus años tirados en aquel cubículo.

—Y dime, Julia, ¿alguna vez has tratado de alcanzar ese sueño con todas tus fuerzas? —Se atrevió a preguntar entonces Baal.

—No sé, bueno, yo... —No sabía cómo responder a ello Julia.

—¿Julia? —Repitió él.

—La verdad es que no. Ahora mismo, tú eres el único además de mí que ha visto mis dibujos. Me daba vergüenza enseñarlos y que no gustasen a los demás. —Reconoció la joven con voz triste.

Baal guardó silencio por unos instantes.

—Pues eso no puede ser. —Dijo de pronto—. Eres una artista, deberías darte a conocer. —Propuso.

—¿Pero cómo? Si no lo hice hace unos años, ¿por qué iba a intentarlo ahora? —Preguntó.

—Quizás hace unos años no fuera el momento. —Observó Baal.

—No lo era. —Afirmó Julia—. Necesitaba trabajar y cogí lo primero que encontré. Creí que podría aguantar un trabajo que odiaba y soportar a ese estúpido jefe para siempre. Pero entonces... —Julia no se atrevió a decir que fue el propio Baal quien apareció y cambió su vida para siempre.

—Pero entonces comenzaste a ser tú misma un poco más, ¿no? —Sonrió él atrayendo a la muchacha a donde estaba para poder acariciarle el hombro suavemente.

—Pero no sabría por dónde empezar. —Siguió buscando excusas y pretextos por puro miedo a intentarlo y fracasar.

—¿Y si empezamos por aquí? —Propuso Baal mostrando un cartel publicitario que la propia joven había estado leyendo antes en el cual se anunciaba una gran fiesta de la moda en el prestigioso hotel Princesa Sofía de Barcelona esa misma noche, celebración a la cual acudirían las mejores firmas del momento con motivo del festival de fin de año—. Es por esto que estabas mirando tus viejos dibujos precisamente hoy, ¿me equivoco? —Sonrió pícaro.

—¿Yo? ¿Ir allí? —Preguntó incrédula—. Creo que no sabes cómo funcionan estas cosas, Baal. Yo no soy nadie, no me dejarán entrar allí por las buenas y presentarme ante los mejores. —Argumentó.

—Qué tontería. Tú puedes ser tan buena como ellos o mejor. Y aunque no, tienes que intentarlo. Vamos, será divertido. —Rio.

—No. Esas celebraciones están reservadas para los reyes y las princesas de la moda. La gente de allí tiene mucha clase. ¿Que si me gustaría ser uno de ellos? ¿Que si querría viajar por Italia o París o Nueva York dando a conocer mis diseños? ¿Dedicarme a lo que siempre he deseado? Por supuesto, Baal. —Aclaró—. Pero es imposible, no he nacido para ello. Yo no... —Su autoestima pareció venirse abajo poco a poco.

—No digas esas cosas. —Trató de consolarla Baal—. Si no lo intentas, siempre te preguntarás cómo habría podido ser. —Argumentó—. Confía más en ti y en tus posibilidades. Y nunca jamás subestimes un sueño.

—No acabo de verlo claro... —Reconoció Julia quien, en el fondo, no podía comenzar a emocionarse con la idea de asistir allí acompañada por Baal.

—Bueno, el festival es esta noche. Tengo todo el día para convencerte. —
Dijo casi en tono de burla o reto.

—No sé, no sé... —Miró hacia otro lado Julia al tiempo que comenzaba a prepararse para ir a trabajar.

Todo lo que fuese conocer más en profundidad a Julia le agradaba. Tras esa interesante y reveladora conversación, los dos compañeros de piso desayunaron juntos como hacían siempre y terminaron de prepararse para salir a la calle. Baal se llevó al cuello su colorida bufanda con una sonrisa por parte de ambos y se dirigieron dando un paseo hasta el puesto de trabajo de la joven. Baal la dejó allí con un suave beso en la frente y se marchó. Esa mañana la pasó entera tumbado en un banco de la calle, meditando, pensando en cómo dar con la forma de convencer a Julia de ir a ese dichoso festival que en realidad significaba tanto para ella. No quería dejar que perdiese esa oportunidad solo por culpa del miedo. ¿A dónde habría llegado él si se hubiese dejado dominar por el miedo? Envuelto en esos pensamientos y sorprendido al comprobar que ya no perseguía sus propios deseos sino los de Julia, se le hizo ya la hora de comer. Sin embargo, a Baal se le pasó aquello por alto. Grande fue su sorpresa cuando abrió los ojos nuevamente y vio sobre él al risueño rostro de Julia. Al momento se dio cuenta de que se había quedado dormido en aquel banco mientras ideaba un plan y que por culpa de aquello no había podido ir a buscarla a la hora de siempre.

—Qué guapo y tranquilo estás cuando duermes. —Sonrió ella—. Creo que nunca antes te había visto así. —Hizo memoria entonces.

—Siento no haberte ido a buscar. —Se disculpó quizás sinceramente.

—No te preocupes. —Lo alivió ella tomando asiento a su lado y sacando comida para los dos—. Sabía que te encontraría aquí. —Dijo mirando ese paisaje urbano en el que casi siempre quedaban para comer juntos, al tiempo que le alcanzaba a Baal sus patatas fritas y su refresco con gas.

—Gracias. —Sonrió él todavía sorprendido de haberse quedado dormido presa del cansancio y la calma de la que por lo visto los seres humanos podían gozar de vez en cuando.

Durante toda la comida, ninguno de los dos mencionó nada acerca de la conversación que habían mantenido esa misma mañana. Si no habían podido decidir nada concreto todavía, no tenía sentido volver a sacar el tema de

momento. Una vez terminó el descanso, Julia regresó para su turno de tarde, recortado y del que saldría antes ahora que estaban en fechas de vacaciones. Sin embargo, hubo algo que la sorprendió.

—Julia. —Dijo de pronto Baal antes de dejarla en el restaurante—. Hoy tengo una cosa que hacer, así que no podré venir a buscarte al salir. Nos vemos cuando vuelvas en tu piso, ¿va bien?

—Claro. —Respondió ella extrañada de que Baal tuviese algo que hacer que incluso le impidiese venir a buscarla, pero sin querer preguntar tampoco qué era.

—Perfecto. Luego nos vemos, suerte con el trabajo. —Se despidió él con una cara que reflejaba concentración y a la vez cierta satisfacción, como la de quien acaba de tener la mejor de las ideas.

Capítulo XXXV

Una vez Julia hubo terminado su segundo turno, regresó al apartamento invadida por una enorme curiosidad. ¿Qué podría estar planeando Baal? ¿Tendría algo que ver con la conversación que habían mantenido esa misma mañana? Con unas ganas enormes por obtener respuestas para todas aquellas preguntas, la joven subió dando saltitos hasta su piso y se dispuso a abrir la puerta. Ya dentro, un aroma reconfortante guio sus pasos hasta su habitación y, de allí, al cuarto de baño. La joven entró y no pudo evitar llevarse las manos a la boca con lo que vio. Alguien, Baal, le había preparado un relajante baño de agua caliente y espuma con un montón de velas aromáticas alrededor y sales de baño bien combinadas que, en conjunto, le proporcionaban un aspecto idílico a una habitación que nunca antes había destacado por ser algo más que un simple e incluso humilde cuarto de baño, pero que ahora parecía casi el mejor de los balnearios. De pronto, unas manos fuertes a la vez que suaves le acariciaron y masajearon los hombros por detrás a la joven, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo de arriba a abajo, poniéndole incluso la piel de gallina.

—¿Qué es todo esto? —Preguntó completamente alucinada.

—Dijiste que no te sentías lo bastante princesa como para asistir al festival de esta noche, ¿no? Pues yo voy a demostrarte todo lo contrario. — Le susurró Baal al oído.

—No puedo crérmelo. —Reconoció sin salir de su asombro.

—Pues es verdad. Así que relájate, tómate un buen baño y luego te pondrás esto e iremos juntos a la gran gala. —Dijo girando a la muchacha y

ofreciéndole una percha de la cual colgaba un precioso vestido de fiesta, largo como ninguno, de intensa seda roja, sin hombros y con un bonito y ancho cinturón de brillante negro con un gran lazo blanco encima, el cual proporcionaba un interesante contraste de colores.

Julia no podía terminar de creer que todo aquello fuera verdad y no un precioso sueño. Era el vestido más bonito que había visto nunca, y Baal acababa de regalárselo. Solo imaginarse a sí misma con aquella preciosa prenda de ropa le dibujaba una inmensa sonrisa en el rostro. Pero aquello no era lo más increíble del asunto. No. Lo más sorprendente era que el vestido que Baal le acababa de regalar era exactamente idéntico a uno de los diseños que Julia había trazado tiempo atrás y el suyo predilecto. ¿De dónde lo había sacado? Disimuladamente, la joven se esforzó en buscar una etiqueta, un precio, una firma o marca, cualquier indicio o prueba que resolviera el misterio. Pero no encontró nada. ¿Acaso Baal había llevado su diseño a la realidad como por arte de magia? Así era. A Baal le había bastado con desearlo para hacer aparecer ese precioso vestido largo. Pero Julia eso no lo sabía, y tampoco tenía por qué saberlo. Sin dar explicaciones, Baal contempló el vestido y a Julia y sonrió.

—Tienes muy buen gusto. —La felicitó antes de nada por su excelente diseño—. Seguro que estarás preciosa con él.

—Gracias, Baal. —Se limitó a decir ella casi con lágrimas en los ojos, al tiempo que abraza a su compañero de apartamento con fuerza y cariño.

—No te preocupes. —Le restó importancia él—. Ahora prepárate, esa fiesta no puede empezar sin que tú estés en ella. —Le dedicó una hermosa sonrisa al tiempo que le acariciaba una mejilla, logrando que el tono de piel de Julia no fuese muy distinto al de su nuevo vestido.

La joven tomó ese baño que Baal tan cuidadosamente le había preparado y se sintió como nueva. Nunca antes había notado nada tan agradable y reconfortante. Tras aquello, salió de la bañera y se puso el albornoz. Una vez estuvo más seca y cara a cara con el espejo, comenzó a maquillarse. Mientras se paseaba la barra de labios por los mismos, la joven e ilusionada Julia no podía pensar en otra cosa que en estamparle un beso a Baal con esos carnosos y sensuales labios que ahora lucía. Se pintó también los ojos a juego todo con su vestido y se miró nuevamente a ese espejo en el que solo se miraba por las

mañanas antes de ir a trabajar. Nunca antes se había visto a sí misma tan y tan hermosa. Ahora solo quedaba una duda. ¿Qué haría con su cabello? La joven se lo acarició con cuidado mientras pensaba en ello. El sonido de Baal llamando a la puerta y preguntándole si todo iba bien la hizo volver en sí. La muchacha dudó por un segundo. Al poco, invitó a Baal a pasar.

—Adelante. —Dijo ella.

Baal abrió la puerta con discreción, poco a poco, y una vez dentro quedó algo ensimismado ante la bella Julia con los cabellos aún algo húmedos y el albornoz cubriéndole el cuerpo. Ella le sonrió.

—¿Todo bien? —Preguntó Baal viendo que así era.

—Sí, estaba pensando qué hacerme en el pelo. —Dijo ella volviéndose nuevamente hacia el espejo.

—¿Qué le pasa a tu cabello? —Preguntó Baal desconcertado.

—Que no sé cómo llevarlo hoy. —Repuso ella.

—Llévalo suelto, como siempre. —Se encogió de hombros.

—No. —Dijo Julia como si Baal acabase de decir la mayor de las barbaridades.

—¿Y por qué no? Es como mejor te queda. Tienes un cabello precioso. —Aseguró él acariciándole entonces la melena y provocando un gran sonrojo por parte de la muchacha.

—Gracias. —Sonrió—. Pero esta es una ocasión especial y me gustaría hacerme algo diferente, ¿entiendes? —Argumentó sabiendo que Baal, como hombre, tendría ciertas dificultades para comprender aquello.

—Entiendo. —Afirmó entonces comenzando a acariciar cada vez más los cabellos de la joven y tomando un peine—. Deja que yo te haga algo, a ver si te gusta. —Propuso él.

—De acuerdo. Estoy en tus manos. —Accedió Julia sin voluntad para discutirle nada.

Sorprendentemente, Baal resultó ser un estilista de lo más habilidoso. Por supuesto, no había ninguna tarea humana en la que no fuese bueno. Hacía ir el peine aquí y allá, tomando y dejando clips según le convenía... Mientras se contemplaba en el espejo, Julia no podía evitar sentirse como una auténtica estrella al tener a un hombre tan atractivo y cariñoso peinándola con tanta delicadeza y gracia. Al final, la joven quedó con un peinado semi recogido

que sin duda le favorecía mucho, artístico y elegante. Baal sonrió ante tan buen resultado y salió de allí para que Julia pudiese terminar de vestirse. Una vez se enfundó aquel precioso vestido perfectamente echo a medida para ella, se colocó los zapatos a juego que Baal le había traído, los cuales en realidad quedaban tapados por la longitud del traje, y se echó un par de rociadas de aquel perfume tan dulce que tanto sabía que agradaba a Baal. Cuando se miró al espejo nuevamente, apenas sí se reconoció. Julia era una joven indudablemente hermosa, pero hoy estaba ya radiante, simplemente deslumbrante. Una incontenible sonrisa se dibujó en su rostro. Ya era hora de irse. Pero cuando salió, no vio a Baal por ninguna parte. Anduvo hasta llegar a la entrada y lo único que allí encontró fue un pequeño papel pegado a la puerta. ¿Qué significaba eso?

Capítulo XXXVI

Tras tomar el papelito repentinamente preocupada y leerlo, vio que era una nota de Baal diciéndole que bajase a la calle. Así lo hizo la joven, más y más curiosa a cada paso que daba. Una vez salió del edificio, ante ella encontró a Baal, tremendamente elegante, junto a un coche que desde luego muy pocos podrían permitirse. Julia quedó tan fascinada por la belleza de Baal como él por la de Julia. Baal llevaba ahora un elegante traje de pantalón y americana negros con raya diplomática en blanco. La camisa era de un blanco muy brillante y la corbata roja como el carmín y a juego con el vestido de Julia. Sus zapatos relucían de limpios. Por último, portaba su larga y lisa melena recogida hacia atrás en una coleta atada con un lazo rojo intenso, lo que dejaba más a la vista sus afilados y atractivos rasgos faciales. Todo el traje le iba como un guante. Baal sonrió y Julia hizo lo propio al tiempo que se acercaba a ese impresionante coche deportivo de elegante insignia, carrocería negra muy brillante y elegante diseño interior de solo dos asientos. Sin duda, tanto ellos como su nuevo vehículo contrastaban con el resto del entorno y con la rutina que solía acompañarles. Baal se colocó al lado del asiento del copiloto y le abrió la puerta a Julia con educación y galantería. Ella agradeció el gesto con un leve movimiento de cabeza y tomó asiento. Era muy cómodo. Baal se puso después en la plaza del piloto y encendió el sonoro motor y las luces del auto. Su conducción resultaba impecable, suave, elegante y con un punto temerario de velocidad que a Julia en el fondo le gustaba un poco. No quiso hacer preguntas acerca de nada de todo aquello. Solo quería disfrutar de esa noche tan y tan especial junto a Baal. Nada más.

Ambos llegaron finalmente al prestigioso hotel Princesa Sofía, en plena Diagonal y no muy lejos de la universidad en la que Julia había pasado algunos años. Parecía que ya los estuviesen esperando. Un hombre mayor y con mucha clase los saludó a los dos y tomó el coche para aparcarlo. Julia se cogió al brazo del apuesto Baal y ambos iniciaron la marcha hacia el interior del hotel.

—No puedo creer lo que vamos a hacer. —Reconoció dándose cuenta de que el gran paso era inminente y que hasta ese momento no se lo había llegado a creer de verdad.

—No estés nerviosa. —Le dijo él.

—¿Que no esté nerviosa? —Preguntó ella al borde de la hiperventilación—. Nunca pensé que tendría todo esto, que tendría una noche así... —Reconoció al adentrarse al fin en ese majestuoso *hall* en el que tenía lugar el convite.

—Puedes tener todo lo que desees. —Le susurró al oído—. Ahora, entremos. —La animó a seguir caminando.

Ambos pasaron entonces por el lado del encargado de seguridad de la puerta, un hombre bastante grande que sostenía una carpeta con la lista de los invitados. Julia sintió entonces un miedo terrible a que le vallaran el paso, a que su noche perfecta terminase de pronto dado que realmente nadie la había invitado allí. Sin embargo, un educado saludo por parte de Baal bastó para que el hombre se hiciese a un lado sin más cambios en su expresión que una simple sonrisa. Ya estaba dentro. Julia quedó fascinada por el ambiente en general. Famosos modistas, diseñadoras de mucho prestigio y preciosas modelos llenaban el local. Un importante número de camareros fluía por la sala elegantemente, ofreciendo canapés y copas de cava a todos los presentes. Había altas mesas con comida y bebida para servirse uno mismo, una enorme escultura de hielo que Julia no acertaba a adivinar qué podía representar, muchas plantas y hasta un piano como elemento ornamental. Y por supuesto, un montón de vestidos y diseños que llamaban la atención de forma exagerada.

Los nervios inundaron a Julia, quien no sabía si quería quedarse allí y tratar de mezclarse con esa gente o huir corriendo a su humilde y pequeño piso. Una mirada de Baal bastó para reconfortarla y animarla a quedarse allí.

Lo cierto era que no desentonaban en ese ambiente. Ambos eran personas atractivas y apuestas con elegantes trajes y unas maneras aparentemente adecuadas para el lugar. Al poco, la joven pudo comenzar a pasear aquí y allá sin problemas, siempre de la mano de Baal. Finalmente, una mujer de aspecto mayor y sofisticado se acercó a Julia y la saludó. Aunque estaban en un sitio cubierto, la mujer portaba gafas de sol y, en una mano, un largo cigarrillo que sostenía con elegancia.

—Qué joven tan hermosa tenemos aquí. —Saludó—. ¿Modelo, verdad? ¿Ya tienes firma? —Se interesó la mujer solo con ver a la preciosa Julia.

—En realidad no es modelo, aunque podría bien serlo. —Intervino Baal con gracia—. Es diseñadora. ¿El vestido que lleva? Suyo. —Explicó con una sonrisa cautivadora.

—¿Y tú quién eres? —Preguntó irremediamente atraída por ese apuesto hombre de tez pálida, cabellos negros y elegante traje.

—Su representante. —Se presentó a sí mismo al tiempo que sacaba una elegante tarjeta de aspecto muy profesional en la cual aparecía escrito el nombre y correo electrónico de Julia Medina.

—Lástima. También servirías para modelo. —Reconoció tratando de disimular su fascinación por ambos para no perder la posición privilegiada que le otorgaba su famosa marca y su avanzada edad.

—Agradecemos el cumplido. —Sonrió Baal—. Pero considere llamarnos. Esta muchacha es un diamante en bruto. —Aseguró.

—Tenga por seguro que les llamaré. —Asintió ella tomando dicha tarjeta y guardándola en su lujoso bolso de pieles.

—¿Pero qué tenemos aquí? ¿Intentando hacerte con otra modelo más a tu eterna lista de preciosidades? —Apareció entonces en la conversación un hombre también mayor, de tez artificialmente bronceada y sin duda muy elegante, el cual trataba con gran confianza a la señora que hablaba con Baal y Julia.

—En realidad, y aunque no lo creas, no son modelos. Por lo visto esta joven es diseñadora, y muy buena, por lo que dicen. —Miró entonces de reojo a Baal con complicidad.

—¿En serio? ¿Tan joven? —Preguntó sorprendido el hombre.

—Sí, así es. —Respondió Baal ofreciendo otra tarjeta.

—Fascinante, espere mi llamada señorita... —Miró entonces a la tarjeta —. Julia Medina. Todo un placer. —Se despidió desapareciendo de allí junto a la señora mayor.

—¡Es increíble! —Trató de contener su emoción la muchacha—. Dime, Baal, ¿sabes quiénes eran esos dos? —Preguntó sin salir de su asombro.

—No tengo ni idea. —Reconoció él con una sonrisa.

—Yo tampoco. —Rio Julia—. Pero tienen pinta de muy importantes y han dicho que me llamarán. No puedo creerlo, no puedo creerlo. ¿Seguro que esto no es un sueño? —Preguntó Julia.

—Viéndote tan hermosa y feliz, me cuesta creer que no lo sea. Pero es real, Julia. Así que aprovecha al máximo. —Sonrió.

—¡Y tanto que lo haré! —Exclamó mientras tomaba una copa de cava de la bandeja de uno de los camareros—. Por cierto, ¿y esas tarjetas? —Aquí la curiosidad le pudo demasiado.

—Son de hoy mismo. Así podrán contactar contigo. —Argumentó Baal, a quien le bastaba con desearlo para sacar más y más tarjetas del interior de su manga.

—Piensas en todo, eres un cielo, Baal. —Le besó entonces en la mejilla de forma rápida.

—Lo que tú digas. —Rio él—. Ahora vamos a darte a conocer a toda esta gente.

—¡Sí! —Sonrió Julia entusiasmada.

Toda la velada resultó increíble. Julia estuvo hablando de moda y diseños con unos y otros, dándose a conocer, cayendo bien a todo aquel con quien cruzaba palabra y obteniendo un montón de buenas referencias hasta el punto en que casi toda la sala parecía estar hablando de la hermosa y desconocida joven del vestido rojo. Parecía mentira, pero su sueño había llegado a ella cuando menos lo esperaba. Y todo gracias a Baal. Su supuesto representante permaneció más o menos cerca de ella en todo momento, dejándole espacio para explayarse y hablar de aquello que tanto le gustaba y, por lo visto, de lo que tanto sabía, con todos esos peces gordos del mundo de la moda y las marcas.

Al cabo de las horas, Julia estaba ya exhausta de tanto hablar y comentar diseños, y sin embargo no quería parar. En su interior, tenía miedo de

quedarse callada y encontrarse fuera de todo aquello. ¿Estaba siendo arrogante y superficial? ¿Eran esos requisitos para mantenerse en el mundo de la moda y llegar más lejos? ¿Sería capaz de soportarlo? ¿Lo merecía? A Baal no se le pasó por alto el rostro algo abatido de la joven, de modo que optó por hacer algo que la hiciese sonreír. Sin ningún tipo de miedo ni reparo, caminó hasta el piano ornamental y se sentó en su taburete. Tras hacer crujir sus dedos un par de veces, Baal comenzó a tocar ni corto ni perezoso la famosa Marcha Radetzky, logrando arrancar al instante una sonrisa en el rostro de Julia, quien sabía darle un significado especial a esa pieza. La habilidad de Baal con el piano era excepcional, estaba hecho todo un artista. Las masas de gente no pudieron evitar acercarse a él atraídos por su música. Con sus largos y pálidos dedos, el representante de Julia acariciaba todas y cada una de las teclas de ese gran instrumento con fuerza e ímpetu a la vez que hermosa delicadeza. Una vez terminó la pieza, todo el *hall* estalló en una lluvia de aplausos. Baal se puso en pie y saludó a todos con exageradas reverencias casi cómicas. Acto seguido, tomó unas flores de un caro jarrón y se las entregó a la desconocida princesa de la fiesta. Julia no podía parar de reír. Realmente Baal era increíble.

La celebración terminó y Julia y Baal regresaron a su coche. La muchacha no dejaba de sonreír, de explicar todo lo que le había ocurrido en aquella gala y de agradecerle a Baal el haberla convencido para ir allí. Él le restó importancia y siguió conduciendo dirección al apartamento de Julia.

—¿Vamos a ir ya hacia casa? —Preguntó entonces.

—¿Quieres ir a otro lado? —Repuso con otra pregunta Baal.

—Bueno, la fiesta ha sido genial, pero las porciones de comida eran minúsculas. —Rio la joven haciendo un gesto con sus dedos.

—Sí, la gente rica siempre come platos enanos. —Le continuó la broma a la muchacha—. ¿Vamos a cenar a algún lado? —Propuso.

—Me encantaría. —Respondió ella apoyándose tímidamente sobre su hombro.

Baal recorrió gran parte de la ciudad y aparcó su coche al final de Las Ramblas de Barcelona. Tras ayudar a Julia a bajar del vehículo, ambos se adentraron en un pequeño callejón algo oscuro.

—¿A dónde vamos? —Preguntó Julia.

—Hay un restaurante precioso por aquí. —Explicó Baal—. Desde que lo encontré dando uno de mis paseos que quería llevarte. —Recordó al tiempo que giraban la calle a la derecha y se topaban con la figura de un dragón de cuentos sosteniendo un cartel de madera con unas letras de lo más artísticas estampadas sobre el mismo.

Ambos se adentraron en el interior del restaurante y se encontraron con un lugar de lo más hermoso. Todo el recinto simulaba a un auténtico bosque de hadas, lleno de árboles alumbrados por brillantes farolillos que le conferían al recinto un aspecto sin duda mágico. A uno de los lados del local había un bonito estanque al que visitantes y turistas podían lanzar una moneda al tiempo que pedían su deseo. Sin embargo, Julia no sintió la necesidad de pedir nada. ¿Qué más podía pedir? La muchacha contemplaba todo a su alrededor fascinada por la belleza del lugar al tiempo que Baal sonreía por ver que su idea había gustado a la joven. Ambos pidieron unos buenos montones de comida y estuvieron hablando y riendo sobre todo lo que les había ocurrido esa misma noche, y recordando también todo lo que habían compartido juntos desde que se habían conocido hasta la fecha, mientras compartían aquella abundante y deliciosa comida. Sus manos estuvieron con cada plato un poco más cercanas la una a la otra, hasta que en los postres sus dedos se entrelazaron sobre el mantel. Una vez estuvieron ya sí llenos, pagaron la cuenta con propina incluida y se marcharon de ese hermoso lugar para tomar nuevamente el coche y regresar a casa.

Era muy tarde, pero Julia tenía miedo de irse a dormir. En su corazón, no quería que aquella noche terminase jamás. Sin soltar a Baal del brazo en ningún momento, ambos llegaron hasta la habitación de la joven. ¿Qué iba a ocurrir? Julia sabía bien qué quería que pasase ahora, pero por alguna razón Baal nunca le había dado pie a tal situación, como si quisiese evitar dar ese paso más. ¿Acaso tendría que ser ella la que mostrase la iniciativa? Quería hacerlo, quería a Baal. Y le hacía ilusión pensar que él también la quería a ella. Después de todo, Baal era un hombre atractivo y de recursos. Pero en todo ese tiempo, nunca lo había visto con otra mujer que no fuese ella. Y la trataba siempre tan bien... Todos aquellos pensamientos le rondaban la cabeza a gran velocidad cuando él la dejó al lado de su cama y le acarició un mechón del cabello con delicadeza.

—Lo de hoy ha sido genial. —Sonrió Julia.

—Me alegra que te haya gustado. Yo también me lo he pasado muy bien.

—Reconoció—. Buenas noches, Julia. —Pareció sentenciar la conversación y el día con esas hermosas pero insuficientes palabras.

Como cada noche, Baal le dio un beso a Julia en la mejilla izquierda, luego movió sus labios hacia el otro lado para besarla en la mejilla derecha. Pero cuando se suponía que debía apartar su rostro del de ella, como siempre, no lo hizo. La atracción entre ambos era ya demasiado evidente. Julia no lo dudó ni por un instante.

—Lo siento, Baal. —Dijo de pronto.

Capítulo XXXVII

Julia cerró sus ojitos con suavidad, se puso de puntillas y besó con todo su corazón a Baal en los labios. Ese beso que tanto se había hecho esperar y que tantas veces les habían interrumpido llegó al fin, y fue tal y como Julia siempre lo había imaginado. Mejor incluso. Ahora era real. Ese fue su primer beso de verdad. Nunca antes había besado a ningún otro hombre, y no quería besar a ningún otro que no fuese Baal de ahora en adelante. Pasados unos instantes sin duda maravillosos, la joven apartó un poco la cabeza y acarició primero el rostro y luego el pecho de Baal al tiempo que realizaba un sensual y femenino suspiro. Baal tragó saliva. Él era el príncipe de las tinieblas. Lo habían desterrado y por casualidad había conocido a aquella humana con la que lo pasaba tan bien y se sentía tan a gusto. ¿Pero podía permitir que la cosa fuese a más?

—Perdóname tú, Julia, pero no debemos. —Aseguró sin saber por qué decía eso ahora si todo lo que quería y deseaba era abrazar a Julia con fuerza y hacerla suya y solo suya.

—¿Por qué no? —Preguntó ella entre susurros.

—No te convengo. —Trataba de convencerse más a sí mismo que a ella—. No soy como tú.

—Ya lo sé. —Repuso ella de pronto—. No soy tonta. Lo quiera admitir o no, ya sé que no eres un humano normal y corriente. ¿Cómo podrías haber hecho todo lo que has hecho por mí si fueses solo un hombre? —Preguntó irónica.

—¿Lo sabías? —Repuso del todo incrédulo—. ¿Desde cuándo?

—Creo que desde siempre, desde la noche que me salvaste la vida. Y no me importa. —Aseguró con amor infinito en su mirada—. Eres un ángel, mi ángel de la guarda.

—No soy ningún ángel, soy el diablo. —Respondió negando con la cabeza, con enorme tristeza por miedo a no ser aceptado por la mujer que amaba, pero con más miedo todavía de no ser plenamente sincero con ella y con sus propios sentimientos.

—Entonces eres mi diablo de la guarda. —Sonrió demostrando que nada había lo bastante fuerte como para apartarla de él—. Bésame, Baal.

El descubierto demonio no supo ya cómo rebatir aquella inmensa prueba de amor que Julia tanto se estaba esforzando en presentarle, pero bien sabía Baal que dicho sentimiento podía ser a veces una simple ilusión o pura fantasía, y quizás él también quería demasiado a Julia como para jugar con sus sentimientos o iniciar un camino imposible de seguir. Y aún así, en ese escaso tiempo en la tierra había aprendido a sentir como nunca antes, o quizás como sí había hecho aunque demasiado tiempo atrás. Julia parecía del todo convencida, y él quería corresponderla. Pero aún le faltaba algo por saber.

—¿Por qué yo? —Se atrevió a preguntar entonces el ángel caído.

—¿Por qué tú? —Repitió Julia pensando que la respuesta era obvia pero que encontrar las palabras adecuadas para expresarlo no era tal vez tan sencillo—. No lo sé... Creo que porque, contigo, he podido ser más yo misma que nunca. —Reconoció—. Me haces sentir del todo libre, aceptada y protegida de cualquier cosa. Y si soy sincera conmigo misma sé que esto es lo que quiero con toda mi alma. —Aseguró.

Y entonces Baal lo comprendió todo al fin. El enigma había sido resuelto y había un motivo por el que, durante su periodo juntos, él había sido del todo incapaz de adivinar o siquiera percibir las decisiones y acciones que Julia tomaba y llevaba a cabo en cada momento, así como los seres invisibles que guiaban siempre a los humanos en estas. La razón por la que Baal no había logrado captar la presencia ni de virtudes ni de pecados alrededor de Julia era más que sencilla, y era que en ningún momento había habido ninguno de aquellos seres cerca de ella desde el encuentro de ambos aquella extraña noche. Ni unos ni otros se habían atrevido siquiera a insinuarse a la joven

desde entonces simplemente por el profundo miedo o respeto que sentían dichos espectros hacia quien la acompañaba y comprendía: el demonio en persona. Incluso convertido en hombre, su mera presencia había ahuyentado a los espíritus inferiores de aquella humana a la que se sentía tan y tan ligado, de modo que Julia había tenido durante ese tiempo el privilegio de vivir por sí misma como ningún otro humano había podido hacer desde la aparición del bien y el mal en el mundo. Baal supo entonces que la decisión de Julia de amarle y de querer estar junto a él era una decisión del todo propia y en nada influenciada por fuerzas ajenas a la propia voluntad del alma de Julia: La decisión más libre de un ser humano desde el pecado original.

—¿En serio? —Preguntó él por última vez.

—En serio. —Aseguró ella sin ni un atisbo de duda en su voz ni en su mirada.

Todas las responsabilidades y quebraderos de cabeza que le causaban el ser quien era o había sido se desvanecieron por completo al oír esas palabras y recordar ese beso que Julia acababa de darle. Nada importaba ya. Baal abrazó a Julia por la cintura, envolviéndola con sus fuertes brazos y acercándola a él, y la besó apasionadamente. Ella llevó sus brazos alrededor del cuello de Baal y dejó que él la besara y acariciara todo lo que quisiera y más. Ambos comenzaron a fundirse en ese encendido abrazo y sus lenguas húmedas comenzaron a acariciarse la una a la otra de forma demasiado agradable como para mantener la cabeza clara. Las manos de Baal bajaron entonces y muy despacio de los sedosos cabellos de Julia hasta su cintura nuevamente y su corazón se aceleró todavía más. Le bastó con notar un bulto en el pantalón de Baal acariciándola casi sin querer para que un cosquilleo comenzara a apoderarse de ella y varias partes de su cuerpo comenzasen a sudar ante el aumento de las temperaturas. Parecía evidente lo que tenía que pasar ahora, ¿pero lo deseaban realmente? Se miraron a los ojos como quien se mira al alma para comprobarlo.

—Mi amor... —Suspiró ella del todo ensimismada—. Te quiero. —Dijo al fin esas dos palabras mágicas que llevaba guardando tanto tiempo.

—Te quiero, Julia. —Devolvió Baal con sinceridad irracional queriendo seguir con aquellos besos.

De pronto, y envueltos en esa pasión irrefrenable, Julia apartó

mínimamente de sí a un extrañado Baal y bajó la mirada. La muchacha, con una sonrisa pícara en el rostro, sacó de su bolso de mano su teléfono móvil, ese aparato que parecía estar programada para sonar siempre en el peor momento, y lo contempló con desconfianza, con ganas incluso de lanzarlo bien lejos para asegurarse de que aquella noche no sería interrumpida por nada ni nadie. Un solo pensamiento de Baal bastó para que la ventana se abriese por sí sola a sus espaldas. Sin dudarlo, Julia lanzó el teléfono con todas sus fuerzas, perdiéndose este en el paisaje urbano de Barcelona y quedando probablemente destrozado tras una caída que no llegó a escucharse dado que Baal volvió a cerrar la ventana con la misma velocidad con la que la había abierto, para darse así a ambos la intimidad que merecían. Se miraron a los ojos con una sonrisa de complicidad y continuaron por donde lo habían dejado...

Con un gesto casi brusco aunque no por ello menos sensual, Julia se soltó el cabello de forma salvaje sabiendo que así le gustaba más a Baal y comenzó a acariciarle el rostro sin dejar de besarlo en ningún momento. El aroma de los cabellos de Julia inundó por completo a su amante. Los labios de ambos se rozaban una y otra vez sin descanso y sus lenguas se entrelazaban sin más control que la pasión y lujuria que parecía dominarlos a ambos por completo ahora mismo. La respiración de ambos comenzó a hacerse más sonora y profunda con cada beso y caricia. Julia repasó con su lengua uno por uno todos de los dientes de Baal de forma placentera mientras él no dejaba de acariciar cada rincón de su cuerpo todavía más excitadamente. La boca de Baal comenzó a alejarse entonces de la de Julia hasta llegar a su cuello, lamiéndolo e incluso mordiéndolo de forma casi animal. Julia no podía reprimir el calor que sentía dentro de su pecho solo con los pequeños gemidos que había comenzado a liberar, de modo que comenzó a deshacerse de su hermoso vestido poco a poco, queriendo al fin quedar desnuda a ojos de su amo al tiempo que también le quitaba a este su americana y corbata casi a tirones.

—No puedo más... —Reconoció Julia—. ¡Hazme tuya, Baal!

—Tus deseos son órdenes para mí... —Susurró Baal casi sumiso, logrando hacer sentir a Julia tan bella como poderosa.

Del fino cuello de la joven, Baal bajó su lengua hasta su pecho, el cual se

inflaba con cada respiración y palpitaba con fuerza por su acelerado pulso. Acarició entonces con su lengua uno de los ahora tan duros pezones de la muchacha y al final se atrevió a morder uno pero con mucha delicadeza mientras apretaba ambos senos con sus grandes y fuertes manos. Julia pareció ver el cielo por un instante, irónicamente, y agarró con violencia la cabellera del diablo entre sus dedos. La lengua de Baal continuó bajando de forma atrevida e indiscreta por todo su torso hasta llegar más allá de la cintura, donde el ángel caído le separó las piernas con delicadeza antes de lamer...

Julia no había estado nunca antes con ningún hombre. Su hermano Roberto había sido siempre demasiado protector con ella y, tras su muerte, se había vuelto demasiado solitaria como para establecer ese tipo de lazos con nadie. Pero Baal era especial y, aunque no tenía a nadie con quien compararlo, desde luego también era muy hábil en ese aspecto y el poco pero emocionante tiempo que habían vivido juntos le hacía saber que quería eso con él. La lengua de Baal la sacó de todos aquellos pensamientos y la trajo de vuelta a su suave colchón. Estaba consiguiendo volverla loca por completo, y le encantaba. Las rodillas de Julia, temblando como ramas en un día de viento al ser acariciadas por las suaves manos del ahora arrodillado Baal, cedieron al placer y la joven cayó tumbada sobre su cama mientras Baal seguía devorándola y llevando su lengua hasta el interior más profundo de la muchacha. La necesidad de ser contemplada, acariciada y besada por cada rincón de su cuerpo por Baal la inundó por completo y de forma casi irracional hasta explotar por primera vez con fuerza e intensidad. La ligera humedad que llevaba ya un rato sintiendo dio paso a una liberación total que empapó por completo y a discreción las sábanas, el interior de sus muslos e incluso el rostro de su amado pues, en ese momento, Julia no pudo hacer otra cosa que agarrar con fuerza la cabeza de Baal y apretarla contra ella para llevar así la experiencia al límite. Tras unos instantes en los que cerró los ojos con tanta fuerza que solo pudo ver pequeños destello de placer en la oscuridad, y en el que sus gemidos pasaron a desgarradores y prolongados gritos, todo su cuerpo se relajó y su respiración se tornó casi torpe. Su rostro estaba encendido de un rojo brillante y sudoroso y sus ojos se habían encharcado como dos pequeños lagos, pero el calor palpitante seguía allí y ella quería más...

Con los pies ya descalzos, Julia acarició el rostro de Baal y le guio hasta arriba nuevamente hasta quedar en pie frente a ella. Con mirada traviesa, y con ganas de que fuera ya su turno, Julia desabrochó no con demasiada habilidad aunque sí rápido el elegante cinturón negro de Baal y lo arrancó de sus pantalones. Desabrochó también el botón con ambas manos y se precipitó con impaciencia contra lo que ya crecía de manera firme y notable ante ella. Su olor, su forma, su tamaño... Julia no podía estar más excitada ante el miembro de su amante, y no podía esperar a brindarle el placer que él le había dado antes a ella. Se empapó ambas manos con su propia saliva y comenzó a acariciársela arriba y abajo primero muy despacio y más adelante mucho más fuerte, casi a golpes. Una cadena de besos rápidos a lo largo y ancho de toda su superficie logró sonrojar y calentar aún más a Baal, y fue cuando Julia se la llevó prácticamente entera a la boca cuando el diablo sintió un pico de placer recorriéndole brazos y piernas de forma estremecedora y explotando finalmente en su miembro como un cañón de guerra, mientras sus fluidos golpeaban una y otra vez la garganta de Julia hasta que esta tuvo que detenerse para recobrar el aliento y tragar o liberar la saliva acumulada de ella y la densa eyaculación expulsada por él. Baal apretó los ojos. Su falo venoso latía ahora con fuerza y goteaba a raudales ante una Julia ya nada inocente que se limpiaba la barbilla con el antebrazo lista para continuar. Las miradas de ambos se cruzaron de forma ardiente.

Él se tumbó con cuidado sobre la joven y ambos volvieron a acariciarse y besarse con pasión. El contacto de piel con piel entre ambos era húmedo a la vez que cálido, agradable en cualquier caso. Baal le susurró algo hermoso al oído y acto seguido le mordió la oreja y comenzó a acariciársela con la lengua suavemente. Con el cuerpo tembloroso y la mirada casi borrosa a causa de tanta excitación, Julia soltó por un instante la espalda de Baal, tomó sus sábanas y los cubrió a ambos con las mismas. Sus cuerpos cada vez sudaban más y más, y lejos quedaba el frío invernal que ocupaba el mundo al otro lado de sus ahora empañadas ventanas. Tras acariciarse el uno al otro para asegurarse de que sus cuerpos estaban listos para el siguiente paso, Julia, boca arriba, abrió sus piernas mientras tomaba por la nuca a Baal. A pesar de lo mucho que le estaba haciendo gozar, Baal sabía que para Julia sería su primera vez, de modo que fue cuidadoso y preparó el terreno para asegurarse

de no causarle ningún daño ni sangrado. En cierta manera, también sería la primera vez para él, pues nunca había estado con ninguna mujer ni hombre habitando ese cuerpo. Allí iban...

—Relájate. No te haré daño... —Susurró él mientras la acariciaba y estimulaba con dos dedos.

—Lo sé. —Jadeó ella comenzando a notar cómo el miembro de Baal ya la rozaba primero superficialmente—. Por favor, no me hagas esperar más y métela. —Pidió al borde de la histeria.

Baal entró al fin y la llenó por completo y de forma magnífica. Julia pudo sentirlo penetrando el interior de su cuerpo, capa por capa, y permaneciendo allí quieto por unos instantes deliciosos en los que el mundo entero pareció agitarse. Se alejó unos centímetros y volvió a entrar, y otra vez, y una más... El ritmo comenzó a intensificarse y las caricias pasaron a embestidas. La joven trató de contener sus chillidos mordiendo con violencia el cuello de su amado, pero cedió finalmente al placer y su voz volvió a dispararse en la habitación. Sin querer alejarse ni un instante de él, Julia rodeó la cintura de Baal con sus piernas y clavó sus uñas en los hombros de él. Ambos se aguantaron la mirada al principio, constatando el placer que el otro estaba sintiendo gracias a eso.

—¡Sigue así! ¡Sigue así! —Pedía ella al borde de la locura—. ¡Joder! ¡No pares! ¡Por favor! ¡Dios! ¡No pares! —Logró encender a Baal hasta límites insospechados.

Pasado un rato, Julia cedió a esa frenesí de la que ahora era presa y sus ojos quedaron prácticamente en blanco, clavados en el techo de su cuarto mientras Baal seguía a lo suyo. Viendo que a la joven comenzaban a faltarle una fuerza que parecía estar escapándosele por la boca con cada grito y gemido, Baal la tomó por las muñecas y la sostuvo con fuerza contra el maltrecho y sonoro colchón, mientras la besaba una y otra vez en el cuello y golpeaba sin descanso contra sus ardientes entrañas. Sentirse a la vez tan sometida como deseada era algo único. Un calor propio del mismísimo infierno recorrió todo su cuerpo mientras notaba que algo le bajaba poco a poco, como si tuviese que llegar a una meta tan ansiada como desconocida. Sintiendo sin saber por qué que el final de esa carrera de placer y locura estaba cerca, Julia sacó fuerzas de donde no las había y se libró de la sensual

presa de Baal, arañando nuevamente su espalda con ambas manos de manera brutal mientras él le mordía el cuello justo antes de explotar. Julia chilló de forma continuada y estridente algo difícil de entender, sintiendo por todo su cuerpo una sacudida de placer sin precedentes. Sus uñas se mancharon con la sangre fruto de los arañazos a Baal mientras esta goteaba sobre ambos y sus sábanas, mientras sus ojos borrosos comenzaban a abrirse poco a poco y sus piernas aún en alto empezaban a descender de manera temblorosa...

—Te quiero, Baal. —Repitió la muchacha ahora más calmada y de forma que se la entendiera—. Te quiero, te quiero...

Baal salió de ella y se tumbó recostado a su lado con sonrisa simpática, sin dejar de observarla en ningún momento. Ella buscó su mirada con aire coqueto y se llevó un dedo a la boca.

—Quiero más. —Reconoció.

—¿En serio? —Preguntó Baal con ojos como platos.

—¡Y lo quiero ahora! —Rugió tumbando con fuerza a Baal contra el suelo con sonora violencia, sin preocuparse de la caída, y colocándose encima con aire dominante—. Ahora mando yo. —Aseguró sentándose sobre su compañero nuevamente duro y sintiendo otra vez ese placer que tantísimo había añorado aunque hubiese sido solo por unos segundos.

Estaba dentro otra vez. Julia comenzó a mover sus caderas con tal de tener un manejo completo de su placer y de la situación en general. Aquello le encantaba. Con sus manos en los sudorosos pectorales de Baal y sus muslos a lado y lado de la cintura de este, empezó a cabalgarlo cada vez con mayor fuerza. Un sinfín de fluidos comenzaron a ser expulsados de su interior, empapando a Baal y logrando que cada entrada y salida fuese más fácil y placentera que la anterior. Los dedos de ambos se entrelazaron y Julia pasó a moverse todavía más rápido. Quería volver a sentir aquello desesperadamente. Ya no podía ni razonar, solo deseaba una cosa y esa era llegar a un nuevo clímax junto a Baal. Con ese propósito en su nublada mente, soltó las manos del hombre y las apoyó en la pared detrás de este para tener así mejor apoyo y fuerza en sus movimientos, haciendo retumbar muebles y marcos de la habitación. Sus pechos dejaron de botar arriba y abajo en el momento en que Baal los agarró con fuerza al tiempo que elogiaba sin cesar el cuerpo de esa diosa que tenía ahora mismo encima suyo.

—¡Joder, Julia! ¡Cómo me estás poniendo! —Reconoció él al sentir nuevamente algo recorriendo todo su sistema nervioso—. ¿Sabías hacer todo esto y yo sin enterarme? ¡Más! ¡Quiero más! —Reclamó.

—¡Todo para ti! ¡Toda tuya! —Siguió moviéndose frenéticamente ella.

—Esto es increíble... —Reconoció Baal—. ¿Quién iba a decir que la santa de Julia tenía tantas ganas? —Rio Baal casi bromista.

—¡Calla y sigue, cabrón de mierda! —Espetó Julia agitada por completo con el placer como única meta, llevándose el rostro de Baal a sus pechos en el momento en que él llevaba sus manos a los glúteos de ella y los apretaba con fuerza antes de acabar.

Julia gritó nuevamente al ver el cielo mientras Baal soltaba un rugido mucho más rudo y violento. La respiración de ambos se tornó acelerada como nunca antes y comenzó a sonar como una sola. Julia salió chorreando de encima de Baal y se limpió la frente sudorosa. Tenía el cabello empapado y el cuerpo tembloroso. Se dirigió hacia su cama y, en cuanto le dio la espalda a Baal para descansar un momento, notó cómo este la agarraba por la cintura y la penetraba por detrás sin dificultades a causa de la buena lubricación resultado de tanta excitación. Julia cayó a cuatro patas sobre su lecho y arrugó las sábanas con los dedos hasta rasgarlas con uñas y dientes ante cada nueva embestida animal de su amante mientras este la agarraba de la cintura con firmeza y se permitía soltarle más de un cachete en las nalgas.

—¿Con que cabrón de mierda? —Susurró haciendo que Julia se sintiera ahora vulnerable y a su completo merced—. Ahora verás, Julieta. —Le advirtió justo antes de decidirse a intentar probar el otro agujero de su compañera con alguna dificultad al principio ante ese nuevo y estrecho camino al que ella le daba permiso para entrar asintiendo con la cabeza ante la tentativa del diablo.

Sentirse tan apretado en el interior de Julia resultaba una sensación indescriptible para sus sentidos. Baal la tomó entonces con fuerza de la melena y comenzó a moverse adelante y atrás de forma rítmica, llegando ahora aún más profundo que antes gracias a esa nueva postura. Julia ya no sentía ahora nada de dolor y parecía ver las estrellas con cada nuevo movimiento que la llenaba más y más, sus manos empapadas de sudor apretaban con fuerza las sábanas y un hilo de saliva le goteaba ahora de su

boca abierta. La joven gateó un par de pasos obligando a Baal a subirse también a la cama y entonces logró reincorporarse y tumbar de nuevo al diablo, quedando ella sentada sobre él y dándole la espalda, permitiendo a Baal ver esa figura tan sensual con la melena cayéndole casi hasta la cintura. Los mimos y el romanticismo habían dado lugar a una lucha por el control de ese placer que nublaba por completo la mente de ambos y no les dejaba pensar con claridad. Julia comenzó a mover las caderas con frenesí apretando con fuerza a Baal y llevándolo al límite nuevamente mientras ambos se dejaban la voz entre gritos y jadeos. Un instante después de haber vuelto a notar eso que tanto le gustaba, se dio la vuelta rápidamente y se tumbó sobre el agotado demonio con tal de continuar. Tomó su miembro otra vez erecto y se lo introdujo entre las piernas a la primera. La mirada de ambos volvió a cruzarse ahora que estaban otra vez cara a cara y se sonrieron al iniciar una nueva carrera de caricias, besos, mordiscos y embestidas, dejando que el reloj fuese dando las horas una tras otra... Y así estuvieron toda la noche, sin descanso, sin quererlo ni necesitarlo. Hasta que, finalmente, ambos quedaron saciados, tumbados, abrazados y mirándose a los ojos con cariño. Sus cuerpos ahora completamente satisfechos y molidos por el placer ya no temblaban, y el sudor comenzaba a enfriarse poco a poco contra su ardiente piel.

—Seis veces. —Observó Julia sin lograr contener una sonrisa enorme a la vez que cansada como nunca.

—Debo estar en baja forma. —Bromeó Baal sabiendo que ser él era demasiado fácil, al tiempo que acariciaba con delicadeza a la bella Julia y esta se abrazaba a su torso con fuerza y una expresión alegre y algo extasiada —. Me encanta tu sonrisa. —Recordó él.

—Lo sé... No quiero soltarte nunca, Baal. —Anunció sabiendo que había dado con la clave de su felicidad al encontrarle—. Quiero estar siempre junto a ti, eternamente. —Aseguró antes de quedarse dormida, provocando una repentina lluvia de sentimientos en Baal que sin duda habría preferido no tener nunca.

Capítulo XXXVIII

Los primeros rayos de sol comenzaron a filtrarse a través de las persianas de la habitación de Julia. La joven, a diferencia de Baal, todavía dormía con profunda placidez. Su pecho subía y bajaba de forma constante con cada una de sus respiraciones, sus ojos y labios permanecían suavemente cerrados, y su cabello se desordenaba con dulzura por toda la almohada. Baal podría haberla estado mirando toda la eternidad y más. Y sin embargo, debía irse. Había algo en su interior que se lo repetía una y otra vez. Ese no era su lugar. No podía empeñarse en continuar con aquello por mucho que ambos lo desearan. Él debía regresar a su hogar y dejar a Julia tener una vida de verdad, y no un espejismo junto a un ángel que era en realidad un demonio. No quería marcharse, no quería, pero tenía que hacerlo. Eso se decía a sí mismo. Y cuanto más tardase en hacerlo, más vinculado se sentiría a esa mujer y más doloroso resultaría para ambos. Tras aquella increíble noche en la que ambos se habían entregado el uno al otro y se habían fundido en cuerpo y alma en un solo ser, sabía que cada segundo que pasara junto a Julia le mataría un poco más que el anterior.

Quizás habría sido mucho mejor no comenzar nunca aquel cuento de hadas, pues algún día tenía que terminar. Y sin embargo, no se arrepentía de nada en absoluto. Julia había sido la única en cualquier mundo que lo había amado de verdad siendo como era. Recordaría cada instante vivido junto a ella durante el resto de su existencia inmortal. Pero ahora debía marcharse, solo así podría volver a ser quien era en realidad. Eso era lo mejor para ambos, o al menos eso quería pensar Baal. Trató de reincorporarse pero Julia

lo tenía tomado del brazo con fuerte cariño. Baal la apartó de él lo más delicadamente posible con tal de no despertarla y acto seguido la tapó con cuidado. Se puso en pie y comenzó a vestirse con el elegante traje que había lucido la noche anterior, dejando a un lado la corbata y la americana, arremangando las mangas de su blanca camisa para así ir más cómodo y dejando también y muy a su pesar su bufanda de muchos colores. Dando un último vistazo a aquella habitación de la que no habría querido irse jamás, encontró sobre la mesilla de noche las dos fotografías de Julia junto a los dos hombres que más había amado en toda su vida aunque de muy distintas formas: su hermano Roberto y él, Baal Zebub, el príncipe de las tinieblas. Ya era hora de volver a serlo...

Junto a ambas fotografías descansaba la pequeña caja de música que Julia le había regalado por Navidad. Baal sabía de sobras que no podría llevarse ni un solo recuerdo material de su vida en común con aquella dulce humana al lugar al que pretendía regresar, y sin embargo sí tomó dicha caja de música y se la guardó en el bolsillo del pantalón, guiado por un presagio sin fundamentos pero de cualquier forma poderoso. Después no pudo evitar volver a quedarse completamente enmudecido ante la angelical y dormida Julia Medina. Una repentina presencia rozándole una pierna despertó a Baal de su letargo. Se trataba del gato que vivía con Julia. Baal lo observó con extraño cariño y se agachó para acariciarlo. Ambos habían empezado con mal pie, pero se habían ido acostumbrando el uno al otro y ahora desde luego echaría de menos a esa bola de pelos una vez se hubiesen separado. Lo acarició un par de veces y volvió a dejarlo campar por el piso a sus anchas.

Era la hora. Baal se agachó hacia Julia y la besó en la frente sin decir nada. Sus caminos se separaban allí. Una lágrima emergió de pronto de ojos de él y, tras recorrer su rostro sin excesiva prisa, cayó sobre la mejilla de Julia. Baal cerró ambos ojos con fuerza, se dio media vuelta y comenzó a andar hacia la puerta para salir por ella y no volver a entrar nunca más en ese lugar. Había sido hermoso mientras había durado, pero ya era hora de terminar. Finalmente llegó al recibidor del apartamento. Ante él se hallaba aquella puerta que una vez había deseado descolgar a golpes con tal de salir de allí lo más rápido posible. Y ahora podía abrirla sin problemas con las llaves que Julia le había regalado y, sin embargo, no quería hacerlo. Acarició

el pomo con suavidad, sin llegar a cogerlo en ningún momento. Unos pasos descalzos alertaron a Baal, y el aroma de Julia hizo acto de presencia a sus espaldas. Probablemente la muchacha, ahora solo tapada por finas sábanas que sostenía contra su cuerpo, se habría despertado al sentir que Baal no estaba a su lado en la cama. Había pasado justo lo que él había querido evitar y ahora tenía que enfrentarse a lo que más le aterraba, la idea de alejarse voluntariamente de Julia con la firme idea de que aquello era lo mejor para ambos. La más dura de las preguntas tardó varios minutos de silencio en llegar.

—¿Dónde vas? —Preguntó ella preocupada.

—Lo siento. Me voy, vuelvo a mi lugar. —Respondió él.

—Este es tu lugar, junto a mí. —Repuso ella acercándose más aún y tratando de abrazarle pero sin atreverse a hacerlo, no como lo había hecho tantísimas veces aquella misma noche.

—No lo es, ambos lo sabemos. —Bajó la mirada Baal, apartando delicadamente las manos de la muchacha.

—No tienes que hacerlo. —Insistió ella.

—Es mi destino, no puedo cambiarlo. —Se resignó él.

—Sí, sí puedes. —Alzó un poco su inestable tono de voz la joven muchacha, a quien el miedo de perder a Baal comenzaba a acecharla como una realidad tan espantosa y aterradora como ineludible—. Por favor, quédate, quédate conmigo. —Le pidió al tiempo que ahora sí abrazaba su espalda con fuerza, dejando caer sin importarle las sábanas que cubrían su hermosa figura.

—No podemos, no pertenecemos al mismo mundo. —Trataba de sentenciar él aquella triste conversación de una vez por todas.

—No me importa. Cambiaré todo mi mundo con tal de que tú puedas seguir formando parte de él.

—Esto fue un error. El más hermoso error que haya podido cometer nadie jamás. Pero un error en cualquier caso. —Parecía no estar dispuesto a ceder Baal.

—Solo si nosotros queremos que lo sea. No te vayas, no te vayas... —La voz de Julia se tornó difícil de comprender al comenzar a mezclarse con sollozos y lágrimas.

—No hagas esto más difícil. No vale la pena que lo hagas. Solo ha sido un espejismo. Esto no es amor, y yo no soy lo que necesitas. —Trataba de convencerse más a sí mismo que a la propia Julia.

—No digas eso, no digas nada. Solo quédate a mi lado. —Reiteró ella.

—Adiós, Julia. —Dijo él de pronto zafándose de la joven y comenzando a andar con la mirada clavada contra el suelo.

—Espera, detente. —Rogó ella entonces, tomando la mano de Baal con toda su poca fuerza y tratando de retenerlo allí, junto a ella—. Esto no puede acabarse, ahora no. Nos queda tanto que compartir todavía...

—Es mejor así: es mejor no haber llegado más lejos, es mejor no saber hasta dónde habríamos podido llegar, es mejor no recordarlo todo y que quede solo como un sueño. —Rebatió él.

—Pero ha sido real... —Parecía que comenzaba a faltarle el aire a la joven—. Bésame, Baal. —Dijo de pronto Julia—. No puedo dejar que te vayas. Si hubiese sabido que ibas a marcharte, si hubiese sabido que el último beso que nos dimos iba a ser realmente el último, nunca habría dejado de dártelo. Lo habría convertido en eterno para no olvidarlo jamás.

—Aunque duela, eso facilita mucho las cosas. Julia, sabes quién soy. Olvídame. Olvida todo lo que hemos vivido juntos, olvida los besos, olvida las caricias, olvida los abrazos, olvida los paseos, olvida esta noche... Olvídame a mí. —Le pidió a la muchacha.

—No puedo hacer lo que me pides. No puedo ni quiero olvidarte. ¿Tú podrás olvidarme? —Preguntó con los ojos empapados en lágrimas y la voz entrecortada.

—Yo ya lo he hecho. —Mintió Baal con durísima tristeza, como si aquello pudiera hacer menos doloroso ese momento—. Es mejor así, que no quede nada.

—No creo lo que dices. —Se quejó Julia ya sin poder disimular su llanto—. Y si dices haberlo olvidado todo, a ver si puedes olvidar esto. —Dijo de pronto dándole media vuelta a Baal y besándolo de forma repentina.

En una sola noche se habían dado el uno al otro infinidad de besos. Y sin embargo, ese fue diferente a todos los demás. Fue un beso triste y melancólico, un beso arropado por las lágrimas, un beso de despedida, un triste último beso. Muy a pesar de Julia, los labios de ambos volvieron a

separarse al fin. Y esta vez, no volverían a unirse. Baal se dio media vuelta.

—Somos demasiado distintos. A partir de ahora debes seguir sola. Perdóname, yo no puedo quererte. —Se despidió Baal iniciando su triste marcha.

—No me pidas perdón por no poder quererme. Porque si lo haces, yo tendré que pedirte perdón por no poder dejar de hacerlo... —Repuso Julia con la voz débil, quizás ya sin ni siquiera esperanzas de que aquellas palabras pudiesen retener a Baal quien, efectivamente, siguió alejándose de ella más y más con cada paso.

Julia sintió entonces que su mundo se derrumbaba, que el destino la ahogaba ahora con más fuerza, impidiéndole respirar. Nunca antes había sentido aquello. Era como una esfera oscura y vacía incrustada en el interior de su pecho que, desde dentro, absorbía y devoraba todo lo bueno y alegre, ahogándola y dejando sobre la superficie únicamente sus miedos, inseguridades y su tristeza. Quería retenerlo a su lado, solo quería estar con él. Incluso si el mundo entero se consumía en las llamas del infierno, ella quería estar junto a Baal. Acariciar su cuerpo, besar sus labios, recordar su voz, amar su alma... Y el sentimiento automático de que eso no iba a volver a ocurrir nunca más resultaba del todo insoportable. Tanto, que Julia no logró mantenerse en pie y terminó cayendo de rodillas al suelo, desmoronándose junto a su roto corazón ahora que veía cómo Baal se perdía en el horizonte que eran las escaleras de su edificio. Y de pronto, ya se había ido. Ya no estaba. Ya no se oían sus pasos ni se olía su perfume. Todo había acabado, y Julia se sentía ahora como si ya estuviera muerta.

Su inerte figura permaneció allí de rodillas, con los ojos hinchados y empapados por las lágrimas, la figura tapada únicamente por esa sábana que por una noche habían compartido, y el cuerpo tembloroso por el miedo a pasar una vida entera sin Baal. Todo había terminado. Y tras un silencio que tal vez duró horas, la joven dejó escapar un tremendo grito de ahogo y desesperación y cayó tumbada por completo al suelo, llorando desconsolada y golpeando casi sin fuerzas contra el parqué inundado por su propia tristeza, tratando de calmar con sus llantos un dolor que parecía que fuese a durar para siempre.

Capítulo XXXIX

El inspector Sergio Alcántara salió de su habitación dando un furioso portazo y se dirigió hacia la puerta a paso ligero, sin apenas tiempo de llevarse a la espalda su enorme gabardina y a la cabeza su carismático sombrero. Miguel, quien se hallaba sobre una silla releyendo la prensa del día al tiempo que miraba las noticias de la noche, no pudo evitar dar un pequeño salto causa del susto que aquello le había provocado. Tras un día de importantes avances en su investigación, no era normal que de pronto presentase ese carácter. Preocupado por su jefe, Miguel superó el miedo que le provocaba el verle así y se atrevió a preguntar.

—Disculpe, jefe. —Comenzó prudente—. ¿Qué le ocurre? —Se atrevió a abordar el tema.

—Compruébalo tú mismo. —Dijo lanzándole su teléfono móvil a las manos.

Miguel logró tomarlo al vuelo y se dispuso a leer el mensaje de texto que le había llegado a su jefe hacía apenas unos minutos. En este se le ordenaba al inspector Sergio Alcántara apartarse completamente del caso de los Cuervos Grises, se le pedía abandonar su investigación e incluso se le sugería jubilarse. Miguel comprendió al momento cómo debía de sentirse su veterano mentor al haber recibido semejante mensaje.

—Lo siento mucho, jefe. —Dijo con absoluta sinceridad y profunda tristeza en la mirada.

—No lo sientas, Miguel. Esto no se va a quedar así. Ahora mismo me voy a la comisaría a dejar las cosas claras. —Aseguró con una determinación

distinta a la que normalmente mostraba el detective, marcada esta vez por la furia e incluso el miedo a la derrota.

—¿Seguro que es una buena idea? —Dudó Miguel poniéndose en pie—. En fin, no sé, si le han mandado un mensaje tan serio... —No alcanzaba en este caso a dar con las palabras acertadas para disuadir al inspector.

—Estoy decidido, Miguel. No pienso permitir que esto se quede así. Si no quieres enfrentarte a la policía lo comprenderé perfectamente. No te recriminaré nada, no tienes que arriesgar tu integridad solo por los sueños de un chiflado que ya está demasiado viejo para ser tomado en serio. —Se lamentó de sí mismo el aparentemente envejecido Sergio Alcántara.

—¿Está usted de broma? —Preguntó de pronto Miguel con una sonrisa que no terminaba de encajar con aquella situación—. Si usted sigue, yo sigo. Llegaré hasta donde mi jefe llegue o mi propio cuerpo me lo permitan. —Mostró entonces un valor que avivó de alguna forma la llama de Sergio Alcántara.

—Perfecto entonces. —Asintió el detective—. Vamos allá.

—¡Sí!

Ambos tomaron la directa y se dirigieron a la comisaría de policía de Fermín. Tenían que aclarar ese asunto. Después de todo lo que habían dado en ese caso, no iban a permitir que se les sacase de la circulación tan fácilmente. Era absurdo. Tardaron muy poco en llegar. Sergio abrió la puerta del departamento con fuerza y llamó de un grito a Fermín, mostrando unos modales mucho peores a los que solía lucir siempre que pasaba por allí, los cuales nunca habían sido muy refinados que pudiese decirse. Todo el mundo se alarmó al ver a Sergio Alcántara entrar tan furioso en sus oficinas, pero nadie tenía el valor de echarlo fuera. Sin dedicarle ni la más mínima mirada a ninguno de los allí presentes, Alcántara se dirigió directamente al despacho de Fermín, seguido muy de cerca por un enmudecido y casi asustado Miguel ahora que ambos se hallaban en lo que podía considerarse territorio enemigo. Desde su silla al otro lado de la puerta, Fermín no pareció sorprenderse en exceso al ver aparecer al inspector junto a su joven escudero. En realidad, ya contaba con que, una vez recibiera ese mensaje, vendría a él hecho una fiera. Pero aquello no importaba lo más mínimo. Todo había terminado para el inspector Sergio Alcántara, inspector independiente y chiflado de turno.

—¿Qué quiere decir que estoy fuera del caso? ¡No puedes prohibirme eso! —Le recriminó.

—¡Claro que puedo! ¡Y lo he hecho! —Repuso el policía poniéndose en pie y dando un autoritario golpe sobre la mesa.

—Soy parte de esto. Lo he dado todo durante años por servir a la justicia y más en este caso. ¡No podéis sacarme de él sin más! —Argumentaba cada vez más enfadado.

—¿No lo comprendes, Sergio? ¡Es absurdo! ¡Ya no hay caso! ¡Está cerrado! —Gritó de pronto logrando que el peso del mundo se cargase sobre las espaldas de Sergio Alcántara.

—¿Qué está cerrado? —Preguntó ahora con un tono de voz muy bajo que sin duda contrastaba con el que ambos contrincantes habían estado mostrando a lo largo de su disputa verbal.

—Así es, todo se ha acabado. —Repitió con igual dureza que antes aunque ahora mucho más tranquilo—. Tanto el sujeto que detuviste en aquel callejón como los tres del apartamento han sido encarcelados y su juicio se llevará a cabo lo antes posible para determinar sus penas. Todo el material que guardaban en aquel piso ha sido ya confiscado y estudiado. No hay nada que demuestre que los Cuervos Grises han vuelto. Solo ha sido una jugada absurda de cuatro fanáticos del cine de misterio y una ilusión tuya por sentirte útil, Sergio.

—No es cierto, yo también estuve allí. Había un montón de pruebas. ¡Maldita sea! —Golpeó entonces él contra la mesa.

—Solo eran un puñado de criminales que trataban de hacer resurgir algo que ya estaba muerto y enterrado. Cuatro armas y un poco de droga no sirven para justificar el resurgir de una gran mafia de asesinos a sueldo. Si piensas en ese escenario te darás cuenta de lo fantasioso y hasta cómico que resulta. Puede que te cueste admitirlo, pero la realidad es que nosotros cerramos ese caso hace tiempo. Para un hombre como tú, haber capturado a esos tres maleantes ya tendría que ser motivo de orgullo suficiente. Ya tienes una batallita más que contar. Ahora lárgate de mi vista.

—¡No! No pienso irme. No hasta que reanudemos este caso. Todavía no ha terminado. ¿No lo comprendes? ¿Acaso no estuviste en la sala de las fotografías? ¿No leíste la nota en el cuaderno?

—Por supuesto que estuve en la sala de las fotografías y leí el cuaderno. Soy jefe de policía y a diferencia de ti yo tengo permiso para hacer todas esas cosas. —Le recriminó mostrando cierta piedad por no inculparle por lo hecho—. Pero eso solo es la paranoia de un loco que se dedicaba a guardar fotos de muertos y tacharlas con sangre. No hay relación alguna. Ya hemos investigado a las personas que aparecían en ellas y no hemos encontrado nada que las relacionase con los Cuervos Grises ni con ese supuesto jefe fantasma que se oculta en las sombras y que es evidente que no existe. Todos esos sujetos murieron por causas muy diversas, algunas naturales y otras no, y repartidos por todo el mundo. Nadie los ha ajusticiado, fueron accidentes. ¡Deja de remover el pasado de una maldita vez! Ellos ya están muertos.

—Es evidente que se preocuparon mucho por hacer desaparecer cualquier prueba o recuerdo incriminatorio. —Trató de buscar alternativas el detective—. Además, aún no están todos muertos. Hay una joven que... —Comenzó a decir dándose cuenta demasiado tarde de su tremendo error.

—¡Lo sabía! —Gritó triunfal de pronto Fermín—. Robaste pruebas del piso sin decírnoslo para poder seguir con tu investigación fantasma un paso por delante nuestro. Lo sabía... Escúchame bien, Sergio, incluso si la investigación continuase, solo por eso ya tendría que denunciarte. Da gracias que te permito una jubilación tranquila y deja en paz al mundo con tus fantasías detectivescas. Seguro que ya has ido a ver a esa joven y la has atosigado con tus patéticos interrogatorios, ¿me equivoco? —Preguntó obteniendo por respuesta solo el silencio—. Y seguro que ella no tenía ni idea de lo que le estabas contando. —Se burló—. ¿No lo ves? Esto se ha terminado.

—No, no se ha terminado. —Negaba Sergio de forma insistente—. Hay algo más detrás de todo este caso. Dejadme ver otra vez las pruebas incautadas. —Pidió.

—Ya se las han llevado. —Respondió Fermín rápidamente.

—Pues déjame enseñaros mis últimos avances. Hemos estado investigando y creo tener una pista de dónde se esconden los Cuervos. —Ofreció sin dudar—. Si me dejáis unos cuantos hombres podremos...

—Ya no nos interesa. —Despreció rápidamente la sugerencia.

—¿Y las fotografías? ¿Qué hay de las fotografías? —Volvió a intentarlo

el inspector.

—Han sido destruidas. —Repuso nuevamente Fermín.

—¿Cómo? ¿Y los presos? —Parecía cada vez más desesperado por encontrar un camino a seguir.

—No pienso dejarte hablar con ellos. —Fue tajante el policía.

—Entonces permíteme hablar con el desquiciado que vi la última vez que vine aquí. —Terminó casi suplicando por una última oportunidad.

—Ya no puedes hablar con él. —Bajó entonces la mirada Fermín, repentinamente afectado por algo que Sergio desconocía.

—¿Por qué no? —Afiló sus ojos el detective Alcántara.

—Jefe... —Intervino de pronto Miguel en la conversación, con tono tembloroso y sosteniendo una extraña cinta de vídeo que había encontrado buscando por el despacho mientras los otros dos discutían a voz en grito.

—¿Qué hay en esa cinta? —Preguntó el detective aparentemente calmado, sin obtener más respuesta que un largo silencio—. ¿Que qué diablos contiene la puta cinta? —Gritó de pronto notablemente furioso.

—No hay nada. —Bajó la mirada el policía, casi con miedo en sus ojos de tipo duro.

—¿Qué hay en la cinta? —Repitió remarcando todas y cada una de las sílabas que pronunciaba.

—En esa cinta... —Logró hablar Fermín—. En esa cinta está el motivo por el cual no puedes interrogar al loco del otro día. —Confesó.

—Ponla. —Ordenó al momento Sergio con una seriedad fuera de lo común incluso para él en un mal día—. ¡Ponla!

Asustado por la mirada de su jefe, Miguel no dudó en obedecer, acercarse al algo antiguo televisor del despacho de Fermín e introducir la cinta en el aparato reproductor de vídeo. Había que rebobinar el contenido, pero eso llevó apenas unos segundos. No se había grabado gran cosa, por lo visto. El jefe de policía pareció sentirse acorralado. Debía impedir que viesan el contenido de ese vídeo o la situación empeoraría considerablemente. ¿Pero cómo detenerlo llegados a ese punto? El sudor había empapado ya todo su cuerpo y la barbilla le temblaba. Miguel le dio al botón de reproducir y la grabación se dispuso a empezar. Fermín no vio otra opción. De pronto, comenzó a llamar a sus hombres a gritos y trató de abalanzarse sobre el

detective y Miguel con todas sus fuerzas, con tal de que esa cinta maldita no llegase a dar comienzo nunca. Los gritos y el ruido asustaron al joven periodista, pero a Sergio Alcántara no le tembló el pulso y reaccionó de la única forma que se le ocurrió en ese momento. No, de hecho, ni siquiera lo pensó. Si no, probablemente habría hecho cualquier otra cosa. Pero necesitaba conocer el contenido de aquella cinta, y el que Fermín le hubiese sacado de pronto de la investigación y encima no se la dejase ver le despertaba todavía más su curiosidad e instinto detectivescos. Con un ágil movimiento, Sergio Alcántara eludió la poderosa embestida del policía, agarrándolo de brazo y hombro con fuerza y haciéndolo volar por encima suyo hasta aterrizar con violencia contra el suelo. Haber practicado judo en la universidad le había sacado de mil y un problemas, pero nunca habría pensado que tendría que utilizar su fuerza contra el cuerpo de policía. Antes de que el resto de hombres de la oficina pudiesen llegar al despacho de su superior en su ayuda, Sergio cerró la puerta de un puntapié y luego giró la llave. Acto seguido, y ante la mirada atónita de todos los allí presentes, sacó de la gabardina su pistola y apuntó al jefe de policía con fuego en la mirada.

—Ahora nos vamos a calmar todos y vamos a ver el jodido contenido de la... —El detective no pudo terminar su amenaza.

Capítulo XL

Un tremendo grito de terror, de miedo y ahogo, emanó de boca del joven Miguel, quien permanecía ahora cara a cara contra el televisor. El veterano detective no logró evitar asustarse al ver a su joven acompañante y pupilo en ese estado. El muchacho se llevó ambas manos a la cabeza y se tiró al suelo, gritando y llorando de miedo y retorciéndose sobre sí mismo sin control alguno. Todo pareció detenerse para Sergio en ese momento. Un sudor frío inundó por completo su cuerpo, su piel se erizó y su voz se vio atrapada en su garganta, sin fuerzas para salir. Los ojos le temblaban y ardían ante lo que estaba viendo. En el monitor, el hombre al que poco tiempo atrás había interrogado, danzaba en un mar de sangre y locura irrefrenable, mutilando su propio cuerpo casi desnudo a golpes y mordiscos, gritando y cantando de forma escalofriante con su boca descolocada, los ojos en llamas y la piel de un color difícil de definir. Se movía de un lado a otro sin sentido ni patrón, como si cada parte de su cuerpo fuese del todo independiente hacia las demás, como si sus puntos de articulación no tuviesen nada que ver con los de cualquier otro ser humano. Recorría la sala de todas las formas posibles, bailando por el suelo, trepando por las paredes e incluso subiéndose al techo. Abrazando los cristales de la puerta que él mismo había destrozado anteriormente a golpes de cabeza, lamiéndose y mordiéndose a sí mismo y dibujando formas absurdas por todas partes con su propia sangre como pintura. Su risa resultaba insoportable y desquiciadora, trastocada como la de aquel que ha visto el poder del diablo con sus propios ojos y ha tenido la desgracia de vivir para contarlo. El miedo y la locura que transmitían ese

poseído parecían ir más allá del tiempo y el espacio. Un aura tan oscura como maligna se apoderó de la habitación por completo. Todo comenzó a temblar y las almas de los allí presentes parecieron verse evocadas a un profundo abismo sin final.

Un único disparo logró devolver a los enmudecidos presentes a la realidad. Fue Fermín quien disparó a la pantalla del televisor y acalló esa voz que había logrado tumbar del miedo no solo a Sergio y Miguel, sino también a todos los compañeros de la oficina, quienes ya habían visto antes el contenido de la cinta. El mundo pareció volver a girar entonces. Los policías lograron derrumbar la puerta y corrieron a socorrer a su respetado jefe. Uno de ellos se acercó a Sergio y le quitó de entre las manos la pistola al tiempo que otro se acercaba a Miguel con una manta y le ayudaba a ponerse en pie. Ninguno de los dos ofreció resistencia. Muerto de frío pero sin saber por qué, el joven periodista no dudó en tomar dicha manta y cubrirse con ella. Justo después, contempló desde una silla a Sergio, todavía inmóvil y sin poder creer lo que había ocurrido. La imagen de su gran mentor superado de esa forma lo destrozó por dentro. Tras arreglar un poco la habitación, la mayoría de policías se fueron marchando de allí y dejaron otra vez solos a Fermín, Sergio y Miguel. Este último tragó saliva ante un silencio difícil de romper. Fue el anfitrión quien se atrevió a hacer los honores.

—Hicieron falta cinco hombres fuertes y bien entrenados para reducir a ese loco. Tres murieron en el intento y de forma terrible. He perdido a tres amigos y ahora hay tres viudas más en el mundo, y unos cuantos niños sin padre. Aquello no era un ser humano, Sergio. Las balas parecían no hacerle nada y sus dientes y uñas parecían navajas. Hasta que su cuerpo no estuvo del todo despedazado e irreconocible no dejó de cundir el pánico con su risa, gritando una y otra vez que el gran amo había salido del infierno y que todos debían postrarse ante él. —Recordó casi temblando—. Escucha, Sergio, este caso está cerrado. Se acabó, asúmelo. No vamos a seguir por aquí, ni nosotros ni tú. Los Cuervos Grises fueron detenidos y ajusticiados hace tiempo, cayó su líder y cayó su organización. Estos eran solo cuatro locos que han sido parados a tiempo. No pienso volver a hablar de este caso, no constará en ningún informe ni registro y no saldrá nunca a la luz. No tiene ningún sentido. Todos los que hemos estado cerca de esto trataremos de olvidarlo y

llevar una vida normal e incluso feliz si nos es posible algún día. ¿Entendido?

Pero el detective no respondió nada, ni tan siquiera para quejarse. Había perdido la voluntad de todo tras ver a ese poseso y monstruoso ser, al escuchar su risa y observar su mirada... ¿Cómo podía haberle afectado tanto? Se había dejado llevar por un instinto animal, había incluso amenazado a un jefe de policía en su propia comisaría con una pistola y había acabado viendo algo que ojalá nunca hubiera visto. En cambio, Fermín había mantenido la calma y controlado la situación. Le había ganado la partida. Ya no tenía voluntad para enfrentarse a él, ni al caso, ni a nada. Fermín tenía razón, lo mejor era olvidar todo aquel oscuro y siniestro asunto paranormal, enterrarlo en lo más profundo de sus recuerdos y confiar en que algún día podrían olvidarlo.

—Considérate afortunado. Al no dejar constancia de este asunto, no te inculparemos por lo ocurrido hoy aquí. Pero me veo en la obligación de retirarte tu licencia de armas y tus permisos especiales de detective. Lo siento, se ha acabado. —Dijo con sorprendente sinceridad el policía.

—Yo siento de veras lo de tus hombres. —Se sinceró también Sergio al tiempo que dejaba todas sus pertenencias de detective sobre la mesa sin rechistar, con una pesadez profunda y triste—. Y siento haberte arrastrado a esto conmigo, Miguel. —Concluyó, a lo que el joven reportero no supo qué responder.

—Imagino cómo os sentís ahora mismo. —Volvió a hablar el policía con una voz comprensiva y tranquila—. Tomaos el tiempo que necesitéis para marcharos. Id a la sala de espera si lo preferís. Pediré que os traigan un refresco o un café o lo que sea. —Ofreció.

—Sí, gracias. —Respondió sumiso el detective mientras él y Miguel se dirigían a la cámara en cuestión y tomaban asiento sin ganas de hablar, tratando de admitir que aquella situación los había superado por mucho y que era momento de retirarse.

Capítulo XLI

Julia seguía totalmente hundida. Su mirada estaba vacía, pero no tanto como su corazón. Andrés y Claudia la habían ido a buscar y la habían conseguido sacar de casa para ir a dar un paseo corto. Ambos estaban obviamente muy preocupados por el estado en el que habían encontrado a su amiga tras recibir una llamada alarmante en la que ella les explicaba que Baal se había tenido que marchar para siempre y que ahora que estaba sola no encontraba razones para seguir viviendo. Tanto Andrés como Claudia sabían que Julia había tenido que aprender a vivir sola tras la pérdida primero de sus padres y luego de su querido hermano. Ahora, tras haber experimentado lo que era sentirse realmente cerca de alguien y, de pronto, haberlo perdido para siempre, era comprensible que la joven se sintiese así. Pero como amigos suyos no podían permitir que se hundiera. Tenían que ayudarla a salir del paso, para eso estaban. Pero a pesar de saberlo bien, no parecían ser capaces de dar con las palabras adecuadas. ¿Qué debían hacer en esa situación? ¿Criticar a Baal y mostrar lo enfadados que estaban con él por haberla abandonado? No. Julia estaba realmente enamorada de él, de modo que no le apetecería mucho oírles insultarlo a pesar de lo indignados que pudieran estar ambos. Además, no conocían toda la historia de lo sucedido como para juzgar a nadie, y entre llanto y llanto resultaba difícil descifrar lo que Julia trataba de decirles. Por otro lado, y aunque lo conocían desde hacía muy poco, a ambos les costaba encajar que Baal se hubiese esfumado sin más. Julia se había visto realmente feliz desde que ambos habían comenzado a vivir juntos, y este lamentable giro de los acontecimientos parecía carecer de sentido en su historia. Estaban

los tres sentados en el banco de un parque del barrio. Comenzaba a anochecer.

—Si se ha ido así, tan de repente y sin dar explicaciones, seguro que ha sido porque tenía un buen motivo para hacerlo. —Trató de consolarla Andrés—. Seguro que él también está muy triste por haber tenido que marcharse de tu lado. Pero oye, esto no significa que no vayáis a volver a veros nunca más. —Seguía sin saber bien qué decir.

—Si es verdad que él también siente eso, ¿por qué ha tenido que irse? —Preguntó Julia con la voz entrecortada y el rostro empapado por las lágrimas.

—Escucha, Julia. —Intervino Claudia—. No sé qué le puede haber pasado a Baal para tener que irse de este modo, pero no te has quedado sola, ¿entendido? —Le recordó—. Mira, puedes venir a vivir con nosotras todo el tiempo que necesites hasta que te sientas mejor. Y con tu nuevo trabajo y lo fuerte que eres, seguro que sales adelante. —Trató de animarla.

—Exacto. —Se sumó Andrés—. Y ya sabes que puedes contar con nosotros para lo que sea. —Volvió a recordar él.

—Lo sé. Gracias, chicos. —Consiguió pronunciar Julia con grandes esfuerzos al intentar calmarse, buscando en sus bolsillos un cigarro que la ayudase en semejante cometido y recordando que se había desecho de todos hacía semanas por sugerencia de Baal—. Pero es que... Pero es que... —La tristeza seguía a flor de piel de la pobre muchacha, impidiéndole pronunciar demasiadas palabras de forma seguida.

—Vamos, vamos... Eso es, desahógate, llora todo lo que necesites. —Dijo Claudia transmitiendo una calma casi maternal a su amiga al tiempo que la abrazaba y le daba pequeñas palmadas en la espalda bajo la preocupada mirada de Andrés, quien no dejaba de ofrecerle pañuelos y más pañuelos a su joven amiga, los cuales ella empapaba en segundos sin solución.

Ya era completamente de noche, pero los tres seguían en ese banco sin moverse. Había costado mucho convencer a Julia de salir a dar un paseo para que le diese un poco de aire y dejase de pensar todo el rato en lo mismo. Pero lo cierto era que no había servido de mucho y que la joven no tenía ganas de nada ahora mismo. A Claudia y Andrés solo les quedaba permanecer a su lado y esperar a que la situación mejorase tarde o temprano. Ya no quedaba nadie en los alrededores. Una calma sin precedentes se apoderó del parque y

un mal presentimiento acechó a Andrés y Claudia. De pronto, una enorme furgoneta negra y con los cristales tintados se detuvo bruscamente en la calle a la que daba el parque. La puerta se abrió y de ella bajaron rápidamente dos hombres con los rostros bien tapados, con el fin de que así no se les reconociera, y vestidos con gabardinas grises y sombreros verdes.

—Era verdad. Ese tipo tan peligroso ya no está con ella. —Dijo uno con la voz algo distorsionada por la máscara que cubría su rostro.

—Es el momento, cojámosla y llevémosla ante el jefe. —Exclamó el otro abalanzándose sobre la joven y sus dos amigos.

Con gesto protector, Andrés trató de interponerse entre sus amigas y los dos agresores, pero resultó del todo en vano. Uno de ellos lo golpeó en el estómago y lo pateó con fuerza hasta tirarlo al suelo. Trató de resistirse y ponerse en pie de nuevo pero un último puñetazo en la cara lo tumbó completamente. Claudia se aferró con fuerza a su asustada amiga pero el otro atacante la empujó con fuerza y se la arrancó de entre sus brazos. Claudia comenzó a gritar y a pedir auxilio pero no pudo evitar que le pusiesen una bolsa en la cabeza a Julia y la subieran rápidamente y con muy malos modos a la parte trasera del furgón. Antes de que pudiesen darse cuenta, el conductor pisó a fondo el acelerador y la furgoneta sin matrícula se perdió en el horizonte sin dejar rastro alguno.

Había sido todo demasiado rápido, y los asaltantes no habían dudado ni un momento en ninguno de sus pasos. Sabían perfectamente a por lo que venían y era a por Julia. Se la habían llevado, esos tipos se la habían llevado... ¿Qué podían querer de una muchacha como ella? ¿Por qué precisamente a ella? Ni Claudia ni Andrés lograban dar respuestas a aquellas incógnitas. Un pequeño grupo de gente se amontonó en el lugar de los hechos, algunos se encargaron de ayudar al herido Andrés y a la histérica Claudia a mantener la calma mientras otros se apresuraban en llamar a la policía lo más rápidamente posible con tal de denunciar el secuestro. Tratando de apartarse del bullicio general, Andrés y Claudia lograron encontrarse nuevamente y se miraron a los ojos sabiendo que ambos estaban pensando exactamente en lo mismo: las palabras del secuestrador.

—Ese tipo tan peligroso ya no está con ella... —Repitió Claudia pensativa.

—Cuando se conocieron, Baal nos explicó que fue protegiendo a Julia de un hombre que la atacó. ¿Lo recuerdas? —Logró hacer memoria Andrés.

—Pues claro, puede que fuesen ellos. —Cayó también en la cuenta Claudia—. La deben de haber estado espiando todo este tiempo, y ahora que han visto que Baal ya no estaba para protegerla, no han dudado en venir a por ella. —Ató cabos rápidamente.

—¿Pero qué pueden querer de Julia esos tipos? —Seguía sin comprender Andrés.

—Ni idea. —Reconoció Claudia—. Pero si se han esperado hasta ahora tiene que ser porque Baal les preocupaba de alguna forma. Tenemos que encontrarlo y explicarle qué ha ocurrido para que él pueda salvar a Julia. —Propuso.

—¿Pero por dónde empezamos a buscar? —Se sintió tremendamente agobiado Andrés.

—Si Baal está tan destrozado como Julia por haberse tenido que separar de ella, solo se me ocurre un sitio al que pueda haber ido si todavía sigue en la ciudad. —Pensó rascándose el mentón.

—¡El bar! —Acertó Andrés a lo que su amiga estaba pensando.

—Exacto. ¡Vamos! —Se pusieron ambos en marcha a prisa y corriendo.

Baal se encontraba efectivamente en la barra del bar en el cual había compartido tantos buenos momentos junto a Julia y sus amigos durante el tiempo que había estado viviendo allí. Pero esa vida, esa escasa vida humana de la que había podido disfrutar durante un periodo demasiado corto pero que le había permitido incluso enamorarse, había terminado. Después de tan horrible despedida, había dedicado ese último día en Barcelona para mover unos cuantos hilos y asegurarle a Julia un futuro seguro y confortable, y sus pasos le habían llevado al caer la noche al único sitio de la ciudad en el que quería estar ahora sin contar la casa de su amada. No volverían a verse nunca más, así es como debía ser. No dejaba de repetírselo a sí mismo con tal de convencerse de que eso era lo mejor para todos. Pero aún así no era capaz de creerse sus propias mentiras. Ya echaba de menos a Julia, y le destrozaba por dentro el haberla abandonado de esa forma. Dio otro trago. Beber chupitos solo, sin la compañía de Julia, carecía por completo de gracia.

En realidad, no estaba solo en el bar. Junto a él se encontraban los dos

camareros, el veterano de la coleta y el hombre musculado de raza negra, además de un motero de huesos anchos, largas barbas y numerosos tatuajes, el cual no dejaba de recitar maravillas acerca de su moto, una enorme Harley-Davidson de estilo clásico que se hallaba aparcada a las puertas del bar y con la que el hombre había recorrido casi toda Europa y de la cual se sentía claramente muy ufano. Con cada estrofa, el motero hacía girar las llaves de aquella maravilla con motor de un lado al otro. Ambos camareros le escuchaban con atenta paciencia dado que era un cliente. Pero en el fondo, ninguno de los dos lograba apartar su atención del pálido Baal, esta noche solo y triste, acariciando con la punta del dedo índice el contorno de su pequeño vaso de cristal. Dio otro trago y este quedó del todo vacío.

—Amigo, la respuesta que estés buscando no está en el fondo de ese vaso. —Le dijo de pronto el camarero de la coleta con aire sabio.

—Entonces sírveme otro, a ver si esta vez hay más suerte. —Repuso Baal derrotado y sin alzar la mirada en ningún momento.

La puerta del bar se abrió de pronto rompiendo con la calma del local y Andrés y Claudia, extremadamente fatigados y con la respiración entrecortada, no pudieron evitar esbozar una expresión de alivio ante su acierto viendo que habían conseguido dar con Baal tal y como esperaban. La sorpresa de este al ver a los dos amigos de Julia en ese estado fue considerable, y su preocupación mayor aún.

—Gracias a Dios, ¡estás aquí! —Exclamaron al unísono.

—¿Qué ha pasado? —Preguntó Baal alarmado.

—Se la han llevado. ¡Han secuestrado a Julia! —Gritó Claudia casi sin tiempo para recobrar el aliento.

Todos los presentes allí se alarmaron. Tras escuchar aquellas palabras, la mirada de Baal cambió por completo. Nada de lo que se había estado diciendo a sí mismo hasta ahora importaba ya. No podía permitir que Julia corriese ningún peligro. Sin dudarle ni un momento, le arrebató de las manos las llaves al motero con un rápido movimiento y salió escopeteado del bar. Baal saltó sobre la moto de famosa marca y arrancó sin tener en cuenta los gritos e improperios del dueño, los cuales quedaban ya muy lejos para él. Debía encontrar a Julia y salvarla, tenía que rescatarla antes de que sufriese ningún daño. ¿Pero hacia dónde podía ir? Tras darse cuenta de que no estaba

siguiendo ninguna dirección en concreto, cerró los ojos y trató de buscar el alma de Julia en las cercanías.

Tenía que encontrar un rastro costase lo que costase. ¿Dónde estaba? La frustración de Baal se volvió casi tangible al comprender que no era capaz de encontrar a Julia. Desde que se habían conocido, le había atraído de ella que era especial, diferente y misteriosa, que no podía leerla como a cualquier otro ser humano. Y ahora, aquello que tanto le había enamorado de Julia era precisamente lo que le impedía salvarla. No podía encontrarla. ¿Tenía que rendirse? ¡Un momento! Tal vez no podría encontrar a Julia, pero sí podía dar con alguien que tal vez supiese dónde buscarla. El recuerdo del molesto detective Sergio Alcántara apareció en la mente de Baal como un rayo. A él sí podía seguirle el rastro. Y ese rastro, sumado a la temeraria conducción que Baal estaba realizando, le llevaron hasta cerca de la comisaría del cuerpo de policía en pocos minutos.

Sergio y Miguel se disculparon una vez más por todas las molestias que habían causado y salieron de las oficinas con la mirada clavada en el suelo, quizás por miedo, quizás por vergüenza, quizás por ambas. Miguel no alcanzaba a asimilar que su veterano mentor y uno de los hombres más brillantes y fuertes que había conocido nunca se encontrase en ese estado de rendición absoluta. Habían compartido mucho juntos, y siempre que Miguel había tenido miedo o dudas Sergio había estado a su lado para devolverle el valor. Pero ahora parecía que la llama del inspector se había apagado para siempre. Todo había terminado para ellos... De pronto, el estruendo de una enorme moto al derrapar y detenerse justo en frente suyo los arrancó a ambos de su estado de triste letargo. El ya no detective Sergio Alcántara alzó la mirada y no pudo creer lo que vio. El hombre al que había conocido en su pequeña visita al piso de Julia Medina y el oscuro aura que parecía acompañarle se presentaban ahora ante él de una forma totalmente distinta. ¿Qué estaba ocurriendo?

—La tienen. ¡Sube! —Ordenó Baal de pronto mirando al ya retirado detective a los ojos y haciendo que su llama sintiese repentinamente unas ganas irrefrenables por volver a arder una última vez.

Sergio Alcántara permaneció en silencio durante unos instantes y, ante semejante situación, solo supo que buscar una respuesta en su fiel discípulo.

—A por todas, jefe. Solo usted puede cerrar este caso. —Lo animó el joven Miguel acertando otra vez sí con las palabras adecuadas.

—¡Rápido! —Insistió Baal desde su vehículo robado.

El miedo y las dudas desaparecieron del alma de Sergio Alcántara y este bajó de un salto las escaleras de la comisaría y tomó asiento junto a Baal en aquella gran moto. Bajo la esperanzadora mirada de Miguel, ambos partieron de allí a gran velocidad. A pesar de la temeraria conducción de la que hacía gala Baal al volante, Sergio Alcántara prefirió aprovechar al máximo el gran asiento del vehículo y permanecer alejado de la espalda del conductor, dado que aquello le incomodaba de alguna forma.

—¿Y bien? ¿A dónde crees que la han llevado? —Preguntó de forma tajante Baal.

—No he podido corroborarlo, pero si mi intuición no me falla te diré que te dirijas a los puertos. He estado investigando la actividad reciente en sus polígonos industriales y creo que en uno de esos almacenes encontraremos lo que buscamos. —Explicó.

—Perfecto. ¡Agárrate fuerte! —Pisó gas a fondo Baal sabiendo que no tenía derecho a fallar en su misión.

Capítulo XLII

La joven Julia temblaba como una hoja en un día de mucho viento. Nunca antes había sentido tanto miedo por su propia vida. Pero la bolsa en su cabeza y la sensación de ahogo y terror le impedían gritar o llorar. El vehículo en el que la llevaban se detuvo al fin y las puertas se abrieron. La bajaron con gestos bruscos y no pudo evitar golpearse en la frente contra el suelo, sintiendo algo de sangre recorrer su rostro lentamente. Estaba maniatada, notaba un extraño frío por todo su cuerpo y tenía la sensación de encontrarse en un lugar cubierto y metálico. Alguien la agarró del brazo y la arrastró con violencia varios metros. Después la tiró contra el suelo y le arrebató la bolsa de la cabeza de un tirón. Una luz de focos entre tanta oscuridad cegó parcialmente a la muchacha. Había acertado, se encontraba en un lugar cubierto que parecía ser un almacén metálico de dimensiones bastante considerables y ocupado por unos cuantos montones de cajas gigantescas y algunos vehículos similares al que habían utilizado para secuestrarla. A su alrededor, en ese siniestro recinto, se encontraban un numeroso grupo de personas de aspecto peligroso, de unos cuarenta o cincuenta hombres uniformados con gabardinas grises y sombreros verdes. Pero uno de ellas destacaba claramente por encima del resto en más de un aspecto. Se trataba de un hombre de estatura media, mirada excesivamente malévol, cabellos pelirrojos y peinados hacia atrás y vestido con un elegante traje gris con camisa verde que no terminaba de quedarle a la medida. Portaba en uno de sus dedos un anillo plateado, y sostenía un cigarrillo encendido con cierta elegancia. El sujeto en cuestión se acercó a Julia y, tras dar una larga calada,

escupió todo el humo contra el rostro de la joven.

—Julia Medina, por fin nos conocemos. —Saludó una voz cruel y viperina, venenosa para los sentidos.

—¿Quién eres tú? —Logró preguntar la joven temblando tanto por el miedo que sentía en ese momento como por el frío que hacía en ese maldito lugar.

—Yo soy el auténtico líder de los Cuervos Grises, la cabeza pensante, Alejandro Puertas. —Desveló al fin ese sujeto de oscura mirada—. O lo que es lo mismo... Yo soy el hombre que ordenó ejecutar a tu hermano mayor, Roberto Medina. —Espetó de pronto.

Esas palabras se clavaron en Julia como afilados cuchillos. Toda su vida había maldecido el que su hermano hubiese sido asesinado y la hubiese dejado totalmente sola en el mundo, y ahora al fin se hallaba cara a cara con el monstruo que le había arrebatado a uno de los dos hombres que más había amado en toda su vida y no de forma casual sino premeditada. La profunda tristeza que sintió Julia al escuchar aquello dejó rápidamente paso a una furia e ira incontenibles que tenían como único objetivo a ese desalmado. Sin saber bien por qué, quizás recordando las increíbles muestras de poder y valentía de las que había hecho gala Baal cuando se había encontrado en problemas, la joven trató de embestir contra el líder de aquella mafia. En la situación en la que se hallaban, nadie se habría imaginado que la esposada e indefensa muchacha trataría de atacar a Alejandro Puertas. De modo que el soberbio personaje del traje elegante no tuvo tiempo de esquivar el golpe que le asestó Julia con la cabeza contra sus dientes.

Rápidamente, dos de sus hombres se apresuraron en ayudar a Alejandro a sostenerse en pie mientras otro de ellos agarraba de las esposas a Julia y la colocaba de rodillas con gesto brusco. Alejandro Puertas se limpió la boca con un pañuelo y escupió el cigarrillo que a punto había estado de tragarse junto con un par de dientes mojados en sangre. Nadie supo cómo reaccionar ante aquello dado que había sido toda una sorpresa tan violenta reacción por parte de una muchacha en sus condiciones. Sin embargo, y tal vez solo para reafirmar su autoridad, Alejandro Puertas comenzó a reír de forma estúpida al tiempo que se acercaba a la joven y le apretaba las mejillas con fuerza.

—Parece que además de estar buena tienes carácter. No sabes cuánto me

gustas... —Espetó con enfermiza obsesión en la mirada—. Desde que te vi por primera vez supe que eras especial. Se te notaba en la mirada. No puedes disimularlo. —Sonrió cruel.

—¿De qué diablos me conoces? ¿Y por qué mandaste matar a Roberto? —Preguntó con una furia que no podía sacar a la luz dada su cada vez mayor fatiga y cansancio tanto mentales como físicos.

—Tu hermano vino a mí. —Reveló él—. Como muchos otros, necesitaba dinero rápido y acudió al mejor. ¿Ves esto? ¿Ves todo lo que te rodea? —Preguntó soltándola y señalando con los brazos abiertos todo el material ilegal que había dentro de ese recinto—. Es una mina, una máquina de hacer dinero. Y yo soy quien la hace girar. —Explicó—. Exportamos e importamos armas y drogas y las vendemos al mejor postor. El negocio de la muerte, ¿comprendes? Y es que un día u otro todos morimos... —Rio irónico—. Es algo seguro.

—¿Y a mí qué me importa cómo te ganes tu miserable vida? —Escupió Julia desafiante, sin tener en cuenta su situación actual.

—Mucho, porque este negocio es el que os ayudó a tu querido hermano y a ti a salir adelante. Verás, con lo inútil que era y teniendo que cargar además contigo, tu hermano se vio acorralado tras asesinar a vuestros padres y tener que encarar una vida él solo.

—¿Qué has dicho? —Preguntó ella incrédula.

—¿No lo sabías? Pues menuda sorpresa debes haberte llevado. —Rio—. Pero te aseguro que es verdad. Nunca contrato a nadie sin saber qué le mueve a unirse a nosotros. —Sonrió con enfermiza locura—. A pesar de la torpeza inicial de tu hermano en el negocio, el conocer lo que había hecho me emocionó. ¡Ni siquiera yo maté a mis padres! —Reconoció de pronto—. Tu hermano tenía un algo especial. Su alma estaba podrida, su desesperación le llevaba a estar dispuesto a todo con tal de cobrar, y eso me encantaba.

—Calla. ¡Calla! ¡Cállate ya! —Comenzó a gritar Julia sin fuerzas para ponerse en pie—. Tú no sabes nada de mi hermano. No le conociste. ¡Deja de hablar así de él!. —Estalló en lágrimas la muchacha, totalmente derrumbada.

—Me temo que fuiste tú quien no lo conoció. Tu hermano estuvo trabajando para mí durante un buen tiempo. Ya me imaginaba que tú no sabrías nada de todo esto, pero lo cierto es que todo cuanto hizo lo hizo para

cuidar a su amada hermana pequeña, tú. —Aclaró tratando de hacerla sentir culpable—. También por eso te protegió mucho y por ello me costó tanto lograr dar contigo.

—¿Y por qué querías dar conmigo? —Seguía sin comprender Julia.

—Verás, tu hermano fue un siervo de lo más fiel. Pero como casi todo el mundo, terminó cometiendo un error. Y los errores en los Cuervos Grises se pagan con la vida. —Aclaró—. Su fallo me costó mucho dinero y puso en riesgo nuestros secretos, y eso aquí es imperdonable. De modo que mandé su ejecución y la de toda su familia cercana, como tengo por costumbre. —Sonrió mostrando su boca destrozada por el cabezazo de Julia—. La estirpe de un inútil también es inútil. —Argumentó.

—¡Eres un monstruo! ¡Estás loco! —Le recriminó ella.

—Puede. Sinceramente, me da igual. Volviendo al caso, tras morir Roberto fuimos a por el resto de sus familiares. Nos fuimos ocupando de ellos de muy diversas formas como solíamos hacer siempre con las familias de los traidores, dejando lapsos de tiempo entre muerte y muerte para que pareciesen desgraciados accidentes y nadie pudiera relacionarlos. —Siguió explicando, logrando que Julia comprendiese por qué toda su familia había ido muriendo durante los últimos años, algo en lo que nunca se había parado a pensar dado que una vez perdió primero a sus padres y luego a Roberto, todos se desentendieron de ella como si fuera una carga que nadie quería llevar—. Veo que vas atando cabos. —Sonrió Alejandro—. ¡Sin embargo, la persona a la que más quería encontrar no estaba en ningún lado! —Se quejó de pronto—. Cuando asesinamos a tu hermano, vimos que llevaba esto en su cartera. —Dijo mostrando una foto tamaño carnet de Julia unos cuantos años más joven, con aspecto algo infantil en comparación a ahora pero ya bella—. Se trataba de una joven preciosa, extraordinariamente hermosa a ojos de cualquiera. Me di cuenta de que no podía sacarme esa carita de la cabeza y se me ocurrió una forma ideal de hacer que Roberto, de alguna forma, me compensase por sus errores... —Sonrió con mirada sucia y viciosa—. Pero incluso sabiendo que existías, incluso sabiendo tu nombre y conociendo tu angelical rostro, me era imposible localizarte. Cuanto más me costaba encontrarte, más te quería y más te necesitaba. —Pareció desesperarse en parte—. Roberto siempre se cuidó mucho de mantenerte al margen y

protegerte de nosotros por lo que pudiera ser. Es lo único en lo que supo ser realmente hábil, ya puedes agradecerse. —Dijo furioso—. Lástima que todos sus esfuerzos hayan terminado siendo tan inútiles como él. —Recobró entonces su sonrisa mal formada—. Era insoportable. Cuanto más miraba tu foto, más imaginaba las posibilidades, más te deseaba y menos probable parecía que fuera a encontrarte algún día. Más tarde logramos localizarte pero hubo ciertas interferencias que dificultaron tu captura... —Hizo clara alusión a Baal—. Pero finalmente el día de conseguirte ha llegado, y tú estás esposada frente a mí sin ninguna escapatoria más que la muerte. —Rugió con locura—. Y ahora que te tengo delante, tan indefensa, tan bella... —Sus ojos parecieron comenzar a temblar por el placer que le provocaban los pensamientos que pudiera estar teniendo—. Ahora no sé qué hacer contigo. —Rio provocando una risa general en todos los allí presentes—. Matarte sería demasiado fácil. Y si quiero hacer resurgir este reino del crimen y el contrabando, bien necesitaré una reina a mi lado, ¿no? Eres ideal... ¡Un bello ángel para el demonio que estoy hecho! —Sonrió con puro vicio logrando hacer con esas palabras auténtico daño a la joven—. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? —Preguntó retórico mientras se acercaba a la muchacha y la acariciaba con escalofriante gesto, logrando que las lágrimas rodasen por su rostro y que todos los allí presentes comenzasen a reír todavía más—. ¿Qué me dices, Julia Medina? —Sacó entonces su pistola, un revólver brillante, y la colocó contra la cabeza de la chica—. ¿Querrás satisfacer a este atractivo visionario hasta que se harte de ti y de tu cara de niña buena? —Preguntó con despreciable burla.

Julia deseó estar muerta entonces, pues sin duda eso habría sido mucho mejor que tener que seguir escuchando esa envenenada voz. El miedo y la desesperación se apoderaron de ella por completo. Realmente quería morir. No quedaba nada que la atase a la vida, y lo poco que pudiese quedar estaba siendo mancillado por ese monstruo sin alma. Julia se echó a llorar sabiendo el horrible futuro que le esperaba hasta que decidiesen acabar con su triste vida. No podía ver nada, no podía escuchar nada, el mundo que la rodeaba se había convertido ahora en un escenario vacío de sentido. Todo había acabado para ella, y lo peor de todo era que no le importaba lo más mínimo. Si trataba de huir, quizás la reducirían de un disparo y podría acabar así con su

sufrimiento. Era todo lo que quería ahora mismo, ya no aguantaba más. De pronto, un recuerdo vino a su memoria. Un recuerdo feliz, el rostro de Baal sonriendo justo antes de besarla en la noche que fue la más hermosa de toda su vida. Las lágrimas empañaron sus ojos. Por lo visto era cierto que, a veces, lo más triste podía ser un recuerdo feliz. Y no había recuerdo más feliz que ese. ¡Maldición! Ahora ya no quería morir. Todo su valor por acabar con su propia vida se había desvanecido con un solo recuerdo. Quería vivir, quería buscar a Baal y poder verlo una última vez, sentir sus labios junto a los suyos, seguir adelante con ese recuerdo... Pero a pesar de desear tan fervientemente que su vida no terminase allí, lo cierto era que ya lo había hecho. Y aquello la entristecía mucho más. Lo que le esperaba a partir de ahora ya no era vida, sino triste y profunda oscuridad.

Y de pronto, en medio de esa oscuridad que tenía por banda sonora la insufrible risa de Alejandro Puertas, apareció una grieta, un estruendo casi elegante. El enorme techo metálico del almacén comenzó a retorcerse y arrugarse por sí solo con la facilidad de un folio de papel, y una cálida corriente de poderío y desbordante superioridad invadió ese hasta entonces helado lugar. Todo pareció detenerse entonces. De la boca de los delincuentes emanaba vapor de agua, símbolo del frío y temor que de pronto sentían no en sus cuerpos, sino en sus propias almas. Sin embargo, Julia parecía sentirse ahora reconfortada, arropada por un manto familiar. Guiados por el miedo, todos los que iban armados en ese momento apuntaron sus pistolas y fusiles hacia arriba, sin saber muy bien a qué estaban esperando. Entonces, tras un silencio sordo y mortal que pareció durar una vida, el tejado metálico se abrió por completo, retorciéndose sobre sí mismo y mostrando un inmenso cielo rojo como la sangre alumbrado por un sinfín de espectaculares rayos y relámpagos. Julia sonrió de forma inevitable al tiempo que, del creciente boquete de la nave industrial, descendía con lenta delicadeza una figura tan bella como poderosa, acompañada de una melodía hermosa a la vez que siniestra. Los pies del recién llegado rozaron finalmente el suelo y pareció volverse entonces más sólido que una montaña. Alejandro Puertas tragó saliva. ¿Quién era ese tipo? ¿Acaso no era humano? Sus preguntas pronto quedarían respondidas...

—Suéltala. —Ordenó el recién llegado con voz muerta.

—¿Y tú quién eres? —Logró preguntar el líder de la organización sin lograr llegar a sonar desafiante del todo en ningún momento a causa del miedo que ese sujeto estaba causando ya en todos los allí presentes.

Capítulo XLIII

Baal no respondió ante eso. Su mirada era profunda como la noche que los envolvía. Tras observar aliviado que Julia seguía con vida a pesar de tener mal aspecto, Baal miró entonces al cabecilla de esa patética banda de humanos con ira en los ojos y logró paralizarlo del miedo. Alejandro tragó saliva. De pronto, toda la situación había cambiado por completo. Un tremendo silencio se apoderó de la sala. Ninguno de los miembros de los Cuervos Grises bajaba todavía sus armas, pero ninguno encontraba tampoco el valor para disparar. La situación no podía superarlos de esa forma.

—¿Acaso no me has oído? ¿Quién eres? —Repitió Alejandro igual de asustado o incluso más que antes.

—Es el hombre por el cual no podíamos acercarnos a Julia. —Explicó uno de los soldados dado que Baal no parecía muy dispuesto a mediar palabra con ellos.

—Ya veo. —Asintió Alejandro—. ¿De modo que amas a este hombre? —Preguntó entonces mirando a Julia—. Muy bien, entonces correrá el mismo destino que tu querido hermano. —Sonrió—. Mataré a todo el que haga falta hasta que ya solo puedas amarme a mí. —Rugió con tono macabro al tiempo que daba la orden de disparo—. Que no os intimide su numerito, ¡disparad!

Una lluvia de balas disparadas desde todas direcciones a la vez cayó sobre la pálida figura de Baal sin compasión. Balas y más balas atravesaron su cuerpo por todas partes. Los hombres de Alejandro Puertas vaciaron sus cargadores contra aquella inmóvil figura que acababa de presentarse ante ellos. Julia contempló aquello sin pestañear, aterrada al ver cómo aquella

ráfaga de ataques mortales se cernía sobre su hombre sin que ella pudiese hacer más que contemplarlo con los ojos empapados por las lágrimas y la voz entrecortada. Finalmente dejaron de disparar al comprobar que ya no les quedaba munición en la recámara. La figura de Baal permanecía todavía en pie, inmóvil y cabizbaja, con las ropas agujereadas y cubierto por un líquido espeso y oscuro que probablemente era su sangre. De todas y cada una de sus heridas emanaba un humo siniestro. Todos parecieron aliviados al estar convencidos de que habían acabado con ese osado y estúpido intruso. De pronto, Baal dejó escapar un largo suspiro y eso les heló la sangre y detuvo el corazón a todos los allí presentes. Alejandro no pudo creérselo. ¿Acaso seguía con vida? No podía ser posible. ¡Tendría que ser inmortal para ello!

—¿Eso ha sido todo? —Preguntó con sonrisa triunfal en la mirada.

—¿Por qué? —Preguntó uno de los atacantes completamente desquiciado—. ¿Por qué nuestras armas no te hacen daño?

—Porque yo cargo esas armas. —Respondió con indescriptible poderío en su mirada y tono de voz, lo que aterró a todos en ese lugar que pronto se convertiría en un infierno en el mundo de los vivos.

—¡Maldita sea! —Rugió el líder de la mafia completamente dominado por el miedo de esas palabras que parecían provenir del mismísimo averno—. ¡Acabad con él! ¡Matadlo! ¡Matadlo cueste lo que cueste! —Ordenó entonces.

Obedeciendo ciegamente las órdenes de su amo y sabiendo que si Baal no los mataba en combate lo haría Alejandro Puertas después por no cumplir las órdenes, uno de los hombres, de aspecto fornido y brutal, se abalanzó sobre Baal a toda velocidad.

—¡Vete al infierno, desgraciado! —Gritó desquiciado al tiempo que le asestaba un tremendo puñetazo en medio del rostro.

Baal no se movió ni un ápice y algo muy extraño ocurrió. En cuanto el puño cerrado del delincuente apenas rozó contra la fría piel de Baal, comenzó a descomponerse rápidamente. El dolor que sintió ese sujeto en todo su brazo antes de que este quedara reducido a cenizas fue indescriptible. ¿De qué diablos estaba hecho su oponente? Eso ya no importaba. Antes de que pudiera darse cuenta, se encontró a sí mismo mutilado y totalmente indefenso ante un oponente muy superior a él. Sin dedicarle ni tan siquiera una última

mirada de desprecio, Baal lo golpeó con fuerza en el rostro con el antebrazo y la cabeza de su triste rival se volatilizó por completo. Aquello paralizó por completo a todos los presentes. El enemigo al que se enfrentaban no era humano. Tal vez lo pareciese, pero desde luego no lo era. Resultaba del todo indestructible y el terror que infundía en todos ellos parecía de otro mundo. Sabiendo que ya estaban sentenciados a muerte, todos se abalanzaron contra Baal sin la más ínfima esperanza de salir con vida de aquella. El diablo no se molestó lo más mínimo en eludir aquellos golpes, pues sabía que no podrían causarle ningún daño. Todo aquel que tuviese la osadía de revelarse ante él y tratase de causarle algún daño se vería condenado al peor de los infiernos.

Baal giró rápidamente sobre sí mismo y, con un poderoso puntapié, rebanó tres cabezas al mismo tiempo. Tras eso, recuperó su posición inicial y comenzó a asestar una lluvia de puñetazos a todo aquel que osase acercarse a él, provocando un torbellino de sangre y sufrimiento. Cada golpe venía acompañado de un grito de miedo y dolor. Cada ataque de Baal era una vida que terminaba en seco. Puñetazos y patadas volaban de un lado hacia el otro, haciendo saltar por los aires a sus numerosos oponentes y destrozando sus cuerpos sin misericordia alguna. Con las manos completamente desnudas, Baal rasgaba los cuerpos y las almas de sus rivales sin descanso a la velocidad del rayo, dejando montañas de cadáveres y alfombras de sangre a su paso. Dos contrincantes trataron de embestirle cada uno por un flanco pero Baal alzó ambos brazos y los consumió por completo antes de que pudiesen llegar siquiera a tocarle. Aprovechando ese segundo de distracción, otro ingenuo rival trató de agarrar con toda su fuerza a Baal, pero este se agachó con veloz gesto y esquivó la embestida. Acto seguido, hundió su mano en el pecho del humano y le arrancó el corazón de cuajo, haciéndolo arder como si estuviera en el infierno.

Atacando por la espalda y utilizando el cadáver de un compañero como escudo, otro trató de asestarle una puñalada con su machete. Baal detuvo el filo del arma con la mano derecha y al mismo tiempo asestó un poderoso puñetazo con el puño izquierdo, atravesando primero el estómago del que ya estaba muerto y más tarde el de quien lo había utilizado como escudo. Un instante después los hizo volar a ambos por los aires y miró a su alrededor. Tres oponentes más trataron de huir desesperados de aquella masacre pero

resultó del todo inútil. Baal propinó un gran salto y aterrizó sobre uno de ellos, aplastándole la cabeza contra el suelo. Los otros dos no tardaron mucho más en correr la misma suerte. Acto seguido asestó un poderoso golpe de puño contra el aire y la corriente de viento causada por el mismo despedazó a cinco oponentes más de un solo golpe letal. Baal había convertido aquel almacén en su infierno particular y él era su amo indiscutible.

Ya había en el recinto más muertos que vivos, y los que quedaban en pie ya no trataban de pelear sino de huir. Pero Baal no se lo permitía. Recurriendo al material que tenían allí guardado, tomaron nuevas armas y trataron de reducir a su oponente con las mismas, acto que resultó tan inútil como en la primera intentona. Baal continuó con su carnicería, su propio recital de muerte y destrucción del que nadie podría huir. Alejandro Puertas lo contemplaba sin pestañear, viéndose a sí mismo incapaz de escapar de ese lugar maldito pero igualmente incapaz de enfrentarse al monstruo que ahora lo reinaba con su puño de fuego. Ese poderío no tenía parangón y por alguna razón no podía dejar de mirar. Tan distraído estaba el líder de los Cuervos Grises con aquel terrible espectáculo que no se percató de que alguien se acercaba a él y a Julia por la espalda. Sin ser visto y accediendo a aquel almacén por una pequeña entrada que el propio Baal había preparado antes de su espectacular puesta en escena, Sergio Alcántara se acercaba poco a poco a la joven muchacha con gran sigilo.

Una vez estuvo detrás de ella, le tapó la boca con cuidado, la giró hacia él y le indicó que no gritase. Julia ató cabos rápidamente y se dispuso a seguir al detective mientras Baal se ocupaba de aquellos malhechores él solo. Pero no podía ser todo tan fácil. El grito de un subordinado alertó a Alejandro Puertas de que Julia estaba huyendo acompañada de ese molesto inspector y el hombre no dudó en sacar la pistola que llevaba oculta en la americana. Al mismo tiempo, dos hombres más trataron de detener a Sergio y Julia por la fuerza. Sin dudarle ni un momento, el inspector empujó hacia atrás a la muchacha con gesto protector y encaró a sus dos oponentes. Logró detener el golpe de uno de ellos y lo redujo rápidamente con un golpe seco en la rodilla que dejó tendido en el suelo a su agresor, incapaz de volver a caminar.

El segundo logró encontrar un hueco en la defensa de Sergio y lo agarró con ambas manos por el cuello. Tras un largo forcejeo, el detective logró

percatarse de que, desde la lejanía, el líder de los Cuervos lo estaba apuntando a él. De modo que giró sobre sí mismo y utilizó el cuerpo de su oponente como escudo contra los disparos de Alejandro. A pesar de ello, el jefe de la organización no dudó en disparar hasta tres veces con su revólver, con la esperanza de que alguna bala atravesara a su propio subordinado y acabara con el detective. Pero no tuvo esa suerte. De pronto, y sin lograr que el grito de alerta de Julia llegase suficientemente pronto a sus oídos, Sergio fue agarrado por la espalda por dos poderosos brazos y enfocado hacia el malvado mafioso. Por un momento pensó que todo había terminado. Había cometido el mismo error que aquella vez en el piso de los Cuervos Grises, y un recién aparecido oponente había logrado pillarlo por sorpresa y colocarlo en una situación comprometida: el punto de mira de Alejandro Puertas. No podía moverse, estaba acabado. Alejandro apuntó y disparó su cuarta bala. ¿Era el fin?

No, no podía acabar así. Si había llegado tan lejos, cerraría ese maldito caso aunque le costase la vida. ¡Pero lo cerraría! Inspirado por la fuerza que estaba demostrando Baal al otro lado del almacén y animado por los gritos de Julia, Sergio logró moverse y saltar de tal forma que la bala le alcanzase únicamente sobre la rodilla de la pierna derecha, causándole gran dolor pero no la muerte. Tocado pero no hundido. Sorprendido por eso, el sicario que lo sostenía por detrás no vio venir el tremendo cabezazo que Sergio le asestó en la nariz. Aprovechó ese momento de inestabilidad para hacerle un candado alrededor de la garganta con ambos brazos y partiéndole el cuello al instante, provocándole una muerte rápida. Sergio cayó con pesadez al suelo junto al cadáver de su oponente, y rápidamente se sacó el cinturón y lo utilizó para hacerse un torniquete a sí mismo en la pierna con tal de no perder más sangre. No tenía tiempo para quejarse, ni para preocuparse por sus heridas ni quejarse de su cansancio. Tenía que preocuparse por Julia, debía protegerla aunque tuviese que llevar su propio cuerpo hasta límites desconocidos de fatiga y dolor. Ganar a ese robusto rival con una herida de bala en la pierna había sido toda una proeza, pero aquello no había terminado todavía. Viendo el estado en el que se hallaba el detective, Alejandro comenzó a acercarse a él y a Julia con paso soberbio mientras jugaba estúpidamente con su revólver. Sergio trató de ponerse entonces en pie para realizar un último ataque contra

el líder de los Cuervos Grises, pero el dolor que sentía por todo su cuerpo y especialmente en su pierna derecha le impidieron conseguirlo. Desobedeciendo los gritos de Sergio de alejarse de allí, Julia corrió hacia el detective y lo abrazó con gesto protector, como si aquello pudiese servir de algo.

—Vais a morir ahora. —Amenazó el hombre apuntándolos con su pistola y con una locura irrefrenable en la mirada.

—¡No te atrevas a tocarlos! —Gritó Baal desde la otra punta del almacén, lanzando por los aires el último cadáver y comprobando que allí ya solo quedaban con vida ellos cuatro.

Alejandro Puertas se había olvidado por un momento de Baal. El estar tan cerca de culminar su plan y hacerse con la bella Julia Medina, llevándose además por el camino al tan famoso como molesto detective Sergio Alcántara, le había impedido darse cuenta de que había perdido a todos sus hombres en aquella operación. Y a pesar de todo, el hombre logró mantener la calma de alguna forma. No iban a derrotarlo, no llegados a ese punto. Con una sangre fría prácticamente inhumana, comprobó con una sonrisa que Baal se hallaba justo al lado de una pila de cajas llenas de explosivos y demás material de artillería. Sin dudarlo, y haciendo gala de una extraordinaria puntería adquirida tras haber segado demasiadas vidas, Alejandro disparó un tiro más. No le tembló el pulso. La bala impactó contra una de las cajas de bombas y explosivos y todas ellas estallaron casi al unísono, provocando además una reacción en cadena al reventar las tuberías del gas y derrumbando un sinfín de escombros en llamas sobre el cuerpo Baal, quien quedó enterrado por completo bajo aquella terrible explosión...

El estruendo fue considerable y las llamas devoraron medio almacén, dejando solo ruinas a su paso. Alejandro no se vio capaz de contener una carcajada tras tan brillante jugada. Baal el invencible ya estaba muerto, y sus próximos objetivos eran Julia y el detective Alcántara. Incapaz de creer que realmente Baal hubiese muerto, pero rindiéndose ante la evidencia de que ni el hombre más fuerte podía sobrevivir a aquello. Sergio agarró a Julia y, sacando fuerzas de donde ya no las había, la empujó con fuerza lo más lejos que pudo de Alejandro Puertas. Sabiendo que tanto Baal como Sergio estaban dispuestos a darlo todo por salvarle la vida, Julia se resignó y comenzó a

correr hacia la salida, tratando de huir y pedir auxilio.

—¡No tan rápido, monada! —Gritó Alejandro disparando de pronto su última bala contra la joven.

Capítulo XLIV

Todo pareció detenerse entonces. Habían fracasado. El malvado hombre no dudó en apretar el gatillo y la joven cayó al suelo tras el impacto, dejando bajo ella un creciente charco de sangre. Sergio no lo pudo creer. El peso del mundo cayó sobre sus espaldas y, antes de poder darse cuenta, Alejandro se acercó a él y lo pateó en el rostro con fuerza y desprecio.

—Ya no eres tan duro. —Sonrió al tiempo que le pisaba con malicia en la pierna herida por la bala, causándole un dolor inhumano al detective—. Todo acaba aquí para vosotros. Habéis fracasado y yo gano. —Reanudó entonces su marcha hacia la indefensa y malherida muchacha—. No morirás por esto. —Dijo agarrándola del cabello con malos modos y levantándola—. Ya me he preocupado de que la herida no fuera mortal. —Sonrió mirando al hombro de la muchacha, destrozado por la bala y cubierto de sangre—. Imagínate la de cosas divertidas que nos habríamos perdido si hubieses muerto hoy aquí... —Río con infinita crueldad ante la moribunda joven, quien se sentía cada vez más débil por el cansancio y la pérdida de sangre y no estaba segura de que fuese a salir con vida de esa—. Ahora vamos a volar este sitio y a huir bien lejos, donde nadie pueda encontrarnos. Y juntos lograremos que los Cuervos Grises regresen. ¡Tú y yo! —Gritó de pronto apretándole todavía más de los cabellos.

—¡Te he dicho que no se te ocurra tocarla! —Rugió de pronto una voz profunda como el abismo, proveniente de las llamas que ocupaban gran parte del almacén.

Incluso en su situación, Julia esbozó una débil sonrisa. Alejandro no

podía creerse lo que estaba viendo. Con aire reverencial y respetuoso, las llamas y los escombros comenzaron a apartarse para dejar paso a la pálida silueta de Baal, destrozada pero aún así brillante, invencible, envuelta por una columna de energía que alcanzaba hasta las nubes tintadas con el rojo de la sangre. El líder de los Cuervos Grises no supo cómo reaccionar a eso. Nadie podía sobrevivir a semejante explosión y mucho menos salir caminando de ella como si tal cosa. Y sin embargo, Baal lo había conseguido. Las llamas del infierno rodeaban ahora a la poderosa y pálida figura con muerte en sus ojos y odio en la mirada. Resultaba un cuadro indescriptible.

—¡No te acerques ni un paso más o te juro que la mato! —Amenazó disponiéndose a agarrar a Julia del cuello y estrangularla con sus propias manos.

Sin variar en nada su mortífera expresión, Baal alzó el brazo derecho desde la lejanía y Alejandro quedó de pronto congelado, mudo e inmóvil, incapaz incluso de pestañear. Baal, sintiéndose ahora más poderoso que nunca desde que su llegada al mundo de los vivos, comenzó a cerrar su puño y apretar sus dedos, y Alejandro no tuvo más opción que dejar ir a Julia y desplomarse por completo, como si su oponente estuviese ahora agarrando su propia alma y arrancándosela poco a poco del cuerpo. Una vez lo tuvo completamente sometido bajo su temible control y absoluto dominio, Baal suspiró y acto seguido corrió hacia Julia y los demás mientras el mafioso en estado catatónico se desplomaba y quedaba del todo paralizado. Sergio había logrado arrastrarse también hasta ella pero no lograba detener la hemorragia.

—No para de sangrar. —Observó agobiado el detective—. La estamos perdiendo.

—No lo digas ni en broma. Aparta. —Ordenó Baal logrando tomar las delicadas manos de Julia entre las suyas y contemplando a la muchacha a la cara sin saber bien qué podía hacer.

Los ojos empapados de lágrimas de Julia hicieron un gran esfuerzo por abrirse al menos un poco, y la joven pudo cumplir su sueño de ver a Baal una vez más. Hacía calor, pero era un calor agradable. Las llamas los rodeaban ahora a los tres pero no se atrevían a acercarse más a Baal Zebub y sus amigos. Con voz ahogada y temblorosa, Julia logró pronunciar algo.

—Te quiero... —Dijo antes de comenzar a cerrar sus ojitos y ceder a la

propia debilidad.

—¡No! ¡No te mueras! —Insistió Baal ante la triste mirada de un impotente Sergio Alcántara y bajo un escenario tan triste y derrumbado como la propia vida—. No te dejaré morir. ¿Me oyes? No lo permitiré... —Susurró de pronto logrando que le cambiase la mirada—. ¡No te dejaré morir! —Gritó colocando ambas manos sobre la gran herida y concentrando todo el poder que pudiera quedarle a su ahora maltrecha forma humana en sanar el dolor de la joven muchacha, sin saber bien cómo lo conseguiría.

A Baal le temblaban las manos, y su poder se veía cada vez más y más mermado. Sin embargo, no cedía en su empeño por salvar a Julia de las garras de la muerte. Nunca antes había utilizado su poder casi divino para algo así. Pero no podía permitir que Julia muriese de esa forma, de modo que haría una excepción. Ella lo valía... De pronto, la sangre perdida pareció comenzar a limpiarse y regresar al cuerpo de la joven, y su herida comenzó a cicatrizar lentamente al tiempo que la muchacha recobraba un tono de piel un poco más saludable, vital incluso. ¡Estaba viva! Todavía seguía hecha polvo, pero al menos no moriría. Su vida ya no corría peligro. En ese estado podría ser salvada por los médicos humanos una vez estos llegasen, lo cual parecía no ir a hacerse esperar demasiado dado que un sinfín de sonidos de sirenas tanto de ambulancias como de bomberos y policías comenzaban a escucharse llegar a la escena de los hechos. Era evidente que el ruido y las explosiones habían alertado a los diferentes cuerpos de seguridad y ahora ya estaban en camino. Baal suspiró y se dejó caer hacia atrás, quedando sentado sobre el suelo con aspecto derrotado aunque también aliviado. Su antiguo poder le había ido reconociendo día tras día y había vuelto finalmente a él en el momento justo en que había tenido un objetivo claro que cumplir.

—Lo has conseguido. La has salvado. —Lo felicitó el inspector.

—Así es. —Asintió él satisfecho.

—La policía y compañía no van a tardar mucho en llegar. ¿Qué vas a hacer? —Preguntó Sergio observando de reojo a Alejandro, tumbado boca arriba, completamente paralizado pero todavía vivo, con un miedo infinito en su inmóvil mirada.

—Debo irme. Ya no tengo nada más que hacer aquí. Mi misión ha concluido. —Sentenció reincorporándose medianamente y con todo su

cuerpo destrozado, sabiendo que si de un humano normal se tratara, habría muerto hace ya mucho.

—Sé que puede sonar estúpido preguntarlo llegados a este punto pero, ¿tú no eres un humano normal y corriente, verdad? —Preguntó provocando una media sonrisa en Baal—. Buena suerte, espero que logres regresar a tu verdadero hogar. —Le deseó de corazón.

—Gracias. —Asintió Baal—. Aunque una parte de mí permanecerá siempre en el corazón de esta joven. —Confesó acercándose cada vez más a la plácidamente dormida y aún un poco malherida muchacha.

—Estoy seguro de ello. —Observó Sergio al verlos a ambos tan cerca uno del otro, alejándose y mirando para otro lado con tal de darles algo de intimidad.

Hubo un silencio corto.

—Hasta que la muerte nos una. —Se despidió Baal dándole el último beso a Julia, el más hermoso y sincero de todos lo que ninguno de los dos hubiese imaginado llegar a dar jamás.

Sergio Alcántara, un poco desplazado para no interrumpir aquella emotiva y bella escena, suspiró al contemplar hasta dónde les había llevado todo aquello. Al final, sus caminos se habían cruzado por completo y sus vidas nunca más volverían a ser iguales. Pero lo más importante de todo era que habían ganado, y que estaban los tres vivos. Baal apartó del rostro de Julia un mechón de cabello, la acarició por última vez y se puso en pie.

—Sergio, tengo que pedirte algo. —Dijo de pronto sacando de entre sus ropas una pequeña caja de música.

Baal contempló ese precioso regalo que Julia le había hecho unos días antes y, con mucho cuidado, le desenroscó la manivela. Una vez quedó desmontada, Baal colocó la caja cerca de su rostro y sopló con suavidad en su interior, llegando a producir un silbido hermoso, casi melódico, como si estuviese dejando un pedacito de su propia alma y esencia en el interior de aquella caja musical que tanto los había unido a ambos. Acto seguido, volvió a colocar la manivela rotatoria en su sitio y le entregó el presente a Sergio Alcántara.

—¿Quieres que se lo dé a Julia en cuanto despierte? —Preguntó el detective algo sorprendido.

—No, todavía no. Quiero que guardes esto por mí, y también que lo entregues cuando sea el momento. —Explicó con cierto misterio.

—¿Cómo sabré cuándo es el momento? —Seguía sin salir de su sorpresa el humano.

—Lo sabrás. —Aseguró Baal—. Me voy ya, y me llevo esto conmigo. —Dijo de pronto mientras cogía del cuello de la camisa al inmóvil Alejandro Puertas y comenzaba a arrastrarlo por los suelos como a un saco de arena—. Adiós, Sergio Alcántara. Cuida de Julia por mí. —Se despidió desapareciendo junto al líder criminal sin dejar rastro.

Con la dormida Julia entre sus brazos y la caja de música en su bolsillo, el detective vio cómo Baal se perdía en el horizonte para siempre, y cómo el caso por el que tanto había luchado quedaba al fin cerrado para siempre, cerrado de verdad. La policía, bomberos y médicos no tardaron en aparecer y rápidamente tomaron a Julia con una ambulancia y la llevaron al hospital más cercano para asegurar su bienestar. El fuego se había apagado ya y Sergio seguía contemplando ese paisaje con la mirada perdida. Fermín, el jefe de policía, se acercó a él y le colocó una mano sobre el hombro.

—Al final has cerrado el caso. —Admitió casi con gesto de felicitación—. Te has ganado la confianza del cuerpo de policía, viejo loco. —Reconoció bromista ofreciéndole de nuevo su pistola, aquella que le habían incautado apenas unas horas antes.

—¿Estás de broma? ¿Acaso no has visto mi pierna? El caso de los Cuervos Grises ha terminado al fin, y con él mi carrera. A partir de ahora disfrutaré de una jubilación tranquila y modesta, tal y como me sugeriste. —Sonrió Sergio.

—Ya veo. No es un mal plan después de una carrera tan peligrosa y alocada como ha sido la tuya, ¿no crees? —Sonrió también el policía, quien de alguna forma echaría de menos a ese molesto y excéntrico detective irrumpiendo en su comisaría a todas horas.

—Sí, sin duda. —Asintió el detective, cojeando y siendo ahora ayudado por el jefe de policía hacia otra de las ambulancias diferente de la que ya había recogido a Julia, abandonando todos ese lugar maldito y derruido en el que había terminado uno de los casos más peligrosos que hubiesen visto jamás.

Capítulo XLV

Tras mucho pasear arrastrando ese dichoso cuerpo inmóvil junto a él, Baal logró llegar en medio de la noche hasta el edificio de Julia en el cual él mismo había estado viviendo por un tiempo. Tras subir las escaleras sin preocuparse por los golpes que Alejandro fuese sufriendo con cada escalón, Baal se encontró a sí mismo frente a la puerta del apartamento de Julia. Y ante él y Alejandro, un nuevo personaje había hecho su aparición en escena. Baal no pudo evitar sorprenderse al ver ante él a un joven de aspecto sencillo y mirada despistada, Miguel Aguilar, el fiel discípulo de Sergio Alcántara, retirado inspector independiente. Miguel tragó saliva ante el impassible Baal y su maleta Alejandro Puertas.

—Sergio Alcántara no te ha pedido que vinieras. ¿Qué haces aquí? —Fue al grano Baal.

—Sabía desde un principio a dónde le llevaría el jefe. Yo le ayudé en la investigación y juntos llegamos a la conclusión de que la base de los Cuervos Grises se encontraba en el puerto, en los almacenes, y que allí podríamos encontrar su escondite, material y sus miembros. —Explicó.

—¿Por qué me cuentas eso? —Preguntó Baal extrañado.

—Aunque lo supiese, yo no pintaba nada allí. Junto a usted y a mi jefe, un muchacho de mis características solo habría hecho que estorbar. —Fue tan humilde como sincero el joven y precoz periodista.

—Cierto. —Reconoció Baal sin irse por las ramas—. ¿Entonces?

—Aunque no pudiese ir a ayudar allí, supuse que la historia no terminaría en los puertos, sino en el piso en el que la joven superviviente y la pálida y

siniestra figura habían estado viviendo juntos. Por una vez he sentido el instinto que guía siempre a mi jefe y eso me ha llevado hasta aquí. Me alegra ver que no me he equivocado. —Reconoció con sonrisa pícaro.

—Eres mucho más astuto de lo que aparentas. Tu maestro estaría orgulloso. —Lo felicitó Baal con extraña sinceridad.

—Gracias. —Asintió Miguel con cierto miedo y dudas ante un silencio sepulcral—. ¿Puedo preguntarle algo?

—Adelante. —Ofreció Baal.

—¿Va a matarme? —Se atrevió a preguntar Miguel tragando saliva nuevamente, sabiendo que no era la primera vez que sentía aquel siniestro aura y que siempre que lo había hecho, había estado convencido de que el fin estaba cerca para él.

Un incómodo silencio se apoderó del rellano. De pronto, Baal sonrió.

—No, no voy a matarte. —Respondió al fin tras una espera que se hizo eterna para el joven periodista.

—Menudo alivio. —Reconoció Miguel—. Ese hombre que lleva allí...

—Así es, él es el líder de los Cuervos Grises. —Confirmó Baal.

—¿Sigue vivo? —Lo observó el muchacho con prudencia.

—De momento. —Se puso nuevamente en marcha, adentrándose entonces en el piso de Julia.

—¿De momento? —Se sorprendió en parte Miguel al tiempo que se apartaba y permitía a Baal pasar y acceder al interior de la vivienda.

—Sí, aquí se acaba todo. —Continuó Baal lanzando sin cuidado el cuerpo de Alejandro Puertas contra el suelo del salón—. Tengo que pedirte que te vayas. —Aseguró—. Pero antes hay algo que quiero darte. —Comentó al tiempo que se dirigía a la habitación de la muchacha y regresaba de ella con un par de fotografías entre las manos y un gato negro trepado sobre su hombro—. En cuanto Julia despierte, quiero que vayas a verla al hospital y le entregues estas dos fotografías. Son muy importantes para ella. —Confesó—. Y cuida también del gato hasta que Julia salga del hospital y se mude a su nuevo piso. —Le pidió después.

—¿Se mude? —Preguntó con sorpresa.

—Sí. En este apartamento ha vivido ya demasiadas cosas. Es hora de un cambio de aires. No os preocupéis por nada, todo irá bien para ella. Ya me he

ocupado de todo. —Aseguró Baal con extraña convicción al tiempo que le entregaba al muchacho aquellas dos fotografías bien enmarcadas y al pequeño gatito, no sin antes acariciarlo con suavidad una última vez—. Confío en ti, joven Miguel Aguilar. Ahora debo irme.

—Entendido. Adiós. —Hizo una pequeña reverencia de cabeza Miguel antes de abandonar el edificio a paso ligero.

Baal quedó por fin a solas junto al hombre que le había amargado la existencia a su querida Julia durante tantos años. Ambos se miraban a los ojos el uno al otro. Baal parecía tranquilo, casi condescendiente. Alejandro sentía un miedo insuperable que no le permitía ni moverse. Bajo la aterrada mirada del criminal, Baal dio una última vuelta por aquellas cuatro paredes dentro de las cuales había vivido y sentido tantas cosas en tan poco tiempo y que ahora le provocaban tanta nostalgia. Finalmente dio con lo que estaba buscando, su querida bufanda de colores, y se la llevó al cuello con afectuosidad, sabiendo que quería llevarla puesta cuando todo terminase. Acto seguido regresó al salón junto a Alejandro Puertas y le observó con burla, sabiendo que volverían a verse las caras y que la próxima vez sería para castigarlo eternamente esta vez en su terreno, en el infierno. Inundado por todos los recuerdos que había compartido junto a Julia y con una extraña y nostálgica tristeza en la mirada, Baal chasqueó los dedos de ambas manos con fuerza y de la fricción emanaron un par de chispas que cayeron al suelo y comenzaron a prender a gran velocidad, quemando todo lo que encontraban a su paso y esparciendo las llamas por todo el apartamento.

Aquellas sí eran por fin las auténticas y mortíferas llamas del infierno, prendidas por el mismo Baal Zebub para cumplir su cometido de borrar con cenizas el triste pasado de Julia y que esta pudiese iniciar una nueva y feliz vida con un futuro mucho más brillante. Por voluntad de Baal, el fuego no se propagó más allá de los muros del apartamento de Julia. Pero en cambio, nada de lo que había allí dentro podría librarse de él. La temperatura aumentó considerablemente y el fuego los rodeó a ambos. El humo y las llamas de Baal terminaron finalmente y de forma mercedosamente dolorosa con la vida de Alejandro Puertas, ahogado y carbonizado. El fuego comenzó a trepar también por la figura de Baal pero este permaneció inmóvil, impasible ante sus propias llamas, las cuales ahora lo engullían sin piedad alguna. Su

interesante experiencia junto a los humanos llegaba a su fin. Ahora moriría.
Baal cerró los ojos con suavidad...

Capítulo XLVI

Baal volvió a abrir los ojos lentamente, cegado por una luz difícil de describir. Ya no estaba en el apartamento de Julia. De hecho, ya ni siquiera estaba en el mundo de los vivos, aunque todavía mantenía su aspecto humano. El lugar en el que se hallaba no le resultaba desconocido, en absoluto. Pero sí muy lejano... Una melodía de arpa apaciguaba todos sus sentidos. Movi6 ligeramente los dedos de sus pies y constat6 la suavidad y amabilidad del terreno. Se encontraba sobre una inmensa superficie blanca, pura y esponjosa que lo mantenía en pie sin apenas tocarle. Sobre su cabeza, un manto infinito de color azul interrumpido con arte por las estrellas lo arropaba con extraña confianza. No había viento, ni aire, no hacía frío ni calor, no había humedad ni tampoco aspereza. Solo luz. Era como estar envuelto en un vacío de bondad y paz. Baal alz6 la mirada. Un poderío sin igual inundaba ese valle invisible y abarcaba todos los rincones del universo. Ante él, sobre un inmenso trono esculpido y tallado en las mismas nubes, se hallaba Él.

Baal sonrió ir6nico a la vez que un miedo profundo se apoder6 por un instante de su alma. Enseguida pas6. No era la primera vez que se veían. No era la primera vez que le desafiaba, no sería la última. Y aún así, siempre le causaba la misma impresión, el mismo respeto inevitable, el mismo impacto continuo y multidireccional tan difícil de soportar como de describir. Odiaba sentirse pequeño ante tan gran poder. Y aún así no podía evitarlo, ni siquiera se esforzaba en disimularlo. ¿Para qué? Pensándolo bien, el haber llegado tan lejos conociendo sus propias limitaciones y el infinito poder de su oponente

le daba mayores méritos a su incansable gesta. Baal hizo un amago de comenzar a hablar pero al final no dijo nada. No era necesario.

Sin embargo, ¿qué haría Él? Seguía en silencio, mirándolo directamente a los ojos con una mezcla de lástima, compasión, arrepentimiento y esperanza en su expresión. Baal no trató de aguantarle la mirada, eso resultaba muy incómodo ahora mismo. Lo miró de arriba a abajo. Hacía bastante que no se cruzaban, pero no había cambiado en nada. La misma figura eterna de siempre se hallaba sentada en ese colosal trono, descalzo, cubierto por mantos tan blancos como la nieve que no ha sido pisada, luciendo una enorme melena plateada a juego con su barba y sus cejas. Su piel era suave a la vista, y su constitución increíblemente robusta y fuerte, con una altura que incluso sentado superaba por mucho a la de cualquier ángel o demonio. Si Baal era bello y poderoso, Él lo era mucho más. A nadie le sorprendía eso. Después de todo, Baal se encontraba ahora mismo ante su creador. El ente todopoderoso se llevó una de sus perfectas manos al mentón y se mesó la barba con paciencia. Baal le miró finalmente a los ojos, unos ojos brillantes como soles de diamantes.

—Hola, Yahveh. —Saluda finalmente Baal Zebub con una sonrisa burlesca.

Una poderosa corriente de aire resultado de tres torbellinos distintos hizo acto de presencia. Las nubes situadas detrás de Yahveh se apartaron con gesto reverencial y de ellas emergieron tres seres celestiales, los tres arcángeles. Todo regresó a la calma tras un instante de infarto. Baal no retrocedió ni un paso, no pestañeó, permaneció en el sitio, desafiante, impertérrito, sin amedrentarse ante nada ni nadie, como siempre había hecho, como siempre había querido hacer. Los tres recién llegados hicieron caso omiso a la presencia allí de su mayor enemigo y comenzaron con una gran reverencia ante su maestro y señor. Una de las reverencias no pareció sincera. A la ágil mente de Baal no se le pasó eso por alto, lo cual le causó una mueca burlesca en el rostro, gran satisfacción en su interior y tres miradas de profundo desprecio por parte de los arcángeles, el hipócrita y los dos fieles. Baal supo entonces cómo Mefistófeles y los demás habían logrado traicionarlo mediante el uso de reliquias sagradas. Yahveh permaneció impasible, en otro plano de la obra. Baal contempló uno por uno a los

arcángeles situados detrás de Yahveh ahora que volvían a estar los tres en pie.

El arcángel Gabriel, el emisario, era el que se hallaba más lejano a él. Se trataba de un ser delicado tanto en su aspecto como en su aura. Su figura era atractiva y femenina, y su melena rubia y ondulada ondeaba al son del arpa invisible. Iba descalzo y sus túnicas eran sencillas y de un azul muy claro que llegaba incluso a confundirse con el del cielo tras él. Sus alas se encontraban tímidamente recogidas, y su plumaje blanco y puro no alcanzaba a mostrarse con todo su esplendor. Colgada del cinto portaba una trompeta dorada como el sol la cual acariciaba de forma continua. Baal le miró a los ojos. El arcángel Gabriel, a pesar de su aparentemente débil constitución, no cedió, permaneció en su puesto y contempló al ángel caído directamente a los ojos. Baal sonrió y se centra en el siguiente: el arcángel Rafael, el peregrino. Su aspecto resultaba algo más masculino que el de Gabriel. Su figura era alta y bien definida, y sus cabellos largos y del color del bronce. Su piel era fuerte y su mirada afilada. Sus vestiduras contrastan en tonos y materiales con las de su compañero, siendo estas rojizas y más gruesas. Además, este no iba descalzo, sino que portaba sandalias en sus pies. Sus alas, más grandes, se encontraban también recogidas, en posición de respeto hacia Yahveh. Con la mano derecha, el arcángel sostenía con fuerza un bastón de estatura similar a él mismo. No pestañeaba. Baal y él se aguantan la mirada durante un instante largo. Baal volvió a sonreír también en este caso y dejó de observar al arcángel. Tanto Gabriel como Rafael se sintieron aliviados al no estar ya bajo la atenta mirada de Baal quien, incluso en tan insignificante forma, resultaba letal a su manera. Ya solo quedaba uno.

Baal sabía de sobras quién era y eso le causaba una curiosa mezcla de sentimientos. La figura restante, el último de los tres arcángeles allí presentes, caminó con paso firme y se situó entre Baal y Yahveh. Nadie dijo nada. De pronto, el arcángel sacudió sus poderosas alas y las extendió con esplendor. Un viento cálido inundó el lugar. Nadie se movió. Ahora estaban cara a cara. Baal observó finalmente al arcángel Miguel, el jefe de los ejércitos celestiales y su mayor enemigo y rival, su némesis, el antagonista de su existencia. Lucía igual que siempre, igual de seguro, igual de firme en su posición y convicciones, la misma melena dorada, los mismos ojos azules como el cielo,

las mismas alas, la misma coraza cubriendo su torso, esa armadura tan indestructible y brillante como su fe que al igual que ella lo protegía del mal y del pecado... El arcángel Miguel era el ser celestial más bello después del desterrado Baal. Su poderío, su brillo y hermosura resultaban fascinantes por muchas veces que se hubieran visto. Sin embargo, Baal no veía en Miguel, ese Miguel, a un ser bello y hermoso, sino a un poderoso guerrero y un rival a temer. Con su mano diestra, el arcángel sostenía una enorme espada de doble filo tan pesada como la propia justicia. Un solo movimiento de tan legendario arma hizo temblar las montañas y remover los mares. Miguel la alzó con firmeza y apuntó con ella a Baal. Él permaneció en el sitio. Ya había sido desterrado tanto del cielo como del infierno y ya había encontrado la muerte en el mundo de los vivos. No le quedaba nada, y eso le daba una ventaja: no tenía nada que perder. Podía ser él mismo, ahora más que nunca.

Baal sonrió, y esa sonrisa dio pie a una risa, una canción de carcajadas molestas que irritaban a los arcángeles pero no causaron efecto alguno sobre su maestro. Entonces, Este alzó su mano derecha y Baal enmudeció en seco. Tras caer de rodillas contra el suelo, la pálida y débil figura se llevó ambas manos al costado, tratando de calmar sin éxito un dolor que parecía infinito. Se retorció, su pulso se aceleró, sudaba a raudales y le temblaba la voz. Y a pesar de todo ello, seguía riendo, o al menos intentándolo. Yahveh apretó su puño con fuerza y, justo entonces, la cicatriz del costado de Baal se abrió y una pequeña cantidad de sangre carmesí y líquida, distinta de la suya propia en su estancia entre los vivos, espesa y oscura, emanó de la herida con gran fuerza, a presión incluso. Sangre roja mezclada con agua, sangre humana y divina al mismo tiempo. La sangre alcanzó a tocar las puntas de los dedos de Yahveh y allí se unió a Él, siendo absorbida por su piel y volviéndose invisible. Baal, todavía en el suelo, sintió de pronto un gran alivio, como si le hubiesen quitado de su interior algo que no era suyo y que no terminaba de encajar en él. Y así era. No necesitaba hacer mucha memoria para recordad la vil traición que llevaron a cabo Mefistófeles, Lilith y Asmodeo. Al clavar en su costado la lanza que atravesó a Jesucristo, la sangre de ambos se había entremezclado y Baal Zebub se había vuelto hombre. Lo que Yahveh acababa de hacer era reclamar lo que era suyo, arrancar del interior de Baal la sangre de su verbo y hacerla suya de nuevo. Lo cual no molestó en absoluto al ángel

caído, pues convivir con el linaje humano de Yahveh en su interior no era tarea que le gustara, o al menos no era tarea que tuviese que gustarle. Ahora volvía a sentirse él y solo él, un ángel caído. Ahora que había sido separado de la sangre de Jesucristo, y que en su interior no se hallaba nada que no le perteneciera, nada más que su propia existencia, ahora podía ser juzgado.

—Baal Zebub. —Rompió con el silencio el arcángel Miguel, haciendo alarde de una voz tan fuerte como hermosa—. Sabes perfectamente para qué estás aquí. Has muerto como humano, y debes ser juzgado como tal. —Recitó—. ¿Comprendes lo que ello significa? —Preguntó entonces.

Capítulo XLVII

—Sí, lo comprendo. —Afirmó Baal con tono firme—. ¿Y vosotros comprendéis que todo esto no tiene ningún sentido? —Cuestionó él entonces.

—¿Sentido? —Repitió el arcángel de la espada.

—¿Dónde diablos vais a mandar a Baal Zebub ahora que ha muerto como un simple y humilde humano? ¿Acaso las puertas del cielo están abiertas a alguien como yo? No finjáis piedad, ¡pues no os la pido! Sé cuál es mi lugar. Por ello me fui de aquí, y por ello no volveré. —Afirmó con seguridad.

—No has comprendido nada, Baal. —Le recriminó de pronto el arcángel—. No tienes ni idea de hasta qué punto es grande nuestro maestro.

—¿Yahveh? Créeme, Miguel, nadie conoce su poder mejor que quien se ha enfrentado a él. Y por si no lo recuerdas, ¡ese alguien soy yo! —Sonrió pícaro.

—Al poder de nuestro maestro solo se le puede comparar su bondad. Las puertas del cielo estarán abiertas para ti en el momento en que así lo desees. —Reveló de pronto.

—¿En el que yo lo desee? —Repitió Baal aparentemente sorprendido.

—No deberías extrañarte tanto. Esa es la elección que nos corresponde por derecho a todos los creados por el maestro. —Argumentó Miguel—. Una vida de bondad y sacrificio conduce prácticamente siempre al cielo, mientras que una de pecados induce a escoger el infierno de forma instintiva, casi natural. Pero ello no significa que no puedas cambiar tu destino si realmente así lo deseas, si has hecho algo que lo merezca...

—¿Quieres decir que, después de todo, puedo escoger si deseo ir al cielo

o al infierno? —Volvió a preguntar Baal Zebub.

—Tuya es la decisión. —Otorgó el arcángel.

Un profundo silencio se apoderó de todo y de todos. Yahveh permanecía inmóvil en su poderoso trono. Los arcángeles Gabriel y Rafael continuaban en sus puestos, sin decir nada, expectantes. Miguel no dejaba de apuntar con su espada del juicio a Baal y su trastocada alma. El ángel caído suspiró. Acababa de abrirse ante él el perdón a todo lo que había hecho hasta ahora. Si su arrepentimiento era sincero, no tendría que volver al frío averno y se le permitiría ascender nuevamente al cielo. Tras una existencia inalterable, apareció ante él una decisión que marcaría su destino eternamente. ¿El cielo o el infierno? Desde luego, Yahveh no dejaría nunca de sorprenderle. Bajó la mirada por un momento y en su rostro se dibujó una amplia sonrisa ante semejante propuesta de elección. Miró entonces al gran maestro a los ojos.

—¿Pedir perdón? ¿Renegar de lo que soy por méritos propios? ¿Regresar a tu lado para poder adorarte eternamente? ¡Tienes que estar bromeando! —Escupió de pronto Baal con gesto burlesco y despectivo.

—¿Así es como agradeces la bondad de nuestro maestro? —Le recriminó Miguel alzando su espada ahora en clara posición de combate.

—La piedad y el perdón pueden estar bien para vosotros, pero no para mí. Deberías saberlo mejor que nadie. ¿Volver al cielo? Menuda pregunta más absurda. —Sacudió la cabeza al tiempo que se daba media vuelta y comenzaba a andar, alejándose poco a poco de los demás allí presentes.

—¡Espera! —Ordenó sin éxito Miguel—. Tú le salvaste la vida a aquella humana. Hiciste lo posible por asegurar su bienestar. Aún queda algo de bien en ti. ¡No te esfuerces en negarlo a nuestros ojos!

—¿Qué le salvé la vida, dices? —Aparentó estar haciendo memoria Baal, mientras que en realidad sabía que no podía pensar en otra cosa—. Lo explicaré con palabras que hasta tú puedas comprender, Miguel. Si esa humana hubiera muerto en ese momento, su alma pura e inocente la habría llevado de cabeza al cielo. Si le he salvado la vida ha sido solo para darle la oportunidad de llevar una vida de excesos y pecado, para condenar así su alma al infierno eterno. ¡Solo es un capricho mío y nada más! —Reveló de pronto—. Como ves, no hay bondad en mi alma. —Culminó dejando por completo enmudecido al arcángel y retomando su paso más firme que nunca,

con triunfal sonrisa en el rostro.

De pronto, Baal detuvo su paso, todo a su alrededor y en su interior comenzó a temblar ante un poder demasiado superior. El despliegue de una fuerza absolutamente divina se apoderó del universo y hasta las estrellas se vieron pequeñas ante semejante fuerza. Miguel envainó su espada y se apartó con gesto reverencial, casi temeroso. El viento ahora soplaba con fuerza y la luz resultaba todavía más cegadora. Baal tragó saliva ante lo que iba a venir. Y justo entonces, la voz más profunda y poderosa que se pudiera llegar a imaginar emanó de labios de Yahveh.

—Baal Zebub. —Dijo entonces el gran maestro deteniendo en seco a su ángel caído—. Dices la verdad al afirmar que salvaste la vida de aquella humana para darle otra oportunidad de ir al infierno. Pero incluso si tu acto en sí es cierto, no lo son las intenciones que afirmas tener. —Acusó con un tono imposible de rebatir.

—¿Eso piensas? —Preguntó desafiante Baal, haciendo enormes esfuerzos por mantenerse en pie ante la superioridad de su antiguo maestro.

—No es lo que creo, es lo que sé. —Cada palabra de Yahveh pesaba como un universo a espaldas de Baal Zebub—. Una vez le preguntaste a la humana Julia Medina cuál era su mayor deseo en la vida. Pero ella no te pidió poder ni riquezas. Su único deseo en la vida desde que su hermano murió había sido poder volver a verlo una vez más. Tú lo sabías, se lo preguntaste. —Siguió explicando—. Y en el momento que la acompañaste a visitar la tumba de su hermano y acariciaste la lápida con tu mano, supiste también que si ella iba al cielo no volvería a ver nunca más a su hermano, pues este había llevado una vida de crímenes y pecados y su alma había sido conducida al infierno por ello. Por eso has dejado que la muchacha viva y has puesto a su disposición todo lo necesario para una vida que la pueda llevar de nuevo a ti, al infierno. Porque has logrado amar a esa humana, porque deseas cumplir su deseo y además tenerla cerca de ti eternamente. —Culminó su intervención con tono solemne—. Puedes fingir que no tengo razón pero eso es del todo indiferente. No puedes engañarme, Baal. Por ello, incluso si tu acto, el acto de condenar un alma pura al infierno eterno, es el peor acto que se pueda llegar a cometer, tus intenciones no han sido malignas en absoluto. Al final has sentido ese amor al que una vez renunciaste, y tu naturaleza de ángel

celestial ha logrado brillar de forma auténtica y verdadera por una vez. Por ello lograste salvarle la vida a Julia Medina. —Finalizó Yahveh, dejando sin palabras a sus fieles arcángeles y al propio Baal Zebub.

Un silencio imposible de medir con el tiempo se apoderó del universo. Era verdad, quizás no toda la verdad, pero era del todo verdad. No había contrapuntos ni objeciones a esas palabras. Baal suspira al fin.

—Tú y tu patético intento por encontrar la bondad en todo y en todos, incluso donde no la hay. —Se quejó Baal sin mirar a Yahveh a los ojos en ningún momento, incapaz siquiera de intentarlo y, aún así, con una sonrisa en el rostro—. Tú sigue pensando que queda bien en mí. Que mientras tanto yo me ocuparé de recobrar mi trono como príncipe de las tinieblas. —Tomó entonces su decisión Baal Zebub.

Yahveh, con sincera lástima en la mirada, reconoció la libre elección del alma de Baal y chasqueó los dedos. Ante el ángel caído se abrió un camino, una escalera descendente esculpida en carbón alumbrada por llamas rojas como la sangre cuyo único destino era el infierno. Baal contempló por última vez a Yahveh y a los tres arcángeles y, tras una mirada que pareció querer decir demasiadas cosas a la vez, inició su descenso hacia el averno más profundo, su hogar. Mientras el ángel caído se alejaba cada vez más de ellos, Miguel no pudo evitar observar de reojo a su señor.

—Entonces, maestro, ¿así termina todo? —Preguntó obteniendo por respuesta solo un pensativo y meditabundo silencio...

Capítulo XLVIII

Las enormes puertas del infierno se derrumbaron con un único puntapié y Baal las cruzó con paso firme y determinación absoluta al tiempo que recobraba al fin todo su poder y su verdadera forma.

—¡Ya he vuelto! —Gritó Baal Zebub.

Tras el estruendo, todos los allí presentes quedaron enmudecidos, incrédulos ante la reciente aparición de su antiguo amo y señor, aquel al que expulsaron de su propio trono por envidia y codicia. Baal se contempló ambas manos y apretó sus poderosos dedos con fuerza. Su sonrisa de satisfacción resultaba indescriptible. Realmente había vuelto. Alzó entonces la mirada y contempló a Mefistófeles, sentado en su antiguo trono y ahora con un miedo en la mirada profundo como el abismo. A sus pies, los otros dos traidores, Lilith y Asmodeo, tampoco daban crédito a lo que estaban viendo. Baal contempló su querido hogar de arriba a abajo. La luz del cielo comenzaba a filtrarse cada vez más de forma enfermiza, las llamas incandescentes habían comenzado a apagarse y parpadeaban, el suelo de cristal estaba agrietado por doquier y las almas bajo este vagaban desordenadas y torpes. Naamá llevaba razón, aquello era un caos, un verdadero desastre.

—¡Baal Zebub! ¿Pero cómo...? —La pregunta de Mefistófeles quedó interrumpida cuando Baal alzó el dedo índice de su mano derecha y de este emanó un relámpago rojo como la sangre y fino como un hilo de coser que atravesó al instante el pecho de Mefistófeles y dejó su cadáver sobre la gran butaca agujereada también por el repentino ataque de Baal.

—Ese trono te venía demasiado grande, Mefistófeles. —Susurró.

Bajo el silencio y la atenta mirada de Lilith, Asmodeo, y de todas las almas perdidas, Baal recorrió su sala del trono lentamente, disfrutando de cada paso que daba como algo único. Tras subir los escalones, aquellos peldaños que lo volvían a situar por encima de los demás, agarró por el hombro a su inconsciente vasallo y lo arranco del asiento, tirándolo escaleras abajo sin ningún cuidado ni piedad. Tras eso, el agujero hecho en el respaldo de la butaca orgánica y mortuoria de Baal Zebub se cerró por sí solo, cicatrizando como si de una herida se tratara. Baal acarició suavemente ese respaldo y finalmente se sentó. Su poder volvió a él con mayor fuerza que nunca y todo en el infierno volvió a ser como debía ser. La luz del cielo se apagó, las llamas ardieron ahora con más fuerza, el frío de la muerte era más intenso que nunca, todo lucía impecable y siniestro, las almas recuperaron su paso normal... Baal Zebub había regresado.

Un único pensamiento bastó para causar un terremoto y elevar su trono un par de peldaños más, reforzando así su superioridad ante sus siervos, quienes lo contemplaban ahora con un respeto inimaginable que desde luego no daba pie a planear una nueva traición. Baal sonrió y chasqueó entonces sus dedos con un nuevo pensamiento. En ese preciso instante, Mefistófeles recobró el sentido y, con ciertas dificultades, tomó su báculo y se puso nuevamente en pie apoyándose en el mismo. Tras acariciarse el pecho e incluso golpeárselo repetidas veces, no encontró motivos para haber vuelto a la vida después de ese trance indefinible al que le habían mandado con un solo aunque poderosísimo ataque. Le bastó con alzar la mirada para comprobar que su antiguo amo había regresado y que era más poderoso ahora que nunca. Ante eso, solo les quedaba arrodillarse y confiar en que sus castigos fueran rápidos. La risa de Baal los confundió seriamente.

—¿Me teméis? ¿Me respetáis? —Preguntó de pronto.

—Eso creo, maestro. —Respondió Mefistófeles en nombre de todos con voz temblorosa y aire reverencial.

—Dime, Mefistófeles, ¿no te preguntas por qué sigues vivo? —Sonrió Baal.

—Sí, señor. Lo hago. —Afirmó inseguro ante el miedo que ahora mismo compartía con sus dos camaradas.

—Relajaos. No acabaré con vosotros: Mefistófeles, Lilith, Asmodeo. En todo caso, querría agradeceros algo. —Comenzó a hablar causando un extraño alivio en sus discípulos—. Me merecí vuestra traición, mi espíritu se había apagado y mi esencia había quedado estancada en una eterna rutina en la que parecía haber olvidado por completo mi misión, ¡nuestra misión! —Reconoció sin complejos—. Pero perderlo todo y tener que recuperarlo me ha hecho recordar quién elegí ser, por qué me revelé contra Yahveh y fundé este lugar y por qué quise reclutaros a vosotros mismos. Gracias a todo este asunto, he recobrado mi verdadero poder y esencia, vuestro respeto y el miedo que infundo en los demás. El mundo volverá a sentir nuestra influencia con más fuerza que nunca, y las hordas de pecadores crecerán día tras día para unirse a nosotros. Los de allí arriba no volverán a subestimarnos nunca jamás. —Sonrió alzando la mirada y guiñando un ojo—. ¿Puedo contar con vosotros? —Preguntó infundiendo aquello que le movía en sus propios siervos.

—¡Por supuesto! —Afirmaron los tres al unísono con una convicción que nunca antes habían experimentado.

—Bienvenido de nuevo a su trono, maestro. —Lilith comenzó a ascender escalones hacia a él con sensual confianza antes de ser repentinamente detenida por Baal.

—Ninguno de vosotros puede ya situarse a mi lado, Lilith. —Le informó de pronto—. Solo una dama volverá a sentarse junto a mí algún día. —Afirmó quedando por unos instantes en profunda meditación.

—Como desee. —No encontró argumentos para discutir aquello—. Volveré a mi trabajo. —Se resignó mientras ella y Asmodeo volvían a sus quehaceres de ángeles caídos para mantener así el recobrado buen funcionamiento del averno.

—Perfecto, todos manos a la obra entonces. —Prosiguió Baal listo para reanudar su tarea de mantener el infierno abierto y más tentador que nunca ante las almas de los humanos.

—Finalmente lo ha logrado, vuelve a ser aquel por el cual no dudamos en abandonar nuestro lugar en el mundo para buscar algo más. —Le reconoció Mefistófeles con verdadera admiración, una admiración que había llegado a perder pero que ahora volvía a arder en su interior con mayor fuerza incluso

—. Supongo que esta historia termina aquí.

—¿Ves? Por eso no has sido capaz de dirigir esto como es debido. Todavía no lo comprendes, Mefistófeles. Somos el mal del mundo. Esta historia nunca termina. —Demostró una vez más por qué era él el auténtico demonio—. Y ahora cuéntame cuál de los tres fue el que os ayudó a traicionarme y por qué lo hizo. —Sonrió Baal Zebub preparado para lo que aún estaba por venir.

Capítulo XLIX

Julia se encontraba en la sala de espera del hospital, contemplando con una sonrisa aquellas dos fotografías que siempre llevaba con ella en su bolso. Tanto Roberto como Baal ya no estaban físicamente a su lado, pero podía seguir llevándolos a ambos en su corazón para siempre y ese solo pensamiento la hacía feliz de algún modo. Además, su vida había cambiado para mejor últimamente, y sabía que se lo debía todo a Baal. Él se había ocupado con sus extraños poderes de dejarlo todo bien atado antes de despedirse de ella: su nueva vida acompañada de su inseparable gato en aquel lujoso ático situado en el Paseo de Gracia, la avenida que tantos recuerdos traía a la joven, pagado por Baal; su nuevo trabajo para una famosa firma de moda que no solo le permitía vivir de lo que a ella le gustaba hacer sino además hacerlo con un sueldo envidiable; y el saber que tenía siempre a su lado a sus dos mejores amigos, Andrés y Claudia, y que el ya retirado Sergio Alcántara y el joven Miguel Aguilar velaban también siempre por ella, otorgaba a Julia Medina una calma que nunca antes habría imaginado que llegaría a tener. Pero aquello no sería todo. Baal había hecho algo más, y Julia ahora lo sabía. Ya nunca más volvería a sentirse sola. La doctora salió al fin de su despacho con una carpeta bajo el brazo y se acercó a Julia con ilusionada sonrisa para darle la gran noticia.

—Enhorabuena, señorita Medina. Está usted embarazada.

Fin